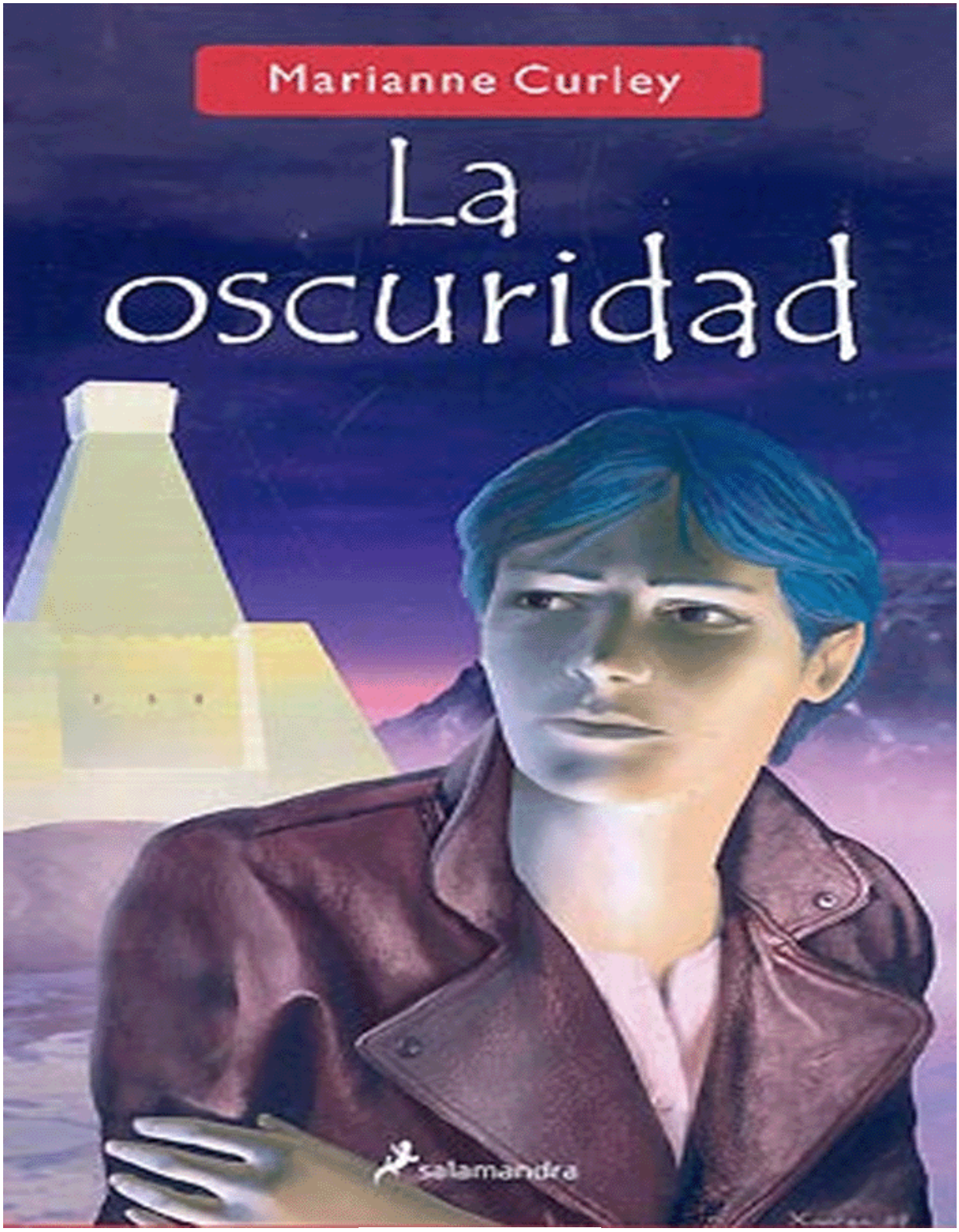
La Oscuridad

MARIANNE CURLEY



LIBROdot.com

http://www.librodot.com

Este libro está dedicado a la memoria del difunto

Tony Williams, mi agente durante seis años,

Que nunca dejó de creer en mí.

Antes de que el mundo pueda ser libre,
será testigo del asesinato de la inocencia
en los bosques que hay sobre la antigua ciudad de Verdemar,
donde se revelarán nueve identidades.

Un rey llegará a gobernar,
pero no antes de que un líder de corazón puro se despierte
y un guerrero sin edad con alma antigua
lo guíe con gracia y providencia.

Mas cuidado, los nueve verán llegar y partir a un traidor,
lo que dará pie a una guerra larga y atroz,
y los Elegidos se unirán con fuerza
aunque la desconfianza causará discordia.

Un bufón los protegerá, un escéptico abrigará dudas
y un joven y valiente guerrero perderá su corazón y morirá.
Sin embargo, nadie resultará victorioso hasta que un guerrero perdido regrese
y el intrépido retorne de un viaje guiado por la luz y la fuerza.

Pero atención, dos últimos guerreros provocarán dolor
así como satisfacción.
De la desconfianza uno saldrá bien librado;
el otro, imbuido de maldad.
El uno resultará vencedor, y el otro vencido al encontrar la muerte.

Prólogo

Ella profiere un grito que se oye de un extremo al otro del universo. El dolor arranca las palabras «Van a sufrir» de sus labios morados. Lathenia, la Diosa del Caos, mira el pasado a través de su esfera. Una esfera que usa para crear un caos que altere el presente y dé lugar a un futuro que pondrá el mundo a sus pies.

Mientras observa, un joven soldado de la Guardia hunde su daga en la garganta de su amante por segunda vez. Ella vuelve a gritar. ¿Cómo es posible que sus soldados se mantengan al margen y permitan que muera el único hombre al que ha amado? «¡Cómo!»

Lathenia clava las uñas de sus dedos anormalmente largos en la esfera y deja el cristal mellado. Al final, su cuerpo se estremece al mismo tiempo que su amante exhala el último aliento.

El silencio inunda la sala. La diosa levanta la cabeza lentamente y recorre las paredes de mármol con la mirada. Sus ojos plateados refulgen con el color del fuego. «¡Van a sufrir!»

Un hombre consumido, anciano, cuyos ojos han visto mucho, y durante demasiado tiempo, se acerca por detrás con gran cautela.

-¿Me permite hablar, su Alteza?

Lathenia se vuelve. Ni siquiera la profunda pena que siente puede ocultar su etérea belleza.

-¿Qué quieres, Keziah? ¿No ves lo que está ocurriendo? Lo han matado. ¡Qué ardid tan astuto, tentarlo con la imagen de su propia hija! Arkarian lo ha tramado todo. Es el cerebro de la Guardia. ¡Ya lleva más de seiscientos años martirizándome! -Keziah ha visto furiosa a su señora otras veces, muchas, pero en esta ocasión... Esta aparente pérdida de control resulta nueva para él. Se estremece. De la tristeza y la pasión resulta una mezcla imprevisible-. Dime, Keziah, ¿acaso Marduke no me adoraba? ¿Por qué lo ha distraído la imagen de su hija, una niña a quien hacía doce años que no veía? ¡Ha sido una treta! ¿Qué lo ha cegado? -Baja la vista y murmura-: Tal vez aún amaba a la mujer que la dio a luz.

Keziah se encoge de hombros, inclina la cabeza y su melena blanca como la nieve cae sobre su espalda huesuda y jorobada.

-No lo sé, Alteza, pero ahora no es momento de dudar de la lealtad de Marduke. Durante estos doce años ha demostrado en muchas ocasiones que es vuestro sirviente más fiel. Debéis hacer regresar su cuerpo mortal rápidamente. Recordad que está en el pasado.

Ella asiente con la cabeza. Su pelo rojo, como la seda tejida directamente del capullo de una oruga, acaricia su piel inmaculada. Tras erguirse cuan alta es, sacándole casi medio cuerpo al viejo Keziah, cierra con fuerza los puños. Regresa junto a la esfera y llama a Marduke.

Antes incluso de que su cuerpo sin vida se forme por completo ante ella, la Diosa se acerca a la mesa de cristal y se abalanza sobre el enorme pecho

de Marduke. La sangre, que todavía mana de la daga que tiene clavada en la garganta, le mancha una mano. Lathenia profiere un gemido y su pena se convierte en una entidad tangible en la sala circular.

Keziah se acerca de nuevo a la Diosa y, puesto que la conoce desde que nació, aunque eso sólo suponga una mera fracción de la vida de Lathenia, se atreve a tocarle tímidamente el hombro.

-¡¿Qué quieres?!

Keziah carraspea y contesta:

-Los demás, alteza. -Lathenia lo atraviesa con sus ojos encendidos y a Keziah se le detiene el corazón durante unos instantes-. Los heridos, Alteza. No debemos dejarlos morir en el pasado; podríamos curarlos en nuestras salas para que así volvieran a ser de utilidad. Son vuestros soldados, y su lealtad a la causa es incuestionable.

Ella asiente y Keziah respira aliviado. Lathenia regresa junto a la esfera y mueve una mano sobre el cristal. La sala se llena con los gemidos, el calor de la carne mortal, el aroma del sudor y la sangre mientras los soldados de la Diosa se materializan. Uno de ellos, un chico joven, se acerca a ella, aunque se detiene a medio paso al percatarse de su mirada de aflicción. Siente que seguir mirándola a los ojos supondría una intrusión física. Hace una gran reverencia con la cabeza.

-¿Qué queréis que hagamos con los heridos, Alteza?

Ella le dedica un gesto de la mano.

-¿Es que no tienes sentido común, Bastían? Organiza a los que aún se tengan en pie para llevar a los heridos a las salas de curas.

Bastian mira incómodo los dos cuerpos sin vida que hay entre los demás.

-¿Y qué hacemos con los muertos? -pregunta con un susurro.

-Déjalos. Sus almas ya vagan por el Reino Medio.

Bastian se estremece sólo de pensarlo. Aunque sabe poco sobre ese lugar, sabe que es otro mundo. Antes pensaba que sólo existía la Tierra. Ha aprendido mucho desde que está en la Orden. Más de lo que habría aprendido si hubiera decidido seguir siendo un ignorante.

Cuando Bastian organiza el traslado de los heridos, se da cuenta de que falta un soldado.

-Se ha convertido en una traidora. -Lathenia verba-liza sus sospechas-. Morirá.

-La encontraré.

-Olvídate de ella por ahora. La Guardia la protegerá y la mantendrá escondida durante mucho tiempo. Pero ya tendrás oportunidad. -Después de retirar al último herido, Bastian se dirige a la puerta, pero Lathenia lo llama-. Quédate, tengo que hablar contigo.

Bastian respira hondo, con las manos agarradas con fuerza detrás de la espalda. Le tiemblan, y no quiere que su Diosa note su debilidad. Nunca la ha visto tan consternada como ahora. El hecho de haber perdido a Marduke parece haberla desestabilizado. Conoce de sobra su carácter violento, y el desconsuelo de su señora lo ha hecho presa de un pánico irreprimible. ¿Acaso podría haber impedido que esa daga degollara a su amo? Era tan

incisiva como aterradora. Y hábil también.

-¿Sí, alteza?

-Cuéntame lo ocurrido.

Bastian abre sus ojos verdes de par en par, luego echa un rápido vistazo a las paredes blancas y suaves y traga saliva. Seguro que ya lo sabe, que lo ha visto todo a través de su esfera, si no ¿por qué iba a estar el cuerpo de Marduke ante ella sobre aquella estrecha mesa de cristal?

Al verlo dudar, Lathenia le grita desde la otra punta de la sala:

-¡Dime cómo es posible que mis mejores soldados hayan sido derrotados por unos pocos de los suyos! ¡Bastian, dime quién era la persona cuya mano blandía la daga letal!

-El... parecía joven, alteza.

-Olvidas que todos ocultan su verdadero aspecto mientras se encuentran en el pasado.

-Sí, pero... sus ojos. Había algo en ellos. Y, bueno, como sabéis, los ojos no cambian...

Lathenia lo interrumpe con un gesto de la mano. ¿No fue ella quien lo empezó todo? ¡Al haber sido concebida la primera, debería haber nacido en primer lugar! Desde el principio fue una pesadilla compartir el útero con Lorian. Él la hizo cambiar de posición constantemente hasta que se le enrolló el cordón umbilical en el cuello. Pero ni siquiera así desistió de la primera posición que le correspondía por derecho propio. Sin embargo, en el momento del parto Lorian la apartó y se abrió camino hasta los brazos de un padre muy orgulloso, por lo que ella tuvo que encontrar una forma de salvar el obstáculo de haber nacido en segundo lugar. Se pasó varios siglos intentando hallar una forma de causar el caos para poner fin a los cuidados que recibía su hermano. Aprendió que el caos le daba poder. Lo averiguó cuando empezó a alterar el pasado. Y cuanto más fuerte se hacía, más se percataba de que todo era posible, incluido el dominio total de todos los mundos.

Lathenia empezó a reunir a un ejército de adeptos y construyó un laberinto para viajar en el tiempo con ladrillos que no podían ver los ojos humanos. Llamó a su ejército la Orden. Los otros lo llamaron la Orden del Caos. Pero mientras aumentaban sus poderes también lo hacían los de sus oponentes, que crearon un Tribunal, con Lorian a la cabeza, y una Guardia para luchar contra ella. Cuando sus soldados usaban el laberinto para viajar al pasado, lo mismo hacían los soldados de la Guardia, que frustraron sus planes en muchas ocasiones. Lathenia necesitaba un santuario que estuviera a salvo de manos mortales e inmortales, por lo que empezó a construir una ciudad. Pero Lorian utilizó unos poderes secretos para usurpársela. Le robó sus ideas, sus planos. Y construyó la Ciudadela. Hoy en día, los soldados de Lathenia sólo usan el laberinto adjunto, donde los viajeros del tiempo de ambas alianzas son dotados de los conocimientos necesarios antes de iniciar sus viajes. Lorian controla la Ciudadela, ¡pero ella quiere recuperarla! Y esta vez piensa fortificarla para que nadie, ni tan siquiera su hermano, ávido de poder, pueda volver a robársela. ¡Y finalmente podrá gobernar sobre todo!

Los ojos de Lathenia se posan sobre Bastian. Recuerda cómo pasó a

formar parte de su Orden: era un niño solitario, nacido en una familia pobre, con unos padres que no hacían más que pelearse. Él se moría de ganas de gritarles en lugar de quedarse acurrucado junto a su camastro, o dentro de un armario estrecho, mientras se tapaba firmemente las orejas con ambas manos. ¿Por qué su casa no podía ser como la de los demás niños de la escuela? ¿Por qué sus padres no podían dejar de gritarse? ¿Por qué bebían tanto? Pero lo que más deseaba era controlar su mundo, y los placeres que presentía que éste podía ofrecerle.

Él también tenía poder. Así que Lathenia esperó y observó. El día en que Bastian se fue de casa y huyó al bosque, con la cara arrasada en lágrimas de dolor, pena y frustración, ella lo encontró. Era el día de su octavo cumpleaños, el día en que sus padres decidieron separarse. Ella le ofreció todo lo que él siempre había soñado. Y él aceptó con avaricia. Ella le dio un nombre nuevo y le enseñó muchas habilidades. A pesar de que él continuó viviendo con su padre, éste siguió siendo un borracho, ajeno por completo a la vida de su hijo en el otro mundo. Y la victoria de Lathenia fue dulce porque ante ella tenía a un soldado que su hermano no podría arrebatarle jamás.

Cuando sus pensamientos regresan al presente, repara en que a Bastian le tiemblan las manos y se pregunta si cometió un error. Pero no, el chico ha sido fiel a la Orden desde el día de su Iniciación, hace ocho años. Por ese motivo tiene un rango tan alto entre sus soldados de élite. Pero hoy..., hoy la ha defraudado. Le da un bofetón sin previo aviso. La fuerza del golpe tira a Bastían al suelo.

-¡Deberías haber hecho más!

El chico se levanta.

-No pudimos...

-¡Siempre se puede hacer algo!

Bastían piensa rápidamente y mira de refilón a Keziah.

-Creo que había un mago entre ellos.

Esa sugerencia capta la atención de la Diosa.

-¿Qué has dicho?

-Un mago, alteza.

-Cuéntame.

-El chico realizó algún tipo de hechizo. Creó una imagen de la chica. Distrajo...

Ella lo hace callar con un gesto de la mano y aguza la vista mientras considera la teoría de Bastían, pero la descarta rápidamente y niega con la cabeza.

-Lo más parecido a un mago que la Guardia tiene hoy en día es un hombre llamado Arkarian. Ten mucho cuidado con él, Bastian, porque es la joya de la corona. Sin él no son nada. Y aunque posee grandes poderes, ni siquiera él puede hacer magia. Keziah es el último de una especie en vías de extinción. Hubo otro hombre capaz de hacer magia, pero Lorian se deshizo de él porque se sentía amenazado.

-¿Cómo reconoceré a esa «joya», Alteza?

Lathenia arquea una ceja.

-Reconocerás a Arkarian por su pelo azul y sus ojos de color violeta. Es imposible que pasen desapercibidos en el mundo mortal, si alguna vez tuviera algún motivo para salir de la Ciudadela, que es donde vive. Pero sus salas de trabajo están en algún lugar de Verdemar.

-¿Qué queréis que le haga cuando lo encuentre?

Lathenia se ríe con desdén, lo que provoca que a Bastian empiecen a temblarle las manos de nuevo.

-¿Crees que Arkarian vendrá a llamar a tu puerta? Ha vivido durante seiscientos años, y en ese tiempo ha aprendido muchas habilidades, así que no lo subestimes. Y no te dejes engañar por su edad. Dejó de envejecer al cumplir los dieciocho. El tiempo, Bastian, no ha afectado a Arkarian de ningún modo; tan sólo le ha cambiado el color del pelo y los ojos. Aunque decidiera mostrarse ante ti fracasarías lamentablemente, del mismo modo que has fracasado hoy... -Se detiene de pronto, sobrecogida por una idea que le levanta el ánimo y le permite pergeñar un plan de contraataque-. Espera. -Mira a Bastian tan fijamente que lo obliga a apartar la vista-. A lo mejor puedes ser de utilidad pese a los lamentables errores que has cometido hoy.

El chico inclina la cabeza a modo de reverencia.

-Estoy a vuestra merced, Alteza. Decidme qué debo hacer.

Ella lo mira a los ojos: Bastian tiembla de pies a cabeza.

-Quiero que averigües la identidad de uno de los Elegidos sin revelar a quién eres leal.

-¿Los Elegidos, Alteza?

-Sí, y no me mires de esa forma tan inexpresiva. Los Elegidos son el selecto grupo de nueve miembros de la Guardia. El cuerpo de élite de los Guardianes del Tiempo. Un ejército formado originariamente para proteger a la Tierra de..., bueno, de mí. -Suelta una risa burlona-. Según la Profecía, los Elegidos son los soldados que lucharán contra mí. Mientras tanto, su tarea consiste en proteger Verdemar. Algún día tendrán un rey, pero de momento tienen a Arkarian. -Lathenia mira pensativamente a Bastian-. Hay muchas ramas de los Guardianes del Tiempo, cada una de las cuales está dirigida por un miembro del Tribunal, que gobierna un sector de la Tierra usando sus propios soldados. En conjunto trabajan como un consejo. Pero son unos estúpidos, Bastian, porque Lorian toma todas las decisiones. -El chico asiente y ella le pregunta-: ¿Por qué crees tú que tantos de mis soldados y los suyos provienen de esa pequeña ciudad llamada Ángel Falls?

Bastian niega con la cabeza.

-No lo sé.

-¡Porque Ángel Falls alberga Verdemar, y Verdemar lo es todo! Tiene poder, Bastian. Durante un tiempo fue la ciudad más poderosa de todos los mundos; era tan avanzada que vuestra tecnología terrestre no le llegaba ni a la suela de los zapatos, ni siquiera la actual.

Bastian mira a la Diosa a los ojos con cierto recelo.

-¿Dónde está esa ciudad? ¿Puedo verla?

-La ciudad se encuentra bajo el lago de Ángel Falls. Es otra de las cosas que Lorian me oculta. Pero algún día, dentro de poco, encontraré el modo de entrar en ella y sus secretos serán míos.

-¿Hay algo que deseéis de esa ciudad, Alteza?

A Lathenia le centellean los ojos. Bastian es más sagaz de lo que pensaba. Tal vez por fin empieza a manifestarse su otro poder.

-Hay una llave con forma de pirámide octagonal. Si la encuentras, Bastian, te coronaré rey, y tu reino será inmenso. Pero ten en cuenta esta advertencia: la llave tiene el poder de matar a todo aquel mortal que la toca.

Bastian traga saliva, pues la idea de convertirse en rey ha embargado su mente. La posibilidad de tener su propio reino suscita visiones de grandeza. Y ahora que Marduke..., bueno, no está, quizá se tengan más en cuenta sus talentos.

-Debe de ser una llave importante, Alteza. ¿Abre un arcón lleno de tesoros?

La Diosa se mofa de la ingenuidad del chico.

-Se podría decir que, en cierto modo, sí. Pero no es el tipo de tesoros que proporcionan riquezas, Bastian. Es un tesoro de armas. Las mejores y más poderosas que se pueden hallar en todos los mundos.

Se hace el silencio. Lathenia pasea la vista por la sala y posa la mirada en el inmóvil cuerpo de su amado. Bastian observa mientras la mano de la Diosa, con sus dedos extraños, acaricia el pecho manchado de sangre del maestro de más alto rango de la Orden.

-Debes olvidarte de la llave de momento, Bastian. Y olvídate también de Arkarian. Yo me ocuparé de él. No tienes bastante poder. Por lo menos aún no. Y él es muchísimo más hábil que el resto de miembros de la Guardia. He ideado un plan para atraparlo que pondré en marcha dentro de poco. Pero también tengo una misión para ti. Y muy importante.

-No soy más que vuestro humilde servidor.

-Averigua el nombre de la persona cuya mano empuñaba la daga que robó el último suspiro de Marduke. -Lathenia vuelve la cabeza y atraviesa a Bastian con su mirada fría como el hielo-. ¡A lo mejor incluso va a tu mismo colegio! ¡Encuéntralo! ¿Entendido?

Bastian asiente y respira hondo.

-Sí, Alteza. Debo averiguar el nombre del asesino de Marduke.

Reconfortada hasta cierto punto por la idea de la venganza, Lathenia centra de nuevo toda su atención en el cadáver de Marduke, que yace ante ella. Abatida por la pena, acaricia suavemente con los dedos la mitad desfigurada de su cara, la cuenca vacía del ojo, el lado demacrado de su boca, antiguas cicatrices de una batalla anterior con uno de los Elegidos. Lo besa dulcemente.

-El mundo pagará por esta muerte. Sentirá mi dolor. Será testigo de mi furia.

-Así debe ser, Alteza -interviene Keziah. La Diosa mira al consumido viejo y se da cuenta de que quiere añadir algo más-. Pero tal vez, ama, por una módica cantidad... -con los dedos de la mano izquierda hace el gesto que indica dinero- podría hacerse algo para aliviar vuestro dolor.

Lathenia alza los hombros y la barbilla.

-Habla, Keziah. Por tu bien, más vale que esas palabras que brotan de tus labios ajados sirvan de algo.

Keziah se tapa la boca con una mano y tose. Un ruido silbante sacude su pecho. Tras recuperar la respiración dice:

-Si estáis preparada para hacer un viaje en busca del alma de vuestro amado…

-Haría cualquier cosa con tal de salvarlo. Explícate. Y rápido porque hoy estáis poniendo a prueba mi paciencia.

-El Reino Medio, Alteza. El lugar donde vaga el alma de Marduke en busca de la novia blanca que lo conduzca a su destino final.

-¡Claro! ¡Murió en un cuerpo mortal mientras aún estaba en el pasado! Si lo encontramos a tiempo, antes de que cruce el puente…

Sus palabras se desvanecen, pero su significado está claro: existe una posibilidad de que Marduke vuelva a la vida. Ese mero pensamiento hace que su corazón inmortal se desboque.

-Necesitaremos vuestra ayuda para adentrarnos en el Reino Medio, Alteza. Tal vez vuestros sabuesos podrían resultarnos útiles para dar con él rápidamente.

-No necesitaré a mis sabuesos para encontrarlo -le espeta-. Lo reconocería en cualquier mundo.

-Sólo hay una cosa más… -dice Keziah en tono dubitativo.

-¡Desembucha, viejo! ¡Vamos!

-Vuestra voz debe ser la de su alma gemela, o no regresará.

Ella sonríe y, sin responder, los transporta a un bosque gris y espeso, donde Bastían se estremece debido al súbito descenso de la temperatura.

-¿Estás seguro de que el alma de Marduke se encuentra aquí, Keziah? -le pregunta al viejo.

Éste resopla cuando la Diosa echa a andar, como si fuera uno de sus propios sabuesos, que sigue el rastro de un conejo herido.

-¿Acaso dudas de mí, Bastian? -replica Keziah.

-Lo único que pasa es que no me gusta este lugar. No sé, es tan…

-¿Gris?

-Iba a decir desangelado. -Alza la vista y echa un vistazo a su alrededor-. ¿Hasta dónde…?

Deja la frase en el aire. Abre los ojos de par en par y los fija en el vacío. De repente empieza a gritar y se tapa la cara con las manos para protegerse.

Keziah nota la angustia que está sufriendo el chico.

-¡No pienses en nada! -le dice-. En este mundo tus miedos se manifestarán en forma sólida.

Bastian baja las manos lentamente. Esta vez, cuando mira, las serpientes han desaparecido y suspira aliviado.

Keziah mira fijamente al chico.

-No te alejes de mí. Cuando encontremos a Marduke, regresaremos de inmediato. Supongo que no querrás quedarte aquí, y dudo que la Diosa viniera a buscarte.

Bastian abre bien los ojos y se frota los brazos para intentar entrar en calor.

-Sólo espero que encontremos a Marduke pronto. -Aparta una enredadera de color plateado que les impide avanzar y echa a correr para no quedarse atrás. Hasta el viejo Keziah, que tiene problemas para respirar, le ha sacado ventaja.

Tiene la sensación de que han transcurrido muchas horas y de que han recorrido varios kilómetros cuando se detienen. Aunque no entiende por qué. Justo enfrente ve la ancha espalda de una criatura jorobada y grande, pero no le presta demasiada atención ya que ha visto muchos seres extraños en las últimas horas. Algunos eran aterradores, otros tan sólo daban lástima. Se sopla la punta de los dedos medio congelados para desentumecerlos y mira a su alrededor. Un río ancho fluye junto a él. Es gris, por supuesto. También hay un valle que parece extenderse hasta el infinito, más allá de las orillas. De pronto se pregunta por qué se han detenido, cuando oye que su Diosa grita la palabra que él lleva horas esperando oír:

-¡Marduke!

La criatura jorobada que hay delante se para y se vuelve lentamente. A Bastian le da un vuelco el corazón al comprender que ese ser, esa bestia, es, de hecho, Marduke, tan cambiado que apenas resulta reconocible. Al ver a esa horripilante criatura retrocede, tropieza con una roca gris y pierde el equilibrio.

-Alteza -susurra mientras recupera la compostura. Intenta hablar de nuevo, aunque antes debe humedecerse los labios con la lengua, que también está seca-. Alteza, ¿estáis..., estáis segura de que queréis hacer regresar... a eso?

Ella no responde y Bastian la observa mientras Lathenia traga saliva y los ojos se le llenan de lágrimas. El da un grito ahogado y el corazón le late con más fuerza aún. La mirada angustiada de la Diosa -¡y las lágrimas!-, algo que jamás había visto, algo de lo que nunca la había creído capaz, lo horrorizan.

Al final ella respira y dice:

-Pagarán muy caro por esto. Pagarán con sangre, con miedo y con muchas vidas.

Isabel

Ningún lugar es ya lo bastante seguro. Cada pocas semanas cambiamos de sitio de entrenamiento. Hoy estamos en la montaña, en campo abierto, sobre las estancias de Arkarian. Aunque no se pueden ver porque están escondidas en el interior de la montaña. Hay una entrada secreta, invisible desde fuera, que sólo se abre por orden de Arkarian. La Guardia debe mantener un alto nivel de confidencialidad ya que nuestras vidas se encuentran en constante peligro. Y desde la muerte de Marduke nada es lo mismo. Hoy hace un año que murió.

Marduke pensó que podría usar a mi hermano Matt como cebo. Su intento de ajustar cuentas acabó provocando la entrada de Matt en la Guardia antes de que estuviera preparado. Marduke ya había matado a la hermana de Ethan, Sera, en represalia por perder la mitad de la cara en una pelea con Shaun, el padre de Ethan. Fue una lucha que hizo que Marduke pasara de ser uno de los miembros más leales de la Guardia a ser un traidor.

Un gélido escalofrío me recorre la espalda. Es el recuerdo de lo cerca que estuvimos de sufrir graves pérdidas, como por ejemplo la de mi hermano. Por entonces él no sabía nada de la Guardia. Ahora es miembro. Bueno, por lo menos está tratando de serlo. Ethan es su instructor y creo que Matt está resultando un aprendiz frustrante.

No acostumbro a ir a ver las sesiones de Matt, a menos que yo también esté entrenando. Pero hoy Ethan me ha pedido que evalúe los progresos de mi hermano. Es peligroso para los tres que desaparezcamos juntos habitualmente después de clase. Nuestro profesor de Historia, el señor Cárter, que también es uno de los Elegidos, no hace más que advertirnos.

-Podríais llamar la atención -nos dice a menudo-. Nunca se sabe quién os está observando.

A pesar de que nosotros conocemos nuestras identidades, no podemos permitir que ningún miembro de la Orden nos descubra. Podría haber alguno en el colegio, o incluso podría tratarse de alguno de nuestros amigos. El mero hecho de pensar en ello hace que vuelva a tener escalofríos. Me froto los brazos para que desaparezca la piel de gallina que siento debajo del jersey. Aquí arriba aún no nieva, pero cada vez hace más frío ahora que se acerca el invierno. Tengo ganas de que este día acabe de una vez. No puedo quitarme de la cabeza el presentimiento de que algo va a salir mal.

-Eh, Isabel, ¿estás bien? Tengo una chaqueta en la bolsa. ¿Por qué no te la pones?

Replico con un gruñido. Es Matt, por supuesto, que se preocupa más de lo necesario, como siempre. ¿Cuándo va a entender que sólo soy un año más pequeña que él y que puedo cuidar perfectamente de mí misma? ¿Acaso no me he pasado gran parte de mi vida demostrándoselo?

-¡No tengo frío!

Me lanza una de sus miradas de frustración, como diciendo «¿Cuándo crecerá mi hermanita?», que me pone hecha una furia. Respiro hondo y me recuerdo que así es Matt. Y no sólo es protector conmigo. Se toma muy en serio lo que él considera que son sus responsabilidades, como, por ejemplo, cuidar de mamá. Por eso no soporta a su novio Jimmy, aunque también es miembro de la Guardia (por cierto, mamá no lo es y nunca debe enterarse de que lo somos).

A lo mejor por eso Matt es el Elegido. El elegido por la profecía para ser nuestro líder. Arkarian nos lo explicó todo. Pero no estoy muy segura de que decírselo a mi hermano sea muy buena idea. A mí no me enseñaron la profecía hasta que estuve preparada para asumirla.

Ethan le da un leve codazo a mi hermano.

-Venga, hoy tenemos mucho trabajo.

Matt resopla y pone los ojos en blanco, presa de la frustración. Sabe que, a pesar de que ha adquirido unas cuantas buenas técnicas de lucha gracias a la instrucción de Ethan, son sus habilidades, sus poderes, los que le darán su verdadera fuerza. Pero de momento no ha habido ninguna señal de aptitudes paranormales. Conozco a mi hermano como la palma de mi mano. Entró en la Guardia antes de tiempo, no se pudo evitar. Pero ¡ya ha pasado un año, sigue sin estar preparado y sus poderes no han aparecido por ningún lado! Es normal que se sienta como un inepto.

Entiendo por lo que está pasando. Hasta el momento sólo se ha manifestado uno de mis poderes: el de la curación. Poseo otro, tal vez dos más, pero no sé cuáles son. Sin embargo, como mis poderes de curación me han resultado muy útiles, siento cierta satisfacción, siento que estoy contribuyendo en algo a la misión de la Guardia.

Los poderes de Ethan ya son legendarios. Es el ilusionista. También puede mover cosas con la mente. Y por suerte para él, tiene una tercera habilidad, su confianza instintiva en la Profecía. El año pasado, como recompensa por su lealtad, un tribunal que se reunió en Atenas acordó que Lorian le concediera el poder de volar. No me refiero a que Ethan puede echar a volar de repente como un pájaro. Se trata de una habilidad que le permite transportarse de un lugar a otro casi al instante. Aunque ya hace un año que tiene alas, aún no las domina por completo. El otro día se transportó a un prado lleno de vacas y aterrizó con ambos pies sobre una boñiga recién depositada. Cuando Matt y yo llegamos allí no pudimos parar de reír durante una hora.

Para empeorar aún más la situación, aunque Matt está en forma físicamente, nunca ha sido muy deportista y no tiene ni idea de autodefensa. Mientras yo me interesaba por todo lo relacionado con las actividades al aire libre, él sólo se interesaba por protegerme. Y ahora parece incapaz de serenarse y centrarse.

-No te agobies, Matt -Ethan intenta tranquilizarlo-. Tus poderes se manifestarán cuando estés listo.

Matt baja la espada y la clava en la mullida hierba.

-Para ti es fácil decirlo. Como aún no he desarrollado ningún poder, Arkarian no me dejará ir a ninguna misión. ¿Tienes idea de cómo me siento? -No le da tiempo para responder-. No, claro que no. Tú has participado en misiones desde que tenías, ¿cuántos? ¿Dos años?

Ethan no puede reprimir una leve sonrisa. Está orgulloso de su historial, pero no piensa restregárselo por la nariz. Ethan y Matt no se llevan muy bien. Por suerte, desde que el segundo se convirtió en aprendiz del primero, empezaron a confiar el uno en el otro. Pero es un proceso lento. No sé si alguna vez recuperarán la amistad que tuvieron hace años. Todo cambió cuando Rochelle llegó a nuestra escuela. Matt se enamoró de ella a primera vista. El problema fue que a Ethan le ocurrió lo mismo. Pero Rochelle eligió a Matt, salieron durante un año y medio y dejaron a Ethan de lado. Sin embargo, resulta que Rochelle sólo estaba fingiendo que quería a Matt. Trabajaba para la Orden, y Marduke era su jefe. Y en su plan de venganza contra el padre de Ethan se contemplaba que Rochelle hiciera pedazos la amistad que existía entre ambos chicos. Ella llevó a cabo su tarea muy bien, pero en la batalla del año pasado en Francia desobedeció a Marduke y le salvó la vida a Matt. A pesar de eso, mi hermano aún siente mucho rencor, y no ha ayudado el hecho de que Rochelle haya estado escondida durante todo este tiempo. Ya no es un miembro de la Orden. Desertó y ha elegido unirse a la Guardia. Los dos tienen que hablar; si no, mi hermano nunca lo superará.

-Cuatro -le corrige Ethan-. Tenía cuatro años cuando Arkarian me mostró este otro mundo. Pero hasta que cumplí los cinco no me dejaron participar en ninguna misión; tardé un año entero.

Matt gruñe y adopta otra táctica para demostrar que tiene razón.

-Isabel tomó parte en una misión cuando sólo llevaba tres semanas de instrucción.

-Resulta que ya había desarrollado uno de sus poderes.

-¡Sí, el de curación! No creo que la protegiera demasiado en una situación de peligro.

-No, pero está muy en forma -añade Ethan.

Matt farfulla algo incomprensible y vuelve la vista hacia la manta donde estoy sentada con las manos alrededor de las rodillas.

-Sé que Isabel es diferente. Es una especie de...

Ethan también me mira.

-Fenómeno de la naturaleza.

No lo dice en sentido peyorativo. Sonríe de oreja a oreja. Antes habría tomado esa mirada por un intento de ligar conmigo. Y quién no. Ethan y yo pasamos mucho tiempo juntos y, bueno, me gusta mucho. Me ha gustado durante casi toda la vida. Pero Ethan ha dejado bastante claro que no le intereso desde un punto de vista romántico. Sólo somos amigos. Muy buenos amigos. Y con eso me conformo. Últimamente también he pensado mucho en otra persona. Pero bueno, parece que esa relación tampoco va a ninguna parte.

-Sí -dice Matt, que está de acuerdo con Ethan en loque respecta a mí-. Aun así, a ella le conceden misiones.

-Pero nunca puedo ir sola -intervengo. Es lo único que me molesta. Sí, vale, ya sé que aparte de la curación no tengo ningún otro poder, pero ¿cuántas veces tengo que demostrarle al Tribunal que soy muy fuerte? No lo parezco porque soy bajita, pero si me dieran una oportunidad...

-No entiendo cómo es posible que alguien sea tan capaz físicamente -

comenta Ethan-. ¿Es que no hay nada que tu hermana no se atreva a hacer o intentar una y mil veces para alcanzar la perfección?

Estoy a punto de decir «Muy gracioso», pero el pensamiento no llega a convertirse en palabras porque una súbita explosión de dolor estalla en mi cabeza. Me pongo las manos sobre las sienes y me doy un golpe al caer hacia delante. Pediría ayuda, pero el dolor es tan intenso que el único sonido que soy capaz de emitir es un gemido que sale desde lo más profundo de mi garganta.

-¿Isabel?

Creo que es la voz de Matt, aunque algo extraño, algo fuerte, está ocurriendo dentro de mi cabeza. Abro los ojos, pero sólo veo una luz blanca y cegadora. Me aterroriza y vuelvo a cerrarlos.

-¡Mierda!

Matt y Ethan corren hacia mí, intentan ayudarme a sentarme, pero la luz y el dolor son demasiado fuertes y me impiden moverme demasiado.

-Algo…, algo va mal.

-¿Qué es? -me pregunta Matt, y a continuación le chilla a Ethan-: ¡Ve a buscar a alguien!

Ethan me abraza y empieza a mecerme suavemente.

-¿Puedes decirnos lo que está ocurriendo?

-Luz blanca. Dolor. Algo va mal.

-¿Qué haces? -le grita Matt a Ethan-. ¿No ves que está sufriendo? ¿De qué le va a servir eso?

-Danos un segundo, Matt -le dice, y luego a mí-: Intenta relajarte.

Me esfuerzo por obedecer a Ethan, pero el dolor de cabeza es demasiado intenso.

-No puedo.

-Vamos, inténtalo de nuevo. No luches contra eso, sea lo que sea.

Entonces, de algún modo, el dolor se desvanece y noto un cambio. La luz se difumina, pasa del blanco deslumbrante a gris y al final toma forma una imagen.

-¿Qué demonios está ocurriendo? -grita Matt, que parece histérico.

-Espera -logro susurrar, y levanto una mano para disipar parte de los miedos de mi hermano-. Estoy bien.

Mientras me pongo en cuclillas, las imágenes que tratan de formarse en mi cabeza se vuelven más claras. Pasan por delante de mis ojos durante unos segundos, como si fueran una película. Me agarro el pecho inconscientemente. Las imágenes traen con ellas una inquietante sensación de horror y desesperación.

Al final desaparecen y mi corazón recupera lentamente su ritmo normal. Pero estoy temblando de pies a cabeza y no puedo parar. Miro el cielo. Es azul y sólo se ven unos cuantos cirros en el horizonte, hacia el norte. Nada serio. Durante un segundo me parece distinguir algo ahí arriba, como el destello de un relámpago de un color increíble, pero eso es imposible... Aun así las oscuras imágenes que acabo de ver me dejan la extraña impresión de que se avecina una catástrofe... ¡que vendrá del cielo!

Me agarro a los brazos de Ethan y mi hermano y consigo levantarme tambaleándome.

-¡Tenemos que irnos de aquí!

-¿Qué? -Matt mira alrededor, sorprendido-. ¿Qué te pasa? Acabas de darme un susto de muerte.

Me aferró a sus brazos. Me resulta imposible explicarles lo que siento en este mismo instante o la trágica premonición que he tenido al ver esas imágenes.

-Hacedme caso. Rápido. -Vuelvo a mirar el cielo. Esa sensación es cada vez más fuerte y siento la imperiosa necesidad de marcharme de este inmenso campo abierto de inmediato-. Tenemos que encontrar un refugio.

Matt endereza la espalda y pone los brazos en jarras.

-¿De qué hablas? Hace un minuto estaba a punto de llamar a una ambulancia, y ahora resulta que estás lista para correr un maratón...

Me resulta más fácil convencer a Ethan, que se pone a pensar rápidamente y señala en dirección norte.

-Allí hay una cueva. Está sólo a unos minutos, en ese bosque.

-¿Qué pasa? -pregunta Matt, que no entiende nada y se siente cada vez más frustrado-. Que alguien me lo explique...

Ethan le lanza una mirada impaciente.

-No hay tiempo para explicaciones. Haz lo que te digamos.

Tiro a Ethan del brazo, pero justo cuando estoy a punto de echar a correr un escalofrío recorre todo mi cuerpo. Siento como si la sangre que me corre por las venas se hubiera convertido en hielo. Se me eriza todo el pelo, ¡hasta el de la cabeza!

-¿Qué ocurre? -grita Ethan cuando su pelo y también el de Matt se pone de punta-. El aire está vivo -dice, y enseguida empieza a recoger nuestras cosas: la manta, las mochilas y unas tazas.

Lo agarro del brazo.

-No tenemos tiempo de recoger nuestras cosas. Ya vendremos luego a por ellas, ¿vale?

Tira lo que ha recogido y echa a correr, asegurándose de que Matt vaya siempre delante de él. Pero cuando apenas hemos cubierto una breve distancia, un sonido desgarrador hace que nos detengamos en seco y miremos en la dirección de la que ha venido: el cielo. Entonces ocurre de nuevo, esta vez con tal fuerza que tenemos que taparnos las orejas. Suena como un trozo de seda que se desgarra en mil hilos.

-¿Qué demonios...? -murmura Matt, que mira hacia el cielo.

En algún lugar de mi cabeza sé que deberíamos estar corriendo en busca de refugio, pero el cielo nos tiene hipnotizados a los tres. Aún es azul, pero en un lugar, casi encima de nosotros, está sucediendo algo extraño. Algo ha empezado a caer.

-¡Poneos a cubierto! -grita Ethan.

Nos tiramos al suelo.

Sin embargo, sea lo que sea, no cae hasta abajo. Y cuando nos atrevemos a alzar la vista, vemos en el cielo algo que se parece a un agujero

oscuro y profundo.

-¿Qué podría ser? -pregunta Ethan.

Ante nuestros ojos, el agujero se contrae como si estuviera tomando aire. Luego, desde su interior, unas nubes -si eso es lo que son- espesas, negras y resplandecientes como el petróleo de las entrañas de la Tierra, salen disparadas hacia fuera. Volvemos a caer al suelo, pero como aquí no estamos seguros nos levantamos rápidamente.

Al cabo de unos segundos esas nubes negras se ciernen sobre la ladera y oscurecen todo lo que nos rodea. Los relámpagos, de increíbles colores morado, verde, amarillo y rojo brillante, vetean el cielo y extienden sus zarcillos en todas direcciones.

Ethan me sacude y tiene que gritar para hacerse oír por encima del súbito golpe de viento.

-¡Vamos!

Echamos a correr de nuevo, tan rápido como podemos, sin volver a caer, pero la cueva de la que hablaba Ethan aún está muy lejos. No vamos a lograrlo. Un trueno como jamás había oído sacude la tierra y nos hace tropezar en las grietas que se han abierto. El aire se vuelve irrespirable y empieza a caer granizo. Pero no es un granizo normal, pues las piedras son irregulares y pesan mucho; parecen rocas de cantos afilados. Y cuando golpean contra algo sólido, explotan y dejan un agujero ardiente en su lugar. Es como si el hielo estuviera compuesto de un elemento inestable. Por lo menos inestable en este mundo.

-¡Toma! -grita Matt.

Se quita la camisa y me la echa sobre la cabeza. Yo me retuerzo para que nos tape a los dos, alzo la vista y veo que Ethan hace algo semejante con la suya. Así que ahora tengo dos capas de ropa que me protegen. Dudo que sirvan de mucho, pero vale la pena probarlo. Lo que sea con tal de protegernos de ese extraño granizo explosivo.

-¡Mira eso! -grita Matt sin levantar la cabeza-. El granizo está causando incendios.

-¡Increíble! -Ethan parece sorprendido-. Fijaos en los agujeros del suelo.

Seguimos corriendo, saltando por encima de los cráteres. Pero a cada paso que damos nos resulta más difícil ya que el cielo se vuelve más oscuro aún, tanto que sería fácil creer que estamos más cerca de la medianoche que de las cuatro de la tarde. A medida que el granizo y los truenos ensordecedores se intensifican, me doy cuenta de que las camisas que me tapan la cabeza empiezan a ponerse rojas. ¡Los chicos están usando los brazos para protegerme! Están tapándome y, por tanto, recibiendo gran parte de los golpes del granizo. Grito y tiro de las camisas para intentar encontrar sus brazos.

-¡Bajadlos! ¡Parad ya, idiotas! ¡Puedo cuidar de mí misma! -No me hacen caso y mantienen los brazos en alto a propósito, fuera de mi alcance.

Los árboles que hay frente a nosotros parecen estar más cerca, y la perspectiva de encontrar refugio en el bosque hace que llevemos a nuestras piernas cansadas hasta sus límites físicos. Pero, justo cuando llegamos allí, un relámpago de color morado retumba sobre nuestras cabezas y estalla en el árbol que hay ante nosotros. La fuerza de la explosión nos hace volar por

los aires. Caemos los tres y nos quedamos desorientados. Y si los otros dos se han quedado como yo, también deben de estar aturdidos y sordos. De algún modo nos arrastramos hasta el bosque y pasamos junto al árbol, que ahora no es más que un montón de madera ardiente y resquebrajada. El pitido de mis oídos disminuye lentamente y por fin vuelvo a oír.

Una vez al abrigo del bosque la granizada disminuye, pero se intensifica la tormenta, que arranca los árboles de cuajo y hace volar por los aires rocas inmensas que una grúa de veinte toneladas apenas habría podido mover. Parece como si esta tormenta tuviera un objetivo: ¡engullirnos!

-¡Aquí! -Ethan me tira del brazo-. Creo que es por aquí.

Veo adonde se dirige a pesar de que él aún no puede. Está tan oscuro que Ethan y Matt sólo consiguen distinguir lo que hay un par de metros más allá. Pero yo, gracias al don de la vista que me concedió lady Arabella el año pasado en mi iniciación en Atenas, puedo ver muy lejos. Me pongo al frente y al cabo de unos minutos encuentro cobijo bajo el saliente que forma la entrada a la cueva de Ethan.

Por fin podemos recuperar el aliento. Los chicos caen sobre el suelo rocoso. La granizada les ha dejado unos cortes espeluznantes en la cara, los brazos y la cabeza. Los dos sangran bastante, pero las quemaduras aún son peores. Y por el modo en que Ethan se sostiene la cabeza, yo diría que podría tener una conmoción leve.

Intento recuperar la respiración rápidamente y me pongo manos a la obra para curarlos de inmediato. Agarro a Ethan de un brazo, pero él me empuja.

-Encárgate de Matt primero.

Mi hermano protesta, así que le espeto:

-Si discutes lo único que lograrás será que Ethan tenga que esperar más, de modo que cállate y déjame hacer mi trabajo.

Tardo una eternidad en empezar porque el hedor de la piel quemada me abruma y me resulta difícil concentrarme para visualizar lo que hay que hacer. Aun así, me obligo a serenarme. Al final puedo curar a ambos, y los tres nos sentamos bajo el saliente rocoso, mirando la extraña tormenta, que ahora ha dado paso a un gran aguacero. Calados como estamos hasta los huesos, nos acurrucamos unos junto a otros para darnos calor. La temperatura ha descendido hasta casi los cero grados.

-¿Qué demonios ha sido eso? -pregunta Matt.

Siento que Ethan se encoge de hombros, incapaz de responder. Vuelve la cabeza despacio en dirección a mí y arquea levemente las cejas. Casi puedo ver cómo bullen sus pensamientos. Está recordando el extraño fenómeno que he experimentado hace unos momentos y que me ha lanzado una advertencia sobre lo que estaba a punto de ocurrir. Cree que he tenido una especie de «visión». Sin embargo, yo no creo que esté en lo cierto. Tampoco estoy segura de querer oír su teoría. Ahora estoy hecha un lío y empieza a dolerme la cabeza.

Si, en efecto, he tenido algún tipo de «visión» o he recibido una especie de advertencia, ¿quién dice que ocurrirá de nuevo? A duras penas podría considerarse una advertencia. La tormenta se ha desatado demasiado rápido. Una habilidad de ese tipo sería del todo inútil.

-Isabel, ¿tienes alguna idea? -Ethan traza un círculo en el aire con una mano para referirse a la devastación que nos rodea y percibo un leve temblor que no puede esconder-. ¿Es esto lo que has visto? ¿Este..., este huracán?

Pero ¿cómo puedo decirle que esta tormenta no es exactamente lo que he visto, sino más bien la última parte de lo que he sentido? Lo que he visto es inexplicable. Un lugar de oscuridad, dolor y sufrimiento, donde el miedo y la desesperación te aprisionan el corazón como una jaula de la que no se puede escapar.

Me estremezco y Matt intenta calentarme los brazos con las manos.

-¡Estoy bien! -digo con más vehemencia de la que pretendía. Me arrepiento al instante y le pido perdón, pero él se levanta, se aparta y se apoya en la pared, junto a la entrada de la cueva.

-¿Isabel? -Ethan me recuerda que no he respondido a su pregunta.

Hablo en voz baja para que no me oiga mi hermano.

-No estoy muy segura de lo que he visto, Ethan. Esa «visión» ha sido muy extraña. Y la tormenta ha sido increíble. No estoy muy convencida de que ambos hechos estén relacionados. -Nos quedamos en silencio un momento y el temporal comienza a amainar. Si no me equivoco, se empiezan a ver retales de cielo azul en el lugar donde los árboles han sido arrancados-. ¿Quién iba a pensar que un día tan soleado y espléndido acabaría de este modo?

-¡Exacto! -exclama Ethan-. Lo que quiero saber es por qué no hemos sido advertidos.

Lo miro confundida.

-¿De qué hablas?

-¿No se supone que a los huracanes se les sigue la trayectoria durante días antes de que lleguen a tierra? Esta mañana he escuchado la predicción del tiempo y no han dicho nada sobre un huracán.

-Aquí no hay huracanes. Vivimos en una zona montañosa, no en el trópico. ¡Y ni siquiera estamos en verano!

-¿Entonces qué ha sido?

Ethan toma un palito y se pone a darle golpes a una piedra que tiene entre los pies. Me quedo mirándolo.

-Mira, no lo sé, pero ha sido algo con mucha fuerza. ¿Alguna vez habías visto una granizada como ésa? ¿Y hielo que empieza arder cuando choca contra algo sólido?

-¿Qué quieres decir? -me pregunta sin dejar de observarme.

No quiero asustarlo, pero me está pidiendo opinión. Y sé que no querrá escuchar una versión suavizada por el mero hecho de que no es agradable. Eso no va con él.

-Hay algo más.

-Dímelo.

-He tenido la sensación de que la tormenta ha atravesado el cielo. De que ha venido de otro mundo.

Arkarian

Vienen a verme y quieren respuestas. Ethan, en concreto, parece bastante inquieto. Sea lo que sea lo que ha visto, lo ha afectado mucho. Querrá una explicación. Y aunque he vivido durante seiscientos años y he sido un maestro de prestigio en la jerarquía de la Guardia durante gran parte de este tiempo, no lo sé todo, como a Ethan le gusta decir a menudo. Hasta el Tribunal se ha llevado alguna que otra sorpresa últimamente, desde que Lathenia está tan furiosa.

Isabel también viene, por supuesto. Miro la ropa que llevo puesta: pantalones negros y un jersey azul. Me quito la goma del pelo, que cae suelto sobre los hombros. ¿Qué opinará Isabel? Dejo de pensar en ello y respiro hondo para calmarme. ¿Qué importa? Tampoco va a darse cuenta. En el pasado creyó que estaba enamorada de Ethan. A lo mejor aún lo está.

-¡Arkarian!

Es Ethan, que me llama desde la puerta secreta de mi sala. Como suele ocurrir cuando está alterado, no puede ocultarme sus pensamientos, por mucho que yo le enseñe. Un día podría meterse en líos por eso. Hay muchos Videntes de la Verdad por el mundo y nunca revelan a nadie sus poderes. Marduke era uno, así como los nueve miembros del Tribunal. Por supuesto, también es uno de los poderes de Rochelle.

-¿Has visto eso? -me pregunta Ethan irrumpiendo en mi sala de trabajo seguido de Isabel.

-Hola -dice ella con una pequeña sonrisa.

-Hola, Isabel. -Nada, no leo nada. Oculta muy bien sus pensamientos.

-¿Has visto lo que ha ocurrido ahí arriba? -me pregunta Ethan, que intenta parecer calmado-. ¿Qué ha sido eso? ¿Qué significa?

Extiendo las manos y aparecen tres taburetes de madera. Los que hice cuando era un muchacho. Lo único que he logrado salvar de uno de los lugares donde viví de niño.

Nos sentamos en triángulo y me alegro de que no hayan traído a Matt. Aunque hace tiempo que se entrena, aún no se siente a gusto aquí. Todos estos aparatos, una tecnología silenciosa que está muchos siglos por delante de la de su época, lo asustan. Recuerdo la primera vez que echó un vistazo a mi esfera holográfica tridimensional y se dio cuenta de que estaba mirando el pasado: le entraron tan rápido ganas de salir que habría atravesado la pared si no fuera de roca maciza.

Ethan me agarra de un brazo.

-¡Arkarian! ¿Qué ha sido?

-Os contaré lo que sé, pero antes debéis decirme lo que habéis visto.

Él agita las manos en el aire.

-Ha sido increíble. Ha caído algo. Había nubes negras como..., como... jamás las he visto.

-Se ha oído un sonido -añade Isabel.

Las palabras de Isabel, más que las de Ethan, hacen que un escalofrío me recorra la espalda. La extraña tormenta que se ha desencadenado esta

tarde ha despertado mis sospechas. Intento convencerme de que ni siquiera la Diosa, consumida por el dolor de lo sucedido hace un año, querría que se formara una brecha entre nuestro mundo mortal y cualquier otro.

-¿Un sonido, Isabel? ¿Qué tipo de sonido?

-Un sonido desgarrador. Penetrante.

Sus palabras hacen que mi corazón lata con más fuerza.

-Cuéntame lo que ha ocurrido en los primeros instantes. ¿Has notado algo fuera de lo habitual? ¿Una luz extraña? ¿Un aroma u olor? ¿Has visto un atisbo de oscuridad?

-Sí, sí -se apresura a responder Ethan-. Ha visto todas esas cosas, creo.

Isabel frunce el entrecejo.

-No recuerdo ningún aroma, sólo el olor de tu piel quemada por el granizo, Ethan.

-Tienes que creernos, Arkarian. Ha sido... estremecedor. ¡Se nos han puesto los pelos de punta!

-Te creo, Ethan.

Pero no quiero que cunda el pánico, me digo. A pesar de la desesperación por haber perdido a Marduke, o de su ira porque un miembro de la Guardia fuera capaz de eliminar a su soldado de mayor rango, ¿por qué iba Lathenia a correr semejante riesgo? ¿Ha perdido la noción de la realidad, la cordura?

Ethan se sienta y usa los conocimientos adquiridos a lo largo de todos estos años para calmarse. Es raro verlo en este estado. Ha vivido experiencias muy extrañas desde que petenece a la Guardia. Normalmente no es fácil trastornarlo.

-¿De dónde crees que ha venido esa tormenta? -me pregunta.

Isabel ya está haciendo sus propias suposiciones.

-Yo sólo digo que esa tormenta no era de este mundo.

Me mira fijamente a los ojos. De repente la confusión se apodera de mis pensamientos y tengo que mirar hacia otro lado. Intento averiguar por qué. Sé que tengo los nervios a flor de piel. Como todo el mundo últimamente. Nuestros espías dicen que Lathenia está a punto de descubrir la identidad de Ethan. Y ella sabe que fui yo quien planeó nuestra estrategia el día que matamos a Marduke, por lo que también quiere vengarse de mí. Pero, como yo nunca visito el mundo mortal, Ethan corre más peligro.

Podría deberse a que las palabras de Isabel están muy cerca de la posible verdad.

Me obligo a recuperar la mirada seria y a elegir unas palabras que no aumenten sus miedos. Tienen que permanecer en calma para seguir haciendo un buen trabajo. Y a pesar de que los poderes de Isabel aún no se han manifestado por completo, su habilidad curativa no tiene parangón en la historia de Guardia.

-Lathenia tan sólo está furiosa por haber perdido a Marduke. Hoy es el primer aniversario de su muerte. Intentad no preocuparos demasiado.

Entonces Isabel dice en voz baja:

-Pues le ha dado un ataque de furia muy oscura, Arkarian.

Ethan interviene:

-Ya lo creo. Isabel lo sabe muy bien. Justo antes de que se desatara la tormenta...

Ella le da un golpe con el dorso de la mano y casi lo tira al suelo.

Así que hay algo más. Algo que ha ocurrido antes de que empezara la tormenta y que Isabel no quiere que yo sepa. Me concentro en Ethan durante un instante, pero está esforzándose en ocultar sus pensamientos. Y aunque no lo logra por completo, ha conseguido enmarañarlos lo bastante para que carezcan de sentido para mí. Bueno, si Isabel quiere ocultarme algo, allá ella. No me entrometeré. Lo único que me inquieta es que lo que me esconda tenga algo que ver con lo que ha visto hoy en la montaña. No quiero que ninguno de los dos se vea involucrado en una situación que no pueda manejar.

Se hace un silencio incómodo. Ethan parece súbitamente fascinado por las finísimas grietas de las paredes de roca, mientras Isabel, que se ha puesto roja, observa la punta de sus botas marrones. Decido que es mejor poner fin a su suplicio antes de que los dos se abalancen sobre la puerta. Tengo que decirles otras cosas, pero primero quiero preguntarles algo.

-¿Qué tal va la instrucción de Matt?

Los dos se miran con los ojos muy abiertos. Isabel se encoge de hombros, pero no de un modo negativo, sino más bien derrotista. La mirada que han intercambiado me preocupa profundamente.

-Cuéntame, Ethan.

Antes de empezar lanza una curiosa mirada de disculpa a Isabel.

-Es un caso perdido, Arkarian. No tiene la más mínima coordinación. ¿Estás seguro de que la Profecía se refiere a él? ¿No es posible que el Tribunal se haya equivocado? A lo mejor Matt no es quien creéis que es. Y menos aún quien se supone que debe dirigir a los Elegidos.

-Matt era un Elegido mucho antes de nacer. Y también antes de que nacieras tú, Ethan -le digo secamente.

-Pues no está haciéndolo demasiado bien.

-Entonces tendrás que esforzarte más.

Ethan deja escapar una risa burlona, como si la idea le resultara absurda.

-No sé qué más puedo hacer. Nos entrenamos todos los días y él se pone nervioso porque aún no tiene ningún poder.

Para mí la respuesta se encuentra ahí.

-Pues tómate con más calma la tarea de intentar desarrollar sus habilidades paranormales. Seguramente está presionándose demasiado a sí mismo, lo cual sólo le causará un bloqueo mental. Pero sigue trabajando en las habilidades físicas porque las necesitará para defenderse. Serán una buena ayuda hasta que sus poderes se manifiesten y tenga tiempo para trabajar en ellos.

Ethan entiende a lo que me refiero.

-De acuerdo, lo intentaré.

Vuelve a hacerse el silencio y no puedo aplazarlo más. Tengo que revelarle a Isabel su próxima misión. Es el momento que tanto he temido.

Esta misión se ha organizado a toda prisa, según las órdenes dictadas directamente por el Tribunal, en concreto por Lorian, nada más y nada menos que nuestro propio Inmortal. En otra situación no me preocuparía el hecho de enviar a Isabel en una misión, sobre todo con Ethan, pero ésta ha llegado con unas instrucciones que se refieren concretamente a mí.

Carraspeo para intentar ganar tiempo, pero logro justo el efecto contrario y Ethan e Isabel me miran fijamente.

-Bueno, tengo que deciros una cosa... -Isabel se inclina hacia delante y su aura roza la mía durante un breve instante. Hace que me quede sin respiración y tengo que empezar otra vez-. Se trata de lo siguiente... La próxima misión se te ha asignado a ti, Isabel. Pero los detalles son bastante vagos. No soy el encargado de supervisar esta época ni el portal que se está empezando a abrir mientras hablamos. -Dirijo la vista hacia la esfera holográfica, aunque la aparto rápidamente.

Ethan frunce el entrecejo.

-¿Y qué problema hay? ¿Cuándo nos vamos?

-Eso es precisamente lo que intento deciros: no vas a ir con ella, Ethan.

Isabel echa la cabeza hacia atrás y esboza una sonrisa. Cree que ha entendido bien lo que estoy diciendo. Agita un puño en el aire y su voz rebosa emoción.

-¡Sí! Voy a hacerla sola. Ya era hora de que empezaras a confiar en mí.

Pero me ha malinterpretado, así que la corrijo rápidamente:

-No es lo que crees. No vas a ir sola.

Se deja caer en el taburete y la sonrisa se convierte en una mueca de enfado.

-Genial. ¿Cómo voy a demostrar que puedo trabajar sola si no me dais la oportunidad? A lo mejor no tengo poderes de fuerza física, pero puedo cuidar de mí misma. Al igual que los demás miembros experimentados de los Elegidos, como Shaun, Jimmy o el señor Cárter, no necesito que ningún soldado me haga de guardaespaldas.

-No es que pensemos que no puedes llevar a cabo una misión en solitario. Lo que ocurre es que en este momento es demasiado peligroso enviar a alguien solo. En circunstancias normales te acompañaría Ethan. Los dos trabajáis muy bien en pareja, pero mis órdenes provienen directamente del Tribunal, y no me han dado ninguna explicación ni van a hacerlo.

-¿Qué intentas decirme, Arkarian? -inquiere ella.

Me quedo callado un momento, preguntándome por qué me habrá hecho esto Lorian, y al final lo suelto:

-Isabel, yo voy a ser tu acompañante.

No dice nada, pero se queda boquiabierta y se pone pálida. Al cabo de un momento recupera la compostura, se sienta erguida y respira hondo.

Pienso en su extraña reacción e intento interpretarla, aunque no llego a ninguna conclusión.

Se humedece los labios y soy incapaz de reprimir una mirada.

Ella se da cuenta y traga saliva.

-Vale -dice con una voz extrañamente ronca. Se tapa la boca con una mano para toser y la miro a los ojos. Mueve la boca pero las palabras la rehuyen. Ethan se echa a reír, lo que logra aliviar la tensión que bulle en la sala. Lo miro y se tapa la boca con una mano y niega con la cabeza-. ¿Qué te pasa? -le espeta Isabel.

-Nada -responde él, tan contento como un gato con un plato de leche entre las zarpas-. Bueno, ¿y cuándo os vais?

-Esta noche -digo.

-Pues entonces es mejor que te acuestes pronto, Isabel. Y recuerda que debes actuar con la mayor normalidad posible, porque si no tu madre sospechará que ocurre algo extraño. Y no olvides que debes estar dormida para que tenga lugar la traslación.

-¿A qué viene todo esto? Sé de sobra cómo tengo que prepararme para una misión. Lo he hecho más veces, ¿recuerdas? Cientos de veces.

-Sí, pero parece que esta noche el cerebro no te funciona demasiado bien -le dice Ethan.

Ella le pega una fuerte patada en la espinilla. Debe de doler. Él hace un gesto de dolor y una mueca.

Isabel recupera lentamente la compostura.

-¿Adonde...? -Se detiene y empieza de nuevo-. ¿Adonde vamos? Y..., esto, ¿cuánto tiempo vamos a estar fuera, juntos?

-Volvemos a Francia, en plena Guerra de los Cien Años, para proteger a una niña de seis años. En cuanto al tiempo que vamos a estar juntos... No lo sé.

Isabel

Voy a ir en una misión con Arkarian. ¡Arkarian! Y podría durar días. Tal vez meses. ¿Quién sabe? Y durante todo ese tiempo Arkarian y yo estaremos juntos. ¡Juntos!

Estoy tumbada en la cama y se me pone la piel de gallina en los brazos, así que me tapo con la manta hasta los hombros. Pero en realidad no tengo frío. Es sólo el mero hecho de pensar en mi próxima misión, en pasar tanto tiempo con Arkarian. ¡A solas! Recuerdo la última vez que estuve tan emocionada. Fue en mi primera misión La hice con Ethan y fuimos a Inglaterra. Estábamos en la habitación de Juan de Gante cuando de pronto Ethan me besó. Pero aquel beso sólo fue una excusa para sacarnos de una situación peligrosa Arkarian jamás utilizaría esa táctica, por muy grande que fuera el aprieto en que nos halláramos. ¿O sí? ¿Y si la si tuación fuera desesperada?

Me pongo de lado. Si no logro dormirme pronto no podre trasladarme a la Ciudadeia. Mi cuerpo físico, por supuesto, no irá a ningún lado. Se quedará aquí en mi cama y parecera como si sólo estuviera durmiendo. Al fin y al cabo, el cuerpo no es más que un recipiente del alma. Así que cuando me traslade a la Ciudadela, tendré uno nuevo que será una especie de préstamo. Únicamente mis ojos serán los mismos No pueden cambiar

porque están conectados con el alma. La Ciudadela controla todo eso. Es un lugar maravilloso. Y lo que es más importante, esa identidad nueva impide que sea reconocida en el pasado.

Cierro los ojos y deseo con todas las fuerzas que permanezcan en ese estado, pero no puedo aplacar los miles de pensamientos que bullen en mi cabeza.

La luz de la luna se cuela por mi ventana y me levanto para correr las cortinas, aunque no supondrá una gran diferencia. El don de lady Arabella para ver bajo cualquier luz me impide dormir algunas noches. Como hoy. Me cuesta tanto serenarme que tengo que hacer un esfuerzo mayor para controlar esa habilidad.

Cuando estoy en la ventana respiro hondo para aspirar la brisa fría que sopla esta noche. Entonces veo el destello plateado que refulge en la montaña, lo cual me aterroriza. Corro las cortinas y me meto de nuevo en la cama, con la esperanza de que ese extraño resplandor no sea el inicio de otra tormenta estremecedora.

Esta vez, cuando cierro los ojos, mi mente fluye hacia el sueño. Lanzo un profundo suspiro, me relajo un poco más, y al final mi cuerpo sucumbe al estado de tranquilidad necesario para realizar la transición. Permanezco en ese estado soñoliento, medio despierta, medio dormida, durante un ratito, cuando unas imágenes empiezan a tomar forma en mi cabeza y me pregunto qué está ocurriendo. ¿Estaré soñando?

Veo un precioso lago con una familia de patos nadando cerca de la orilla, rodeados por nenúfares. Hay un embarcadero y una barca amarrada a un poste. Es pequeña, está pintada de rojo y tiene algo escrito en azul a un lado. Hay una mujer sentada en el embarcadero, a la derecha de la barca, con las piernas colgando sobre el agua y los hombros inclinados hacia delante. Tiene las manos sobre la falda. Se las mira como si sostuviera algo muy valioso. Aunque no puedo verme en este sueño, noto que estoy andando sobre el embarcadero hacia esa mujer, y cada paso que doy me acerca a descubrir su identidad y a averiguar el secreto que guarda en las palmas de las manos.

El sueño se intensifica. Oigo el ruido que hacen mis zapatos al caminar sobre las tablas. Por un momento creo que la mujer también me oye. Mira a la izquierda, pero no dice nada. Aun así me basta para reconocerla. Es Laura Roberts, la madre de Ethan.

-¿Señora Roberts? -pregunto en mi sueño. Ella no responde; parece que mira a través de mí-. ¿Laura? ¿Qué hace? -Miro por encima de su hombro-. ¿Qué tiene ahí?

Alcanzo a verle las manos claramente y, al comprobar que las tiene cubiertas de sangre, doy un grito ahogado y retrocedo. Me tapo instintivamente la boca y echo otro vistazo. Debo esforzarme para reprimir las arcadas mientras la observo con detenimiento. Tiene unos cortes que van desde las muñecas hasta la mitad del antebrazo y sangran abundantemente. La sangre ha empapado la falda y las tablas de madera y se derrama en el agua. Un cuchillo de hoja larga resbala de sus débiles dedos y cae al lago.

Intento gritar, pero estoy sentada en mi cuarto, a oscuras, como si aún estuviera en el sueño. Sacudo la cabeza para olvidarme de la imagen, aunque no desaparece. Es como si tuviera que ver algo más de ese sueño.

Pongo en orden mis pensamientos e intento acercarme a Laura, pero una fuerza invisible me retiene, como si mi papel consistiera en observar y no interferir. Asustada e incapaz de librarme de la imagen de Laura Roberts intentando suicidarse, grito.

Mi alarido hace que Matt entre corriendo en mi habitación, seguido de mi madre.

-¿Qué pasa? -Mi madre aparta a mi hermano, ansiosa por llegar hasta mí-. ¿Has tenido una pesadilla?

Mi hermano se acerca al otro lado de la cama y enciende la lámpara. El cuarto se llena de una luz que me hiere los ojos. Los cierro e intento taparme; el sueño aún hace que el corazón me lata con la fuerza de un caballo desbocado.

Mamá me aparta el pelo de la frente con sus suaves dedos y me acaricia.

-¿Qué tal te encuentras?

-Está bien, mamá -dice Matt-. Yo cuidaré de ella.

Mamá me mira y yo trato de tranquilizarla.

-Tiene razón. No hay de qué preocuparse. Sólo ha sido un sueño. Puedes volver a la cama. De verdad.

Duda un poco.

-¿Estás segura, cielo? ¿Te apetece una taza de chocolate?

Me obligo a sonreír.

-No, estoy bien, de verdad. No necesito nada.

Al final se convence.

-Bueno, pero si quieres hablar conmigo ya sabes que estoy al otro lado del pasillo.

-Ya te llamaré si te necesito, pero estoy bien, mamá.

-Jimmy volverá dentro de poco. También puedes hablar con él si quieres.

A Matt casi se le desencaja la mandíbula.

-No necesita a Jimmy. ¡Ya me tiene a mí!

-Claro que sí -replica mi madre-. No me refería...

Le tomo la mano.

-Tranquila, mamá. No te preocupes por lo que ha dicho Matt. Jimmy me cae bien. En serio. No me importa que ahora viva aquí.

Mamá sonríe y parece más relajada. En cuanto se asegura de que estoy bien vuelve a la cama.

Matt se arrellana en mi sofá verde hinchable.

-¿A qué han venido esos gritos?

-He tenido una pesadilla. Y pensaba que sólo había gritado una vez.

Se encoge de hombros.

-No habrás tenido otra de esas extrañas visiones, ¿verdad?

En cuanto dice eso, me da un vuelco el corazón, que empezaba a recuperar un ritmo normal. ¿Habrá sido una visión? Todo el mundo sabe lo deprimida que se encuentra Laura. Nunca ha logrado sobreponerse a la

pérdida de su hija Sera, ocurrida hace trece años. ¿Y no dijo Ethan el otro día que su madre no mejoraba a pesar del apoyo que estaba dándole su padre? ¿Y que hasta los médicos creían que debería haber empezado a recuperarse y no entendían por qué no lo hacía?

-¡Oh, no!

-¿Qué has visto? -me pregunta Matt.

La pregunta de mi hermano hace que lo niegue todo automáticamente. Ha sido un sueño, no una visión como la que tuve cuando sentí que estaba a punto de estallarme la cabeza. Esta vez no he sentido ningún dolor ni ha habido ninguna luz. Sólo se debe a mi preocupación por Ethan y su madre. Y si se lo cuento a Ethan, sólo conseguiré que él se angustie más. Ya se atormenta bastante a sí mismo.

-¿Isabel? -Pero ¿y si no se lo cuento y resulta que ha sido una visión? A lo mejor no he sentido dolor porque estaba relajada, casi dormida, y no podía luchar o ponerme tensa. - ¡Isabel! ¿Qué demonios ocurre? Cuéntamelo.

Levanto una mano para que las preguntas de Matt dejen de interrumpir mis pensamientos. Necesito unos cuantos segundos más para aclararme. La última vez que tuve una visión, ésta se hizo realidad al cabo de unos segundos, lo cual hace que salga disparada de la cama y recorra a toda prisa el oscuro pasillo en busca del teléfono.

Matt me sigue y enciende la luz.

-¿Cuándo vas a comprender que no tienes que solucionar todos los problemas por tu cuenta?

Me acerco el teléfono a la oreja.

-¿Qué has dicho?

-No estás sola en este mundo, Isabel. No tienes que demostrar a nadie que puedes hacerlo todo por ti misma. Ya es hora de que te des cuenta de que no va a volver.

Doy un grito ahogado. ¡Matt nunca habla de papá!

-Te equivocas.

-¿Ah, sí? ¿Entonces por qué razón te molesta tanto que te ayude? -me pregunta, volviéndose.

-Mira -replico-, no pretendía ignorarte. Mi sueño no tiene nada que ver con... tus paranoias, sean cuales sean. Y, para que te enteres, estoy acostumbrada a hacer las cosas por mi cuenta. Me gusta hacerlo así. Es lo único que ocurre. -Noto que no me cree-. Tu idea de ayudarme se parece más a un intento de asfixiarme. -Sé que mis palabras le duelen, pero ahora mismo no tengo tiempo para esto-. Debo llamar a Ethan, ¿vale?

Echa un vistazo al pasillo, como si estuviera buscando un reloj en la pared.

-¿No es un poco tarde para llamar por teléfono?

Lo aparto con un gesto de la mano y tapo el micrófono un instante.

-Tengo que hacer esta llamada.

Matt refunfuña.

-No me digas que aún fantaseas con Ethan. ¿Has vuelto a soñar con él?

¿A santo de qué mete mis caprichos del pasado en la conversación?

-Pírate -farfullo entre dientes-. Ya te dije que lo de Ethan se me había pasado.

-Pues no te creo -replica él, pero regresa a su habitación de todos modos.

Al séptimo timbrazo Ethan responde medio dormido.

-¿Sí?

-Ethan, soy yo.

-¿Eh? ¿Isabel? ¿Qué ocurre? ¿No debías estar durmiendo para que pudieran transportarte a la Ciudadela?

-Sí, pero...

Interpreta mi silencio correctamente.

-Oh, no, ¿has vuelto a tener una visión o algo así?

-O algo así es la respuesta.

-¿Qué has visto?

De repente me parece que llamar a Ethan ha sido una mala idea.

-No sé cómo decírtelo. Lo más seguro es que no haya sido una visión. Tan sólo un sueño.

-No te andes con rodeos. Desembucha.

Respiro hondo y se lo cuento lentamente.

-He visto a tu madre.

-¿Y?

-Creo que estaba... Ethan, creo que estaba suicidándose. -Silencio. Tan sólo se oye su respiración-. ¿Ethan? ¿Estás bien?

-Cuéntame todo lo que has visto -me dice despacio.

Le hablo del lago y del embarcadero de madera. Le hablo de la familia de patos y los nenúfares. Permanece en silencio mientras se lo cuento, tan sólo escucha. Pero cuando menciono la barca y que es roja, me interrumpe.

-¿Has visto algún nombre en la barca?

Me esfuerzo y entrecierro los ojos para intentar recordarlo. Entonces veo las palabras escritas en azul, trazadas, obviamente, por alguien con talento artístico y buena letra.

-Se llamaba *Lillie-Arie* o algo así.

Ethan da un gemido y yo agarro el teléfono con fuerza.

-¿Qué pasa, Ethan?

-Acabas de describir a la perfección el sanatorio al que va mi madre a veces. Hay una barca con la que navegan por el lago. Se llama *Lillie-Marie.* -Toma aire entre jadeos, como si su cuerpo necesitara más oxígeno para verbalizar sus pensamientos-. Así que tiene que ser una visión, Isabel. No ha sido un sueño. Mi madre ha reservado plaza en ese sitio.

-Oh, no, ¿para cuándo?

Se queda en silencio y casi puedo oírlo pensar.

-Para el viernes de la semana que viene. Se quedará durante cinco días.

-¿Qué vamos a hacer, Ethan?

-Lo primero será evitar que vaya -dice suspirando y con tono de cansancio-. Y luego… no lo sé.

Siento pena por él. Qué duro debe de ser convivir con una madre que sufre una depresión continua. Y Ethan ya lleva así trece años.

-Pareces agotado.

Es lo único que necesita que le diga para descargar parte de la tensión que ha acumulado.

-Ojalá pudiera hacer algo para ayudarla. Pero es que no mejora, y a veces, bueno, me canso un poco. -Murmuro algo en tono comprensivo y sigue-: Isabel, sé que esto suena fatal, pero de vez en cuando creo que mi madre es un poco egoísta. Entiendo que no puede evitar sentirse como se siente. Lo intenta, ya lo sabes. Va al sanatorio, hace meditación y terapia de grupo. Lo ha probado todo. Pero es que algunas veces tengo la descorazonadora sensación de que voy a perderla. Me asusta. Me asusta saber lo frágil que es. Y entonces es cuando me vuelvo loco. ¿Por qué no puede ser como las demás madres? ¿Por qué no puede ser de las que ayudan a sus hijos, para variar?

-Ojalá pudiera echarte una mano.

Ethan respira hondo.

-La situación tampoco es tan mala. No me importa ser fuerte para ella, sobre todo cuando está pasando una mala época, como en el cumpleaños de Sera, el aniversario de su muerte o el día de la madre. Ésos son los peores momentos. Últimamente ha habido muchos, uno después de otro. Tengo la sensación de que cada día hay una crisis nueva. Por eso estoy cansado. Y ahora, encima, tu visión.

-Sí, y tenemos poco tiempo para pensar en cómo solucionar el tema. -No quiero asustar a Ethan más de lo que está, pero no creo que el mero hecho de evitar que Laura vaya al sanatorio sirva de mucho-. ¿Quién dice que impedir su ingreso bastará para evitar que haga eso en otro lugar?

El se queda un instante en silencio.

-No lo sé, Isabel. Lo único que sé es que tengo exactamente diez días para encontrar una forma de salvarle la vida a mi madre.

Arkarian

Isabel llega tarde. Tiene que haberle ocurrido algo. Espero que Marcus Cárter no haya tenido ningún problema a la hora de coordinar esta misión. Aunque hace mucho tiempo que trabaja en la Ciudadela (y como profesor en el instituto), esta noche me sustituye y no está acostumbrado a usar mi equipo. A lo mejor debería hacerle una visita. Podría usar mis alas y regresar al cabo de pocos minutos. Sería todo un alivio salir de esta sala. De esta sala en concreto. ¿Por qué hace esto la Ciudadela? ¿Por qué ha elegido esta sala para nuestra primera misión juntos?

De pronto llega Isabel, que cae de pie y de espaldas a mí pero se queda embelesada observando la habitación antes de notar que estoy aquí. Era de prever.

Da un silbido, se vuelve y me ve.

-Vaya, menuda habitación.

-Sí, es verdad, aunque creo que se han pasado un poco con la cama, ¿no te parece?

Ríe al ver la cama en forma de corazón, cubierta con cojines rojos y blancos también en forma de corazón. Su risa alivia la tensión del hecho de encontrarnos en un dormitorio que sólo podría describirse como el paraíso de dos amantes.

-Podría ser la suite nupcial de un hotel muy pijo... No, más bien un hotel cutre -se corrige-. ¿Por qué crees...?

Sus palabras se desvanecen mientras su cara cambia de color y adquiere un tono rosado, más oscuro que el de la media docena de cojines que hay sobre la cama. Pero su pregunta queda clara. Me encojo de hombros y sonrío.

-Humm, los designios de la Ciudadela o sus guardianes son inescrutables. No tengo ni idea.

Y es cierto. La Ciudadela es un enigma. A pesar de que vivo ahí, sigue sorprendiéndome. Es como si el edificio tuviera mente propia. He visto las máquinas de alta tecnología que cubren las paredes de su estación central de trabajo, pero a veces reacciona como si funcionara guiándose por el instinto o las emociones. Aunque sospecho que Lorian y los demás que viven aquí pueden tener algo que ver con esa particularidad de su funcionamiento.

Intento distraer a Isabel para que deje de pensar en esta réplica del dormitorio de Cupido.

-Creo que es mejor que nos pongamos en marcha. Has llegado tarde, ¿lo sabes?

-Más o menos -responde con ambigüedad. En otra sala, decorada más sobriamente, nos vestimos de época, de un modo más apropiado a nuestro destino. Isabel lleva un vestido verde y largo con mangas largas y sueltas y un cinturón por encima de la cintura. Su pelo se ha convertido en una melena de tirabuzones negros.

La miro durante un buen rato, boquiabierto. Ella se da cuenta y alza una mano para tocarse los rizos. Se enreda un dedo en uno de los tirabuzones con tanta fuerza que pienso que se le va a cortar la circulación. Sobre todo cuando el dedo empieza a ponerse morado.

Me acerco a ella y se lo desenredo. Al principio no entiende lo que estoy haciendo y se queda mirándome.

-Estabas a punto de amputarte el dedo -le explico.

-¿Eh? -dice en tono distraído. Entonces se mira el dedo y exclama-: ¡Ah! -Se da la vuelta y sacude la mano varias veces. Al cabo de un instante se gira-. Bueno, supongo que deberíamos ponernos en marcha. Pero... todavía no sé quién soy.

-Espera.

En cuanto digo esto una fina lluvia de polvo reluciente cae sobre nosotros y nos proporciona el conocimiento lingüístico que vamos a necesitar en nuestro viaje.

-Ah, así que soy una institutriz.

-Phillipa Monterrey -le confirmo, asintiendo con la cabeza.

-¿Y tú? Creo que no vas a destacar por tu elegancia. Miro las calzas de lana que llevo puestas y la basta camisa atada de cualquier modo con una cuerda, y me quito la gorra, que deja al descubierto una mata de pelo alborotado de color castaño claro.

-Parece que voy a ser mozo de cuadra. Mi nombre es Gascón.

-Bueno, Gascón, pues voy a echar mucho de menos tu melena azul. ¿Cómo te reconoceré ahora en medio de una multitud?

Su sentido del humor me hace reír y alivia la tensión que había entre nosotros. Últimamente ha actuado de un modo misterioso. Me preocupa que me oculte algo que pueda afectar a nuestra misión. Aun así creo que sé de qué se trata. Tal vez no quiera mencionarlo porque le da miedo. Cuando entramos en la sala de partida no me aguanto más y le pregunto:

-¿Se ha manifestado ya tu segunda habilidad?

Ella se detiene.

-No me digas que Ethan tiene razón cuando dice que no hay nada que tú no sepas.

-Hay muchas cosas que no sé, como por ejemplo cuál es exactamente tu nuevo poder.

Isabel deja escapar un suspiro.

-Creo que estoy experimentando visiones psíquicas o algo así.

-¿Son visiones sobre el futuro o el pasado?

Parece asombrada por mi pregunta.

-Así que ambas cosas son posibles, ¿no?

-Sí. Y cuando hayas desarrollado ese poder, te sorprenderás de lo que puedes hacer con él.

-¿A qué te refieres?

-Podrás proyectar tus propias imágenes y transmitir advertencias; algún día, incluso, podrás llegar a curar.

-¡Guau! Bueno, ahora mismo debo admitir que esas visiones dan un poco de miedo. No sé cómo controlarlas y no te imaginas lo dolorosas que pueden resultar. Se presentan sin aviso previo, en cualquier lugar y momento.

-¿Cuántas has tenido?

Se hace una abertura en la pared que hay ante nosotros y, a medida que nos acercamos, listos para saltar al pasado, ella se vuelve un poco.

-Creo que he tenido dos. La primera ocurrió a raíz de esa tormenta tan fuerte, unos segundos antes de que empezara. Y esta noche he visto que la madre de Ethan intentaba suicidarse.

Se prepara para saltar, pero la agarro de un brazo.

-Enséñamela.

-¿Qué?

-Recuerda la visión y no intentes bloquear tus pensamientos.

Cierra los ojos y comparte la visión conmigo. Cuando se acaba, me deja a solas con mis pensamientos y salta en silencio.

Caigo a su lado en un camino, junto a un muro de piedra con unas puertas de madera altas. Está despuntando el alba. Y a pesar de que he hecho muchos viajes en el tiempo, aún siento un momento de alivio y emoción intensa cuando el salto sale bien.

Mientras nos alisamos la ropa y tomamos nuestras pertenencias, soy incapaz de quitarme la gráfica visión de Isabel de la cabeza. Ethan, mi aprendiz desde que tenía cuatro años, ha visto de todo en su vida. Desde que su hermana fue asesinada por Marduke ha vivido con una madre sumida en una grave depresión. Como su padre fue incapaz de ayudarla, él asumió la inmensa responsabilidad de ocuparse de ella. Ethan ha tenido una vida agitada, llena de miedo y tristeza y de sentimientos de absoluta impotencia. Lo ha soportado todo. Y hasta ahora muy bien. Pero es humano. ¿Cuánto más podrá aguantar?

Antes de seguir adelante agarro a Isabel del brazo.

-Durante todos los años que fui instructor de Ethan lo vi sufrir, pero no pude hacer nada para ayudarlo.

Ella me mira a la cara. El tiempo y el movimiento dejan de existir.

Entonces dice:

-Nadie podía, Arkarian. ¿Alguien sabe por qué dura tanto la depresión de Laura? ¿O por qué no mejora?

-Perder a un hijo, por mucho tiempo que pase, no puede ser fácil. Pero el hecho de que Laura empeore me hace pensar que hay algo que le impide dejar atrás su dolor. Hay algo que la tiene en vilo constantemente.

-¿Como qué?

-No lo sé. Sólo es una teoría. Pero lo que me preocupa es si Ethan será capaz de soportarlo todo. ¿Sabe lo de tu visión? -Entramos por las puertas, pasamos junto a varias cabanas de adobe y nos dirigimos al castillo.

-Sí, y está muy preocupado.

-Intenta tranquilizarlo y convencerlo de que todo saldrá bien.

-Cree que salvar a su madre será algo tan sencillo como impedir que se vaya al sanatorio.

-¿Es posible evitar una tragedia impidiendo que una persona esté en el lugar y en el momento en que se le ha visto quitarse la vida?

-Creo que debemos averiguar el motivo de la continua angustia de Laura. Pero ¿cómo?

-No te preocupes, no dejaré de trabajar en ese problema hasta que descubra lo que ocurre, te lo prometo.

-Tienes que darte prisa, Arkarian. Sólo faltan diez días para que Laura vaya a ese sitio.

-Sí. Y pueden pasar muchas cosas en diez días.

Isabel

Arkarian no sabe qué papel desempeñará esta niña francesa de seis

años en la Historia, ni de dónde vendrá el peligro. Y no sabe por qué la vida de esta niña es tan importante como para que el Inmortal le haya ordenado que forme parte de esta misión a última hora. Lo único que sabemos es que no vivirá más de dieciséis años, momento en que se queda embarazada y da a luz. Arkarian tampoco puede averiguar nada de su hijo. Es como si el bebé fuera criado por los elfos.

Bueno, yo nunca he llegado a creerme del todo algo que Ethan da por sentado: que Arkarian lo sabe todo. Y, por suerte, he aprendido a ocultarle mis pensamientos, aunque a veces me cuesta una barbaridad. Si no lo hiciera me encontraría en un buen lío. Mis pensamientos han sido de todo menos decentes. Y cuando nuestras miradas se cruzan, para mí es como si la habitación se quedara sin oxígeno. Pero además ocurre otra cosa que no logro entender. Es muy extraño. Una semilla ha arraigado en mi estómago. Una semilla de miedo. Es como si hubiera un reloj contando el tiempo que pasamos juntos.

Dejo estos pensamientos a un lado mientras me concentro en decidir la mejor forma de proteger a esta niña. Se llama Charlotte y es la única hija (la única descendiente, de hecho) de un duque y una duquesa. Por desgracia, el año pasado la duquesa falleció a causa de una enfermedad degenerativa, y ahora la niña se siente muy sola y deprimida. Tiene una tía, la hermana de su madre, lady Eleanor, que me saluda en la entrada de la torre del homenaje. Me mira de pies a cabeza y luego a Arkarian, que se queda detrás de mi . Con un gesto seco de la cabeza, me invita a entrar y cierra la puerta en las narices de Arkarian.

-¿Qué le ha ocurrido a tu carruaje? ¿Por qué has llegado a pie con la única compañía de ese mozo de cuadra? –me espeta.

Detrás de nosotros aparece el duque, que suelta una sarcástica risa de mofa. Por lo que he aprendido antes, el duque pasa mucho tiempo en la corte, en compañía del rey, o en el campo de batalla, comandando las tropas reales. Y por la mirada que le lanza lady Eleanor, la hija del duque no es la única persona a quien sus ausencias le parecen largas y prolongadas.

-¿Por qué tienes que desconfiar de todo el que lleva falda en mi presencia?

Debo ir con cuidado y no reírme abiertamente de la pregunta del duque. Por lo visto no soy la única consciente de los deseos de lady Eleanor.

-Unos ladrones han asaltado el carruaje en el que viajaba -le explico-. Han destruido y robado todo, excepto la ropa que llevo puesta. El mozo de cuadra me ha ayudado a encontrar el camino. Se llama Gascón.

El duque me señala con una mano.

-Ahí lo tienes, Eleanor. ¿Estás satisfecha?

Es un hombre resentido, pero su actitud no me inquieta demasiado. He venido aquí para ocuparme de la niña.

-¿Cuándo conoceré a la joven dama? -pregunto.

El duque arquea las cejas y mira a lady Eleanor, que se va y sube por una escalera. Su marcha llena la amplia sala de un incomodísimo silencio, mientras el duque mira al patio que hay abajo sin decir nada.

-Disculpad, señor, ¿puedo preguntaros dónde voy a alojarme?

Tamborilea con los dedos en el alféizar de piedra que hay ante él. No sé

si va a tomarse la molestia de responder.

-Sin duda alguna, Eleanor habrá dispuesto una cámara para ti. -Señala con desdén hacia fuera y añade-: El chico puede quedarse en los establos. El viejo Francois le mostrará dónde puede dormir.

Vuelve la mirada hacia otro lado, lo que pone fin a cualquier intento de seguir la conversación. Lady Eleanor regresa con la hija del duque y centro toda mi atención en ella.

Charlotte parece pequeña para su edad, y delgada; tiene la piel pálida, unos ojos azules inmensos y una melena de rizos rubios. Me encanta nada más verla, me siento atraída por esta preciosa niña de mirada triste y expresión melancólica. Me arrodillo para ponerme a su altura.

-Hola, señorita Charlotte. -Me responde con la cabeza gacha y silencio, el pulgar metido en la boca. Se mece sobre los talones y mira la escalera. Tómatelo con calma, me digo a mí misma, y lo intento de nuevo-: Me llamo Phillipa y voy a ser vuestra…

No acabo la frase ya que oigo un estrépito por detrás de ella. Alzo la vista y me encuentro mirando directamente a los ojos de un perro enorme, un gran danés, con mucho el más grande que he visto jamás.

Me pongo en pie y mi reacción instintiva es echar a correr, pero Charlotte lo llama completamente emocionada y el animal se le acerca meneando la cola. Entonces la niña se abalanza sobre el inmenso lomo del perro, le da un gran abrazo y susurra palabras de cariño a una de sus tiesas orejas. El animal vuelve su enorme cabeza y se pone a lamer a Charlotte en la cara y el brazo con afán.

-Por el amor de Dios, haz algo, Adrián -se queja lady Eleanor.

El duque se aparta de la ventana, echa un vistazo al perro y a su hija y extiende los brazos.

-El animal la hace feliz. Bien sabe Dios que es el único que lo logra. -El duque me sonríe con tristeza-. La bestia acompaña a mi hija allí donde vaya. Tendrás que ganártelo a él antes de acercarte a Charlotte.

Al cabo de unos minutos, lady Eleanor me muestra mi habitación, que está en el piso de arriba; Charlotte y el perro nos siguen.

-Estoy segura de que estarás cómoda aquí, dudo que hayas visto nunca una cámara como ésta.

Echo un vistazo al dormitorio. Sin lugar a dudas, es espacioso y está decorado de un modo elegante, revestido con unos preciosos paneles de madera de roble. Dos ventanas con parteluz, separadas por un escritorio tallado a mano exquisitamente, dan al patio de abajo. Una puerta lleva a la cámara de Charlotte y un banco pintado adorna la pared de la derecha. En la pared de enfrente, sobre una plataforma elevada, hay una enorme cama de matrimonio con dosel. Encima, un precioso tapiz colgado. Me aproximo para mirarlo de cerca.

-Lo hizo mi madre -me informa una suave voz por

detrás-. Le encantaba bordar.

Cuando me vuelvo, lady Eleanor está saliendo por la puerta y me deja a solas con Charlotte. Señalo al perro.

-¿Cómo se llama?

-Papá dice que debería llamarse *Caballo.*

-Humm, me pregunto por qué... -murmuro entre

dientes.

Charlotte se arrodilla y le da al perro otro de sus abrazos, dejando la cabeza sobre su inmenso pecho.

-Pero yo lo llamo *Rey Carlos,* en honor de nuestro rey. ¿No crees que parece un monarca?

-Sin duda.

Pero el rey Carlos se esfuma de mi cabeza cuando Arkarian, o debería decir Gascón, aparece y se queda junto a la puerta. Se dirige a nosotras educadamente.

-Disculpad, señora. Lady Eleanor dice que ha llegado la hora de vuestro paseo a caballo.

Charlotte asiente feliz y empieza a buscar sus guantes y la fusta. El perro la sigue como una sombra.

-¿Qué crees que deberíamos hacer con él? -le susurro.

-Bueno, sus instintos deberían llevarlo a proteger a la niña, lo cual no puede ser malo. -Arkarian se acerca al perro, se agacha y lo acaricia por detrás de una oreja-. Parece bastante simpático.

-El duque dice que necesitaré permiso del perro para

acercarme a Charlotte.

Charlotte me oye y se ríe, mirando de reojo a Arkarian. Se lo presento como Gascón. De repente, el perro se mueve y yo retrocedo instintivamente.

Arkarian se ríe.

-No se te ve muy cómoda. ¿Está diciéndote algo tu sexto sentido? -añade con un susurro-. ¿O es que no te llevas bien con los animales?

Pienso en ello durante un instante. El año pasado, en mi Iniciación, los señores y las señoras de las distintas casas me concedieron varios dones. Pero fue el jefe del Tribunal, Lorian, quien me concedió el don del sexto sentido. Me encojo de hombros porque a veces no acabo de tener claro si se trata de mi sexto sentido o, simplemente, de miedo.

-Lo único de lo que estoy segura es de que no se me dan bien los animales que tienen dientes afilados.

Arkarian echa un vistazo a la sala.

-¿Aquella de allí es su habitación?

Asiento con la cabeza y Arkarian frunce el entrecejo pensativamente.

-Vamos a tener que hacer turnos para vigilarla -me dice, pero desvía su atención de inmediato hacia *Rey Carlos,* que está sentado sobre las patas traseras con Charlotte a lomos. La niña se agarra al cuello del animal y empieza a inclinarse hacia delante y hacia atrás. De pronto se baja, se pone frente al perro y le da un beso en la frente, pero le mete sin querer un dedo en un ojo.

-Oh, lo siento, *Carlitos* -se disculpa la niña cariñosamente. Luego le acaricia las orejas y se echa a reír. Cuando ha acabado de jugar con el perro, se acerca a Arkarian y, sorprendentemente, le coge de la mano sin mostrar timidez alguna-. ¿Quieres guiar a mi poni, Gascón?

Bajamos al establo, donde Francois ya tiene al poni ensillado. Nos dan instrucciones de que llevemos a Charlotte a su lugar favorito: la cascada que hay en un recodo del río que cruza las tierras del duque. Durante el recorrido nos mantenemos alerta ante cualquier cosa que parezca sospechosa.

-Vamos a tener que ir con mucho cuidado -dice Arkarian en voz baja-. He hablado con algunos sirvientes. Al parecer no ha habido incorporación de nuevos miembros al personal de la casa recientemente, ni durante los últimos meses, por lo que la Orden aún no ha hecho acto de presencia. Y empiezo a tener la sensación de que están esperando algún motivo concreto para dejarse ver; como, por ejemplo, nuestra llegada.

-¿Crees que nos quieren a nosotros y no a la niña?

-Si no les interesa la niña, ya sabes lo que es esto, ¿no?

Lo entiendo al instante, y un escalofrío recorre mi cuerpo de pies a cabeza.

-¿Una trampa?

-Es posible.

-¡Oh, genial! -Por un instante me quedo sin palabras, con lo cual mi cerebro tiene más tiempo para pensar. Bajo la voz y le pregunto en un susurro-: Te han puesto en el lugar de Ethan en el último momento. Así que si al final la Orden ha descubierto quién es Ethan, deben de esperar que esté en esta misión.

-Bueno...

-¡Esto es una trampa para matar a Ethan!

-Mira, aún no podemos sacar conclusiones. Lorian podría tener otros motivos para haber sustituido a Ethan en el último momento. Pero me pregunto por qué no habrá elegido a Shaun o a Marcus.

Para mí la respuesta es muy sencilla: Lorian confía mucho en la capacidad de Arkarian. Pero no expreso mis pensamientos, pues Arkarian los negaría. A pesar de que es el miembro de la Guardia con mayor talento y el más poderoso, nunca lo reconocería.

-Entonces, ¿crees que, después de todo, Charlotte está a salvo?

-No podemos dar nada por sentado. ¿Quién sabe cómo piensa un inmortal?

-Bueno, hace un año del asesinato de Marduke. A la Diosa se le debe de haber acabado la paciencia.

-Sí, lo que significa que puede actuar por impulsos. Por eso debemos estar preparados para cualquier cosa.

Arkarian

Al final del paseo Isabel ha logrado crear un fuerte vínculo con la niña, lo cual no es muy difícil. Siento que yo mismo podría hacerlo, y eso que es algo que he conseguido evitar durante casi seiscientos años. Pero Charlotte

es una niña de buenos modales, amable y confiada. Más de una vez está a punto de romper a llorar.

Después de la cena con el duque y lady Eleanor, Charlotte insiste en que le cuente otra historia. Es algo inaudito que un mero mozo de cuadra sea invitado a entrar, pero al final el duque accede. Creo que se siente aliviado al ver sonreír de nuevo a su hija.

Seguidas de *Rey Carlos,* Isabel y Charlotte se arremolinan frente a la chimenea. Mientras la niña acaricia al perro, Isabel me susurra:

-A su tía no le haría ningún mal ser un poco más amable. Esa mujer no es precisamente una madre muy cariñosa.

Estoy de acuerdo con ella y, a pesar de que no he podido averiguar casi nada sobre Charlotte, descubro que lady Eleanor se convertirá un día en la señora de este castillo tras casarse con el duque y asumir el título de duquesa. Pero prefiero no comentarle nada a Isabel. No soportaría la idea de que lady Eleanor se convierta en la madrastra de Charlotte. Está estrictamente prohibido tomarle cariño a la gente a la que ayudamos. Es una regla fundamental. Es bastante fácil trabar amistad, y las dificultades a la hora de desprenderse de ella han provocado situaciones peligrosas para varios miembros de la Guardia. Ése fue el catalizador de todos nuestros problemas con Marduke. Hace trece años modificó el pasado al intentar evitar que la mujer de la que se enamoró contrajera la peste. Su compañero era Shaun, el padre de Ethan, e intentó detenerlo. Lucharon y Marduke recibió varias heridas en la cara.

-Esa mujer sólo querría a un niño para asegurarse una buena herencia -concluye Isabel.

Charlotte se revuelve y pide otra historia, e Isabel deja el tema. Le acaricia la frente a la niña.

-Paciencia, Charlotte. Espera. -Isabel cambia de posición y se pone la cabeza de la hija del duque en el regazo-, ¿Estás cómoda?

La niña asiente y entonces me mira.

-Date prisa, Gascón. Tienes que contarme la historia antes de que me quede dormida. ¡Sabes tantas!... Y se me están empezando a cerrar los ojos.

A pesar de lo mucho que según ella le pesan los párpados, tengo que contar tres historias de las largas -mitos de la antigua Grecia y Macedonia- para que Charlotte cierre sus bonitos ojos azules.

Isabel sigue acariciándole la frente.

-¿La llevamos a la cama?

Echo un vistazo en su habitación a través de la puerta y me pregunto qué debe de reservar la Orden para esta niña. ¿Se habrá abierto el portal de esta época sólo para secuestrar a Ethan? Únicamente puede abrirse durante un breve periodo de tiempo y una sola vez. Nadie puede regresar a la misma época dos veces. ¿O existe una amenaza verdadera para el bienestar de Charlotte? Sería un error subestimar al enemigo. Y, por lo que he visto antes en el dormitorio de la niña -ventanas estrechas con cortinas pesadas, puertas de armarios y arcones de madera-, hay muchos lugares para esconderse en caso de que aparezca alguien.

-¿Por qué no dejamos a Charlotte aquí, donde podamos vigilarla de cerca? Junto a la chimenea no hace frío.

Isabel está de acuerdo y le pone unos cuantos cojines para que esté cómoda. *Rey Carlos* se acurruca junto a ella, apoya la cabeza sobre las patas y cierra los ojos lentamente.

Nosotros dos nos vamos y nos sentamos apoyados en la cama con dosel. Al cabo de un rato Isabel suspira y bosteza. Sin darse cuenta, se recuesta en mi hombro. Después de un día tan largo está derrotada. Mira a Charlotte y comenta en voz baja:

-Parece tan inocente...

-Como sólo puede parecerlo un niño.

-¿Por qué iba a querer hacerle daño alguien? -pregunta, y de pronto se estremece.

Instintivamente, y aun sabiendo que no debería, la acerco hacia mí. Apoya la cabeza sobre mi hombro como si fuera la cosa más natural de todos los mundos.

Pero es un error. Percibo los latidos de su corazón, sus pulmones, que se expanden al respirar, su piel bajo mi tacto.

Se mueve y su cabeza resbala hasta mi pecho. Se duerme y me agarra por la cintura. Ahora también percibo los latidos de mi corazón, sincronizado con el suyo. Sé que debería apartarla, pero, si mi vida dependiera de ello en este preciso instante, me resultaría imposible.

Ella murmura algo; su respiración es lenta y acompasada. Incapaz de detenerme, la beso en la cabeza.

Cambia de posición y se despierta. Se da cuenta discretamente de que tiene el brazo sobre mi pecho. Lo aparta de un tirón, respira hondo y se sienta derecha.

-Debo de haberme quedado dormida.

-Sólo durante un minuto o dos.

Vuelve la cabeza hacia mí.

-¿Me he perdido algo?

Recuerdo el beso que le he dado y no puedo reprimir una sonrisa.

-Nada. Nada en absoluto.

-Menos mal. No querría perderme nada importante; imagínate que aparece la Diosa por aquí para saludar...

Su comentario me hace reír.

-Tengo seiscientos años y aún no he conocido a esa mujer. -Parece sorprendida-. Lathenia sólo aparece en ocasiones muy excepcionales.

Un ruido inesperado desde la chimenea, un gañido de *Rey Carlos,* llama nuestra atención. El perro se ha despertado, se despereza y arquea la espalda.

Charlotte empieza a moverse y estira los brazos en busca de su perro. Pero hay algo en la reacción del animal que resulta extraño, anormal. Sus ojos cambian y pierden su forma animal. Es como si ya no fueran los ojos de un perro, sino los de...

-¡Coge a la niña! -grito.

-¿Qué pasa? -pregunta Isabel, confusa.

-Creo que tu deseo de conocer a la Diosa está a punto de hacerse

realidad.

Se vuelve hacia Charlotte.

-¡¿Qué?! ¡Imposible! Pero ¿cómo?

-Creo que Lathenia ha usado a uno de sus sabuesos para acercarse a Charlotte y hacernos pensar que la Orden aún no había llegado. Ha tenido tiempo para estudiarnos.

-¿Crees que se ha dado cuenta...?

Un chillido estridente le impide acabar la frase. Agarra a Charlotte suave pero firmemente, aparta a la niña y le tapa la cara con su falda.

-Oigas lo que oigas, no te vuelvas -le digo.

Charlotte se aterraría si viera a su «cachorro» de pie sobre las patas traseras y aullando como si estuviera padeciendo un dolor atroz. ¡Sobre todo porque el perro también ha empezado a cambiar de forma delante de nosotros! Sus largos miembros se estiran y se hacen más largos, pierden su forma canina y se transforman en unos brazos y unas piernas más delgados..., de aspecto humano.

Al cabo de unos pocos segundos una mujer se halla de pie frente a nosotros. Una mujer que sería más alta que la mayoría de los hombres, con una melena pelirroja brillante que le llega hasta los tobillos y unos ojos estremecedores de color plateado.

La Diosa del Caos endereza los hombros y señala en mi dirección con uno de sus dedos increíblemente largos.

-Tú no eres él.

Isabel me mira mientras sigue agarrando a Charlotte, que intenta ver algo por debajo de su falda.

Lathenia aguza la mirada para concentrarse. En un instante sabrá quién soy exactamente. Y, a pesar de que hoy había planeado eliminar a Ethan, no se sentirá muy decepcionada al encontrarme a mí en su lugar.

Menuda sorpresa conocer a Lathenia en esta misión... Lorian debe de haber sospechado algo. Ahora entiendo el motivo del cambio de última hora. A lo largo de los años que han pasado desde mi iniciación en la Guardia me han ensebado las habilidades necesarias para tratar con un inmortal. Nadie los puede matar, salvo otro inmortal, pero se les Puede herir temporalmente, y engañar, y al final podrían quedar atrapados en algún lugar seguro. El fuego es el principal enemigo de Lathenia; por ese motivo vive en un mundo de cristal, mármol y hielo.

Así que debo centrarme en el fuego. Tendré que hacerlo usando una de mis habilidades. Pero antes Isabel y Charlotte deben ponerse a salvo.

-Lleva a la niña abajo.

Isabel mira hacia la puerta, pero no va a tenerlo fácil. Lathenia está en medio, e Isabel no sabe que poseo las habilidades, aunque nunca las he probado, para encargarme de esta inmortal. Querrá quedarse y ayudar.

-Phillipa, tienes que poner a Charlotte a salvo -le ordeno, lanzándole una mirada seria para que me obedezca.

Ella se dirige hacia la puerta, pero Lathenia se la cierra en las mismas narices. Isabel tira de ella, pero está atrancada. Y Charlotte empieza a gimotear.

-¿Dónde está *Carlitos?* ¿Quién es esta mujer tan fea? Me da miedo. Haz que se vaya, Gascón.

Isabel le dice que se calme y todo saldrá bien.

-Confía en Gascón, cielo.

La niña asiente, pero las lágrimas le corren por las mejillas y sus gemidos son cada vez más fuertes.

Lathenia levanta las manos. Sé el poder que poseen, un poder tan fuerte que no puede ser igualado por ningún mortal. Las puntas de sus dedos empiezan a volverse azules y de ellos manan unos destellos de luz que están listos para ser lanzados contra mí. Estiro las manos rápidamente y me concentro. Unos rayos potentes cruzan la habitación y chocan contra las palmas de mis manos.

La energía de Lathenia me golpea y noto cómo me quema las manos, pero en cierto modo soy capaz de soportarlo. Mis manos empiezan a brillar enseguida mientras su energía se acumula en ellas. Me concentro, divido la energía en dos partes y le tiro una a la Diosa y otra a la chimenea. Ocurren dos cosas: el fuego estalla con tanta fuerza que toda la habitación desprende un resplandor naranja y se llena de un calor intenso; y Lathenia grita, profiere un chillido estridente y espantoso cuando su propia energía la golpea, probablemente debido más a la sorpresa que al dolor.

La Diosa del Caos recobra la calma y se endereza, pero tiene la piel roja y carbonizada. La he quemado con su propió poder y ahora está furiosa. Me mira fijamente y traza un gran arco con un brazo. Oigo unos crujidos, que son la primera indicación de lo que trama. Miro los muebles, que ya empiezan a moverse.

-¡Intenta abrir la puerta de nuevo! -le grito a Isabel. Pero la puerta no se mueve. Los muebles empiezan a dar vueltas en círculos, cada vez más rápido-. ¡Agárrate a cualquier cosa que esté fijada al suelo o al techo! -le advierto-. Inténtalo en el alféizar de la ventana, pero no te asomes demasiado. Hay una buena caída. -Pone a Charlotte entre ella y el muro y se agarra al alféizar-. ¡Protege a la niña con todo lo que tengas a mano!

En cuanto digo esas palabras, Lathenia se pone a dar vueltas sobre sí misma con las manos alzadas. Resulta imposible distinguir ninguna parte de su cuerpo porque gira cada vez más y más rápido. Y con sus giros los muebles se elevan. Hay un poste de la cama junto a mí. Le doy un tirón para comprobar si es firme. Me parece lo bastante sólido y me agarro a él con el brazo. Usaría las manos, pero aún queman y brillan a causa de la energía de Lathenia.

Al cabo de un instante los muebles se mueven a tal velocidad que la habitación se ha convertido en un caos borroso.

Miro a Isabel. El remolino le ha enganchado el vestido. Se está sujetando sólo con los dedos, y las fuerzas de la habitación amenazan con arrastrarla a ella y a la niña. No sé cuánto tiempo más aguantará. Tengo que actuar, y rápido, pero ya me cuesta bastante sostenerme a mí mismo. Y además no puedo ver el fuego a través de los muebles, que no nos golpean por poco.

El remolino aumenta e Isabel grita, tiene el cuerpo casi en posición horizontal, con Charlotte agarrada a su cintura. Debo recuperarme para

poder localizar la chimenea. Entonces veo que Lathenia se frena y deja de dar vueltas. Su cara ha recuperado el tono habitual, un color luminiscente. Me mira a los ojos con una sonrisa petulante. La entiendo sin que diga nada: ha descubierto mi identidad.

Al detenerse me percato del resplandor naranja de la hoguera que hay a su derecha. Me concentro en ella, usando todos mis conocimientos y los restos de energía que aún laten en mis manos. El fuego estalla de nuevo y una oleada de llamas barre la habitación y frena el remolino. Los muebles empiezan a caer a medida que el viento desaparece, se rompen al chocar contra el suelo y se parten en cientos de pedazos muy peligrosos. Isabel se agacha con la niña enterrada entre su falda.

Ahora se oyen unos porrazos en la puerta. El duque y otras voces exigen saber lo que está ocurriendo. Quieren que abramos la puerta. Isabel me lanza una mirada de preocupación, pero mi mayor inquietud es Lathenia y su próximo ardid. Me agacho y centro todo mi poder en el fuego. Si tengo que quemar la habitación para que la Diosa se vaya de esta época, entonces correré ese riesgo.

Lathenia ve lo que tengo en mente. Uno de sus largos dedos señala hacia la chimenea y el fuego se apaga al instante. Entonces, con cara de felicidad, alza una mano en mi dirección. Intento no prestarle atención y me concentro en la chimenea, con la esperanza de que alguno de los restos, una única brasa, aún arda.

-No eres tan bueno..., ¡Arkarian!

Me esfuerzo para no distraerme y me concentro en encontrar la brasa. Oigo a Lathenia reír; tiene una risa burlona, alegre. Pero se calla al instante cuando la brasa que por fin encuentro se convierte en un fuego infernal. Un fuego que la pequeña chimenea no puede contener. Explota y unas llamas naranjas avanzan por la habitación.

Lathenia grita, esta vez de frustración. Y cuando las llamas se extienden y llenan casi la sala entera, se eleva sobre ellas y me mira con sus deslumbrantes ojos plateados.

-No creas que has ganado, Arkarian. Nos encontraremos de nuevo. Nos encontraremos dentro de muy poco. Y yo elegiré el lugar.

Y tras pronunciar estas palabras desaparece.

A una orden mía las llamas regresan a la chimenea. La puerta se abre de golpe y el duque, lady Eleanor y muchos sirvientes entran en tropel. Al principio retroceden debido al calor y el olor de los muebles quemados. Pero entonces ven el estado en que ha quedado la habitación y se quedan paralizados.

El sonido de los gemidos de Charlotte rompe el hechizo.

-¿Qué demonios ocurre aquí? -pregunta el duque.

-¡La mujer se ha llevado a mi perro! -exclama Charlotte entre sollozos.

-Humm, el perro... -Isabel intenta encontrar una explicación plausible-. Bueno, se..., se...

-¿Sí? ¡Continúa! -le ordena el duque.

-Se ha quedado dormido muy cerca del fuego -añado para echarle una mano.

Ella sigue con la historia.

-Sí. Estaba tan cerca que una chispa le ha quemado el pelo. Se ha puesto como loco, señor. Y cuanto más corría, más crecían las llamas. Ha recorrido toda la sala con el pelaje ardiendo, ha prendido todo aquello que tocaba y ha tirado los muebles al suelo. Hemos intentado detenerlo, pero sólo hemos empeorado la situación.

Lady Eleanor parece horrorizada.

-¿Por qué no habéis abierto la puerta?

Isabel mira al suelo. Junto a la puerta hay un mueble grande vuelto de lado.

-El escritorio -contesta-. Ha acabado tirado junto a la puerta. Y estábamos tan angustiados tratando de contener el fuego y detener al perro, que no hemos tenido tiempo de apartarlo.

El duque mira a su hija, que aún llora pero está a salvo.

-Bueno, parece que habéis protegido a mi hija y os estoy muy agradecido. Pero ¿qué ha dicho Charlotte acerca de una mujer?

-Cuando el fuego ha empezado estaba dormida, señor. Debió de ver a la mujer de la que habla en sueños.

-¿Dónde está el perro ahora?

Miro hacia la ventana abierta e Isabel dice:

-Ha saltado, señor. Por la ventana. Gascón ha visto como desaparecía en el bosque.

El duque, que parece satisfecho con nuestra historia, les dice a los sirvientes que limpien la habitación y retiren todos los muebles que se hayan quemado y no sea posible reparar. Lady Eleanor ordena que preparen otro dormitorio para Charlotte.

-Y procurad daos prisa para que podamos acostar a la niña rápido.

A Isabel le resulta difícil pasar por alto las palabras de lady Eleanor. Le lanzo una mirada de advertencia y se agacha para consolar a Charlotte, que aún está disgustada por haber perdido a su querido perro.

-Ya te dije, Adrián, que ese chucho no podía ser bueno -le espeta lady Eleanor al duque-. Deberías haberlo mandado sacrificar en cuanto apareció en la finca. Te advertí que nos causaría problemas.

Charlotte llora con más fuerza e Isabel masculla algo entre dientes al oír las palabras crueles y desconsideradas de lady Eleanor. Y aunque yo también lo siento por Charlotte, ni Isabel ni yo podemos hacer nada por el perro. Obviamente, no pertenece a esta época de la Historia. Lathenia lo envió para que cumpliera con su propósito y ahora, por supuesto, no puede regresar. Este portal del tiempo se cerrará en cuanto Isabel y yo encontremos un lugar tranquilo para llamar a Marcus. Tan sólo debemos pronunciar su nombre -en voz alta y con sentimiento- y él nos oirá y nos hará regresar a la Ciudadela al instante.

La agarro del brazo y le susurro al oído:

-Ya hemos acabado nuestra tarea aquí.

Ella asiente con la cabeza de modo casi imperceptible y le dice a lady Eleanor:

-Si la cámara de Charlotte está lista, la acostaré.

El duque se acerca y toma a su hija en brazos, estrechándola con fuerza.

-Gracias por la amabilidad con que has tratado a Charlotte, pero esta noche la acostaré yo mismo.

Lady Eleanor corre junto al duque y le tira del brazo, di-ciéndole a continuación:

-Te acompañaré. Y cuando la niña duerma, ordenaré que nos sirvan hidromiel para calmar los nervios.

Una vez que el duque y lady Eleanor se han ido, los sirvientes tardan muy poco en retirar los muebles más dañados, e Isabel y yo nos quedamos por fin a solas.

-¿Cómo lo has conseguido? -me pregunta.

Cierro la puerta cuando sale el último criado y me doy la vuelta.

-¿Humm?

Ella hace con las manos un movimiento similar al que he hecho yo al detener el rayo de Lathenia.

-Eso de las manos. -Se acerca a mí, me las coge y pega un grito-. ¡Cómo queman! ¿No te duelen?

Aparto las manos. Aún siento una leve molestia, pero estoy seguro de que se me pasará dentro de poco.

-No pasa nada, no te preocupes.

-Pensaba que iban a estallar en llamas, como ocurrió con el fuego de la chimenea cuando hiciste que explotara.

Quiere que se lo explique.

-Tan sólo se trata de una habilidad que me enseñaron a usar para cuando me enfrentara a un inmortal. Eso es todo.

Me mira con los ojos entornados, presa de la curiosidad.

-¿Ah, sí? -Esboza una sonrisa crispada. A pesar de que intenta ocultar sus pensamientos, resulta obvio que ha llegado a una fascinante conclusión sobre mí-. Hace muchos años también debiste de ser aprendiz. ¿Quién fue tu instructor?

Por algún motivo Isabel logra que parezca que la respuesta a esa pregunta resolverá el misterio de mi insólita y reciente demostración de poderes. Pero yo no quiero darle información que pueda hacerle llegar a una conclusión equivocada. No sé quiénes fueron mis padres. Fui criado en varias casas, por campesinos y soldados. En algunas de esas casas fui un esclavo. Hasta que cumplí los dieciocho y pasé a formar parte de la Guardia no encontré la paz. No tengo apellido. La única verdadera familia que he conocido es la que me ha proporcionado la Guardia.

-Mira, Charlotte está a salvo. Hemos acabado nuestro trabajo y tenemos que irnos.

Intenta agarrar una de mis manos, que aún brilla un poco, pero me vuelvo.

-No hasta que me digas quién fue tu instructor.

-¿Qué importa eso?

Encoge un hombro.

-¿Entonces por qué no me lo dices?

-Porque empezarás a sacar conclusiones. Sin sentido.

-Sí, vale, ¿por qué no dejas que lo juzgue yo misma?

-Debemos irnos, Isabel. Tenemos mucho que hacer cuando regresemos.

-Lo entiendo, pero no pienso marcharme hasta que me digas quién fue tu instructor.

Mascullo una maldición y niego con la cabeza. Qué tozuda es. Me mira fijamente con los brazos enjarras; no piensa dar su brazo a torcer, eso está claro.

-De acuerdo. Fui aprendiz de Lorian. ¿He satisfecho tu curiosidad?

-¡Ja, me lo imaginaba! -exclama. Desde luego, cualquiera pensaría que esa noticia es la más trascendental que ha recibido en toda su vida. Y entonces se le ocurre otra cosa. Se emociona, como una niña a la que acaban de darle un regalo envuelto en papel de colores brillantes-. Dime otra cosa y no te molestaré jamás.

Lo dudo, pero acabo cediendo porque siento la imperiosa necesidad de regresar a nuestro tiempo.

-Es la última pregunta que puedes hacerme sobre mi pasado. Debemos regresar a la Ciudadela; el tiempo pasa muy rápido.

-Dime durante cuánto tiempo.

-No te entiendo.

-¿Durante cuánto tiempo fuiste aprendiz de Lorian? -Su pregunta es intrigante. Sinceramente, no sé por qué duró tanto mi aprendizaje. Tal vez sólo fui un estudiante lento-. ¿Y bien? -insiste.

-No sé por qué te interesa tanto, pero, por si te sirve de algo, fui aprendiz de Lorian durante doscientos años.

Isabel

¡Doscientos años! ¡Arkarian fue instruido por el Inmortal y su aprendizaje duró doscientos años! Hay tantas cosas de él que no sé, tanto que quiero averiguar... La atracción que Charlotte ha sentido por él ha sido muy extraña. Además, descubrir que Lorian fue su instructor es, como mínimo, asombroso.

Y luego está ese momento. El momento en que me quedé dormida en sus brazos.

Pero tiene razón, debemos regresar a nuestro tiempo rápidamente. Es peligroso retrasarse. Aún resuena en mi cabeza la advertencia de Lathenia. Y todavía tenemos que encontrar una forma de evitar que Laura se suicide.

Llegamos a la Ciudadela y ninguno de los dos aterriza muy bien. Acabamos rodando por el suelo en una sala que parece moverse. Arkarian me ayuda a levantarme.

-Algo no funciona.

Aparece una puerta con aspecto curvado, como si se esforzara por mantenerse abierta. Arkarian abre los ojos de par en par.

-¡Vamos!

La puerta no ha acabado de formarse y tenemos que empujarla para

poder salir. Arkarian va delante. Corremos por un pasillo y bajamos varios tramos de escalera que desaparecen detrás de nosotros.

-¿Adonde vamos? -le pregunto.

-¡A buscar mi cuerpo!

Entonces se abre una puerta a la derecha. Tiene la misma forma combada que la anterior. También debemos esforzarnos para atravesarla. Una vez dentro Arkarian desaparece. Me pongo a dar vueltas y, cuando empiezo a asustarme, lo veo en la otra esquina de la sala. Está levantándose de una silla. Su pelo azul y sus ojos violetas resultan una visión de lo más agradable.

-No podemos quedarnos aquí -dice-. Tenemos que lograr que regreses ya. No sé por qué está tardando tanto Marcus. Él controla tu traslación desde mis salas; si no, lo haría yo mismo. Pero algo debe de haber salido mal porque aún estás aquí. A lo mejor tengo que ir a echarle una mano. -Se fija en la cara que pongo-. Aunque antes te encontraré una habitación segura.

-Pensaba que todas las de la Ciudadela lo son.

-Bueno, normalmente sí. Pero una «habitación segura» está recubierta de un elemento especial que no puede ser atravesado por nada. -Buscamos la puerta, pero no hay rastro de ella por ningún lado-. Vamos -le dice Arkarian a la pared, y pasa las manos por el lugar por donde hemos entrado-. ¡Ábrete!

Parpadeo unas cuantas veces y me froto los ojos, ya que la luz de la habitación cambia de golpe.

-¿Arkarian?

Aún está buscando una abertura y no se ha dado cuenta. Le toco el hombro y señalo el centro de la sala. Es ahí donde está ocurriendo algo extraño. Toda la luz de la sala se mueve en espiral hacia ese punto.

-¡Isabel! ¡Rápido! -me ordena Arkarian con voz desesperada. Me agarra de la mano, y al cabo de unos segundos la luz desaparece por completo-. Pase lo que pase, no me sueltes.

-¿Qué ocurre? ¡No veo nada!

-La luz ha sido absorbida. ¡Marcus! ¡Sácanos de aquí!

Pero no ocurre nada. Entonces la sala tiembla a causa de una explosión. Se llena de una luz azul y púrpura. Veo fugazmente a Arkarian, su dulce cara teñida de miedo, su pelo azul alborotado, como si estuviera cargado de electricidad. Estiro los brazos para alcanzarlo, pero la fuerza de la explosión nos hace volar por el aire en direcciones opuestas. Me incrusto en la pared, caigo al suelo y me doy un golpe muy fuerte en la cabeza.

Cuando abro de nuevo los ojos, tengo la cabeza como un bombo y la vista borrosa. Pero aun así veo a un hombre gigantesco que hay ante mí. Tiene los hombros encorvados, tanto que parece a punto de caer de cuatro patas. Lleva una capa de color carmesí, y la cara oculta bajo la capucha. Ladea la cabeza y gruñe. Es un sonido animal. Sus babas me galpican y me arrimo a la pared. ¿Qué demonios ocurre?

El hombre me da la espalda y, con la misma voz áspera, grita unas órdenes. Alzo la vista y veo a un viejo encorvado y muy débil. Pero las órdenes no van dirigidas a él. A su alrededor hay cuatro... criaturas que no se parecen a nada que yo haya visto jamás. Al principio da la impresión de

que flotan. Es como si tuvieran alas. Una desciende y se posa con sus extraños pies de aspecto humano.

-¡Basta! -les grita el hombre alto-. Entregadme la llave y vamonos de esta casa de honradez nauseabunda.

Me pongo en pie y busco a Arkarian con la mirada. Una criatura se mueve y consigo ver sus alas, que están pegadas de un modo muy raro a la espalda. Las bate y debajo aparecen unas manos. Otra de las criaturas la aparta a un lado, gruñendo. Cae al suelo y al distinguir sus ojos rojos, pequeños y redondos, me asusto.

El hombre de la capa la agarra por un ala con una mano enguantada.

-¡Levántate!

Mientras se alza tambaleándose y chillando, veo algo que hay en el suelo. ¡Es Arkarian! Pero algo va mal. Está tirado hecho un ovillo y no se mueve. Luego veo las cadenas que tiene en los pies y las muñecas, cerradas con un candado. Se lo llevan... El corazón me da un vuelco, sobre todo cuando el viejo le echa una especie de cenizas encima. Doy un paso en dirección al hombre para detenerlo, pero me mareo y tropiezo.

-Enjauladlo. ¡Rápido! -ordena el hombre de la capa roja.

Tras recuperar un poco el equilibrio, cruzo la habitación a trompicones y tiro del inmenso brazo del hombre.

-¿Qué cree que está haciendo? ¡Déjelo en paz!

El hombre me mira y un destello rojo me deslumhra desde el interior de la capucha, como si sus ojos ardieran. No responde.

¡No puedo creer lo que está ocurriendo! La rabia que siento me proporciona el ímpetu que necesito. Doy un salto con la intención de sacarle los ojos, pero es tan alto que acabo propinándole un puñetazo en el pecho, duro como una roca. Me aparta de un manotazo y caigo al suelo. Me levanto de nuevo, me abalanzo sobre él y le clavo un hombro en el estómago.

Me lanza al otro lado de la sala. Me pongo en pie y señala en mi dirección. La punta de sus dedos empieza a arder. En ese instante me golpea una sacudida fortísima, como si una descarga eléctrica recorriera todo mi cuerpo. Intento levantarme, pero no puedo. No tengo fuerza.

-¿Adonde lo lleváis?

Permanece en silencio. Mientras me mira, intento distinguir algo dentro de su capucha. Al final dice:

-A un lugar donde siempre es medianoche y las flores crecen bajo una luna sangrienta.

Esas palabras me suenan de algo.

-¿Dónde está ese lugar?

No hace caso de mi pregunta, distraído por las paredes, que han empezado a vibrar. Alarmado, le pega un golpe con el dorso de la mano a la criatura que hay más cerca de él. La bestia gime y bate las alas.

-¡Date prisa, animal despreciable! -exclama, y le pregunta al viejo si ha acabado.

-Ya está -responde el hombre, que rompe a toser.

Las vibraciones aumentan. Es como si la sala estuviera revelándose contra lo que está ocurriendo en su interior. Un estruendo rasga el aire,

aparecen unas grietas sinuosas y una luz cegadora procedente de todas las direcciones nos inunda. El suelo se abre bajo mis pies. Tengo que saltar para no caer. El hombre grita a sus bestias de nuevo.

-La Ciudadela ha encontrado una forma de romper el hechizo de Keziah. ¡Tenemos que irnos ahora! -Tras pronunciar esas palabras, una jaula dorada envuelve el cuerpo de Arkarian-. ¡Rápido!

Van a desaparecer. ¡No puedo creerlo! Tengo que detenerlos, pero la habitación se está desvaneciendo. Me obligo a mantener los ojos abiertos y me arrastro hacia ellos. Un destello de luz me ciega por un momento. Cuando cesa puedo ver de nuevo: todo rastro de los dos hombres, sus cuatro extraños ayudantes y Arkarian se ha desvanecido.

Isabel

Echo a correr tan rápido como me lo permiten mis piernas. Pero ¿adonde puedo ir? Para mí la Ciudadela es un misterio. En cada una de mis visitas he visto pasillos y escaleras distintos. Una habitación nunca tiene el mismo aspecto dos veces. Es como si el lugar poseyera una fuerza vital propia y siempre cambiara. Ante mí aparecen puertas que se abren a cientos de salas; los pasillos me llevan a huecos de escaleras que desaparecen bajo mis pies. Pero después de cruzar unas cuantas de esas inquietantes puertas, me encuentro intentando mantener el equilibrio sobre una plataforma móvil, sobre el vacío, por lo que puedo ver. Estoy quieta por primera vez desde el secuestro de Arkarian y procuro que mi respiración recupere un ritmo lo más parecido al normal, a la vez que me aseguro de no inclinar la plataforma en ninguna dirección.

Delante de mí se abre una puerta atrayente y salto a un ancho pasillo que bien podría conducir a otro mundo. Aquí las paredes suelen ser blancas y están hechas de una especie de roca semejante al mármol. Y los huecos de la escalera no desaparecen, sino que descienden suavemente.

Voy a dar a una gran sala que está teñida por una extraña luz y coronada por el techo más asombroso que jamás he visto. Está compuesto por ocho paneles inclinados, tallados de forma muy elaborada y que convergen en un único punto. Cada uno está hecho de cristal grabado u otro material similar, y forman una miríada de colores increíbles.

Aparto la vista y cruzo la sala en dirección a la otra poderosa fuente de luz, una pared hecha por completo de cristal. Estoy muy lejos del suelo, como mínimo a cien pisos. Por un instante la altura me marea, pero entonces veo que ahí abajo, en un patio lleno de flores y arbustos exóticos, hay gente reunida. Me resultan extraños. Incluso su ropa. No se parecen en nada a la gente que se ve por la calle en Ángel Falls, eso seguro. Unos cuantos están de pie en pequeños grupos, algunos señalan en distintas direcciones, otros niegan con la cabeza, varios lloran claramente angustiados. Verlos es inquietante. ¿Quiénes son? ¿Por qué están tan afligidos? ¿Saben lo que le ha ocurrido a Arkarian?

Si pudiera encontrar una forma de bajar a ese patio, probablemente alguien podría ayudarme.

Me doy la vuelta con un movimiento frenético, ya que esta sensación apremiante se convierte en puro pánico. Echo a correr, abro puertas, me muevo en distintas direcciones. Me niego a admitir, incluso ante mí misma, que estoy completamente perdida.

Entonces choco con un hombre que me coge del antebrazo y me sacude.

-¡Quieta! -me grita en un tono de voz familiar.

Es el señor Carter. Es mi profesor de Historia, y también uno de los encargados de coordinar nuestras misiones. Pero, esta vez, en lugar de Arkarian era él quien se suponía que debía organizar nuestro regreso. Siempre había pensado que se hacía desde las salas de Arkarian, pero el señor Cárter está aquí, en la Ciudadela, justo delante de mí.

No me da ni un segundo para formular las preguntas que bullen en mi cabeza, ni siquiera para explicar lo que estoy haciendo en esta parte de la Ciudadela. Sólo me grita.

-¡No deberías estar aquí! Está pasando mucho tiempo. Quédate quieta para que pueda hacerte regresar.

-Pero señor Cárter...

Con sus fuertes manos me obliga a sentarme en el mismo lugar donde estoy.

-Lo sé, Isabel. Sé lo que le ha ocurrido a Arkarian.

Lo miro a la cara y de golpe me siento agotada.

-Dígame lo que puedo hacer para que regrese.

-Ahora mismo tengo que hacerte regresar a ti, a tu época, a tu cama y a tu cuerpo.

-Pero...

-Y cuando estés allí -continúa explicándome-, quiero que te reúnas con los demás. Nos encontraremos en las salas de Arkarian. Es un lugar seguro. E intentaremos solucionar el problema.

-Antes explíqueme una cosa: ¿quién es esa gente que he visto ahí abajo, en el patio? -Me clava la mirada y abre la boca, pero no llega a decir nada. No piensa responder. Hay algo que se lo impide. Tal vez deba guardar silencio mientras se encuentra en la Ciudadela. Da igual, tengo que saber más-. Por lo menos dígame por qué esa gente parecía tan angustiada.

Aparta la mirada un instante.

-Están angustiados por haber perdido a Arkarian. -Tengo la sensación de que existen más motivos y arqueo una ceja para darle a entender que quiero saber más-. También existe una posibilidad muy real de que haya un traidor entre nosotros. -Antes de que tenga tiempo de asimilar esas palabras y su inmensa repercusión, me acerca la mano a la cara y me obliga a cerrar los ojos-. Basta de preguntas, Isabel. Aquí no.

Cuando abro de nuevo los ojos me despierto en mi habitación. La brillante luz del sol me ciega un momento, y entonces algo se mueve cerca de mi cama, lo que hace que me incorpore y grite con fuerza. Pero sólo es Matt, que está sentado en mi sofá hinchable e intenta ponerse cómodo.

Oye que estoy despierta y me espeta:

-Menos mal que ya has vuelto. Tienes suerte de que hoy mamá haya tenido que irse a trabajar pronto.

Sus palabras me disparan el pulso. ¿Cómo podemos perder tiempo en asuntos tan triviales cuando Arkarian ha sido secuestrado? Bajo de la cama de un salto, agarro a Matt por los hombros y le rasgo el cuello de la camisa.

-¡Ha ocurrido algo espantoso!

Mi hermano se queda pálido como la nieve. Se quita mis manos de encima y examina el cuello de su camisa.

-¿Qué pasa?

Lo aparto de en medio, empiezo a rebuscar en mi armario y rápidamente me pongo unos vaqueros y una camiseta.

-Arkarian ha sido secuestrado.

-¿Qué?

-Avisa a los demás. Tenemos que trazar un plan de rescate. -Se queda mirándome, boquiabierto-. ¡Vamos!

-¿Qué quieres que haga?

Me detengo e intento poner mis pensamientos en orden

-A ver, ¿recuerdas que somos nueve?

Asiente y empieza a contar con los dedos.

-Tú, yo, Ethan, su padre, el señor Cárter y, por supuesto, Jimmy, a quien preferiría olvidar.

Intento pasar por alto la aversión que mi hermano siente por Jimmy. Durante estos doce meses no se ha esforzado lo más mínimo por conocerlo, al contrario que yo.

-Y no te olvides de Rochelle. Ahora también forma parte de la Guardia. -En cuanto pronuncio esas palabras me entran ganas de darme cabezazos contra la pared. Seguro que aún le disgusta oír el nombre de su exnovia-. Lo siento, Matt. Ya sé que no es fácil. -Me mira sin comprender y le digo-: Me refiero a olvidarla.

Alza levemente el hombro izquierdo e intenta fingir que ya no le duele pensar en Rochelle. Es mentira, por supuesto.

-Lo he superado. Lo único que sucede... es que es difícil olvidar, eso es todo. -Nos quedamos en silencio un momento y luego busco mis botas marrones. Sé que tienen que estar por aquí. Al final veo que una asoma por debajo de la cama-. Sólo he contado siete -dice Matt con desgana. Intento pasar por alto su tono cansino para que no logre empeorar mi estado de ánimo, bastante caótico ya de por sí en este momento

-Arkarian -le digo-. Y la chica.

Levanta la cabeza un instante y mira al vacío, sumido en una especie de ensoñación.

-Ahora la recuerdo. ¿No creó Ethan su imagen en la ilusión que utilizó para vencer a Marduke?

-Sí, pero fue real durante el tiempo en que formó parte de la ilusión. Se llama Neriah. Es la hija de Marduke, y cuando él se convirtió en un traidor, ella tuvo que esconderse. Estas cosas son importantes. Deberías intentar recordarlas.

-Vale -dice, y se lleva una mano a la barbilla en un gesto de vergüenza. Yo le sonrío para darle ánimos. Ma entenderá todo este asunto de la Guardia

algún día- No queda otro remedio. Arkarian cree en él-. A ver si lo entiendo -añade-. ¿Quieres que reúna a toda esa gente.

Intento reprimir mi frustración.

-Obviamente, no podrás encontrar a Rochelle porque la han trasladado a algún lugar seguro. -Mi hermano asiente y sigo mientras la sensación de apremio es cada vez más fuerte-. Neriah aún no forma parte de la Guardia. Ya le llegará el momento. Así que tampoco podrás encontrarla. Quizás deberíamos separarnos para organizar a los demás. Seguramente Ethan ya está en el colegio.

-Hace días que no veo a Jimmy. Aunque tampoco es lo haya buscado -comenta con sarcasmo.

-Eso es porque está trabajando en Verdemar, para que la ciudad sea más segura. Pero deberías poder encontrar a Shaun.

Al cabo de menos de una hora, aunque a mi me parece una eternidad, Ethan y Shaun llegan a la sala de Arkarian y nos encuentran esperándolos con impaciencia.

En cuanto veo a Ethan no puedo evitar abalanzarme sobre él. Me abraza y luego se aparta un poco para mirarme a la cara.

-Ha ocurrido algo terrible, ¿verdad? ¿Qué ha pasado?

-Ha sido secuestrado.

-¿Quién? -me pregunta Shaun tirándome un poco del brazo. Las arrugas de los ojos se le hacen más profundas cuando repara en el horror que hay en los míos.

Al final mi voz se convierte en un susurro.

-Arkarian.

Shaun se queda paralizado y me mira fijamente a los ojos sin comprender. Ethan me clava los dedos en los brazos.

-¿Cómo ha sucedido?

Tengo que zafarme de él.

-Estábamos en la Ciudadela, tras el viaje de regreso una misión en Francia, cuando dos hombres, uno viejo y otro inmenso, nos tendieron una emboscada. Y también había cuatro criaturas a las que me resultaría muy difícil describir. Eran espantosas.

-¿Dijeron adónde se lo llevaban? –me pregunta Shaun

-El hombre grande dijo…

Dejo la frase en el aire. De proto recuerdo dónde he oido esas palabras antes: las pronunció el propio Marduke. Se trata de lo mismo que Ethan oye a veces en sus pesadillas cuando revive el asesinato de su hermana.

Cuando acabo de contárselo todo, Matt tiene que traerle una silla a Ethan.

-¿Dónde está ese lugar donde las flores crecen bajo una luna…, cómo era?

Ethan mira a Matt con los ojos rojos.

-El lugar adonde Marduke dijo que llevaba a mi hermana momentos antes de ponerle su inmensa mano en la cabeza y usar toda su fuerza para matarla.

-¡Mierda! -exclama Matt, y lanza una mirada nerviosa a Shaun-. ¿Qué significa esto? ¿Que Arkarian está... muerto?

Shaun intenta recobrar la calma, mueve los hombros y se frota los brazos.

-No des por sentado lo peor. ¿Quién sabe qué tiene en mente la Diosa? Al fin y al cabo es una mujer que se guía por el caos.

-La misión de esta noche era una trampa.

Eso llama su atención.

-¿A qué te refieres? -me pregunta Ethan.

-Apareció Lathenia, que esperaba encontrarte a ti. -Se produce un silencio, y luego todos se ponen a hablar a la vez. Pero semejante barullo es lo último que necesito en este momento-. Voy a rescatarlo -afirmo.

Shaun me toca el brazo y me dice.

-Espera, reflexionemos sobre el tema.

Yo me aparto de él.

-No hay nada sobre lo que reflexionar. Lo único que necesito es un plan.

-Y un poco de información -dice una voz desde la puerta.

Es el señor Cárter. ¡Por fin!

-¿Dónde ha estado? -pregunta Ethan con recelo. Estos dos nunca se han llevado bien. Y desde que conozco al señor Cárter como profesor del colegio, siempre ha sido duro con Ethan. A veces no entiendo por qué lo hace; creo que ve un enorme potencial en Ethan y opina que podría sacar un gran provecho de él gracias a la disciplina y el trabajo duro.

-El señor Cárter coordinó la misión de anoche. Nos hemos encontrado en los pasillos de la Ciudadela hace poco.

-Así que usted estaba ahí cuando Arkarian fue secuestrado -dice Ethan, que se apresura a acusarlo.

Shaun niega con la cabeza para reprender a su hijo.

-Cállate, Ethan. Das muchas cosas por sentadas.

Pero es difícil hacer callar a Ethan.

-A lo mejor, pero Cárter tiene la extraña manía de estar en el lugar equivocado en el momento adecuado. Según recuerdo, el año pasado fue quien nos transmitió las noticias de que Marduke había apresado a Matt.

-Ethan, se necesita algo más que el talento de Marcus para tramar algo así.

Esta discusión no hará que regrese Arkarian, y ahora mismo es lo único en lo que puedo pensar.

-¡Cállate, Ethan! ¡Deja que el señor Cárter nos cuente lo que sabe!

Me hace caso y el señor Cárter empieza a hablar:

-Lo han encerrado en un lugar especial.

-¿Dónde? ¿De qué lugar se trata? -pregunto yo.

Me mira con ojos tristes.

-Es un lugar muy oscuro, Isabel. Un lugar en el que ningún mortal debería entrar sin protección. Se llama el inframundo.

Doy un paso para acercarme a su cara y le digo sencillamente:

-Yo iría allí, ya sea protegida o no. Señor Cárter, la oscuridad no me asusta. Poseo el don de Arabella.

-Esa oscuridad es profunda.

-Pues llevaré una linterna.

-¿Y si se te estropea?

-Isabel, si te encuentras en absoluta oscuridad, ni tan siquiera tú podrías ver algo -me recuerda Ethan.

El señor Cárter intenta retomar el hilo de su discurso.

-Tenéis que entender que es imposible entrar o salir del inframundo.

-Los secuestradores de Arkarian lo han conseguido. ¿Por qué nosotros no?

-Porque es necesario el poder de un inmortal para forzar la apertura de una brecha. Ha sido obra de Lathenia.

-Entonces le pediremos ayuda a Lorian.

-Lorian se muestra... reacio.

-¿Por qué? -pregunto a gritos.

-Es demasiado peligroso. Entrar, encontrar una salida, sobrevivir en ese mundo... Es casi imposible. En este momento necesitamos al máximo número de miembros de la Guardia disponibles. Y, además, existe el riesgo de que los mundos se unan, de que se produzca una mezcla de especies, de... -Se estremece-. Isabel, no lo entiendes. Las criaturas que viven en el inframundo no tienen alma.

Se queda en silencio y aparta la mirada. Mientras observo su cara y asimilo el significado de sus palabras, se me ocurre una cosa.

-Hay algo más, ¿verdad?

Afirma con la cabeza y dice:

-Lathenia está planeando eliminar a Arkarian de nuestro mundo. -Se frota las sienes con las palmas de las manos como si tuviera un súbito dolor de cabeza-. Está intentando abrir un portal en el instante del nacimiento de Arkarian.

-¿Quiere matar a Arkarian de bebé? -pregunto.

-Tal vez antes, o después de su nacimiento, pero alrededor de esa época. -Sigue hablando mientras los demás lo observamos en silencio-. Lo mantendrá retenido en el inframundo mientras sus secuaces intentan eliminarlo, deshacerse de su cuerpo y tal vez incluso de su alma de la Tierra.

Matt nos mira a todos de uno en uno.

-¿Qué hacemos? ¿Cómo podemos evitar que ocurra eso? -pregunta.

Les explico lo que pienso.

-En primer lugar, tenemos que viajar al pasado para impedir que la Diosa y sus soldados asesinen a Arkarian cuando nazca. Luego, y me traen sin cuidado los argumentos con los que intentéis disuadirme, iré a buscar una forma de entrar en ese... ese inframundo y rescataré a Arkarian.

Ethan me pone una mano en un hombro y dice:

-Yo te acompañaré.

A lo cual Matt añade:

-Y yo.

Luego se ponen a hablar todos al mismo tiempo; nuestro mensaje no podría ser más claro. Todos creen que Matt no debería ir.

-No lo soportarías -le dice Ethan sin malicia. Para él es más importante rescatar a Arkarian que intentar no herir los sentimientos de nadie. Entonces veo la seriedad de las caras de Matt y Ethan-. Me refiero a tu falta de experiencia, sólo a eso. Cuando tus poderes empiecen a manifestarse...

Matt lo hace callar con un gesto brusco de la mano.

-Basta ya, Ethan. Todos sabemos que quizá mis poderes no se manifiesten jamás, así que es mejor que nos esforcemos en idear un plan para salvar a Arkarian.

De repente me acuerdo del increíble poder que la Diosa ha demostrado al atacar a Arkarian. A pesar de que Ethan posee una gran habilidad, a buen seguro no podría con ella. Y menos aún Matt.

-No me acompañará nadie -digo.

Mis palabras causan un gran alboroto y todos me hacen saber lo que piensan de mi idea de ir sola.

El señor Cárter da unas fuertes palmadas.

-¡Callaos todos! ¡No prestáis atención! Lo primero es lo primero. ¡Si no salvamos a Arkarian cuando nazca, dejará de existir! -Nos callamos y lo miramos atentamente-. El Tribunal ya ha decidido lo que va a ocurrir. En primer lugar, Isabel, tú no irás a ningún lado sola. Ethan te acompañará. Yo coordinaré la misión a Francia desde la sala de Arkarian. Tú, Shaun, debes ir a buscar a Jimmy a la ciudad.

-¿Y qué se supone que hago yo? -La voz tensa de Matt irrumpe en el súbito silencio-. ¿Me siento en una esquina y me chupo un dedo mientras vosotros arriesgáis la vida?

Durante un rato nadie responde. No podemos hacer nada para que se sienta mejor.

El señor Cárter agacha la mirada, lo que deja bien claro que el Tribunal no le ha asignado ninguna misión a mi hermano.

Al final es Shaun quien interviene.

-Digamos que no tomarás parte en esta misión porque no podemos exponernos a que te ocurra algo. La decisión del Tribunal no tiene nada que ver con el hecho de que tus poderes se hayan manifestado o no. Sencillamente, eres demasiado importante.

Arkarian

Me despierto a causa del frío. Tengo los dedos entumecidos. Noto los pies como dos piedras recién desenterradas de la nieve. Intento moverme para entrar en calor, pero tengo las manos atadas a la espalda con cadenas. Siento algo helado en la cara, una especie de malla metálica. No veo nada; está demasiado oscuro. Entonces, mientras intento moverme, me doy cuenta de que la malla es una jaula corporal. Tengo los hombros inmovilizados tan

firmemente como las piernas. No sé dónde estoy, aunque tengo un presentimiento. Sé que me llevan por una carretera llena de baches, que no paro de dar botes en la parte trasera de un carro. Me pregunto cómo habré llegado hasta aquí. Si mis sospechas son acertadas, habría sido interesante estar consciente en el momento de atravesar una brecha entre dos mundos, no sólo durante el viaje a través del tiempo al que ya estoy acostumbrado.

Lo último que recuerdo es la mirada de Isabel cuando se produjo la explosión y los dos volamos por los aires y nos separamos. Lo demás es una gran laguna. Y ahora me encuentro en este extraño lugar, donde incluso el aire huele distinto, a algas podridas o a pantano. Espero que mi estancia aquí sea temporal. No sé cómo sobreviviría a esta inquietante oscuridad si tuviera que vivir aquí para siempre.

Dos antorchas resplandecen un poco más adelante, como dos faros. Una es sostenida por un hombre viejo que se apoya en un bastón para mantener el equilibrio. Estiro el cuello para ver mejor la otra. La segunda antorcha también tiene una llama abierta, sostenida por un hombre mucho más grande, con los hombros encorvados y una capa que ondea al viento. Con una voz áspera pronuncia unas palabras que me resultan vagamente familiares. Por un instante, mientras intento ubicarlas, me olvido del riguroso frío.

El hombre grande estira un brazo y pega a un ser más pequeño que hay a su lado. La fuerza del golpe tira a la criatura al suelo. Entonces el hombre de la capa le da una patada con un pie enfundado en una bota, mientras el viejo observa. De pronto el carro se detiene y tres criaturas más, de tamaño parecido, se acercan corriendo o saltando a su congénere, que está tirado en el suelo. El hombre joven las insulta. Una de ellas da un graznido, bate las pesadas alas que tiene en los costados y se eleva unos centímetros del suelo. Otra de las criaturas se acerca al carro y me mira con unos ojos encendidos y rojos.

-Está despierto -dice con una voz grave, como si tuviera la lengua demasiado grande para la boca.

El hombre de la capa grita.

-Ocupaos de él tal y como os he ordenado. Llegaremos pronto.

Tras oír estas palabras, dos de las criaturas se encaraman al carro batiendo una sola vez las alas. Me tapan la luz de las antorchas. Y aunque no puedo distinguir sus facciones en esta oscuridad, me percato de lo que están a punto de hacer. Intento usar mis poderes para desatarme de las cadenas, pero no ocurre nada. Las dos criaturas saltan sobre mí y yo les propino unas débiles patadas con mis piernas encadenadas. No consigo mi objetivo, y al cabo de unos instantes llegan las otras dos criaturas, que me dan puñetazos y puntapiés.

Siguen con la paliza. Instintivamente intento encoger las piernas para proteger los órganos internos lo mejor posible, pero una patada en la espalda podría acarrear las mismas consecuencias funestas. Al final me doy cuenta de lo que están haciendo: me están golpeando para que pierda el conocimiento. Seguramente no quieren que recuerde el camino que hemos recorrido. Como si fuera posible. Me hago el desmayado, lo cual no resulta muy difícil, pues estoy al borde de la inconsciencia. Poco después se van y el carro se pone en marcha de nuevo.

Respiro despacio y hondo para recuperar el equilibrio mental. Necesito mis poderes para salir de este lío. Ojalá pudiera usar las alas. Pero si este lugar es el inframundo, de nada me servirían ya que sólo un inmortal puede abrir una brecha. Y aunque pudiera moverme por aquí dentro, ¿adonde iría?

Intento aflojar las cadenas y la malla, pero me han atado con fuerza. Trato de usar mis poderes otra vez, pero cuando visualizo lo que necesitaría para desatarme no siento nada. ¿Qué extraña capacidad poseen estas criaturas? Parece como si me hubieran apresado utilizando algún tipo de encantamiento. Pero ¿magia? ¿Cómo es posible?

Al cabo de varios intentos de usar los poderes que he adquirido a lo largo de mi vida, todos frustrados, me tumbo y me concentro en aliviar el dolor de mi cuerpo. A pesar de que no puedo curarme, sí que puedo calmar el dolor de las magulladuras.

Finalmente el carro se detiene y mantengo los ojos cerrados y el cuerpo tan relajado como me resulta posible para cuando regresen las criaturas. Luego me levantan, dos por la cabeza y dos por los pies. Por esta circunstancia deduzco que no son muy fuertes. A buen seguro se debe a su altura, que es la mitad de la de un hombre normal. Y parece que sus alas son más una molestia que algo útil.

Pasamos por unas puertas que chirrían al girar sobre sus bisagras, y luego por otra más pesada hecha de hierro, sospecho, que también chirría. Una vez dentro las criaturas me tiran al suelo. El hombre mayor está con ellas. Tose y le silba el pecho.

Entra el hombre de la capa.

-Quitadle las cadenas -dice, y les lanza una llave.

Esta vez, sus palabras, pronunciadas mucho más cerca, hacen que mi corazón se estremezca de miedo. Su voz se parece mucho a la de Marduke. Pero ¿cómo es posible? Está muerto. Entonces recuerdo que murió en el pasado. Debería estar en el Reino Medio, ser un alma errante. No debería estar aquí. No a menos que... ¡Lathenia fuera a buscarlo a ese mundo gris y lo trajera de vuelta!

Mientras me quitan la jaula, me pongo de lado y me preparo para aceptar la posibilidad de que Marduke haya sido rescatado. Al cabo de un instante se confirman mis sospechas. El hombre que se alza ante mí no es otro que el propio Marduke, vivito y coleando. Sin embargo, el hombre que tengo delante no es el Marduke que recuerdo. Apenas me atrevería a decir que es un hombre. El tiempo pasado en el Reino Medio lo ha cambiado, con efectos desastrosos.

Tengo que avisar a la Guardia de algún modo. Pero ¿cómo sin mis poderes?

Trago saliva mientras intento decir algo, aunque no se me ocurre qué. Marduke acerca la antorcha hacia mí. Y ahora veo al viejo, de pelo cano y rostro arrugado, y a las cuatro criaturas que son en parte humanas, en parte pájaros y en parte otros animales, todo combinado. Sus brazos y sus piernas son humanos, pero tienen el cuerpo cubierto de pelaje animal, frágil y áspero.

Una de ellas se inclina sobre mí.

-Despierta -me dice con su boca prominente y cuadrada, más parecida

al morro de un cerdo que al pico de un pájaro o a una mandíbula humana.

Miro a Marduke, o aquello en lo que se ha convertido, y le encuentro cierta semejanza con las criaturas o extrañas bestias que usa como soldados en este mundo; me pregunto si estas bestias fueron hombres alguna vez. El mero hecho de pensar en ello me produce escalofríos.

Marduke agacha la cabeza e intento no apartar la vista. Su ojo bueno está el doble de hinchado que antes y tiene un resplandor rojo. Su cabeza, en la que antes había un pelo suave y dorado, está ahora cubierta por unas cerdas blancas como la nieve que llegan hasta su prominente frente.

-Vaya, viejo amigo, volvemos a encontrarnos -digo al final. Da un resoplido al oír mi saludo y me pega una fuerte patada en el costado, lo que me dobla en dos. Intento entablar conversación-. El Reino Medio te ha cambiado... un poco. -Lanza un gruñido y esta vez el sonido se parece mucho al de un cerdo. Sólo le falta rascar el suelo con la pezuña-. ¿Adonde me has traído?

Pienso que no va a responderme, pero de pronto abre la mitad de la boca que aún tiene sana.

-Ahora estás en mi mundo.

Echo un vistazo a las paredes de piedra y la reja de hierro. La oscuridad es tan intensa que resulta abrumadora.

-Si éste es tu mundo, entonces vives en un lugar muy feo, Marduke. Me atrevería a decir que no has mejorado mucho, viejo amigo.

Me propina una fuerte patada en el estómago, que hace que me suba la bilis hasta la garganta y me entren ganas de vomitar. Otro puntapié en la parte inferior del muslo me provoca un calambre. Al parecer Marduke no ha cambiado sólo físicamente, sino que se ha vuelto mucho más sensible e intolerante a las críticas. ¡Seguro que Lathenia no cabe en sí de alegría! Por tanto, es mejor que elija las palabras con mayor cuidado si quiero seguir con vida.

-Atadlo -ordena mientras me da la espalda para encender varias antorchas que hay en la sala; luego le murmura algo al viejo.

Ahora que puedo ver el resto de la cámara entiendo qué tiene en mente. Hay un potro de tortura listo para ser usado. Y diría que por primera vez en cientos de años, a juzgar por las telarañas.

-Me parece que tus técnicas están un poco anticuadas -le digo mientras las criaturas aladas se acercan a mí. Me pongo a patalear y al final tienen que ponerse manos a la obra las cuatro a la vez para atarme al antiguo aparato de tortura.

-Los nobles medievales eran grandes expertos en dolor y confesiones -comenta Marduke. -Tú lo sabes muy bien, ¿no?

-Ah, sí, he sufrido bastante. En aquellos días mis poderes no eran tan apreciados.

-Pero la Guardia te rescató.

Marduke resopla y me deja pringado de babas. Se señala la cara, la mitad destrozada.

-¿Crees que no he sufrido por la Guardia?

Podría discutir con él y decirle que la pelea con Shaun fue culpa suya,

pero por la dura expresión de su cara me doy cuenta de que ya no atiende a razones.

Exhala el aire a través de su hocico.

-Mira, Arkarian, tu estancia aquí es temporal. La Diosa quiere que dejes de inmiscuirte en sus asuntos. También quiere respuestas. Estará aquí antes...

El viejo tose y creo que lo hace a propósito. Pronto la tos se convierte en un concierto de resuellos y resoplidos.

Marduke espera a que pare. Durante ese rato me mira fijamente, aguzando la mirada de su único ojo. Parece estar meditando si va a darme información o no. De pronto inclina sus hombros encorvados hacia delante, como si hubiera tomado una decisión.

-Lathenia estará aquí antes de que seas eliminado de tu mundo terrenal.

La elección de palabras es escalofriante.

-¿Eliminado? ¿Como si...?

-Nunca hubieras existido.

-Pero eso significa que deberíais matarme antes de mi nacimiento, o asesinar a mi madre antes de darme a luz.

-El portal del tiempo de tu nacimiento está abriéndose mientras hablamos. Apenas te quedan unas horas antes de que nuestros soldados lleven a cabo la misión. Suficiente para contestar a unas cuantas preguntas. Deberías sentirte honrado, pues Lathenia insiste en interrogarte en persona. Y entonces, viejo amigo -dice, imitándome-, dejarás de existir.

Intento que sus palabras no me desconcierten. ¡No pienso morir en este miserable lugar! Estiro los brazos para poner a prueba las correas, pero están bien apretadas y ceñidas a las muñecas. Un sonido sibilante hace que vuelva la cabeza rápidamente hacia Marduke tan sólo un segundo antes de que me azote con un látigo en el pecho. Me rasga la ropa y llega hasta la piel. La herida empieza a sangrar y una mancha de color rojo oscuro ensucia la camisa.

-Sin embargo -añade Marduke con voz ronca-, antes de que aparezca mi señora me gustaría hacerte una pregunta.

-¡Dispara, aunque no pienso decirte nada!

El látigo corta el aire de nuevo y me da en el pecho, en el mismo lugar. Bien podría usar un cuchillo de carnicero, porque me causaría el mismo daño.

-Estiradlo -ordena Marduke, y sus criaturas, dos juntas, giran la rueda.

Todos los miembros y las articulaciones de mi cuerpo arden como el fuego. Marduke alza una mano y la rueda se detiene.

-¿Dónde habéis escondido a mi hija?

Lo miro por el rabillo del ojo. De entre todas las preguntes, es la última que me esperaba. Sobre todo debido a su naturaleza personal.

-La hemos puesto a salvo de ti.

Baja el brazo y vuelven a estirarme. Esta vez me cuesta horrores no gritar. Pero no lo hago. Antes prefiero la muerte. Marduke levanta el brazo y la rueda se detiene.

-¿Es cierto que es una Elegida?

-Sí. Tal y como lo fuiste tú una vez.

Debe de ver algo en mi cara, porque aparta la mirada con una expresión parecida al arrepentimiento y luego murmura:

-Estaremos en bandos opuestos.

-No tiene por qué ser así.

Se pone de espaldas a mí.

-No, porque vas a decirme dónde la tenéis.

Está a punto de alzar la mano de nuevo, pero intervengo rápidamente antes de que dé la orden.

-Puedes matarme ahora mismo si quieres, Marduke, pero no pienso decirte dónde está tu hija. Sin embargo, antes de que acabes conmigo es mejor que pienses en cómo vas a decirle a Lathenia que me has matado antes de que ella tuviera la oportunidad de hacerme sus preguntas.

-No te preocupes, cielo. -La voz de Lathenia resuena en la sala un segundo antes de que ella aparezca-. Porque ya he llegado. Y cuando haya acabado, podrás divertirte todo lo que quieras con él.

Marduke asiente, inclina la cabeza y se aleja de mí. La Diosa aparece por completo, vestida con un traje largo y blanco y una faja morada en la cintura, a juego con el color de sus labios. Junto a ella hay un hombre mortal. Es un chico joven. Por un instante creo reconocerlo, pero se mueve y pierdo la oportunidad.

Mientras Lathenia se queda quieta ante mí, aprovecho para observarla con detenimiento. El único otro Inmortal del que he estado tan cerca es Lorian. Fui su aprendiz durante doscientos años y llegué a conocerlo bien. Son muy diferentes. Dos polos opuestos. Mientras Lorian es amable (normalmente), con una piel translúcida y unos ojos cargados de una energía que hace que resulte duro aguantarle la mirada, Lathenia tiene un aspecto más mortal. Cualquier persona la consideraría una mujer bastante bella. Resulta irónico que su alma gemela (¿de qué otra forma, si no, habría podido rescatar a Marduke del Reino Medio?) sea… semejante adefesio.

La Diosa me lee el pensamiento, y aunque no puedo usar mi don para ver la verdad, ella me transmite el suyo. Ahora entiendo su furia. Marduke está vivo, pero ha sufrido una grave alteración. Y, como todos nosotros, sólo poseemos un alma gemela, la suya ha evolucionado y se ha transformado en una especie diferente. Y, eso no la complace.

Vuelve la cabeza hacia el chico y le lanza una mirada fulminante. Está de un humor de perros. El chico mira a Marduke y empiezan a temblarle las manos. Ella señala la rueda y el chico la hace girar con facilidad.

Marduke parece impresionado.

-Los carrizos han tenido que hacerlo por parejas. -Luego le dice al chico-: Cada vez que nos vemos eres más fuerte.

Tras recibir estos elogios, hace girar la rueda con más fuerza. El potro estira mis miembros más allá de lo que puedo soportar.

-Aguanta ahí -le ordena Lathenia-. Bueno, Arkarian, cuéntame todo lo que sabes.

-¡No pienso decirte nada!

-¿Ah, no? -replica Lathenia arañándome la cara, desde un ojo hasta la mandíbula, con sus uñas puntiagudas. El dolor que me causa llega hasta la nuca. Aparto la cabeza, pero ella me agarra por la mandíbula y me obliga a mirarla-. ¿Dónde está la entrada a la antigua ciudad?

-No lo sé.

-¡Mientes! -Le hace un gesto con la cabeza al chico, que mueve despacio la rueda. Me esfuerzo para no gritar. ¡No pienso dar muestras de debilidad!-. ¡La entrada, Arkarian!

Mis labios permanecen sellados tenazmente. El chico gira la rueda y el dolor abrasa todos mis miembros.

-¡Dime dónde están guardadas las armas secretas!

A cada vuelta de la rueda me resulta más difícil seguir ocultándole mis pensamientos a Lathenia. El dolor afecta a mi habilidad para concentrarme. Me cuesta una barbaridad mantener la mente en blanco.

-No sé de qué hablas.

-¿Están en la cripta de Verdemar?

-¡No lo sé!

Se aleja, lo que me permite recuperar un poco las fuerzas, pero cuando regresa trae una vara de metal en la mano.

La observo mientras calienta la punta en una de las antorchas que hay en la pared. Se acerca a mí y la sostiene entre mis ojos.

-Cuéntame todo lo que sabes de las armas. ¡Todo!

Pienso en lo que sé sobre las armas, o lo que he aprendido de ellas gracias a Lorian. Pensamientos sobre su poder, su capacidad para dar muerte a los desalmados, cruzan mi mente. ¡No! Tengo que parar rápidamente. ¡No pienses! Una imagen del arcón donde están a salvo, con sus intrincados adornos dorados, se forma ante mis ojos. ¡No! ¡Basta!

Se da cuenta de lo que estoy haciendo y grita.

-¿Te atreves a ocultarme información?

-A lo mejor soy más fuerte de lo que crees.

Sus ojos plateados refulgen fugazmente y retrocede. Mi sencilla afirmación parece haberla sorprendido. Pero ¿por qué? Seguro que no cree que soy más fuerte que... ¿Qué?

-No te consideres tan listo, Arkarian. Dime lo que quiero o te clavaré este atizador al rojo vivo en el corazón.

No dudo por un segundo que lo haría, pero tengo la sensación de que no se ha tomado la molestia de traerme a este mundo para matarme a la primera oportunidad que se le presenta. Por lo menos no hasta que me sonsaque alguna información útil.

-Adelante -le digo.

Alza el brazo y sostiene el atizador justo sobre mi corazón.

-¿Quién tiene la llave?

Esta pregunta me desconcierta. Por lo que yo sé, Lorian cree que Lathenia tiene la llave. Intento ocultar mis pensamientos para hacerme el inocente.

-¿Qué llave? No sé de qué me hablas.

Pero mi táctica sólo sirve para que se enfade aún más.

-¡La llave que abre el tesoro de armas! ¡La llave que no puede ser manejada por manos humanas!

¡Así que ninguno de los dos bandos tiene la llave, y ninguno de los dos bandos sabe dónde está! ¡Increíble! Cuando salga de aquí, esta información será de gran interés para el Tribunal. La miro con una expresión de perplejidad.

-De verdad que no lo sé.

Tira el atizador al suelo. Estalla y se desintegra en una lluvia de chispas y fragmentos de metal. Mira hacia otro lado, como si necesitara tiempo para contener sus emociones, y luego dice:

-Mientras tu alma exista, podrás resultarme útil.

Sus palabras son una advertencia que no augura nada bueno.

-¿Cómo es posible?

-Me extraña que no te hayas dado cuenta, Arkarian. -No me da tiempo a responder, pues se echa a reír y me dice-: Si por algún motivo fracasara mi plan para matarte al nacer, tus amigos vendrán a rescatarte. Y aunque tal vez sean capaces de hallar la forma de entrar, no podrán salir, con lo que la Guardia sufrirá un duro revés. ¿Humm? Tendré a Lorian a mis pies, besando el suelo que yo piso. Tal y como debería ser. Tal y como debería haber sido desde el principio.

-No son tan tontos como crees. Si vienen, será porque saben cómo salir.

Suelta una carcajada.

-Sólo yo sé dónde está el punto débil de la brecha.

-¿Sólo tú? Lo dudo.

Me mira fijamente, sorprendida ante la seguridad que demuestro.

-Tú mismo se la enseñaste cuando desataste aquella tormenta en la montaña.

-Ah, sí, la tormenta. Bueno, Arkarian, no eres tan inteligente como tu reputación nos ha hecho creer. ¿Acaso piensas que no había planeado eso? Si tus leales compañeros entran en este mundo de penumbra, créeme, se quedarán atrapados aquí. Nunca te encontrarán y pasarán el resto de sus vidas vagando por estas tierras oscuras, buscándote. Al cabo de poco tiempo perderán la cordura, y tal vez también el alma.

Intento sonsacarle alguna información que pueda ser útil en caso de que ocurra lo peor y Ethan o Isabel, o cualquiera de los demás, decidan realizar una misión de rescate.

-¿Qué te hace pensar que no serán capaces de encontrar el mismo sitio por el que han entrado para poder salir?

-No me subestimes, Arkarian, no pienso decirte cómo se puede encontrar la brecha desde dentro. -Aguza la mirada y sus labios morados esbozan una sonrisa-. Pero sí te diré que es imposible encontrar la brecha sin luz. –Mueve una mano-. Y como puedes ver, aquí dentro no hay demasiada.

-Pues yo creía que sería fácil distinguir un destello de color en un cielo negro.

-Aquí dentro la brecha desprende un resplandor negro -dice, deteniéndose y apretando los dientes.

Lo cierto es que resulta imposible distinguir un destello negro en un cielo negro. De pronto deseo que Isabel y Ethan ni siquiera intenten emprender una misión de rescate. Sería mejor que el plan de Lathenia de matarme al nacer no fracasara. Para la Guardia sería mucho mejor perder un miembro que a los tres.

La Diosa echa un vistazo a su alrededor, como si estuviera buscando algo, y luego le dice al joven soldado:

-¿Adonde han ido los carrizos? Ve a buscarlos.

El chico me mira preocupado y titubea antes de irse. Lathenia aguza nuevamente la mirada. También ella ha notado sus dudas, lo cual la inquieta.

Las mismas cuatro criaturas aladas, llamadas carrizos, entran corriendo o saltando en la habitación. Sus ojos se ti-çñen de un brillo rojo más intenso cuando me ven y baten las alas una o dos veces. Tienen el peludo torso lleno de las babas que gotean de su morro de cerdo medio abierto.

Miro a la Diosa. ¿Qué demonios piensa hacer con ellos? Sin dejar de mirarme le dice a su joven soldado:

-Suéltalo, ordena a los carrizos que le den una paliza hasta dejarlo moribundo y que luego lo lleven a la Isla Obsidiana. Una vez allí, que lo aten. Si vienen a por él, buscarán en vano.

Lathenia se vuelve y se va, seguida por Marduke y el viejo, pero el soldado joven se queda y me desata. Yo me caigo al suelo. Los carrizos se abalanzan sobre mí al instante. Cuando empiezan a golpearme, el chico aparta la mirada.

Isabel

El señor Cárter es el encargado de coordinar nuestra misión para evitar que Arkarian sea asesinado al nacer. Atravesamos la Ciudadela sin problemas. Nos proporcionan nuevas identidades, aunque la mía es la misma que la última vez que fui a Francia. Resulta que la misión de Lathenia tenía un objetivo, además de vengarse de Ethan. También quería conocer a la madre de Arkarian, aunque en ese momento tan sólo era una niña de seis años. Ahora entiendo el vínculo que existía entre Arkarian y Charlotte.

Así que regreso a Francia como Phillipa Monterrey, acompañada por Ethan, que ahora se llama Jean-Claude. Pero en estos momentos Charlotte tiene dieciséis años y está a punto de dar a luz.

-¡¿Qué pasa aquí?! -exclama Ethan al esquivar la flecha de un soldado inglés. ¡Otra flecha me pasa rozando la cabeza y no me arranca la oreja de milagro!-. ¡Agáchate! -me ordena él tirándome de un brazo. Parece que al

señor Cárter le cuesta bastante transportarnos a Francia de un modo seguro-. ¡Cuidado, detrás de ti!

Me doy la vuelta justo a tiempo de evitar la estocada de una espada. Ethan se lanza a los pies del soldado, lo derriba y lo desarma. Por lo que se ve, el señor Cárter nos ha dejado en medio de una furibunda batalla entre los ejércitos inglés y francés. Un soldado francés que anda cerca advierte nuestra presencia.

-Eh, ¿de dónde habéis salido?

Me estrujo los sesos para inventarme una excusa que explique qué hago en mitad de un campo de batalla vestida con un traje largo verde y unas zapatillas marrones, pero como no se me ocurre nada me encojo de hombros y esbozo una triste sonrisa de impotencia.

El soldado nos mira a los dos de pies a cabeza.

-No duraréis demasiado sin una armadura. -Se pone a recoger varias armas de soldados muertos y nos da una espada y un escudo a cada uno. Al entregarme la mía me pregunta-: ¿Sabéis usar esta arma? Si os quedáis a mi lado, os protegeré.

Ethan arquea las cejas y pone los ojos en blanco.

Un soldado inglés a caballo se dirige hacia nosotros y Ethan lo ataca.

-Esto es demasiado peligroso -dice-. Además, tampoco tenemos tiempo. Por no mencionar el hecho de que podrían matarnos, o de que nosotros podríamos matar en defensa propia a alguien que no debía morir hoy. -Por tanto, intentamos huir del campo de batalla. Al final vemos la oportunidad de escondernos tras unos arbustos espesos-. Vamos -añade Ethan.

Tiro la espada y el escudo y corro al bosque para protegerme. Una vez nos hemos adentrado en él, el fragor de la batalla disminuye y nos detenemos para recuperar el aliento y orientarnos.

-¿Te suena algo? -me pregunta Ethan, que sabe que estuve en esta zona hace poco-. ¿O Cárter también se ha equivocado en esto y nos ha enviado a sabe Dios qué parte del planeta?

-El señor Cárter lo está haciendo lo mejor que sabe.

-¿Estás segura? ¿O nos ha dejado en medio de la batalla a propósito?

Niego con la cabeza.

-¿Qué tienes contra él? -Farfulla algo a modo de burla-. Sé que a veces se pasa contigo en clase, pero a lo mejor lo hace para intentar que des lo mejor de ti.

Esta vez su risa burlona se convierte en un ataque de tos. Le doy unas palmadas en la espalda y él me aparta.

-Estoy bien -afirma cuando por fin puede respirar con normalidad-. Está claro que no congeniamos. Si quieres saber la verdad, lo que tengo contra ese hombre es... Ya sé que no te va a parecer gran cosa, pero es instintivo.

Ahora me tocaría a mí reírme, pero lo dice muy serio. Y, al fin y al cabo, los instintos de Ethan son muy fiables.

-Mira, lo único que sé es que hablar mal del señor Cárter no nos ayudará a salvarle la vida a Arkarian.

-Tienes razón -admite, y echa un vistazo alrededor- Debemos encontrar

la forma de salir de aquí.

Nos cuesta un rato, pero al final llegamos a un campo que parece el lugar adecuado. Un poco más adelante hay un camino que conduce a una zona que se parece mucho a la que hemos visto hace un rato en la esfera.

Al final veo el castillo, tras su muralla exterior y las pequeñas cabanas con el tejado de paja, tan imponente como diez años atrás. Pero en aquella ocasión estaba con Arkarian. Estos recuerdos hacen que sienta una punzada en el pecho y que me resulte difícil respirar.

Ethan lo nota al abrir la puerta de madera.

-Seguro que está bien, Isabel. Vamos a asegurarnos de ello. -El optimismo de Ethan me infunde ánimos y cruzo la verja tras él. Cuando nos acercamos a la puerta de la casa, nos agachamos tras un arbusto-. Es mejor que antes echemos un vistazo.

Sin embargo, algo en mi cabeza dice que no. Ya hemos perdido bastante tiempo atrapados en medio de una batalla y hemos recorrido varios kilómetros en la dirección equivocada.

-Hoy es el día en que se supone que Charlotte da a luz, A lo mejor ya llegamos tarde.

-¿Entonces qué sugieres, que vayamos directamente a la entrada?

Ethan cree que lo que ha dicho es una broma, pero su idea es de lo más acertada.

-Exacto, aunque como sé que tenemos que ser precavidos, ¿por qué no voy sola?

-¿Qué?

-Tú puedes quedarte de guardia, por si ocurre algo raro por aquí.

No le gusta mucho mi idea, pero al final acaba cediendo. Antes de que cambie de opinión me dirijo a la puerta de entrada y llamo varias veces con la aldaba de hierro.

Poco después aparece una criada.

-¿Puedo ayudaros, señorita?

-¿Está la señora Charlotte en casa, por favor?

-¿Y quién le digo que pregunta por ella?

-Phillipa Monterrey, una vieja amiga del duque y su hija.

La sirvienta frunce el entrecejo, desconfiada.

-La señorita Charlotte no se encuentra en casa, y el duque, que Dios lo tenga en su gloria, hace años que murió.

-Oh. -Esa noticia es terrible. Pobre Charlotte, ¿cómo se las habrá arreglado? Pero no puedo dejar que mi preocupación por ella me retrase aún más-. Por favor, debes decirme de inmediato dónde se encuentra. -La criada frunce aún más el entrecejo. Intento reformular la frase para que no parezca tan tajante-. Quiero decir que ¿podría estar cerca del río? -pregunto, señalando en la dirección donde recuerdo que se encuentra el río.

La sirvienta suaviza las facciones levemente.

-¿Sabéis que lady Charlotte está...?

-¿Encinta? Sí. Y a punto de dar a luz.

La chica baja un poco la guardia.

-Bueno, esta mañana ha salido a pasear con un caballero.

-¿Qué? -La doncella vuelve a fruncir la frente-. ¿Tan cerca del parto? ¿No es un poco insensato?

La muchacha alza el hombro izquierdo.

-Entre la batalla que se está librando aquí cerca y lo demás, la pobre tenía la necesidad imperiosa de salir a dar una vuelta. La duquesa creyó que le sentaría bien.

Entonces se apodera de mí una sensación de apremio que provoca una súbita descarga de adrenalina.

-Por favor, dime en qué dirección se han marchado.

Pero la doncella se deja llevar por su sentido de la protección y se vuelve más desconfiada.

-¿Por qué debería hacerlo? Jamás os había visto, y el caballero se mostraba sinceramente preocupado por el bienestar de la señorita Charlotte. -Baja la voz-. Estos últimos días parecía encandilado por ella.

De eso estoy segura, pero me guardo ese pensamiento. Tengo que ahuyentar todas las dudas de la doncella. El pánico empieza a hacer mella en mí. El tiempo pasa mientras ella me tortura al negarme la información que necesito tan desesperadamente.

-Mira, lady Charlotte me necesita. Está a punto de parir y sin mi ayuda morirá -digo, pero me doy cuenta enseguida de que ha sido un error pronunciar esas palabras, pues Charlotte morirá de todas maneras al dar a luz.

Así es como ocurrió hace muchos años, y es una circunstancia que no puedo cambiar hoy.

Sin embargo, la doncella debe de percibir algo en mi apasionada súplica.

-Se han llevado una cesta con comida a las cascadas que hay junto a la explanada. ¿Sabéis dónde están? Justo antes de las curvas del río.

¿Cómo iba a olvidarlo? Fue el lugar donde Arkarian dejó absolutamente embelesada a Charlotte después de contarle todas aquellas historias sobre los grandes dioses de la Grecia antigua. Pero hay un buen trecho hasta allí.

-Sí, gracias, aunque necesitaremos caballos.

-¿Quiénes? ¿Habéis venido con alguien más? ¿Dónde están? ¿Por qué no se muestran? ¿Quiénes habéis dicho que eran?

Me entran ganas de darme cabezazos contra la pared. Ahora sí que puedo despedirme de más ayuda. Tendré que considerarme afortunada por haber obtenido la información que necesitaba. Regreso corriendo junto a Ethan y lo agarro del brazo.

-Tenemos que darnos prisa.

Corremos durante todo el camino. Me da la sensación de que tardamos una eternidad en llegar allí, pero en cuanto estamos cerca del lugar, Ethan, que se ha adelantado un poco, se detiene.

-¿Qué pasa? -le pregunto jadeando.

Entonces también lo oigo. Son gritos. Unos gritos estridentes de una mujer desesperada de dolor.

-Dios, debe de estar dándole una paliza -dice Ethan indignado.

-Espera, esos gritos son de una mujer que está sufriendo mucho, sí, pero dolores de parto. -De un parto difícil, añado para mí misma-. Tenemos que pillar a ese soldado por sorpresa. Por lo menos sabemos que Charlotte sigue con vida, y por los gritos que da, que el bebé tiene ganas de salir. -Pero debemos ir con cuidado. Podría haber más de un soldado de la Orden. Recuerdo una última advertencia-. Podría haber un perro -le digo a Ethan-. Y grande. A lo mejor no es lo que parece. Así que ve con cuidado.

Nos acercamos lo suficiente para oír el agradable sonido de la cascada, cuando Charlotte da un grito.

-¡Algo va mal! Debéis llevarme a casa, señor. ¡Por favor, llevadme a casa!

Ahora también la veo. Está tumbada bajo un árbol. Nota otra contracción y arquea la espalda y clava las uñas en la manta sobre la que está echada.

Hay dos hombres junto a ella que la observan. Uno está muy inquieto: se apoya en un pie, luego en el otro, a veces se rasca la cabeza y mira para un lado o al cielo.

-¿No podemos hacer nada para aliviarle el dolor?

El segundo hombre, más alto, pelirrojo y con bigote, no aparta la vista de la chica, que se retuerce de dolor ante él.

-Se va a morir de todos modos. No me gusta la idea de matar a un bebé, da igual quién sea, a pesar de que se trate de las órdenes de Ella. Es mejor que el bebé se muera en el útero con su madre y nos ahorre ese problema.

¡Ya está! Esas palabras son lo único que necesito. La palabra «prudencia» desaparece de mi vocabulario. Saco un cuchillo del cinturón y salgo gritando de nuestro escondite. Los dos hombres sólo tienen un segundo para reaccionar antes de que me abalance sobre el que desea cruelmente la muerte del bebé, mientras Charlotte sufre más dolor del que debería.

-Eres un cobarde -le susurro al oído, y le pongo el cuchillo en la garganta.

Por el rabillo del ojo veo que Ethan ha seguido mis pasos, aunque tampoco le quedaban demasiadas opciones. A pesar de todo, parece que se las apaña bastante bien contra el otro soldado.

El que tengo debajo de mí me agarra por los hombros y me tira al suelo. Me coge de la muñeca y aprieta con fuerza, pero yo me niego a soltar el cuchillo. Me aprieta la muñeca hasta que me hace un daño de mil demonios.

-¡No pienso ceder! -exclamo, y le doy un rodillazo entre las piernas.

Se le llenan los ojos de lágrimas y se queda quieto. Por un instante me parece distinguir algo familiar en su mirada. Y, como si se diera cuenta de ello, se retira e intenta doblarme el brazo por detrás de la espalda. Se lo agarro yo a él y lo lanzo por encima de mi hombro. Suelta un gruñido, pero se pone en pie rápidamente, me da una patada en el estómago y mis pulmones se quedan sin aire. Mientras intento recuperar el aliento, corre hacia mí. Me aparto y al encontrarse con un espacio vacío, se tambalea y pierde el equilibrio, aunque lo recupera de inmediato y me embiste de nuevo. Este soldado es implacable.

Entre tanto, Ethan tumba a su oponente y viene a ayudarme. Al ver mi cuchillo lo atrae hacia sí mentalmente mientras me quita al soldado de

encima y un instante después le pone el arma sobre la garganta.

El soldado que estaba en el suelo empieza a recuperarse, pero los gritos de dolor de Charlotte captan mi atención y hacen que el corazón me dé un vuelco. Me acerco corriendo a ella y le pongo ambas manos en el estómago. Me esfuerzo por aliviarle el dolor, relajarle los músculos y hacer que se le dilate el útero. Ha sangrado mucho y temo por la vida del bebé, pero noto que su corazón late bajo mis manos, aunque quizá demasiado rápido.

El soldado del suelo consigue ponerse en pie tambaleándose y me señala.

-¿Qué haces?

-Le estoy aliviando el dolor, cerdo.

-No puedes hacer eso -me dice, e intenta apartarme a rastras, pero yo regreso junto a Charlotte. Tengo que pensar en algo que lo ponga en fuga. Ojalá fuera tan fácil... Aunque debo intentarlo-. Has llegado demasiado tarde.

-¿Qué? ¿Qué dices?

-¡Poseo el don de curar! ¿No lo ves? -Lo miro fijamente-. Ya he hecho mi trabajo. El niño nacerá vivo. Y si me obligáis, me lo llevaré conmigo para protegerlo.

Su actitud cambia de inmediato, pues comprende que tal vez han perdido. Mira a su compañero, a quien Ethan aún amenaza con el cuchillo sobre la garganta.

-No la escuches -logra decir-. Ya sabes cuál será nuestro destino si fracasamos en esta misión.

El miedo consigue que el primer soldado abra los ojos de par en par y ponga una mirada de histeria.

-¿Qué hacemos? -pregunta entre dientes.

De repente, el que tiene el cuchillo en la garganta da una patada por detrás a Ethan en la entrepierna. Él se dobla en dos y el soldado lanza el cuchillo al bosque. Corre junto a su compañero y le dice:

-¿Sabes qué podemos hacer? Los matamos a todos excepto a él. -Señala a Ethan-. Creo que podría ser el que apuñaló a nuestro señor.

Ethan se acerca a mí y se arrodilla junto a Charlotte. Intercambiamos una larga mirada de preocupación. Charlotte está agotada y la tensión de no poder estar en su cama, con su comadrona y a salvo, empieza a pasarle factura.

-Piensa en algo -le susurro a Ethan-. Debo ayudar a Charlotte. El bebé tiene problemas.

Antes de que a Ethan se le pueda ocurrir algo, el aire a nuestro alrededor se vuelve caliente. El árbol que da sombra a Charlotte y los arbustos cercanos dan un chisporroteo. Las hojas se secan. Miro hacia arriba y veo a los dos soldados muy concentrados.

-Ethan, tenemos problemas. Si hace demasiado calor...

Antes de que pueda acabar la frase, los arbustos que hay a ambos lados, junto con la copa del árbol, empiezan a arder. Y sube la temperatura.

Ethan se quita el abrigo y comienza a apagar las llamas que tenemos sobre la cabeza, pero hace tanto calor que el esfuerzo lo deja exhausto.

-Necesitamos que la lluvia apague este fuego -le digo.

-No estoy muy seguro de poder hacer que llueva. No de verdad.

Le lanzo una breve mirada y le pregunto:

-¿Alguna vez lo has intentado? Te he visto introducir a gente real en tus ilusiones. He andado sobre puentes que habías creado únicamente con tu mente.

El aire se vuelve irrespirable. Charlotte grita e intenta secarse la frente. Mueve la cabeza rápidamente de un lado a otro mientras murmura cosas incoherentes. Está empezando a delirar.

Ethan mira al cielo.

-La lluvia no solucionaría el problema. No nos permitiría librarnos de esos soldados.

Tiene razón. ¿Qué hacemos ahora? Los soldados se alejan de las llamas cada vez más grandes con cara de felicidad. Uno de ellos da un puñetazo al aire como muestra de alegría.

-¡Estará contentísima con nosotros! ¡Nos recompensará como jamás lo ha hecho! -exclama, y luego señala a Ethan y añade-: Pero creo que tienes razón, el chico podría ser quien apuñaló a nuestro señor.

-Sí, así que será mejor que no te emociones -responde el otro-. Recuerda que quiere gozar del placer de matarlo ella misma.

Mientras siguen observando, Ethan empieza a prepararse.

-Ponte a cubierto y protege a Charlotte. Se me ha ocurrido una idea.

Hago lo que me dice. Me coloco delante de Charlotte y le tapo la cara con un brazo. De refilón veo que Ethan cierra los ojos y respira hondo. Aguanta la respiración y luego se tira encima de nosotras dos. Cuando lo hace, una explosión truena a nuestro alrededor y los dos soldados de la Orden lanzan un grito muy fuerte.

Miro por debajo del cuerpo de Ethan y veo que el fuego ha explotado hacia fuera. Unas llamas inmensas se abalanzan sobre los dos soldados, que no paran de correr, con el cuerpo ardiendo. Se adentran en el bosque y los dos gritan «Bastian». Y al pronunciar ese nombre desaparecen. Seguro que regresan a su cuartel general, donde pasarán una temporada en las salas de curación.

Ethan apaga todos los fuegos que aún queman los arbustos.

-¿Qué crees que les hará por haber fracasado?

Niego con la cabeza y vuelvo a centrar toda mi atención en Charlotte, que respira agitadamente.

-¿Quién sabe?

-Bueno, por lo menos ahora que se han ido no pueden regresar a esta época. Y Arkarian podrá nacer sin peligro.

Charlotte me agarra del brazo y levanta la cabeza tanto como puede para acercarse a mí.

-¿Os conozco?

Creo que no le hará ningún daño decírselo en este momento de su vida.

-¿Os acordáis de la época en que tuvisteis un perro? ¿Un perro grande al que llamabais cariñosamente *Carlitos?*

Abre más los ojos y esboza una sonrisa, pero echa de nuevo la cabeza hacia atrás cuando sufre otra contracción.

Ethan se quita el chaleco, lo enrolla y se lo pone bajo la cabeza.

-Phülipa -dice Charlotte, que recuerda mi nombre. Toma aire, lo expulsa y me pregunta ardientemente-. ¿Habéis traído a Gascón?

El hecho de que recuerde a Arkarian con tanto cariño me hace sonreír.

-Llegará dentro de poco.

Suspira, ya que probablemente se siente segura por primera vez desde hace muchas horas. Noto que el bebé está saliendo, tiene ganas de nacer. Miro a Ethan, que acaba de apagar unos matorrales que aún ardían y se reúne con nosotras. Yo inclino la cabeza hacia las piernas de Charlotte.

-Más vale que te prepares -le digo a mi compañero, que sacude la cabeza y me mira sorprendido.

-¿Qué? ¿Quieres que yo...?

-En efecto. Y date prisa, porque el bebé está a punto de nacer. -Vuelvo la cabeza hacia Charlotte y anuncio-: Ya falta poco. Dentro de nada se habrá acabado el dolor.

Gime y clava los dedos en la manta al tener otra contracción. Ethan se coloca en la posición adecuada y le sube la falda por encima de las rodillas.

-Oh, cielos, creo que veo algo... A él..., lo que sea.

Su tartamudeo me hace sonreír y después empiezo a darle instrucciones. Durante los siguientes minutos no tenemos ni un segundo de descanso, ya que primero aparece la cabeza del bebé, seguida rápidamente por el resto del cuerpo.

Ethan me mira con el cordón umbilical del bebé en la mano, así que le digo lo que debe hacer. Cuando ha terminado me entrega al niño. Compruebo su estado enseguida, y como no detecto ningún problema, lo pongo entre los débiles brazos de su madre.

Ethan señala la gran cantidad de sangre que ha manchado la manta.

-¿Puedes hacer algo?

Me duele pensar que esta chica tan joven y guapa va a morir, y dentro de muy poco, mientras yo me mantengo al margen y observo cómo ocurre. Tengo los medios para curarla, pero no puedo. Tengo el poder para darle a Arkarian la madre a la que nunca conoció, pero no debo hacerlo. ¿Cómo habría sido su vida de haber crecido en el castillo del duque, criado por una madre cariñosa?

No puedo dejar de mirar al bebé y a la madre, que tiene los ojos arrasados en lágrimas.

-Es tan bonito... -susurra mientras le acaricia la frente con los labios. Como si fuera consciente de las palabras de su madre y el suave roce de sus labios, el recién nacido abre los ojos y la mira directamente a la cara. Ella da un grito ahogado y esboza una sonrisa-. Eres real. No fuiste un sueño...

De pronto oigo ruido de cascos y un carro sobre terreno irregular. Los caballos aparecen al cabo de nada y varios jinetes desmontan en cuanto nos ven. El carruaje también se detiene. Los sirvientes se apresuran a atender a Charlotte con gran preocupación al ver los restos del fuego y el charco de sangre.

Ethan y yo nos apartamos de la escena y nos mantenemos a una distancia lo bastante prudente para que no reparen en nosotros. La duquesa desciende del carruaje y mira la manta manchada de sangre.

-Subidla al carruaje -dice, y todo el mundo se apresura a cumplir sus órdenes.

Ethan me tira suavemente del brazo.

-Vamonos, aquí ya no nos necesitan.

Trago saliva cuando noto un nudo del tamaño de una roca en la garganta, pero ahora ya no está a mi alcance curar a Charlotte. Su familia y los sirvientes se ocuparán de ella, aunque nada podrá salvarla, no en la Francia medieval.

Ethan pronuncia el nombre del señor Cárter y la ajetreada escena que transcurre ante nosotros desaparece.

Isabel

¡No puedo creérmelo! El señor Cárter nos obliga a seguir yendo al colegio. Dice que sería peligroso saltarse las clases, que levantaríamos sospechas, que todo resultaría muy obvio para los que... los que pertenecen a la Orden.

De acuerdo, entiendo su punto de vista. Es fundamental mantener el secreto para garantizar la supervivencia de la Guardia, y una única palabra bastaría para dar lugar a sospechas.

Me bajo del autobús seguida por Matt y me encuentro a Ethan. Nos dirige una extraña mirada de preocupación.

-¿Qué pasa?

Se encoge de hombros y mira en dirección al edificio del colegio, que se levanta ante nosotros, a medida que llegan cientos de estudiantes, listos para empezar las clases matinales.

-Aparte de que mi madre no ha cambiado de opinión sobre lo de ir al sanatorio, no estoy muy seguro, pero creo que hay algo en este lugar que parece distinto hoy. Percibo una sensación diferente. -Luego acerca su cabeza a la mía y me susurra al oído-: ¿Sabes que desde el secuestro de Arkarian la Guardia ha sufrido más derrotas que victorias? Anoche tuvimos suerte. Los miembros del Tribunal están muy preocupados por sus sectores. Algunos de ellos incluso han perdido soldados. Y ahora mi padre tiene que ayudar a Jimmy y pasará la noche fuera.

-¿Estás preocupado por tu madre?

-Apenas duerme y se niega a tomar los sedantes. Esta crisis ha ocurrido en un mal momento. Mi madre necesita que alguien la vigile constantemente.

-¿Puedo hacer algo para ayudarte? -Menuda pregunta estúpida, pienso. Cada día que pasa, Laura está más cerca de irse al sanatorio.

Ethan se encoge de hombros.

-Intento cuidarla. Y mi tía Jenny vendrá hoy a pasar la noche. Mi padre lo organizó todo antes de irse.

Nos quedamos un rato en silencio, hasta que Ethan se fija en un chico que lleva calcetines desparejados, y ninguno de los dos forma parte del uniforme de la escuela. Frunce el entrecejo.

-Fíjate en eso.

Los calcetines llaman mucho la atención, y luego veo a una chica de octavo que lleva unos pendientes enormes que le llegan casi hasta los hombros.

-¿Quién ha cambiado las normas de vestuario?

-Mi padre me ha dicho que después de tantas misiones fracasadas no debería extrañarnos que haya cambios. Que se alteren muchas cosas del pasado acaba afectando al presente.

El amigo de Ethan, Dillon, nos ve y se acerca, lo que pone fin a nuestra charla. Mira descaradamente a un par de chicas que bajan por la escalera. Matt se une a nosotros.

-Eh, ¿a qué viene esa sonrisa?

Dillon arquea las cejas y señala con la cabeza a las chicas, refiriéndose a las minifaldas que llevan.

Los dos se quedan mirándolas hasta que desaparecen al doblar la esquina. No es algo que se vea habitualmente en este colegio. Por lo menos no desde que el director Baker llegó a Ángel Falls hace dos años e impuso un estricto código de uniforme: medias hasta las rodillas, corbata, chaqueta con camisa blanca metida por dentro, y faldas azul marino hasta las rodillas para las chicas. Esas chicas, y también otras, ahora que me fijo, ¡enseñan más pierna por encima de la rodilla que por debajo!

Ethan intenta apartarme disimuladamente.

-¿Sabes qué creo que está pasando aquí? -Se afloja el nudo de la corbata-. Están empezando a ocurrir los cambios. Es mejor que te subas un poco la falda porque si no darás la nota.

Me doblo la cintura de la falda unas cuantas veces.

-Esto es muy raro, Ethan.

Dillon y Matt se acercan a nosotros.

-Parecéis muy estresados -dice Dillon-. Tenéis que tomaros unos días de vacaciones o algo así. -Qué idea tan buena. Ojalá pudiéramos-. Hablando de vacaciones -sigue Dillon, y mira a Matt con descaro-, ¿es eso lo que está haciendo Rochelle? Algunos de los chicos dicen que se ha ido del colegio. Hace tanto que se ha ido que creen que debe de haberse mudado. ¿Dónde está?

Matt da un resoplido.

-A lo mejor deberías preguntárselo a Ethan. Si Rochelle le hubiera dicho a alguien adonde iba, habría sido a él. -Ethan se queda boquiabierto, lo que no me extraña. ¿A qué viene la rabieta de mi hermano? ¿Y por qué llama la atención sobre Ethan? ¿Por qué lo vincula con Rochelle? Al final comprende que su cínico comentario podría ser malinterpretado y añade: Mira, no sé qué es de ella ni me interesa.

Dillon mira a Matt, luego a Ethan y de nuevo a mi hermano.

-Pero vosotros dos estabais... muy unidos. ¿Qué ha sucedido?

De pronto Matt le espeta:

-Me estaba usando y paso de ella. ¡Y ahora, cambiemos de tema!

Dillon deja de hacer preguntas, empieza a rascarse detrás de la oreja derecha, se mira las uñas de los dedos y luego se pone a la pata coja, primero con un pie y luego con el otro, como si estuviera encima de un hormiguero.

-Bueno, hablando de novias... -deja la frase en el aire, lo que provoca risas y sonidos de burla de Ethan y Matt.

-Es mejor que desembuches antes de que explotes -le dice Ethan.

Dillon se da la vuelta y nos mira fijamente con sus ojos de color verde intenso.

-He encontrado a la mujer perfecta. -Luego me mira y añade-: Isabel, tienes que conseguirme una cita con ella.

-¿Yo? Pero si no sé de quién estás hablando...

Su tono fantasioso hace que todos nos partamos de la risa y Matt le pega una palmada en el hombro.

-Tú conoces a una mujer perfecta cada semana.

.-Te lo juro -dice Dillon con una mano sobre el corazón-. Ésta es la definitiva. Tienes que verla. ¡Es una pasada! Y está más buena que ninguna otra.

-Bueno, ¿pues dónde está esa mujer perfecta? -le pregunta Ethan-. ¿La conocemos?

-Es nueva y, bueno..., de hecho aún no nos han presentado.

Ethan y Matt dan un resoplido y niegan con la cabeza. Entonces Ethan ve salir al señor Cárter por la puerta delantera de las oficinas.

-Tengo que hablar con él.

-¿Ah, sí? ¿Por qué? Pensaba que lo odiabas. -Dillon es muy rápido, teniendo en cuenta que hace un segundo estaba soñando con una chica a la que apenas conoce. Ethan duda, pero sólo un instante.

-Ah, es por el trabajo de Historia. Se lo entregaré tarde.

-¿Qué trabajo? Voy a tu misma clase. No sabía que teníamos que entregar un trabajo.

Dillon vuelve a ponerse pesado con las preguntas y yo empiezo a sentir algo extraño dentro.

-Es uno que hice el año pasado. Saqué un excelente y Cárter quería enseñárselo a los alumnos de una de sus clases. Quería darle unos retoques antes de entregárselo.

-Pues a mí me parece que no necesita demasiados retoques. Ya me gustaría a mí sacar un excelente en algún... -replica Dillon, que luego se detiene. Todos miramos en la misma dirección que él para saber qué lo ha dejado tan aturdido-. ¡Es ella! -exclama, y presa de la emoción le da una palmada tan fuerte a Ethan en la espalda que casi lo tira.

-¡Eh!

-Lo siento, pero mírala. Esa chica es mía -añade embobado.

Los cuatro miramos al señor Carter, que sale de las oficinas acompañado por la chica nueva. Sin embargo, no es sólo Dillon quien reacciona de un modo extraño al verla. Hasta mi hermano se ha quedado boquiabierto, embelesado Por la chica mientras ella y el señor Cárter se acercan.

Observo detenidamente a la causante de que a mi hermano y a Dillon se les salgan los ojos de las órbitas. Bueno, no hay duda de que es guapa, tiene unos ojos ovalados y felinos preciosos, una piel inmaculada y una melena negra que rodea una carita en forma de corazón con unos labios rojo cereza.

A medida que se acercan se me acelera el pulso. ¡No es una chica normal! La reconozco sin ninguna duda. La he visto antes: es la chica que apareció en la ilusión de Ethan el año pasado. Usó su imagen para distraer a Marduke. Es Neriah, la hija de Marduke, aunque estoy casi segura de que ella no sabe ni eso ni nada sobre su padre. Es más, apostaría cualquier cosa a que no sabe nada de la Guardia ni de quiénes somos nosotros... Aún.

El señor Carter y la chica se aproximan a nosotros y él nos la presenta. Neriah intercambia una mirada cordial conmigo y noto al instante que me transmite una gran sensación de calma. Tengo el presentimiento de que esta chica esconde muchas cosas, aunque no sabría decir exactamente qué. Tal vez sabe más de lo que yo pienso. A pesar de que acabamos de conocernos, crea una cálida sensación de confianza en mí.

-¿Te importaría echarle una mano a Neriah durante unos días, Isabel? -me pregunta el señor Cárter.

Dillon interviene antes de que pueda responder.

-Ya lo haré yo, señor.

Pero el señor Cárter le espeta:

-No estaba hablando contigo, Dillon. -Luego, como si se arrepintiera del tono brusco que ha usado, dice afablemente-: Neriah va a la mayoría de las clases de Isabel. Es una estudiante de décimo, no de undécimo como vosotros, chicos, por lo que tiene más sentido que Isabel le enseñe el colegio. -El señor Cárter mira en silencio a Dillon durante un segundo y se da cuenta de que no puede apartar sus ojos saltones de la cabeza agachada de Neriah, así que añade en voz baja-: Cálmate un poco, Dillon. Se te ve el plumero.

Mientras Ethan y Matt se ríen de la vergüenza que está pasando su amigo, yo sonrío a Neriah, nuestras miradas se cruzan y de este modo empieza a forjarse nuestra amistad. Le digo al señor Cárter que no me importa ser el cicerone de Neriah durante unos días.

-Sabía que podía confiar en ti, Isabel -me dice Cárter. Y, sin pronunciar una palabra más, me indica que me está pidiendo algo más. Asiento con la cabeza para demostrarle que lo he entendido-. Bueno, ahora es mejor que os vayáis a clase.

Justo en ese momento suena el timbre de la mañana, así que recogemos nuestras bolsas.

-¡Yo me la he dejado en secretaría! -exclama entonces Neriah.

Dillon y Matt se dan empujones para ir a buscársela.

Dillon se gira y le da un golpe con la palma de la mano en el pecho a Matt.

-¡Ya voy yo!

Neriah parece algo incómoda y esboza una sonrisa nerviosa. Salta a la vista que no está acostumbrada a recibir tantas atenciones. Dillon echa a correr y casi me tira al suelo en su prisa por llegar a la oficina primero. Cuando se ha ido, Neriah alza la vista y mira a Matt. Los dos se contemplan largo rato. Ethan y yo podríamos estar hundiéndonos en arenas movedizas a su lado y ninguno de los dos se daría cuenta.

Al final ella aparta lentamente la vista y se mira el pie izquierdo, con el que ha empezado a trazar pequeños círculos en el suelo. Matt posa la mirada en las colinas que hay a lo lejos, como si nunca hubiera visto el horizonte, o por lo menos ninguno tan imponente. ¿Qué mosca le ha picado? Neriah hace que se comporte como un niño de diez años que juega por primera vez al juego de la botella. Y, a pesar de que debería ser algo bueno que mostrara interés tan pronto por otra chica, no tengo muy claro que su interés por ésta en concreto sea la mejor solución para olvidar a Rochelle.

Ethan se ríe, divertido, pero por alguna razón yo siento un escalofrío. Entonces comprendo que esta reacción ha sido causada por mi sexto sentido.

Isabel

El día transcurre lentamente. Las clases se confunden unas con otras porque no puedo dejar de pensar en Arkarian, se encuentre donde se encuentre. ¿Qué le estarán haciendo? ¿Quién era ese hombre gigantesco de la capa carmesí que lo secuestró? Al verlo tuve una extraña sensación. Me viene una imagen de Marduke a la cabeza, pero no es posible, ¿verdad? No. Nadie puede regresar de entre los muertos.

A pesar de que tengo a Neriah todo el día a mi lado, soy incapaz de concentrarme, aunque por lo menos averiguo algo más sobre ella: tiene talento artístico y es inteligente y tímida porque ha llevado una vida recluida. Hasta hoy nunca había ido a una escuela. Había estudiado en casa con su madre y varios tutores privados. Ha vivido rodeada de grandes medidas de seguridad, que también se mantienen aquí. La traen y llevan en coche y mientras esté en el colegio irá a las mismas clases que yo. El señor Carter también la vigila de cerca.

No hemos hablado del lugar donde vivía antes de trasladarse a Angel Falls porque ella no ha mencionado el tema. A buen seguro tiene algo que ver con su pasado o con su padre. Supongo que Neriah y su madre han vivido escondidas en otro país. Pero ahora el Tribunal ha considerado necesario que regrese y empiece a cumplir con su papel. Al fin y al cabo, es uno de los Elegidos y dentro de poco se revelará su participación en la Profecía.

Por fin suena el timbre que anuncia el final de la última clase. Aunque me muero de ganas de irme de aquí, acompaño a Neriah al aparcamiento de la escuela para esperar a que lleguen a recogerla pero el coche ya está ahí. Dos perros blancos inmensos, al parecer sus mascotas, están sentados montando guardia junto a la puerta trasera, que un conductor vestido con

uniforme mantiene abierta. Cuando los perros ven a Neriah empiezan a menear la cola emocionados, pero no se mueven hasta que ella los llama por su nombre.

Los perros la siguen al interior del coche y ella me dice adiós con la mano a través de los cristales tintados.

Finalmente puedo hacer lo que llevo deseando todo el día: planear el rescate de Arkarian. Intento olvidarme de lo extraña que ha resultado la jornada hasta ahora y voy a buscar a Ethan para ponernos manos a la obra. Pero Matt me encuentra antes y, por desgracia, viene acompañado de Dillon.

-¿Ésa era Neriah? -me pregunta Dillon, que estira el cuello para contemplar cómo se aleja el coche oscuro-. ¿Viene al colegio en un Mercedes y con chófer?

-No tengo ni idea de qué marca de coche es, Dillon. ¿Has visto a Ethan?

Al final aparta la vista de las luces traseras y se digna mirarme a la cara.

-Ah, sí. Ha dicho que te esperaba en la salida trasera.

Matt y yo nos vamos. Por fin podemos ocuparnos de nuestros asuntos. Pero Dillon no se separa de nosotros. No sé, tal vez son imaginaciones mías, pero tengo la sensación de que me está asfixiando. Lo más probable es que se deba a que tengo los nervios de punta.

¿Cómo puedo librarme de él sin ser maleducada? Se me ocurre una idea. Con una despreocupación fingida le hago una pregunta a Matt, pero me aseguro de que Dillon también me oiga.

-¿Has visto la obra de arte que ha hecho Neriah hoy?

Matt frunce el entrecejo.

-Ya sabes que no hago la asignatura de Arte. Ni siquiera me acerco a esas aulas. ¿Qué te pasa?

Intento señalar a Dillon con los ojos y le digo a mi hermano que se calle sin llegar a pronunciar una palabra.

-Ah, vaya, pues es una pena. ¿Y tú, Dillon?

-No, yo tampoco hago la asignatura de Arte.

-Neriah tiene mucho talento -sigo-. Ha hecho un dibujo abstracto de un bosque tan cautivador que os juro que no podía dejar de mirarlo. A toda la clase le ha pasado lo mismo.

-¿Ah, sí? -Dillon parece impresionado-. Es guapa y tiene talento...

Sonrío al comprobar que se ha tragado el cebo.

-Sí, bueno, sólo lo comento porque he oído que esta tarde le toca clase particular de Arte.

-¿Has dicho esta tarde?

Echo un vistazo rápido a mi reloj.

-Dentro de unos veinte minutos. Me ha dicho que antes iría a tomar un capuchino al Falls Café.

Dillon mira la hora.

-Podría llegar allí en cinco minutos.

Ethan nos encuentra justo cuando Dillon da media vuelta y se va. Cuando ya no nos puede oír, Matt me pregunta:

-¿A qué ha venido todo eso?

-Es que está siempre pegado a nosotros.

-Porque es nuestro amigo -replica Matt.

-Ya lo sé, pero es que tenía que librarme de él. Tengo que planear algunas cosas y no puedo hacerlo cuando él está por aquí.

Ethan se queda mirando a Dillon un instante.

-Pues está muy bien que lo hayas hecho. Carter quiere que nos reunamos ahora mismo en la sala de Arkarian.

Matt reacciona rápidamente.

-Entonces vamonos -dice, pero Ethan le pone una mano en el pecho para detenerlo.

-Bueno, se refería a Isabel y a mí.

Mi hermano da un gruñido y levanta la vista al cielo.

-¿Y qué se supone que tengo que hacer yo?

-Entrenarte -contesta Ethan-. Son tus habilidades físicas las que te salvarán el pellejo hasta que...

Matt arquea las cejas, disgustado.

-Sí, ya lo sé. Todos lo sabemos, ¿vale?

-Eres demasiado duro contigo mismo. Tienes que intentar relajarte.

-Es que me cuesta relajarme cuando todo el mundo espera tanto de mí.

-Concéntrate en el aspecto físico y lo demás ya vendrá.

-Pero resulta que mi instructor está a punto de irse.

A Ethan se le ocurre una idea.

-Jimmy ha vuelto.

-¡Ni hablar! No pienso entrenarme con él.

-Es una pena. Podrías aprender mucho de Jimmy. Es todo un experto en trucos y trampas. Fue él quien diseñó las de Verdemar.

Matt asiente con la cabeza.

-De eso quería hablar también. Si la ciudad de Verdemar es tan importante para nosotros, ¿por qué no me la habéis enseñado aún?

Al final se me acaba la paciencia.

-¡Por el amor de Dios, Matt! ¿Por qué no te callas y paras de quejarte? ¡Nunca se sabe, a lo mejor si dejas de luchar contigo mismo, tus poderes aparecen solos!

Matt se va sin decir una palabra más. Me arrepiento al instante de mi arrebato y hago el ademán de ir tras él, pero Ethan me agarra del brazo.

-Estará bien.

Asiento y doy la vuelta, pero por el rabillo del ojo veo que alguien nos observa desde cerca de la verja delantera. Al darse cuenta de que la he visto, esa persona se pone tras una pared de ladrillos, como si quisiera esconderse.

-¿Qué ocurre? -me pregunta Ethan, que me tira del brazo para que me dé prisa.

-¿Confías en Dillon?

Ethan me mira con el entrecejo fruncido.

-¿A qué te refieres?

Me encojo de hombros.

-No sé. Es que tengo un presentimiento.

-¿De qué tipo?

-¿Alguna vez te hace preguntas raras?

-¿Dillon? Sí, continuamente, pero es su modo de ser. No te pongas paranoica. Dillon es... mi mejor amigo. -Lo miro a los ojos y arqueo las cejas lentamente-. Después de ti, claro -se corrige con una sonrisa-. En serio, Isabel, no conoces a Dillon tan bien como yo. Es un buen tío.

-Hazme un favor, ¿vale? No confíes a ciegas en vuestra amistad. Ándate con cuidado.

-¿Lo dices en serio? ¡Dillon no trabaja para la Orden!

Salimos por la puerta trasera.

-No puedes estar seguro, Ethan, del mismo modo que ninguno de nosotros sabía que Rochelle trabajaba para la Orden. ¿Y si resulta que es un Vidente de la Verdad, como ella? Podría habernos leído la mente y ni nos habríamos enterado.

-Está bien -concede en voz baja-. Iré con más cuidado cuando esté con él.

Una vez que el tema ha quedado zanjado, por el momento intento dejar mis sospechas a un lado. Subimos corriendo la ladera de la montaña y, al cabo de muy poco, llegamos a la sala de Arkarian. La puerta secreta se abre ante nosotros y nos permite entrar. Me resulta extraño recorrer este pasillo sabiendo que Arkarian no está aquí. Pasamos de largo varias puertas y tengo que reprimir el impulso de mirar detrás de todas. Muchas de ellas llevan a salas de entrenamiento, de otras no sé nada. Pero es inútil mirar en ellas, porque Arkarian no está.

Llegamos a la sala principal octagonal y veo al señor Cárter. Está observando la esfera holográfica tridimensional que sirve para vigilar el pasado. Está tan absolutamente concentrado que se sobresalta cuando Ethan le toca en el hombro.

-¿Por qué habéis tardado tanto?

Se aparta de la esfera y nos señala unas sillas que ha traído. Al ver estas sillas, que no se parecen en nada a los taburetes antiguos que siempre hace aparecer Arkarian, se me arrasan los ojos de lágrimas, pero parpadeo tratando de contenerlas para que nadie se dé cuenta. Me dejo caer en una, intentando recordar cuándo fue la última vez que dormí.

El señor Cárter aún no se ha sentado en la suya y ya empieza a darnos órdenes.

-El Tribunal ha solicitado vuestra presencia inmediata.

Ethan muestra su sorpresa antes que yo.

-¡¿Qué?! ¿En Atenas?

-¡Pero no tenemos tiempo! -exclamo con la esperanza de que el señor Cárter se muestre dispuesto a apoyarme en esto, ante el Tribunal si es necesario. Durante todo el día no he hecho más que pensar en la misión de

rescate de esta noche, y ahora me dicen que en lugar de eso debo ir a Atenas-. Nuestra principal prioridad es Arkarian, y luego...

Decido callarme y no decir nada sobre la madre de Ethan. Su depresión, a pesar de que está relacionada con ciertos hechos del pasado, no es un asunto de la Guardia en sentido estricto, y tampoco del señor Cárter. Estoy segura de que Ethan no querría que le dijera nada.

Pero nuestros argumentos caen en saco roto. El señor Cárter se mantiene en sus trece.

-Escuchadme, vosotros dos no podéis ir en misión de rescate sin la ayuda del Tribunal, así que, sean cuales sean los motivos que tienen para convocaros, consideradlos como una oportunidad para obtener su colaboración. ¿Sabéis dónde se encuentra Arkarian exactamente? ¿Sabéis adonde ir? ¿Cómo llegar hasta allí? ¿O, por lo menos, por dónde empezar? ¿Eh?

Sus preguntas me dan que pensar. Tiene razón en algunos aspectos, pero la idea de perder otra noche me resulta difícil de soportar. Y encima tenemos la preocupación añadida de Laura. Cada vez quedan menos días para su posible suicidio y, sinceramente, no sé cómo evitar que ocurra. Arkarian dijo que nos ayudaría, y yo lo creo. Me parece que tiene una solución, o un plan, o lo que sea. Sin él estamos perdidos en miles de sentidos.

Ethan resopla.

-Tiene razón. Debemos ir a Atenas.

Bueno, pues entonces mejor que aprovechemos el viaje al máximo.

-¿En quién podemos confiar para que nos ayude? ¿Con cuál de los miembros deberíamos hablar?

Mientras el señor Cárter piensa, Ethan hace una sugerencia:

-Lord Penbarin. Me ayudó en el pasado y creo que volvería a hacerlo.

Por primera vez, Ethan y el señor Carter no discuten. Después de solucionar unos cuantos detalles más, Ethan y yo descendemos por la montaña. Está oscureciendo, pero hay bastante claridad para que pueda usar mi don, lo cual me permite ver el camino sin problemas. Ethan me sigue porque sabe que con esta luz tenue veo mucho mejor que él. Sin embargo, de pronto siento un dolor agudo en la cabeza que hace que me doble por la mitad, y me pregunto fugazmente si alguna vez me acostumbraré a esto. Intento relajarme, respirar hondo, pero el dolor viene acompañado por una intensa luz blanca. Me tambaleo, noto que me pesa la cabeza y que pierdo el equilibrio.

Ethan me agarra por la cintura y me ayuda a sentarme. Lo veo muy borroso ya que mi cabeza aún está recuperándose del fogonazo, pero él está impaciente por saber lo que he visto. Debe de estar pensando en su madre. Lo sé. Sin embargo, aunque esta vez no la he visto a ella, se trataba de alguien muy importante para él.

-¿Estás bien? ¿Has tenido otra visión? -A pesar de que todavía me siento abrumada, intento pronunciar unas palabras. Mi silencio desata los temores de Ethan-. ¿Qué has visto? ¿Otra vez a mi madre?

Respiro hondo e intento explicárselo.

-He visto el pasado.

-¿Qué?

-Arkarian me había dicho que podía ocurrir.

-¿Y qué has visto?

-El bosque donde tu hermana fue asesinada. Y... cómo la mataba Marduke.

Ethan arquea las cejas.

-Sí, bueno, yo también lo he visto un millón de veces en mis sueños.

-Pero he visto algo más. -El aguarda expectante-. He visto lo que le ocurrió a ella después.

-Pero ¿qué dices?

-Corría por un campo de flores muy extrañas que crecían bajo una luna llena roja. Y luego la he visto dentro de un edificio muy alto. Creo que vive ahí, pero no es donde se supone que debería estar.

-¿Me estás diciendo que Sera todavía está viva?

Pienso en ello y en la figura desamparada y descarnada que he visto en mi visión, y luego sacudo la cabeza.

-No lo creo, Ethan. Esta Sera parecía... -¿Cómo puedo decírselo? ¿Cómo le explico la transparencia de su cuerpo, la falta de color de su piel salvo por una levísima luminiscencia, su mirada angustiada o el hecho de que parecía atravesar literalmente las flores? Llego a la conclusión de que sólo hay una forma: decírselo claramente-. Ethan, tu hermana es un fantasma.

Arkarian

La paliza no dura demasiado. No es necesario. Al cabo de unos minutos de propinarme patadas y puñetazos en las extremidades, la espalda y la cabeza, resulta obvio que de seguir así acabarán matándome. Y una cosa que he aprendido rápidamente en este lugar es que nadie se atreve a desobedecer los deseos o las órdenes de la Diosa. Lathenia aún no me quiere muerto, así que los carrizos se retiran.

Intento respirar hondo, pero creo que me han roto alguna costilla. Estoy seguro de que tengo una hemorragia interna, pues me sale sangre por la boca. Toso y el dolor casi termina conmigo. Ante mí se forma un pequeño charco de sangre que está a punto de alcanzar a uno de los carrizos, que retrocede. Bate las alas una vez y se alza en el aire.

-¡Arj! Se va a morir. ¡Ha sido por la patada que le has dado en el pecho!

Dos de ellos se pelean un rato, acusándose mutuamente de haberme propinado el golpe fatídico. El chico grita para que se callen y se acerca a contemplarme por primera vez. No puedo ver la expresión de su cara porque se me ha nublado la vista, pero sí oigo que respira agitadamente cuando emite un sonido mezcla de repulsión y, curiosamente, vergüenza. Aunque esto último tal vez sea una ilusión causada por el último golpe que he recibido en la cabeza.

-Volved a ponerlo en el carro. Y cuidado con sus heridas, ¿me oís? ¡Mucho cuidado!

Sus órdenes son alentadoras. Noto algo en su voz, un deje de compasión, si no me equivoco, pero resulta difícil decir si existen posibilidades de que este chico se convierta en un aliado.

Los carrizos me levantan y me llevan fuera. El corto camino hasta el carro supone una tortura porque uno de estos bichos me alza más que los demás, y otro casi me tira. Todos los pensamientos se desvanecen de mi cabeza y debo de perder el conocimiento, pues cuando me despierto el carro está en marcha y los carrizos gruñen y se quejan de lo cansados que están. Como no hay sol, resulta difícil decir cuánto dura el viaje. Es imposible medir cuándo ha empezado un nuevo día.

En varias ocasiones quedo sumido en un estado de se-miinconsciencia. Es extraño que en estos momentos regresen a mi cabeza ciertos recuerdos. Recuerdos que creía bien enterrados, de otras palizas a manos de aquellos a quienes se les había encomendado mi protección, padres sustitutos que me trataban más como a un esclavo que como a un hijo. Y como ocurre siempre cuando estos recuerdos logran abrirse paso hasta mi conciencia, vienen acompañados de un sentimiento de furia. ¿Por qué me pusieron al servicio de otras personas? Tras la muerte de mi madre, ¿por qué no vino mi padre a reclamarme, en lugar de permitir que me convirtiera en un huérfano?

El carro se detiene y me despierta. Y con la súbita calma el dolor se apodera de nuevo de todo mi cuerpo. Estiro las piernas para comprobar si tengo algún hueso roto. Apenas siento la cadera y los tobillos; debo de tenerlos dislocados, aunque me parece que los huesos en sí están intactos. Una cosa tengo clara: ahora no podría escapar, aunque se me presentara la oportunidad. Además, ¿adonde iría? No tendría sentido echar a correr sin rumbo en esta oscuridad absoluta.

Los carrizos me conducen hasta una barca, donde me ponen en el suelo. Mi cuerpo entra en contacto con un metal gélido. Cuando las cuatro criaturas están dentro, el chico suelta la amarra y sube también. La barca se mece mientras los bichos se ponen en su sitio. Parecen nerviosos e intentan mantenerse cerca del centro.

-Vosotros dos, agarrad esos remos y empezad a remar -les ordena el chico.

Los dos carrizos refunfuñan y obedecen. Para ellos supone un gran esfuerzo, respiran agitadamente y se quejan sin parar. De pronto algo choca contra la barca y hace que nos balanceemos peligrosamente. Los cuatro carrizos gritan asustados cuando un destello de fuego ilumina el agua un instante. Entonces veo los grandes trozos de hielo de la superficie. Los carrizos maniobran para salvar las placas de hielo con sumo cuidado y se gritan unos a otros cuando se acercan demasiado a una. Se gritan aún más cuando un golpe de agua está a punto de inundar la barca.

Me esfuerzo por ignorar su evidente miedo e intento cambiar de posición, ya que el metal que noto bajo la espalda está helado. El chico se da cuenta, y como si eso lo conmoviera, se quita la capa y me tapa con ella. Luego me ofrece su cantimplora de agua. Tomo un sorbo y le doy las gracias.

Da un gruñido y me dice:

-No te emociones, sólo soy un soldado que cumple con su deber.

A pesar del lamentable estado en que me encuentro, no puedo evitar

emocionarme por el hecho de que un soldado del Caos parezca tener conciencia.

-Tú... -me cuesta recobrar el aliento- eres diferente.

-Soy tan mortal como tú.

-Y tienes tanto miedo como yo.

El chico se ofende.

-No tengo miedo. De ti no.

Sus palabras dejan entrever ciertos titubeos, lo que hace renacer mis esperanzas.

-Bueno, pues yo sí tengo miedo.

Al oír esta frase, levanto la cabeza sorprendido, puesto que ha sido pronunciada por uno de los carrizos. Los otros tres resoplan y lanzan un gruñido de asentimiento.

El chico golpea al carrizo en su hombro encorvado.

-¿Por qué tenéis miedo? Sois los reyes de esta tierra.

El animal da un bufido de burla.

-Voy a decirte de qué tengo miedo. Tengo miedo de eso.

Sigo con la mirada la dirección que indica su mano estirada. Aunque me resulta imposible ver a través de la oscuridad, deduzco que el animal señala nuestro destino.

-He oído ciertas cosas sobre esa isla -dice el chico.

-No es la isla, sino el templo que hay en ella.

Los otros resoplan y asienten con la cabeza.

-He visto ese templo -comenta el chico-. Debo admitir que es grande, más que cualquier otra cosa que haya visto antes. Pero no es aterrador. Transmite una... sensación de paz. -Los carrizos se estremecen ostensiblemente y farfullan algo al oír su descripción-. Contadme -les pide- ¿qué tiene ese templo que os hace temblar así?

Los cuatro se apresuran a responder, todos a la vez, lo que impide que se les entienda.

-Es un lugar sagrado -explica uno-. Habitado por uno de Ellos.

-¿Te refieres al fantasma que vive ahí?

Los carrizos mascullan algo incomprensible y se maldicen entre sí.

Uno mira al chico.

-No pensamos ir allí.

Otro añade:

-No pondremos ni un pie en la isla.

El chico frunce el entrecejo.

-¡Pero no podemos dejarlo en la playa!

Los cuatro farfullan y niegan con la cabeza.

-¿Qué importa dónde lo dejemos? De todas formas va a morir, ya sea en el templo o en la playa cuando suba el nivel del lago.

-Escuchad, la Diosa todavía no quiere que este hombre muera. No puedo defraudarla de nuevo. Ella... -Duda un instante, me mira e intenta

decidir si ya ha dicho demasiado-, ella me ha prometido muchas cosas por mi lealtad.

La barca toca tierra firme y el chico se dispone a bajar de un salto, pero uno de los carrizos lo agarra del tobillo.

-¡Cuidado con el lago!

El chico asiente y amarra la embarcación a un atracadero. Luego me llevan a la playa y me tiran ahí. En cuanto mi cuerpo toca la superficie rocosa, los carrizos regresan tan rápido como pueden a la barca.

El chico me mira, se fija en lo cerca que estoy de la orilla y luego se vuelve hacia los carrizos.

-Va a subir la marea y está demasiado débil para llegar al templo.

-Olvídalo. No dudaremos en irnos sin ti. ¡Sube! ¡Rápido, el lago está creciendo!

El chico hace caso omiso de la amenaza del animal y por iniciativa propia me ayuda a recorrer un trecho para alcanzar una zona más elevada.

-El templo no está muy lejos y ya hemos subido la peor parte -dice. Luego se gira y busca algo en el suelo. Vuelve con una rama vieja y rota y me la pone en la mano-. Toma, apóyate en esto y sigue alejándote del lago.

-Tienes un alma bondadosa -le digo.

-No hago esto por ti. Mi alma pertenece a la Diosa -me replica claramente enfadado, tal vez por haber revelado tanto de sí mismo. Se va.

-Espera -le pido-. Ni siquiera sé cómo te llamas.

Siento que el chico duda un instante.

-Ella me llama Bastían.

-Sí, pero ¿cuál es tu nombre real?

Echa la vista atrás por encima del hombro y no responde. Al cabo de un momento contesta:

-Te lo diré si tú respondes a otra pregunta.

-La que sea.

-¿Por qué no me escogiste a mí para ser uno de los Elegidos?

Su pregunta es tan inesperada que me quedo sin habla. Mira mi boca abierta y se vuelve para dirigirse a la barca, que lo aguarda. Lo sigo con la mirada hasta que su antorcha se convierte en un minúsculo destello en la distancia. Luego él también desaparece.

Y ahora me quedo solo. Tengo que encontrar refugio, aunque sea con un «fantasma», o lo que asusta tanto a los carrizos. Por algún motivo, la marea creciente es más peligrosa que las temperaturas bajo cero. Pero tan sólo veo oscuridad. A pesar de la rama que el chico me ha dejado para que me apoye, tropiezo y me caigo varias veces, y el esfuerzo que debo realizar para levantarme de nuevo me deja agotado. Mi mente está al borde de la inconsciencia, pero no he vivido durante seiscientos años para exhalar el último aliento en una playa abandonada, completamente solo. Intento mantener la cabeza ocupada y recuerdo aquella noche en Francia, cuando Isabel se quedó dormida apoyada en mi pecho. Esa noche la besé en la cabeza. ¿Qué habría pensado, de estar despierta? ¿Habría alzado la vista para mirarme? Su imagen me produce un dolor en las costillas más agudo que el de las fracturas. Debe de estar pasando mucho tiempo con Ethan,

seguramente organizando un plan de rescate. No hace tanto estaba enamorada de él. ¿Aún lo querrá? El hecho de pensar en Isabel y Ethan hace que me derrumbe sobre los gélidos guijarros.

Una débil luz atraviesa la oscuridad. ¿Estoy despierto o me hallo sumido en un penoso estado de delirio? Parpadeo para aclararme la vista. Alguien, o algo, se aproxima. A medida que se acerca distingo a una chica. Lleva un vestido blanco por debajo de las rodillas. Pero lo más raro es su piel, que parece luminosa. Y más raro aún, ¡creo que veo a través de ella!

Se detiene al llegar junto a mí e inclina la cabeza.

-Eres Arkarian.

No es una pregunta. Sabe quién soy. Y ahora, al mirar su cara angelical, enmarcada por una melena de rizos negros, iluminada tenuemente por su vestido blanco y su piel resplandeciente, yo también la reconozco.

-Mi querida Sera, ¿eres tú de verdad? ¿Qué haces en este lugar de pesadilla?

Se ríe, aprieta los puños y los agita en el aire mientras da vueltas en círculos. Al cabo de poco se calma y su ceño estropea sus inocentes y delicadas facciones.

-Tienes que levantarte y venir conmigo. Está subiendo la marea y va a llover. ¡Mira!

Alzo la vista, aunque no veo nada.

-¿Puedes ver en esta oscuridad?

-No, pero lo sé. -Se señala la cabeza-. Me lo dice el cerebro. Así que date prisa, Arkarian. Debemos encontrar cobijo -añade, instándome a levantarme con las manos.

Entonces se me ocurre algo.

-¿Eres un ángel?

Ella ríe y se dobla por la mitad.

-No encontrarás a ningún ángel en este horrible lugar.

Me levanto utilizando la rama y Sera me apremia.

-¿Adonde me llevas?

-Al templo, por supuesto. Qué tonto eres. ¿Adonde iba a llevarte, si no? -No tengo ni idea, así que me quedo callado-. En el templo estaremos a salvo. No pasaremos frío y podré cuidar de ti.

-¿Tienes bálsamos para aliviar el dolor?

-¡No tengo nada! -responde enfurruñada-. Sólo el agua que me trae Bastían.

-¿Bastian cuida de ti?

Alza sus delgados hombros y, por un momento, parece perder la concentración.

-A veces me visita. Pero nunca si Marduke anda por aquí. ¡Oooh! -grita con voz aguda-. ¡Cómo lo odio! ¡Y a sus horribles bestias!

-Los carrizos te tienen miedo.

Se estremece.

-Y yo a ellos. Pero sé que, en realidad, les da pánico el templo. Me

protege de ellos. Hace tiempo vivía gente aquí. Es una vieja historia.

-Cuéntamela, por favor.

-Era un mundo precioso. El templo era un lugar de adoración. Un lugar donde la gente podía hablarle a su dios. Pero luego llegó la oscuridad y cubrió toda la tierra. Construyeron el lago alrededor del templo para protegerse.

-¿Qué le ocurrió a esa gente?

Se encoge de hombros.

-Necesitaban el sol para vivir. Y cuando la oscuridad fue absoluta, todo empezó a morirse. Al cabo de poco tiempo no les quedaba comida. Se volvieron débiles. El mal se extendió. Al final desaparecieron. Cuando ya hacía mucho que no vivía gente, llegaron esas criaturas.

-¿Los carrizos?

-Sí, y de otro tipo también. Luego empezaron a crecer las flores.

-¿Flores?

-Negras. -Señala algún lugar por encima del hombro, pero sin luz resulta imposible saber adonde apunta.

-¿Quién te ha contado esa historia?

-Fueron las flores. Me han contado un montón de antiguas historias.

A pesar de que la idea de unas flores que «hablan» me resulta extraña, ¿quién soy yo para dudar de ella? No sé nada acerca de los habitantes de este mundo, salvo de los carrizos; y, sin duda, son muy raros.

-¿Has estado a salvo aquí, Sera?

-He estado sola, pero prefiero vivir así antes que con esas bestias horribles. Mientras piensen que soy un fantasma me dejarán en paz.

Sus palabras me hacen reír por dentro y pago por ello con el dolor de mis costillas rotas.

-Perdona esto que voy a decir, Sera, pero... eres un fantasma. -Su cara abatida me hace recordar que tan sólo era una niña de diez años cuando Marduke la asesinó. ¿Qué recuerda de su otra vida? ¿Qué efectos ha tenido en su cordura todo el tiempo que ha pasado aquí?-. ¿Sabes que moriste en el mundo mortal hace trece años?

Suspira y sus labios fruncidos esbozan una sonrisa de tristeza.

-Sé que me morí. ¡Pero no sabía que fue hace tanto tiempo! ¡Qué mayor soy ahora!

Empiezo a entender el problema de Sera.

-Estás atrapada aquí. Tu alma no puede seguir adelante.

De pronto sonríe y sus ojos adquieren durante un instante el mismo brillo que su piel.

-¡Sin embargo, ahora todo marchará bien!

Tropiezo con una roca y casi me caigo, pero Sera me ayuda a mantener el equilibrio. Es sorprendente cómo lo hace. Siento su tacto, mas sus manos, de hecho sus brazos, me atraviesan parcialmente.

-Gracias -le digo, y luego le pregunto-: ¿Cómo puede ser bueno para ti estar en esta isla? Ahora yo también estoy atrapado.

Empezamos a andar lentamente y ella contesta:

-Cuando vengan a rescatarte, también me rescatarán a mí.

Sus palabras me dejan paralizado. No quiero que venga Isabel, ni Ethan, ni nadie. Podría suponer su muerte o que se quedaran atrapados en este lugar. Pero aquí está Sera. Lleva muchísimo tiempo en este sitio. ¿Acaso no merece la oportunidad de ser libre?

Al darse cuenta de mis dudas frunce el entrecejo y entrecierra tanto los ojos que casi desaparecen.

-Vendrán, Arkarian. Mi hermano vendrá. Y traerá a la chica.

Se adelanta dando saltos. Ojalá pudiera compartir su emoción. En este momento, mi cabeza es un campo de batalla.

-¿Cómo puedes estar tan segura de que Ethan e Isabel van a venir?

Regresa corriendo.

-Ah, me he asegurado de el. Después de muchos a$_a$ños intentándolo, por fin me he puesto en contacto con alguien.

-¿Con quién, Sera?

-Con la chica. La chica que tiene los poderes psíquicos.

-¿Te refieres a Isabel?

Se encoge de hombros.

-He intentado ponerme en conacto con mi hermano y mi madre muchas, muchas veces, pero no ha funcionado. Ethan empezaba a gritar como si le estuviera dando una paliza y bloqueaba mis intentos. Mi madre no hacía más que llorar. Pero la chica, la chica a quien tú llamas Isabel... La que quiere a mi hermano... Ella vendrá. Se lo he enseñado. Le he mostrado el templo y...

Sera continúa hablando, pero yo sólo puedo pensar en dos cosas: ahora que se ha estableido un vínculo, Isabel hará todo lo posible para venir aquíla conexión la afectará profundamente; y, según Sera, Isabel aún está enamorada de Ethan...

Isabel

La última vez que vine a Atenas y estuve en este tranquilo patio dorado era el día del juicio de Ethan, cuando pensó que iban á condenarlo y acabaron concediéndole uno de los más altos honores de la Guardia: las alas. Fue un día de emociones que nunca olvidaré. Tengo la sensación de que hoy también será un día lleno de sorpresas, pero no del tipo que uno desea. Ni Ethan ni yo vamos a ser juzgados y, sin embargo, esta citación no deja de inquietarme.

Esperamos una señal para saber adonde tenemos que ir o con quién tenemos que hablar. La señal llega en forma de lord Penbarin, el señor de Samartyne. Es un hombre gigante que hoy lleva una toga larga que le cubre los pies de un rojo brillante: un tejido o color poco adecuado para un hombre de su tamaño. Rápidamente pienso en otra cosa, al recordar que todos los

miembros del Tribunal son Videntes de la Verdad, y no estoy segura de si es posible ocultarles mis pensamientos.

-Bienvenidos -nos saluda lord Penbarin-. Venid, os espera un buen banquete.

-No tenemos hambre -contesto sin darle a Ethan la oportunidad de decir nada. En este momento la comida sólo me haría vomitar-. ¿No podríamos empezar?

-Veo que tienes mucha prisa, querida, pero me temo que hoy te llevarás una pequeña decepción. Lorian está de un humor de perros. Lo ha estado desde... -Deja la frase en el aire y prosigue sin acabarla-. Venid y por lo menos bebed algo mientras el Tribunal se reúne.

Una vez dentro del vestíbulo de mármol, la temperatura es mucho más agradable. Lord Penbarin nos conduce a una mesa repleta de comida fría y caliente. Le doy un sorbo a un vaso de vino, pero me resulta difícil tragar. El corazón me late con fuerza a causa de la impaciencia. Lo único que quiero es dejar atrás esta terrible angustia.

Al final entramos en la sala del Tribunal. Es tal y como la recordaba: circular, con paredes de mármol y ocho de los nueve jefes de las Casas sentados en el sentido de las agujas del reloj. La primera es lady Devine, de la Casa de la Divinidad. Está sentada a la izquierda del Inmortal, mientras que a su lado se encuentra lord Meridian, de Kavanah, y la reina Brystianne, de la Casa de Averil, ataviada con sus vestimentas doradas. Luego vienen sir Syford, de la casa de Syford; lady Elenna, de la Casa de la Isla, lord Alexandon, de la Casa del Llanto, y lady Arabella, que tiene el mismo aspecto delicado de siempre. El último en tomar asiento es Penbarin. Sin embargo, hoy queda un sillón vacío, el del rey de Verdemar -Ricardo-, que, al parecer, aún está recuperándose en las salas de curas después de haber sido traído aquí a través del tiempo en grave estado.

Ethan y yo nos sentamos juntos en unos taburetes. Acto seguido, Lorian abre la sesión.

-Os hemos convocado aquí por dos motivos.

Suspiro aliviada. ¡Por fin alguien parece dispuesto a ir al grano!

La piel de Lorian brilla un instante y recuerdo que debo controlar mis pensamientos.

-El primero es para comunicaros la angustia que están soportando los miembros del Tribunal. Como sabréis, Arkarian ha sido secuestrado y transportado al inframundo mientras Lathenia decide qué va a hacer con él ahora que sus planes para matarlo al nacer han fracasado. -Lorian hace una pausa para que podamos asimilar sus palabras, aunque tal vez lo haya hecho, y me estremezco al pensarlo, para prepararnos para lo que va a decir. -Luego prosigue-. El segundo motivo es el siguiente: y digo esto claramente para que no haya lugar a confusión y entendáis mi orden. Arkarian es consciente de su... desafortunada situación y entiende el dilema al que se enfrenta el Tribunal.

-¿De qué dilema se trata? -pregunto sin mirarle a los ojos. La última vez que lo hice, la fuerza de la mirada del Inmortal me lanzó volando hacia atrás con una sacudida de calor cegador.

Lorian continúa como si yo no hubiera dicho nada.

-Sin Arkarian la Guardia se encuentra en una clara desventaja. -Bueno, eso ya lo sabía. Lorian se detiene y me mira. Trago saliva y me recuerdo de nuevo que debo dejar la mente en blanco. Tras un incómodo silencio, reemprende el discurso-. De llevar a cabo una misión de rescate, pondríamos en peligro las vidas de varios miembros de la Guardia, cuyo destino más probable sería la muerte, lo cual, a su vez, perjudicaría a la Guardia de tal modo que se podría inclinar la balanza de poder a favor de la Diosa. La frágil situación en la que ya nos encontramos podría escapársenos de las manos. Recordad que proteger la ciudad de Verdemar es de vital importancia para nuestro éxito. Los Elegidos son los encargados de esa custodia. Dentro de los muros de la ciudad hay riquezas que no pueden medirse económicamente. Si Lathenia se hace con el control, será infinitamente más poderosa. No podemos permitir que eso ocurra.

Empiezo a ver hacia dónde se dirigen las palabras del Inmortal, pero, la verdad, no me gusta en absoluto el derrotero que han tomado. Pese a todo, me trago mis miedos.

-¿Qué queréis decirnos exactamente, mi señor?

Esta vez Lorian me responde sin rodeos.

-Ninguna misión de rescate planeada para salvar a Arkarian seguirá adelante.

Ethan y yo nos levantamos de golpe. Él logra pronunciar una palabra primero, «Pero...». Sin embargo, la mirada fulminante de Lorian hace que se calle de inmediato.

Para mí todo está más claro que el agua.

-¿Cómo podéis permanecer tan tranquilo en vuestro imponente sillón y ordenar la muerte de Arkarian? Tenéis que saber muy bien lo que hacéis al negarnos la oportunidad de rescatarlo. En caso de que no sea ya demasiado tarde.

Mis palabras levantan un leve murmullo en la sala. Lorian me mira fijamente, pero yo evito a toda costa que nuestras miradas se crucen. Ahora mismo me atravesaría la cabeza, literalmente.

-¿Crees que me ha resultado fácil tomar esta decisión? -Niego con la cabeza; me he quedado sin palabras. Siento la intensidad de su mirada sin necesidad de alzar la vista- Isabel, no te imaginas cuánto me ha costado. No te imaginas lo muchísimo que he sufrido para tomar esta decisión.

A pesar de tener la garganta completamente seca, intento humedecerme la boca para poder hablar de nuevo.

-Entonces os pido que me digáis el motivo.

Lorian se explica:

-Lathenia se halla sumida en un estado de pasión enardecida. Ha intensificado la guerra contra nosotros, lo que involuntariamente ha provocado que se aproxime el en-frentamiento final. Parece como si sus ejércitos no le preocuparan lo más mínimo. Se trata de una táctica nueva. Ahora nos enfrentamos a un enemigo audaz que no teme a nada. Un enemigo dispuesto a arriesgarlo todo, ¡y lo digo en serio! -Lorian hace una breve pausa-. Yo no estoy dispuesto a arriesgarlo todo. -Hace un alto de nuevo-. No lo habéis meditado con el suficiente detenimiento. Si os adentrarais en el inframundo, no podríais ocultar vuestro aspecto terrenal.

-Mi señor, Arkarian tampoco puede hacerlo -hablo rápidamente, antes de que se me seque de nuevo la garganta debido a la mirada del Inmortal-. Al igual que Lathenia. Y creo que la Orden está a punto de descubrir la identidad de Ethan.

-Tal vez sea cierto, pero hay mucho más en juego de lo que tú crees. Lathenia está realizando una serie de movimientos que resultarán catastróficos para nuestro mundo y el suyo. Ella no vive en el inframundo. Es un lugar deplorable donde los hombres se convierten en bestias. Es un lugar para la gente sin alma.

Lorian respira hondo y sus hombros se ensanchan y alzan bajo la capa plateada mientras desprende una gran energía.

Palpo el taburete con los dedos y me siento en él. Ethan hace lo mismo. Respira con dificultad y jadea. Si tuviera asma, creería que le ha dado un ataque.

Ante nuestro silencio, Lorian continúa.

-¿Os habéis percatado de ciertos cambios ocurridos en vuestro mundo mortal? -Su pregunta nos hace recordar el extraño día que hemos pasado en el colegio, donde casi nadie ha hecho caso del uniforme-. ¿No habéis vislumbrado un deje de oscuridad en el viento que sopla del norte? –Los dos alzamos la cabeza a la vez. Yo me esfuerzo por no cruzar la mirada con Lorian, a pesar de que siento la imperiosa necesidad de mirarlo para obtener alguna pista. En cuanto a la oscuridad, no he notado nada... aún-. Ya lo notaréis -Lorian interrumpe mis pensamientos y me recuerda que debo ir con mucho cuidado-. Los miembros del Tribunal han dado parte de muchas misiones fracasadas que estaban a su cargo. Varios han perdido soldados. Tal vez no tardemos en presenciar algunos cambios que serán irreparables. La situación se ha vuelto tan desesperada que el presente se está convirtiendo en un caldo de cultivo ideal para el avance de los ejércitos del Caos. No podemos permitir que esto continúe. No podemos arriesgarnos a perder a dos miembros importantes de la Guardia. Ya estamos reincorporando a los miembros que faltan. Rochelle regresará de inmediato. Neriah, que aún debe ser iniciada, ya está a tu cuidado, Isabel. Así que haz caso de mis palabras. -La voz de Lorian explota en mi cerebro-. Hasta que amaine la furia de Lathenia y hayamos empezado a recuperar terreno, Arkarian se queda donde está. No va a haber misión de rescate. ¡Lo prohibo!

Para el Inmortal está claro que la reunión se ha acabado, pero mi corazón pide a gritos que se le escuche. El mero hecho de pensar que tendré que vivir otro día sin Arkarian hace que la desesperación se apodere de mí. De modo que al final digo:

-No puedo cumplir vuestra orden, mi señor.

Ethan se queda sin respiración y me clava los dedos en un brazo.

-¿Qué demonios estás haciendo?

Aparto el brazo y me pongo en pie de un salto, lo que hace que mi taburete salga disparado hacia atrás y provoque un gran estrépito en medio del silencio sepulcral de la sala.

-No puedo obedeceros -repito con mayor determinación-. Durante gran parte de mi vida he cuidado de mí misma. Si me encontraba con algún problema, lo solucionaba yo sola. Así es como he vivido. Tal vez en mi

pequeño mundo los problemas sean inocentes y poco importantes, y nunca me haya encontrado en verdadero peligro, pero en este momento hay alguien cuya vida pende de un hilo, alguien por quien me preocupo, por quien todos nos preocupamos, y sé con certeza que puedo solucionarlo. Gracias a lady Arabella y al don que me concedió, solamente necesito un poco de luz para ver. Y, lo que es más importante, no pido ayuda. De este modo, el riesgo para la Guardia será mínimo. Si me permitís intentarlo, traeré a Arkarian.

Ethan masculla algo incomprensible y se pone en pie lentamente.

-Hum, bueno, yo estoy con ella. Y, sin ánimo de ofenderla, creo que los dos juntos tendríamos más posibilidades de rescatar a Arkarian. -Le sonrío, y con algo más de entusiasmo él añade-: Arkarian ha sido mi instructor y mentor durante casi toda mi vida. Cuando era pequeño evitó que me volviera loco. Se lo debo como hermano y como amigo. Por favor, mi señor, os pido que reconsideréis vuestra orden.

Lorian permanece en silencio. Tal vez el Inmortal entre en razón si le doy un argumento más lógico. Estiro los brazos para señalar a todos los miembros del Tribunal con la esperanza de obtener algún tipo de respuesta, algún tipo de apoyo.

-Todo lo que hacemos desde que la Diosa está en pie de guerra es más peligroso que cualquier cosa que hayamos hecho en el pasado. Arkarian es de vital importancia para Verdemar. Todos los que estamos en esta sala somos conscientes de eso. Necesitamos a todos los soldados para cumplir con la Profecía, por lo que debemos correr el riesgo de rescatarlo, ya que de lo contrario acabaremos perdiendo. ¿No os dais cuenta? -La sala permanece en silencio y mi frustración aumenta-. ¿Por qué no me respondéis? ¡Pensaba que lo sabíais todo! ¿Cómo es posible que no sepáis cómo rescatar a Arkarian?

Lorian se pone en pie, y la brusquedad de su gesto hace que todo el mundo contenga la respiración. En una décima de segundo comprendo que me he pasado de la raya.

Lorian mueve las manos en círculo y crea un gélido fuego de llamas azules que se dirige hacia nosotros a la velocidad de un cohete. Todo el mundo, señor, reina y rey, se tiran al suelo. La cortina de llamas se cierne amenazadoramente sobre nosotros durante unos segundos, y el descenso súbito de la temperatura nos hace estremecer. La energía nos atraviesa el cuerpo, nos sacude, y entiendo que esta demostración tiene la intención de hacernos sentir la fuerza del Inmortal, no sólo verla.

De pronto las llamas se retiran y todo el mundo vuelve a respirar y murmura. Lorian habla directamente dentro de nuestras cabezas, como si hacerlo verbalmente estuviera por encima de las posibilidades del Inmortal en este momento.

La sala se queda en silencio a medida que todos recibimos ese mensaje. A nadie le queda duda de la orden del Inmortal. «Arkarian permanece en el inframundo. He hablado. Ahora que se vaya todo el mundo. ¡Todo el mundo!»

Isabel

Me despierto en mi cama, sobresaltada. La fuerza de la ira de Lorian todavía palpita en todas las células de mi cuerpo. Me llevo otro susto cuando veo a Matt sentado en el sillón de plástico, leyendo. Se da cuenta de que he vuelto y deja el libro.

-¿Qué ha pasado? Parece como si hubieras regresado de entre los muertos.

Tardo un minuto en recuperar la respiración, luego le cuento cómo ha ido mi visita a Atenas y que Lorian nos ha informado de la precaria situación en que se encuentra la Guardia.

-También ha prohibido cualquier intento de rescatar a Arkarian y…

-¿Y…?

-Sin quererlo he provocado la furia del Inmortal.

-¡¿Qué?!

-Lorian ha arrasado la sala con un increíble fuego azul. Parecía hielo. Me ha atravesado por completo. -Levanto las manos, que aún me tiemblan.

Matt me mira fijamente.

-Qué burra eres…

-Vaya, gracias, y yo que pensaba que te preocupabas por mí…

-¿Has hecho que ese…, ese ser superior se enfade contigo? ¿Estás loca? ¿En qué pensabas?

-Tranquilo. No volveré a hacerlo.

-Sí, ya me imagino.

El sarcástico comentario de Matt me hace perder los nervios.

-¡Bueno, yo por lo menos hago algo! -No responde pero me siento muy rastrera por haberle pegado esta puñalada-. Lo siento -murmuro.

-No pasa nada.

Permanecemos en silencio durante un minuto.

-Antes del arrebato Lorian nos ha dicho que Rochelle va a volver. ¿Crees que podrás soportarlo?

Dirige la vista hacia la puerta y luego hacia sus pies descalzos y se queda mirando la punta de los dedos durante un rato que parece una eternidad. Al final me mira de nuevo y contesta:

-Si por mí fuera y no formara parte de la Guardia, intentaría recuperarla.

Sus palabras hacen que se me forme un nudo en el estómago.

-Pero ¿ahora?

Se levanta y se queda observando el cielo estrellado.

-A diferencia de ti, no soy idiota.

-Imbécil.

Esboza una sonrisa y mueve la mandíbula inferior de lado a lado.

-No me gusta que Marduke, o cualquier otra persona, me utilizara, pero… -suspira-. Mira, a lo mejor a Rochelle no le quedaba otra opción.

-Yo creo que sólo tenía dos: fingir que te quería o dejar que Marduke la

torturara. Quizá no fuera lo bastante fuerte para enfrentarse a él. Quizá él le hiciera chantaje. Son cosas que no sabrás hasta que regrese y podáis hablar. -Asiente con la cabeza-. Estoy segura de que le costó mucho tomar esas decisiones.

Aunque, claro, no convertirse en la espía de Marduke habría sido la mejor.

Por si esto fuera poco, el asunto de Rochelle tiene una complicación más: Ethan también siente algo por ella. Por lo menos antes. Cuando se conocieron, él juró que había un vínculo, un lazo de algún tipo, pero ninguno de los dos pudo dejarse llevar por ese sentimiento, ya que sus vidas tomaron direcciones opuestas.

Matt se va y yo me quedo tumbada en la cama, despierta durante el resto de la noche. Cuando amanece estoy hecha polvo. Preferiría no ir a clase, pero tengo que cuidar de actuar con normalidad. Sin embargo, ¿cómo puedo actuar como si no ocurriera nada? Tengo demasiadas cosas en la cabeza.

Ethan, que sabía que esta mañana estaría destrozada, ha venido en bici hasta casa y, junto con Matt, tomamos el autobús juntos. Aunque sabíamos que Rochelle regresaría dentro de poco, los tres nos quedamos de piedra al verla en el colegio, sentada sola en uno de los bancos.

Agarro a Matt de un brazo.

-¿Quieres zanjar el asunto?

Al principio no responde, tan sólo se queda mirándola fijamente.

-Me parece que no -dice al final-. Mejor otro día.

Mi hermano se va y entonces me doy cuenta de que Ethan también la mira. ¿Todavía siente algo por ella? El amor es una de esas cosas que escapan a nuestra voluntad. Decido sacar el tema para ver cómo reacciona.

-Bueno, me pregunto qué estarás pensando.

-¿Sobre qué?

-Bueno, como Matt y Rochelle ya no están juntos... Pensaba que a lo mejor...

Vuelve la cabeza y me contempla sin pestañear.

-¿Qué insinúas? Ya sabes que no soporto a esa chica.

-Ahora es una de las nuestras -le susurro al oído.

-Sí, pero eso no significa que confíe en ella.

Está mintiéndome. Y a lo mejor también a sí mismo.

-Una vez la defendiste ante todos los miembros del Tribunal.

Decide no hacer caso de mi comentario, lo cual, seguramente, es lo mejor, porque en este momento aparece Dillon andando junto a Neriah. Me acuerdo de que debía reunirme con ella en el aparcamiento, pero últimamente me cuesta bastante recordar todo lo que tengo que hacer. Debo recuperarme.

El señor Carter sale de la secretaría, se lleva a Neriah a un lado y señala los libros de texto que tiene en las manos. Dillon me ve y se acerca, y por primera vez me fijo en el color verde intenso de sus ojos.

-Eh -me dice-, ayer fui al Falls Café, pero no encontré a Neriah.

-Ah.

-Luego fui a donde dan las clases de arte, pero allí me dijeron que Neriah Gabriel no hace ningún curso por la tarde.

-Bueno, es nueva. A lo mejor su nombre aún no consta en los registros.

-Como no pude encontrarla, fui a dar una vuelta por el bosque y descubrí por casualidad su casa, o, mejor dicho, su fortaleza. Bueno, la cuestión es que al final logré hablar con ella y me dijo que no va a clases de arte. No sabe de dónde has sacado esa idea. -Por un instante creo que está enfadado conmigo. La mayoría de chicos lo estarían. Pero su entrecejo fruncido se transforma en una sonrisa burlona-. Me parece que ayer intentabas librarte de mí.

Me encojo de hombros y le ofrezco una triste sonrisa a modo de respuesta.

-Lo siento, Dillon. Tuve un mal día.

-Sí, bueno, para mí también fue muy raro. Pero mira, Neriah me gusta un montón. Quiero saber si las cosas con ella funcionan y necesito que estés de mi parte, Isabel.

Tal vez Ethan tenga razón cuando dice que Dillon es un buen tipo. Quizá no lo conozca tan bien como él o Matt.

Neriah se acerca a nosotros, lo que pone fin a la conversación. Y de algún modo, minuto a minuto, pasa el día. Pero si alguien me preguntara a qué clases he ido, no podría decírselo. Sólo recuerdo la de Historia, cuando el señor Cárter encontró un momento para decirme que han planeado una misión para esta noche.

Al llegar a casa me entero de que tenemos invitados a cenar. Pero no me preocupa porque son Ethan con sus padres y la tía Jenny, que se quedará una temporada en Ángel Falls. Al parecer es un plan para convencer a Laura de que no vaya al sanatorio la semana que viene. Sin embargo, de momento no está dando resultado. Esta noche tendré ocasión de comprobar qué tal se encuentra Laura.

Por desgracia, cuando la veo me llevo un susto tan grande que tengo que esforzarme para no parecer maleducada. No puedo dejar de mirarla. ¿Desde cuándo está tan delgada? Sus brazos y piernas parecen tacos de billar. Y sus ojos, antes tan bonitos y llenos de vitalidad, parecen desorbitados en una cara demacrada y gris. Incluso Shaun tiene mal aspecto. Debe de estar muy preocupado por su mujer.

Durante la cena Ethan se sienta junto a su madre; de vez en cuando la acaricia y le aprieta cariñosamente el brazo. En una ocasión, cuando lo hace, se me llenan los ojos de lágrimas. Él nota algo, alza la vista y distingue mi mirada de compasión. Intento esbozar una sonrisa de apoyo. Quiero que sepa que me preocupo por él y que encontraremos algún modo de lograr que su madre mejore.

Mi madre sirve la cena: pollo asado con cuatro tipos de verduras. El plato tiene una pinta apetitosa, pero simplemente verlo me revuelve el estómago. No recuerdo cuándo fue la última vez que comí.

Tengo la sensación de que ya no pienso en la comida. Aun así intento probar el pollo para que mi madre no se inquiete.

A mi lado, Jimmy me observa en silencio. Sabe lo nerviosa que estoy,

pero todavía no hemos tenido la oportunidad de hablar sobre lo ocurrido mientras él ha estado fuera. Mamá viene y me acaricia los hombros. Se fija en mi plato y se queda contemplando lo que ahora no es más que una papilla.

-¿Yo he cocinado eso? -Lo pregunta en un tono neutro, pero la conozco muy bien. Tan sólo pretende ocultar su preocupación-. ¿No tienes hambre, cielo?

Estoy a punto de dar una mala excusa, que he pillado un virus estomacal o algo por el estilo, cuando Ethan tose, lo que me recuerda que jamás debo quejarme antes de irme a la cama la noche que tengo una misión, porque mi madre iría a ver cómo estoy. Y aunque parecerá que estoy durmiendo, mi cuerpo no se moverá en absoluto, y ella se llevará un susto de muerte si intenta despertarme.

Consigo tragar unas cuantas cucharadas sin que me den arcadas.

-Es que sabe mucho mejor así.

Jimmy y Ethan sonríen y se miran. Intento pegarle una patada en la rodilla a Ethan por debajo de la mesa, pero está más cerca de lo que pienso y le pego con mucha fuerza. El da un salto y golpea la mesa con la rodilla, lo que hace que se muevan los platos y la cubertería. Mi madre, Laura y Jenny se quedan mirándolo. Jimmy reacciona rápido: hace un comentario gracioso y, por suerte, todo el mundo se echa a reír.

Cuando Ethan y su familia se han ido, me siento agotada y me acuesto rápidamente. Me duermo en cuanto apoyo la cabeza en la almohada.

Aparezco en una sala de la Ciudadela en la que hay una extraña neblina multicolor.

Poco después llega Ethan. Mira alrededor, pero no hay ninguna puerta abierta. Se dirige hacia mí a través de la niebla y se encoge de hombros.

Oímos un zumbido y ambos miramos al centro de la sala. Aparece Rochelle rodeada por una nube de hollín. Agita la mano para hacerla desaparecer y se pone a toser. Observo preocupada a Ethan. Parece que la primera misión de Rochelle para la Guardia (después de pertenecer a la Orden) nos la han adjudicado a nosotros. Bueno, es lógico. Supongo que aún no pueden confiar en ella lo suficiente para que trabaje sola.

Nos mira a los dos y arquea las cejas.

-¿Qué creéis que significa esto?

-¿Eh? -Me pregunto a qué se refiere.

-La sala adonde llegas siempre te elige por algún motivo.

Ethan mira a Rochelle a los ojos, y por un segundo, al reconocerse, es como si entre ambos saltara una chispa, una chispa cargada de electricidad.

-La niebla normalmente significa problemas de visión. A lo mejor es una especie de advertencia.

Rochelle sacude la cabeza y alza la barbilla. Tengo la sensación de que está poniéndose nerviosa, pero no puedo hacer nada para tranquilizarla. Ella tampoco es nueva en este tipo de cosas. No es, ni mucho menos, su primera misión, pero sí la primera vez en nuestro bando. Y aquí está trabajando con nosotros dos: Ethan, el chico al que dio calabazas por orden de Marduke, y yo, la hermana de su ex novio. A todo eso hay que añadir el problema de que

la Diosa estará aguardando su regreso.

-¿Alguien ha recibido instrucciones? -pregunto para aliviar el incómodo silencio.

Ninguno de los dos sabe nada, y Ethan se apresura a añadir su opinión.

-Genial, parece que el señor Carter la ha cagado nuevamente.

En ese preciso instante aparece el señor Carter, que suspira y se pasa una mano por el pelo. Parece estresado y siento cierta compasión por él. Está sustituyendo a Arka-rian, realizando a la vez las funciones propias de su cargo y dando clases en el instituto de día.

Después de lanzar una larga mirada de preocupación a Rochelle, va al grano:

-Os necesitan en la antigua Roma, a finales del siglo primero antes de Cristo, cuando Octavio asume el control de su imperio.

Nunca he estado ahí y la simple idea de poder hacerlo me deja boquiabierta.

-Vaya...

Durante un instante oigo el mismo zumbido que cuando estoy a punto de emprender un nuevo viaje al pasado, pero los recuerdos de Arkarian, en quien no puedo dejar de pensar, vuelven a apoderarse de mí y me viene a la mente aquella vez en que los dos estábamos a punto de partir para enfrentarnos a Marduke y sus soldados. Arkarian me dio una espada especial, que él había recibido de Gawain, el caballero del rey Arturo. Sabía lo preocupada que estaba por el duelo y las escasas probabilidades que parecíamos tener de salvarle la vida a Matt, cuando de repente me dijo: «Moriría por ti.» En ese momento no le contesté. Sus palabras me pillaron por sorpresa. Pero ahora, mientras las oigo de nuevo en mi cabeza, se me ocurre una respuesta y susurro:

-Yo también moriría por ti.

Me doy cuenta de que he pronunciado esas palabras en voz alta cuando todo el mundo se queda quieto y me observa. Rochelle pone los ojos en blanco, el señor Carter me mira compasivamente y Ethan se acerca y me acaricia el brazo.

-¿Te encuentras bien? -Lo miro y asiento con la mirada borrosa. Insiste-. ¿Estás segura?

-Sí, estoy bien.

Entonces se vuelve hacia el señor Carter y le pregunta qué papel vamos a desempeñar cada uno.

-Y asegúrese de no equivocarse esta vez y no nos haga aterrizar en mitad de una batalla.

Al señor Carter le hierve la sangre, pero como no estamos en clase, disminuye levemente su poder sobre Ethan, cuya desconfianza hacia su profesor carece de fundamentos. Aun así, nunca me atrevería a ignorar el instinto natural de mi amigo.

El señor Carter respira hondo.

-Lo estoy haciendo lo mejor que puedo, Ethan. Y precisamente, de todos los que estamos en esta sala, no soy yo la persona cuya confianza habría que poner en duda.

Mientras pronuncia esas palabras, mira de reojo a Rochelle. No es ningún secreto que Carter tiene serias dudas sobre la lealtad del nuevo miembro de nuestro equipo, pero el Tribunal cree que está lista para trabajar con nosotros, y la evidente oposición del señor Cárter no hará que nuestra misión resulte más sencilla.

Rochelle lanza un gruñido y dice:

-Más vale que sigamos adelante. No sé qué os habrán enseñado a vosotros, pero a mí me dijeron que en este lugar el tiempo no se mide.

-¿Ah, sí? ¿Qué más te dijeron? -le pregunta el señor Cárter-. Podría ser una conversación muy interesante.

Ella hace el gesto habitual con la mandíbula.

-Ya he informado al Tribunal de todo lo que sé, por lo que no debo decirle nada -replica.

El aire se vuelve irrespirable e incluso ha aumentado la niebla. Es como si la habitación notara la tensión.

-¿No deberíamos ponernos en marcha? -sugiero-. ¿Antes de que perdamos los estribos y nos olvidemos por completo de lo que se supone que debemos estar haciendo en esta niebla?

Al final el señor Cárter consigue ordenar sus pensamientos. Vuelve a actuar como un profesor y se comporta de modo autoritario.

-El portal se ha abierto en el periodo de entreguerras entre Octavio, o debería decir Cayo Julio César Octavio, y Marco Antonio. Está descansando unos días en casa, disfrutando de la compañía de su mujer y de los dos hijos que tiene de un matrimonio anterior, Tiberio y Druso. Se ha metido de lleno en la campaña con el fin de obtener el título de primer emperador de Roma, usando su brillante astucia política. No obstante, creemos que durante estos días la Orden intentará acabar con su vida. Si lo consiguen, debéis ser conscientes del efecto que eso podría tener en nuestras vidas. Roma y Octavio, y todos los acontecimientos posteriores, tienen una influencia determinante en la cultura del mundo occidental. ¿Entendéis a qué me refiero?

No es necesario que sea tan explícito. Todas las misiones son importantes, pero lo entendemos: ésta es vital, sobre todo porque el equilibrio de poder entre la Guardia y la Orden es muy precario en este instante.

-Ha surgido la oportunidad de enviaros bajo la identidad de médicos romanos. Ethan estará al mando y vosotras dos seréis sus ayudantes. De ese modo todos tendréis acceso a la casa sin que pongan en duda vuestra ciudadanía, y, en caso de que no lograrais evitar que Octavio sea herido, os hallaréis en la mejor posición posible para curarlo. -Una vez nos ha dado las instrucciones, el señor Cárter se va, pero se detiene mientras la puerta se abre ante él-. Sea cual sea el plan de la Orden, será algo grande. Recordadlo. -Lo dice con una voz tan seria que me pone nerviosa-. Tienen la intención de causar mucho daño -añade-. Por eso os enviamos a los tres. Id con cuidado, por favor.

Se marcha, y con la única compañía del silencio y nuestras preocupaciones, nos vamos a la sala de vestuario. Es el lugar donde recibimos las identidades. Los tres nos volvemos irreconocibles.

Todos vestimos unas largas túnicas. La mía es de satén blanco y está cubierta con un manto de lana azul, llamado también clámide. Ahora tengo una melena rubia dorada, recogida atrás en un moño. Rochelle tiene el pelo de un color castaño rojizo, también recogido con firmeza por detrás, pero lleva un flequillo de rizos cortos. Se mira en el espejo, observando su túnica verde y su capa de color salmón.

Ethan viste casi por completo de blanco y tiene el pelo, cortado con flequillo, negro y corto. Una lluvia de polvo cae sobre nosotros desde el techo y recibimos todo el conocimiento necesario para llevar a cabo esta misión. En mis manos aparecen utensilios de especialista envueltos en tela, y veo que Ethan será un médico de prestigio, especializado en enfermedades y heridas internas.

Se vuelve y me señala.

-Claudia, mi ayudante. -Y le dice en voz baja a Rochelle-: Sempronia.

Ella se aparta del espejo e inclina la cabeza.

-Petronio.

La mirada que intercambian está cargada de electricidad. Tendrían que estar dormidos para no notarlo. Curiosamente, parece que se han quedado en trance. ¡Es como si yo no estuviera en la habitación! Ethan es el primero en romper el hechizo. Frunce el entrecejo como si estuviera enfadado consigo mismo, enfadado por su reacción. Nos hace salir de la sala a toda prisa. La escalera nos lleva a la sala de partida. Se abre una puerta en la pared de enfrente y saltamos los tres.

Isabel

Roma es una ciudad increíble. Hay gente por todos lados: cientos de personas ensimismadas en sus pensamientos que van corriendo de un lugar para otro. Hay un mercado al aire libre impregnado por el aroma de la comida caliente y picante. Las calles están adoquinadas y son rectas, y los edificios tienen dos o tres pisos de altura.

-A ver si espabilas... -me susurra Rochelle-. Vas a llamar la atención, y entonces podrías ponernos a todos en peligro.

La miro de reojo. ¿Qué bicho la ha picado? Aunque pensándolo bien, supongo que tiene razón. Estoy comportándome como una típica turista.

Ethan se ríe entre dientes y le doy un codazo en las costillas.

-¿No estáis alucinados? -Abro las manos para señalar a la multitud de gente que tenemos a nuestro alrededor. De entre todos sobresalen los hombres vestidos con túnicas blancas, o togas, seguidos de sus esclavos, como los guardaespaldas de los ricos y famosos de nuestra época-. ¡Es todo tan vivo!...

Rochelle se aparta a un lado para no rozar a un hombre que empuja un carro lleno de verduras y replica:

-Eres una romántica empedernida. Un día de estos tu burbuja estallará y acabarás con la cara cubierta de barro. La vida no es un camino de rosas,

sino de espinas. -Frunce la nariz y me pregunto de dónde proviene todo ese pesimismo. Es cierto que su vida ha sufrido unos cambios dramáticos en los últimos doce meses, pero tengo la sensación de que esa amargura va dirigida, en concreto, contra mí o Ethan. Tal vez sólo se sienta frustrada, insegura acerca de los sentimientos de Ethan-. ¿No notas el mal olor?

Hasta entonces no me había dado cuenta, absorta como estaba por la mera emoción de encontrarme aquí. Pero ahora que lo menciona...

-Puaj. ¿Qué es eso?

-Basura -responde Ethan-. También aguas residuales.

-Y algo que huele a quemado, como un edificio que ha ardido durante días -añade Rochelle.

Seguimos andando, un kilómetro como mínimo.

-¿Alguien sabe adonde vamos?

Ethan señala un edificio que hay más adelante, rodeado por varias columnas.

-Ahí, a la izquierda de ese templo. Octavio debería estar en una villa que se encuentra siguiendo esa calle.

Al final acabamos andando durante un buen rato, pero nadie se queja. Y no me apetece preguntarle de nuevo a Rochelle lo que piensa.

Por fin llegamos a la puerta principal de la villa donde Ethan cree que vive Octavio. En una calle de casas grandes, ésta es de lejos la mayor de todas. Tras llamar a la puerta nos abre un nombre muy grande, un esclavo, vestido con una toga blanca que contrasta con su oscura piel africana.

Ethan se presenta.

-Ha llegado el doctor -anuncia luego el esclavo con una voz fuerte y desdeñosa. Nos conduce a un atrio muy fresco, en el que el suelo y el escaso mobiliario están hechos casi únicamente de mármol. Mientras esperamos, el esclavo nos mira de pies a cabeza y arruga su amplia frente. Se fija en mi instrumental, pero no dice nada. Al cabo de un minuto comenta-: Parece que ha traído a todo su séquito. Son tres en total.

A pesar de que el tono del esclavo es de todo menos cariñoso, me alegra saber que nos estaban esperando. Por lo menos a Ethan. Al final sale a saludarnos una mujer que resulta ser la misma Livia, la esposa de Octavio. Es una mujer atractiva, de figura esbelta, enfundada en un vestido largo y oscuro con un manto rojo intenso sobre los hombros. Nos da una cálida bienvenida y nos cuenta que su antiguo médico se ha retirado hace poco y que su hijo mayor, Tiberio, un chico de diez años que ha venido a vivir con ellos tras la muerte de su padre, ha caído presa de una enfermedad inexplicable.

Siento un escalofrío que me recorre toda la columna y me pregunto si es mi sexto sentido, que pretende advertirme que se está intentando llevar a cabo algún crimen, o si tan sólo son mis instintos curativos.

-¿Podemos ver al chico? -inquiero, y me mira como si hubiera dicho algo fuera de lugar-. Es mejor que no nos retrasemos, no sea caso que padezca una enfermedad grave, señora -le explico mientras me sonrojo bajo su atenta mirada.

Livia repara en el instrumental que llevo envuelto en un trozo de tela en

las manos, y luego en Rochelle, que no trae nada. Es obvio que está pensando en algo, algo que la preocupa.

-Estas mujeres..., ¿son las dos tus ayudantes? -le pregunta a Ethan.

-Ésta es Claudia -responde él señalando en mi dirección. Sin embargo, no puede presentar a Rochelle, ya que el esclavo africano se sitúa delante de nosotros.

-Esperábamos a dos -dice, y pone sus musculosos brazos en cruz sobre su enorme pecho-: el médico y un solo ayudante.

Parece que el señor Cárter se ha equivocado y ha puesto nuestra credibilidad en peligro. A mi derecha Ethan aprieta los puños. Tiene que pensar en una explicación verosímil para la presencia de Rochelle. Por suerte no tarda demasiado, aunque no creo que a Rochelle le haga demasiada gracia su idea.

-Ésta es Sempronia. Es... mi esclava. Posee un gran talento... con sus manos.

Se queda paralizado. Como nosotras dos. Además de ser una Vidente de la Verdad, la gran habilidad de Rochelle es su don del tacto. Sus manos pueden identificar cualquier cosa, sobre todo hierbas, polvos y sustancias químicas. No necesita luz, olor o cualquier otro sentido para saber qué tiene en las manos. Preparar venenos es su especialidad. Bueno, al menos lo era cuando trabajaba para Marduke.

Se hace un silencio y lo único que puedo oír es la respiración de Rochelle, que se ha vuelto muy pesada.

Livia toma la palabra.

-De acuerdo, entonces dormirá en las dependencias de los esclavos. Wanjala le preparará una cama.

Genial. ¿Cómo salimos de ésta? Aislar a Rochelle de nosotros la dejará en una posición vulnerable. Si descubren su identidad, no hay duda de que la Orden querrá capturarla o acabar con ella.

Ethan mira a Rochelle. El hecho de haberla identificado como esclava la ha puesto en una posición débil, y aún más después de haber calificado sus manos de «especiales». Ahora tiene que tratar de pasar desapercibida, eso está claro. Lo más importante es que no reaccione con indignación. Sin alzar la mirada del suelo, mira de un extremo de la habitación al otro, mientras espera que se resuelva su incómoda situación.

Ethan alza los hombros y le dice a Livia:

-Si no os importa, me gustaría que Sempronia se quedara conmigo. Posee una gran experiencia en la preparación de fórmulas medicinales, y su ayuda me resulta de gran utilidad.

Livia mira primero a Ethan y luego a Rochelle, y entonces le da unas palmaditas en el brazo y lo mira divertida.

-Estoy segura de ello. Será como deseéis. Los tres podéis alojaros en las dependencias para invitados. -Y a su esclavo le dice-: Wanjala, ocúpate de todo.

Una vez zanjado el problema, Livia habla con una de las esclavas que han acudido al atrio y le pregunta dónde puede encontrar a su hijo.

Cornelia, una mujer joven y pequeña, responde:

-Wanjala lo ha llevado a un diván del patio, señora, para que Julia tenga tiempo de ir al mercado.

El patio se encuentra en el centro de la casa. Cuando entramos, Livia nos explica que Julia es la nodriza de su hijo.

Encontramos a Tiberio durmiendo a la sombra en una esquina, mientras su hermano menor, Druso, juega en silencio junto a su diván. Sin necesidad de tocarlo, está claro que tiene fiebre, a juzgar por sus mejillas sonrosadas. Pero debo ser precavida y seguir actuando como la ayudante de Ethan. Ya he hablado una vez cuando no debía. Así que espero a que Ethan examine al chico antes. Gracias a la instrucción que recibió de Arkarian consigue dar el pego. Al final me pide que lo ayude y me explica que el chico tiene una inflamación interna en el pecho y que hay que proporcionarle calor mientras él lo ausculta en busca de la presencia de fluidos nocivos.

-Pon las manos aquí -me dice, y me las pone directamente sobre los pulmones del chico.

Al cabo de unos segundos tengo una imagen clara en la cabeza. El chico tiene neumonía. A sus pulmones les cuesta mucho hincharse. Uno en concreto está a punto de dejar de funcionar.

-Tal vez sería mejor que estuviera sentado -sugiero.

Ethan se da cuenta de que quiero ponerle las manos en la espalda. Mientras cambiamos a Tiberio de posición y yo empiezo a curarle la grave infección de pecho, Ethan intenta distraer a los demás.

-Necesitaremos varias hierbas medicinales para preparar la medicación del chico.

Livia acude rápidamente en nuestra ayuda.

-La casa está bien aprovisionada, pero si deseáis algo que no poseemos, mandaré a buscarlo de inmediato.

Ethan encarga a Rochelle que vaya a comprobar las existencias, lo que le proporcionará la oportunidad de buscar elementos sospechosos. A continuación me da una pequeña ampolla llena de un líquido de color que guardaba bajo la túnica.

-Esta medicina iniciará el proceso de recuperación.

Mientras la esclava Cornelia le muestra el camino a Rochelle, yo le doy de beber al chico el líquido de color. Es una buena idea, aunque a buen seguro la «medicina» no es más que agua con azúcar. Ethan sabe que no tardaré mucho en curarlo. Aun así, no debe parecer que se ha recuperado como por arte de magia. Sanarlo por completo sería un error, ya que se supone que somos médicos, no personas capaces de realizar milagros. Una mezcla de hierbas de verdad debería bastar para hacerle recuperar la salud en unos días.

Una vez que le ha bajado la fiebre, Tiberio se siente mejor y se vuelve muy inquieto. Quiere jugar con su hermano, pero Livia le ordena que descanse. Mientras ella está distraída con el arrebato de actividad de su hijo, Ethan se me acerca y me susurra al oído:

-¿Era veneno?

En cuanto lo oigo, la desazón se apodera de mí. La enfermedad de Tiberio no ha sido provocada, sólo era una infección de pecho. Miro al chico e intento deshacerme de la molesta sensación de que me he equivocado.

¿Cómo va a estar mal curar a un niño de una enfermedad a la que habría acabado sobreponiéndose? ¿Se podría considerar que mi acción ha modificado el pasado? Me siento confusa. Intento recordar las instrucciones del señor Cárter.

De pronto un bullicio procedente del interior de la casa llama mi atención. Los esclavos corren de un lado para otro. Livia, que se encuentra de un humor fantástico ahora que su hijo está mejor, ni siquiera se da cuenta de que su marido ha llegado.

Octavio entra en el patio y ella por fin lo ve y usa su nombre completo de Cayo Julio César Octavio. Él se detiene y arquea sus pronunciadas cejas. No puedo evitar mirarlo. Su presencia es muy magnética; no es muy alto, aunque lo parece ya que viste una túnica blanca y una toga, mantiene una actitud serena pero decidida y luce un pelo más rubio de lo que imaginaba. Y tiene algo en la mirada que se me antoja casi... divino, en el sentido literal de la palabra, por extraño que resulte.

Rochelle regresa con una selección de hierbas en las manos. Ve a Octavio y da un grito ahogado. Él sonríe, al parecer acostumbrado a ese tipo de reacción. Livia lo toma del brazo y lo acerca a nosotros para que nos conozca. Después de presentarnos a Ethan y a mí le cuenta lo mucho que ha mejorado Tiberio desde que Petronio lo ha examinado.

Por el rabillo del ojo veo que Rochelle mira fijamente al niño que salta sobre su diván.

Octavio da tres palmadas.

-¡Maravilloso! -exclama-. Como premio a vuestro excelente trabajo, los dos debéis acompañarnos esta noche en la opípara cena que vamos a celebrar.

Rochelle no es invitada porque es una esclava, algo sobre lo que Ethan no puede hacer nada. Un poco más tarde me reúno con ella en nuestra habitación.

-¿Qué le pasaba a Tiberio? -pregunta Rochelle mientras desdobla una sábana.

-¿A qué te refieres?

Esboza una sonrisa de suficiencia.

-Lo has curado, ¿no? -me reprocha.

-Tenía una infección y le he ayudado a que se le pasara antes. No supondrá ninguna diferencia, ¿vale?

Deja caer sobre la cama la sábana que tenía en las manos y responde:

-Sí, vale.

Su actitud me irrita.

-Ha ocurrido casi sin querer. Últimamente la curación se ha convertido en un acto muy natural para mí.

Agarra la sábana y la extiende sobre la cama.

-Es mejor que aprendas a controlar tus instintos. A veces los errores pequeños pueden tener consecuencias graves.

-Vaya, gracias, ya me siento mucho mejor.

Rochelle da un gruñido y acaba de hacer la cama en silencio. No puedo evitar pensar que si Arkarian hubiera coordinado esta misión, no habría

cometido ese error con Tiberio, por grande o pequeño que resulte al final. Pero tampoco tengo derecho a culpar al señor Carter. Debería haberme dado cuenta yo misma. Sólo espero que mi acción no tenga consecuencias y que me esté preocupando en vano.

Intento olvidar un rato el repentino buen estado de salud de Tiberio y le pregunto a Rochelle si le importa quedarse sola esta noche mientras Ethan y yo acudimos a la cena con Octavio y su familia.

Me responde rápidamente y me espeta:

-Puedo cuidar de mí misma.

-Ya lo sé. Pero es que no me gusta que nos separemos. Tengo la extraña sensación de que nos están observando continuamente.

-Sí, sé a qué te refieres.

-¿Reconoces a alguien? -le pregunto con reserva. Para reconocer a alguien que no forma parte del pasado, Rochelle tendría que mirarlo fijamente a los ojos, lo cual podría poner en peligro su identidad.

Ella sacude la cabeza.

-No pienso mirar a nadie a los ojos durante más de un segundo.

-Ve con cuidado -le advierto-. Mi sexto sentido está trabajando a toda marcha. No hago más que recibir una vibración extraña detrás de otra.

El chico, Tiberio, entra de repente corriendo a toda velocidad en nuestra habitación, se pone a dar vueltas a nuestro alrededor y nos tira de las túnicas. Vuelve a tener las mejillas sonrosadas, pero me da la sensación de que se debe a que no ha parado de jugar, no a las secuelas de la infección.

Lo giro y lo pongo de cara a mí.

-¿Qué sucede? ¿No te ha dicho tu madre que no te levantes?

Mira a la puerta con ojos alegres y una sonrisa picara en los labios.

-¡Pero si ya me encuentro mucho mejor!

Rochelle se da cuenta de a qué juega.

-Seguro que tu madre no sabe dónde estás.

-Ha enviado a Druso y a esa mujer malvada a por mí.

-¿Qué mujer malvada? -pregunta Rochelle. Tiberio se ríe al ver pasar corriendo a su hermano por delante de la puerta.

-No lo veo por ningún lado, Julia -le dice Druso a su nodriza, que va lanzada tras él con aspecto muy nervioso.

Tiberio ve a su nodriza y empieza a mirar nervioso por la habitación.

-Escondedme, por favor. Esa mujer es una bruja.

Rochelle me mira fugazmente y dice:

-Te esconderemos de ella, pero sólo si prometes volver de inmediato a la cama.

Acepta el trato y le señalo un cesto de mimbre para nuestra ropa.

-Venga, métete aquí.

Coloco la tapa en su sitio justo en el momento en que aparece Druso, seguido de Julia, que jadea.

-¿Habéis visto a Tiberio? -pregunta la chica con un tono frío y autoritario-. ¡Se supone que debía estar echando la siesta! Si se encuentra lo

bastante bien para correr por la casa, debería estar haciendo sus tareas o estudiando.

Rochelle y yo intercambiamos una mirada hermética. Druso se pone a dar vueltas por la habitación, mirando bajo las camas y la ropa que hay en el suelo. Cuando está a punto de levantar la tapa del cesto de mimbre, lo agarro de la túnica y lo detengo justo a tiempo.

-No encontrarás a tu hermano en esta cámara -digo, enviándolo al pecho palpitante de su nodriza.

Julia lo agarra del brazo con fuerza y se dirigen hacia la puerta.

-Si veis a ese pequeño granuja, decidle que si no vuelve a la cama, la próxima clase durará el doble.

-Por supuesto. Me aseguraré de que reciba tu mensaje -replico, y ella me mira fijamente antes de irse con el menor de los hermanos.

Luego Tiberio asoma la cabeza bajo la tapa del cesto.

-¿Puedo salir? ¿Se ha ido ya la bruja?

-Todo despejado -contesto, levantando la tapa.

El niño sale del cesto con una sonrisa de oreja a oreja.

-¡Oh, gracias! -exclama muy aliviado-. Si puedo hacer algo por vosotras a cambio...

Rochelle le hace un gesto para que se acerque.

-Puedes devolvernos el favor ahora mismo si nos dices por qué crees que tu nodriza es una bruja.

Su pequeño cuerpo se estremece con un escalofrío que empieza en la cabeza y desciende hasta los dedos de sus pies descalzos.

-Hace cosas con hierbas y polvos.

Su respuesta capta toda nuestra atención de inmediato.

-Sempronia también hace cosas con hierbas, pero son medicinas buenas. ¿Por qué crees tú que Julia hace cosas malas?

-Porque las hace en mitad de la noche, con él, el hombre grande.

Rochelle y yo fruncimos el entrecejo e intercambiamos una mirada por encima de la cabeza de Tiberio.

-¿Te refieres a Wanjala? -le pregunta Rochelle.

Tiberio abre más los ojos.

-Sí.

-¿Has hablado con tu madre de ellos? A lo mejor podrías pedirle que los despidiera.

Si esos dos trabajan para la Orden, echarlos podría ser una solución: una forma de sacarlos de la casa hasta que el portal de este periodo de tiempo se cierre.

-Cree que Julia no me cae bien porque es estricta. He tenido muchas nodrizas.

-¿Ah, sí? Entonces Julia no lleva mucho tiempo en esta casa, ¿no? -le pregunto.

-Llegó la semana pasada, el mismo día que Wanjala.

Rochelle frunce el entrecejo.

-Tiene una actitud tan autoritaria que pensaba que hacía mucho tiempo que trabajaba aquí -comenta.

Tiberio nos mira sin comprender. Le doy unas palmaditas en el pecho y añado:

-Bueno, es mejor que te vayas. Y directo a la cama. No querrás volver a tener fiebre, ¿no?

-Sí, señora. Quiero decir, no, señora -responde mientras retrocede hacia la puerta-. Y gracias de nuevo. -Hace una gran reverencia y cuando alza la cabeza le brillan los ojos y esboza una gran sonrisa.

No puedo evitar sonreír mientras sale corriendo de la habitación.

Parece que Rochelle siente lo mismo por el chico.

-Es encantador.

De pronto aparece Ethan y le explicamos lo que el niño nos acaba de contar sobre Wanjala y Julia.

-Me pregunto qué estarán tramando -dice.

-Bueno, sea lo que sea, debemos averiguarlo rápido si queremos tener alguna oportunidad de detenerlos.

-Si sospechan de nosotros -tercia Rochelle-, y no hay duda de que ahora ya lo hacen, acelerarán sus planes. Querrán asegurarse de que acaban su trabajo antes de que podamos descubrir qué se traen entre manos. -Mira a Ethan-. ¿Dónde has estado? ¿Has averiguado algo útil?

Él se encoge de hombros.

-He estado con César, comentando sus problemas con Marco Antonio. Podría haberle contado tantas cosas... Por no hablar de la victoria que logrará finalmente contra ese hombre.

-Eso no depende de nosotros -le recuerda Rochelle innecesariamente. A pesar de que sería muy tentador, y muy fácil, decir o hacer algo que pudiera tranquilizar a Octavio con respecto a sus futuros éxitos, una palabra o una acción inapropiada podrían cambiar el curso de la Historia y, por lo tanto, el futuro. Pero Ethan lo sabe, mejor que nadie-. Recuerda que hicimos un juramento -dice Rochelle para aumentar la ofensa.

-¿Qué crees que soy? ¿Un imbécil? -le espeta él-. No pienso hacer nada que pueda poner en peligro el futuro. Aprendí esa lección de los problemas de mi padre con Marduke. -La mira fijamente a los ojos y añade-: Yo no cedo ante la tentación.

Toso un poco para relajar el ambiente, pero no funciona. Ambos mantienen la mirada clavada en el otro.

-Eh, pelearnos no nos ayudará en nada.

-¡Díselo a ella! -exclama Ethan, que luego se cruza de brazos.

Rochelle se dirige hacia la puerta y exhala un largo suspiro que denota más tristeza que indignación.

-¿Por qué no nos separamos?

Ethan pasa junto a ella y, sin mirarnos a ninguna de las dos, murmura:

-Buena idea.

La tarde transcurre rápidamente. Rochelle se escabulle en la cocina para encontrar pruebas. Ethan no se separa de Octavio, está más encima de

él que un guardaespaldas, mientras yo me mantengo alerta ante cualquier cosa que me parezca sospechosa. A Druso le dan un poco de tiempo libre y viene a charlar conmigo al patio mientras su hermano nos observa, divertido, desde la cama. Cuando oscurece los esclavos se apresuran a preparar la opípara cena que nos ha prometido Octavio y finalmente entramos en la casa.

Los niños me llevan a una sala grande donde hay tres sofás largos de patas altas, llamados triclinios, cubiertos de cojines, y una gran mesa; todo está dispuesto en forma cua-drangular. Ethan y yo nos sentamos enfrente de Tiberio y su padrastro, Octavio. Livia y su hijo pequeño, Druso, comparten el otro. Al cabo de unos minutos los esclavos empiezan a llegar con bandejas de comida.

Me resulta extraño comer de esta manera, ¡tumbada en un sofá!, pero intento fingir que estoy cómoda, como si lo hubiera hecho toda la vida. Rochelle, en su papel de esclava, se ha ofrecido a echar una mano con la comida.

Mientras permanezco tumbada y escucho la conversación que mantienen Livia, su marido y Ethan, no dejo de pensar en el brebaje que Tiberio ha visto que preparaban Wanjala y Julia. Me pregunto qué demonios debían de estar haciendo. Recuerdo las palabras del señor Cárter, que nos advirtió que sería algo grande.

Rochelle se inclina sobre mi hombro con una bandeja de pan, aceitunas y pescado y susurra:

-Wanjala ha estado muy atareado preparando un centro de mesa un poco extraño: una cabeza de cerdo. Está rellena con una mezcla que huele muy raro y que se supone que es pan de hierbas y cereales. Se lo va a presentar a César. Primero pensé que contendría veneno -dice arrugando la nariz-, pero no huele como debería. Ojalá pudiera ponerle las manos encima sin que los otros me vieran.

-Sería demasiado arriesgado -murmuro yo-. Te delatarías.

Ella asiente.

-Sea lo que sea, no dejes que el César ni nadie coma cabeza de cerdo.

Sus palabras me sientan como si me hubieran echado un jarro de agua helada sobre la espalda. El veneno es la especialidad de Rochelle. Si la Orden sospecha que está aquí, podrían haber pergeñado alguna forma de ocultar el olor. Le transmito esta información rápidamente a Ethan y le advierto sobre la cabeza de cerdo.

Apenas tengo un segundo para pensar cuando Wanjala hace una entrada espectacular con una bandeja de plata en las manos, cubierta con una tapa también del mismo metal.

-Para nuestro señor, Cayo Julio César Octavio -anuncia pomposamente-, y sus invitados especiales.

Tras dejar la bandeja sobre la mesa, Wanjala se retira hacia la pared. Su comportamiento no es normal. Cabría pensar que un hombre tan orgulloso como él se moriría de ganas de mostrar su pequeña obra de arte. En este momento recuerdo de nuevo las palabras del señor Cárter, «Será algo grande».

Tiberio se pone en pie justo cuando Octavio estira un brazo para

levantar la tapa.

-Déjame hacerlo -le pide el chico con su encantadora voz.

Octavio sonríe y le dice:

-Todavía tienes que crecer mucho para poder llegar a la mesa.

-Mírame -dice Tiberio, que se estira con todas sus fuerzas para alcanzar la tapa-. Puedo hacerlo.

En el instante en que Octavio y Tiberio cogen la tapa, entiendo lo que ocurre. En esa bandeja no hay una cabeza de cerdo envenenada, sino algo mucho más mortífero.

Sus dedos agarran el asa justo cuando grito:

-¡No! ¡No la levantéis!

Pero lo hacen. Y mientras alzan la tapa, Octavio me mira sonriente. Durante un segundo parece que me va a preguntar algo, pero antes de que pueda hacerlo, la bandeja explota.

La fuerza de la bomba hace volar por el aire a Octavio y Tiberio, la mesa se parte en miles de astillas y la comida se esparce por toda la sala. Livia grita y acude corriendo hacia su marido e hijo, que están inconscientes y tirados contra la pared.

Entre el bullicio de esclavos que corren de un lado para otro, Ethan y yo logramos ponernos en pie. Por el rabillo del ojo veo que Wanjala y Julia observan la situación y tras ver el caos que han provocado y el charco de sangre que hay bajo el futuro emperador, empiezan a retirarse.

-Ya está -dice Wanjala con una voz que carece de su anterior prepotencia-. Morirá dentro de unos minutos. Vamonos de aquí.

-No, espera -responde Julia-. Es mejor que nos aseguremos.

Rochelle oye a la mujer y se pone hecha una furia. Coge un trozo astillado de madera del suelo para apuñalarla, pero Wanjala la detiene, saca una daga que llevaba bajo la túnica y se la pone en las costillas.

-Ni lo intentes. No dudaré en matarte.

Ethan ve que Rochelle tiene problemas y usa su poder para animar objetos. Cojines, trozos de muebles, bandejas e incluso restos de comida se dirigen hacia la cabeza de Wanjala. Aprovechándose de la distracción, Ethan le da un empujón a Julia para apartarla y salva a Rochelle de las manos del esclavo.

-¡No vas a morir aquí, en el pasado! ¿Lo entiendes?

A medida que la situación se vuelve menos confusa y los esclavos dejan de gritar, compruebo las heridas de Octavio y Tiberio, que se encuentran en un estado muy grave. De pronto Wanjala asoma la cabeza por detrás de mí y yo levanto la vista, esperando comprobar que luce una de sus sonrisas de satisfacción petulante, pero no es así. Mira fijamente al hombre y al hijo que hay en el suelo ante él y abre lentamente la boca mientras observa al chico. Se da cuenta de que lo estoy mirando y se aparta. Sin decir una palabra, agarra a Julia de la mano y los dos soldados de la Orden se van de la habitación.

Rochelle, todavía atrapada en los brazos de Ethan, gruñe y maldice embargada por la frustración.

-¡Suéltame!

-No. Te necesitamos aquí. Ayuda a detener este baño de sangre.

Livia mira a su marido y a su hijo y lanza un gemido histérico. Debe de pensar que está a punto de perderlos, pero la decisión de quién vive y quién va a morir en este momento depende, increíblemente, de mí. Tengo el poder de curar, aunque sólo a una persona a la vez. Y al mirar a Tiberio mi corazón se estremece irremediablemente. El único motivo por el que este niño está aquí tirado, al borde de la muerte, es por mi culpa. Si esta mañana no le hubiera curado la infección de pecho, seguiría en cama. No habría levantado la tapa, que no debería haber sido tocada por su mano. Presa de estos pensamientos, me inclino sobre él, le acaricio la cabeza ensangrentada en busca de heridas internas y de un lugar por el que empezar a curar.

Sin embargo, Ethan me agarra del brazo y tira de mí.

-¡No!

Alzo la vista, pero apenas puedo verlo porque tengo los ojos empañados. Sé lo que dice, aunque no puedo aceptarlo.

-¡Tengo que curar al niño! Se está muriendo -susurro. Él traga saliva.

-Antes tienes que salvar al César. Él también se está muriendo. Por eso hemos venido aquí.

-Pero el niño -intento explicarle, aunque sé que lo sabe-... También será emperador.

-Cayo Julio César Octavio será el primero, el famoso Augusto César, y sus reformas darán cuerpo a nuestro mundo. Primero tienes que curarlo a él. Y date prisa, está perdiendo mucha sangre.

Livia llora desconsolada y toma a su hijo en brazos. Mientras tanto Rochelle intenta detener la hemorragia de la base del cráneo de Octavio, causada por una herida profunda.

-¡Date prisa! -me dice.

Me acerco a Octavio, que se encuentra muy mal. Además de la brecha de la cabeza tiene varias heridas internas y un brazo destrozado. Me pongo manos a la obra para detener la hemorragia, reparar los vasos sanguíneos que han reventado y los órganos dañados. Luego me centro en los ligamentos, los músculos y los huesos.

Apenas he acabado cuando Livia profiere un grito desconsolado, un grito que nos hace saber que hemos perdido al niño. Se me encoge el corazón y casi no puedo respirar. ¿Qué he hecho?

Me obligo a no mirar, a seguir centrada en Octavio, pero no puedo evitar lanzar un vistazo fugaz. Lo que veo lo recordaré durante el resto de mi vida: una madre abatida que mece a su hijo sin vida en brazos.

Una vez curado, Octavio se sienta, sorprendido por la destrucción que hay a su alrededor.

-¿Qué ha ocurrido aquí? -Se acerca gateando hasta su mujer, que llora con el niño muerto entre los brazos.

-¿No puedes hacer nada? -me pregunta Rochelle en voz baja.

-No puedo hacer regresar a los muertos. Sus heridas eran demasiado graves. Sólo se habría recuperado si lo hubiese curado de inmediato.

Ethan nos agarra del brazo y tira de las dos.

-Tenemos que irnos de aquí. El César querrá respuestas y no podemos

ofrecérselas.

Comprendemos lo que nos dice y salimos de la habitación. Al encontrar una esquina solitaria, Ethan grita el nombre del señor Carter. Al cabo de unos segundos siento que empieza el proceso de transportación. No puedo dejar de pensar en nuestro mísero fracaso. En mi mísero fracaso. Entonces una imagen me inunda los ojos. La imagen de la cara de Wanjala mientras contemplaba las vidas que había destruido y que tenía ante él. De repente lo reconozco y me pregunto cómo es posible que un africano de piel oscura tenga unos ojos de un verde tan intenso.

Arkarian

El templo es una estructura de forma piramidal, con una base enorme, cuyo punto central se adentra en la oscuridad y en el cielo que desaparece más allá. Está construido, según me informa Sera cuando atravesamos una entrada, de vidrio, ladrillos de cristal y láminas de mármol. El cristal se ha obtenido a partir de elementos capaces de resistir temperaturas bajo cero y el calor más insoportable. Dentro, las paredes forman un octógono perfecto, igual que una sala de la Ciudadela. Un octógono interior más pequeño forma la base del techo inclinado. Cada panel de ese techo es una miríada de grabados de colores, aunque no alcanzo a ver la cúspide. La única luz proviene de una chimenea que hay en una pared lejana, que es imposible que caliente todo el edificio. Pero de algún modo el frío es una preocupación secundaria en este lugar. Hay otra sensación más dominante; una especie de sentimiento, más bien, de solaz, que me ayuda a controlar el dolor que siento.

Consigo llegar hasta la chimenea y me doy cuenta de que el templo no ha sido usado durante mucho tiempo, siglos o incluso milenios. Suena y tiene el aspecto de un lugar vacío. Hay una espesa capa de polvo sobre los pocos muebles que veo: una silla, una banqueta, una cama, un sencillo banco de piedra, una mesa y una alfombra ante la hoguera.

Sera me conduce a la silla que hay cerca del fuego y me siento, agradecido. Dice que va a traerme un poco de agua, pero antes me ayuda a quitarme la capa. Al cogerla la mira, frunce el entrecejo y luego hunde la cara en ella.

-Huele a Bastian.

-Así es. Él la llevaba.

-Dime, Sera, ¿lo conoces mucho?

-Viene a visitarme a veces. -Arruga la frente y sonríe a la vez-. Me confunde.

-Creo que tal vez Bastian se confunde a sí mismo.

-Me trajo aquí después de que yo pasara un largo tiempo vagando por los jardines de Marduke. Eran tan bonitos que podría haber vivido entre sus fragantes pétalos toda la vida. -Suspira como alguien que echa de menos algo que amó en el pasado y luego encoge los delgados hombros-. No sé por qué Bastian me alejó de ellos. Están aquí, al otro lado de esta isla, pero

Bastian nunca me deja ir allí.

Mientras permanezco enfrascado en mis pensamientos, dándole vueltas al curioso hecho de que Marduke tiene un jardín, un jardín precioso, Sera va a por una taza de agua. Durante todos los años en que perteneció a la Guardia, nunca supe del amor de Marduke por las flores, a pesar de que en esos días él sabía apreciar la belleza. Fue su amor por una bella mujer el responsable, en gran parte, de que acabara convirtiéndose en un traidor.

Sera regresa al cabo de poco con una taza de agua. Doy un sorbo lentamente para quitarme el sabor a sangre de la boca. Nos sentamos y nos quedamos mirando el relajante fuego. Aprovecho este momento de tranquilidad para poner mis pensamientos en orden y mitigar el dolor que siento. Como todavía no he recuperado mis poderes, lo máximo que consigo es aliviar el escozor. Además, no poseo el don de curar, por lo que sigo teniendo las costillas rotas y algunas articulaciones magulladas o incluso dislocadas. Pero de todas las heridas, la peor es la de los riñones. Temo que los dos estén sangrando.

De pronto un estruendo me hace dar un respingo. El dolor me lacera los pulmones y todas las articulaciones debido al esfuerzo.

Sera se ríe y se tapa la cara con las manos. Se ha sentado en una esquina de la alfombra, justo ante el fuego.

-Ya te dije que iba a llover.

Nunca había oído una lluvia tan fuerte como ésta, y luego me doy cuenta de que son bolas de hielo, que caen sobre el techo y alrededor del edificio. Jamás había sentido algo tan frío. De repente me siento muy agradecido de estar a cubierto en lugar de en esa playa rocosa, bombardeado por la tormenta.

Sera parece indiferente al ruido y el aire gélido. Ahora que ha dejado de reír, está sentada abrazada a sus rodillas y mira nostálgicamente la hoguera. Al cabo de un rato amaina la granizada y me mira.

-Hablame de mis padres, Arkarian. ¿Qué les ocurrió después de que Marduke me asesinara?

Le cuento que su padre abandonó la Guardia, y la vida en sí, durante una temporada, por miedo a que Marduke pudiera vengarse del resto de su familia. También le digo que su hermano fue nombrado mi aprendiz cuando sólo contaba cuatro años y que ha desarrollado unos poderes extraordinarios.

-Posee un talento increíble: la habilidad para llevar cosas reales a una ilusión creada mentalmente.

-Pero no tiene habilidades psíquicas. Me he pasado años intentando ponerme en contacto con él -replica Sera.

-A través de sus sueños. Sí, ahora me doy cuenta de que eras tú. Ethan no tenía ni idea. Borró tu asesinato de la memoria, creyó lo que le dijeron los médicos, que tú habías muerto a causa de una enfermedad.

Sera suspira.

-¿Y mi madre? ¿Qué le ha sucedido, Arkarian?

No sé hasta dónde debería contarle. Parece la misma niña de diez años que vi por última vez el día antes de su asesinato, el día en que le hablé de la existencia de la Guardia y del papel que iba a desempeñar ella. Pero eso

ocurrió hace mucho tiempo. ¿Cómo la han afectado los trece años que ha pasado en este lugar?

-También he intentado ponerme en contacto con ella -dice ante mi silencio-. A veces he creído que me oía o que como mínimo me sentía. La he oído gritar mi nombre muchas veces mientras dormía. Y a veces incluso cuando estaba despierta.

Agacha la vista y la fija en sus manos.

-He llorado con ella. -Vuelve la cabeza y me observa con sus ojos inmensos, su mirada penetrante-. ¿Crees que cuando Ethan me rescate podré ver a mi madre una vez más antes de irme?

-No lo sé -respondo honestamente.

Pero mi respuesta no basta. Se pone en pie y empieza a dar vueltas por la sala.

-¡Ethan vendrá! ¡Lo sé! Por fin he logrado comunicarme con la chica, con Isabel. Tú la has llamado así. Sabe cómo llegar. Traerá a mi hermano. ¡Por fin seré libre!

Habla del rescate y de la libertad como si fuera algo seguro. Y una parte de mí así lo desea. ¡Una gran parte! Pero los riesgos para lograr esa libertad son muy altos. Sin embargo, ¿qué derecho tengo a desanimar a Sera? Finalmente alberga esperanzas de ser liberada de esta insana prisión. Ahora entiendo lo que le ocurre a Laura. Lo menos que puedo hacer es lograr que Sera deje de enviarle mensajes a su madre.

-Escúchame, tu madre... tiene problemas.

-¿Qué? ¡Explícamelo! Por la forma en que lo has dicho parece como si fuera culpa mía.

Intento hacérselo entender.

-Ella te oye, Sera. Y también te siente. Pero no es como nosotros. Es un ser humano normal que no tiene poderes, y tu angustia está torturándola. Tienes que parar para que pueda curarse y seguir adelante con su vida.

-¡Pero yo no puedo seguir adelante!

No lo entiende y no quiero disgustarla. Además, tal vez sea ya demasiado tarde para ayudar a Laura. Debe de estar tan acostumbrada a sentir el cautiverio de su hija y su dolor, que aunque Sera dejara de enviarle mensajes, Laura aún buscaría una forma de escapar. Seguramente el único modo de salvarla consistirá en salvar antes a su hija. Probablemente habrá que liberar el alma de Sera para que alcance su destino, y liberar así la mente de su madre.

¡Exacto! ¡Ésa es la solución para salvar la vida de Laura! Pero aunque el rescate se lleve a cabo y liberemos el alma de Sera, ¿llegaremos a tiempo? No lo sé. Aun así, hay una cosa que puedo hacer ahora: intentar que la hermana de Ethan entre en razón.

-Tienes que dejar de enviar esos mensajes a tu madre. Ahora estás en contacto con Isabel y, como tú dices, es una pérdida de tiempo intentar hablar con Ethan. Pero cada vez que conectas con tu madre, ella se altera más. ¿Entiendes lo que digo? Tienes que parar, Sera. Tienes que parar ahora.

Isabel

Hace un día que no duermo. Sin embargo, Ethan se porta de fábula. Durante toda la tarde hablamos sobre lo que ocurrió en Roma, y me recuerda aquella vez en que él fastidió una misión y la mujer que debía defender murió.

-El Tribunal no te culpa. Tú no pusiste la bomba en la bandeja, Isabel -me repite una y otra vez-. Recuérdalo.

Se hace tarde y se va, preocupado por su madre. Está peor de lo habitual y nadie entiende por qué. Me arrepiento de agobiarlo con mis problemas cuando él ya tiene bastante con los suyos. Subo a mi habitación y me tumbo en la cama, y al cabo de poco tiempo empiezo a dormitar.

Sueño con Arkarian. Su cara, su mirada dulce y su melena de un azul intenso logran reconfortarme, como siempre. Me dejo arrastrar a un estado de semiinconsciencia, como si no estuviera ni despierta ni dormida. Él es exactamente tal como lo recuerdo: alto y esbelto, tranquilo, fuerte, listo para lo que se tercie, siempre al mando de la situación. Sus ojos me atraen hacia él y me pierdo en ellos en el acto, aunque en realidad me pierdo en una dulce sensación de calidez, confianza y seguridad. Se aproxima a mí y esboza una sonrisa. Le acaricio el pelo y me maravilla no sólo su color tan fuera de lo corriente, sino su sedoso tacto. Y, por primera vez tras un largo día, me relajo.

Sin embargo, el sueño cambia y aparece mi viejo enemigo Marduke, aunque es un hombre que no se parece en nada al que yo recuerdo. Ha cambiado, ha adoptado la forma de una extraña bestia, cubierta casi completamente por un pelaje abundante que le cubre también la frente y las sienes, lo que me provoca un escalofrío de repugnancia.

Arkarian y yo nos separamos cuando aparece. La cabeza me da vueltas al percibir un olor nauseabundo que reconozco como la maldad que ha residido en este hombre desde que eligió servir a la Diosa. Marduke contiene a Arkarian con un solo dedo y la energía verde y salvaje que irradia. Sonríe y su media boca y su ojo centelleante parecen reír con más fuerza que nada.

Mi corazón sabe a ciencia cierta, sin abrigar la más remota duda, lo que va a ocurrir, y el miedo que se apodera de mí me obliga a agacharme y formar un ovillo, con las rodillas apretadas contra el pecho. Intento despertarme, hacer algún sonido. Matt está durmiendo en la habitación de al lado y las paredes son finas. Jimmy está al otro lado del pasillo con mi madre. Pero los únicos sonidos son los que se oyen en mi sueño: los gemidos aterradores de Arkarian al ser torturado. Ahora lo veo, en una habitación oscura iluminada por unas antorchas, atado a un potro de tortura medieval. Estiro las manos para alcanzarlo.

-¡Arkarian! -exclamo, pero la distancia entre nosotros parece crecer más y más.

Marduke se ríe. Lo oigo en mi corazón y en mi cabeza, y veo por qué: en la Ciudadela aparecen las cuatro criaturas que secuestraron a Arkarian. Una se vuelve y me mira con unos ojos rojos y brillantes. Bate unas alas de lo más raras, se alza en el aire y gruñe con la satisfacción de un cerdo.

Marduke ladra una orden y dos de esas criaturas hacen que el potro estire los huesos de Arkarian hasta casi romperlos.

-¡No! -grito, y me revuelvo en la cama. Tengo que despertar de esta pesadilla que siento en lo más hondo del estómago. Pero no se trata en absoluto de un sueño, sino de una visión de lo que ha ocurrido en otro mundo-. ¡Soltadlo!

Marduke habla, arrastra las palabras como si tuviera una lengua desproporcionadamente grande. Aun así entiendo de sobra lo que dice. Y me hace gritar con más fuerza mientras intento golpearlo con manos y pies.

Alguien me sacude, me ayuda a salir de la pesadilla. Abro los ojos y veo a Jimmy, que está agarrándome de los hombros, y a Matt, que me grita a la cara para despertarme. Mamá parece preocupada y retuerce entre las manos la parte de arriba del pijama.

-Cielos, ¿qué le pasa? Últimamente tienes muchas pesadillas.

Intento calmarme para que mi madre no piense nada raro de mí. No sabe nada acerca de mi doble vida, y así es como debe ser por su propia protección, pero el corazón aún me late desbocado mientras intento comprender lo ocurrido. La misma persona ya se había puesto en contacto antes conmigo a través de mis sueños.

Tengo que contárselo a Jimmy y a Matt, pero sobre todo a Jimmy. El sabrá lo que hacer, a quién decírselo. Gracias a Dios que ha vuelto. Su buen humor es toda una bendición en un momento tan malo.

Pero antes debo tranquilizar a mamá. Me incorporo y le pido a Jimmy que me suelte.

-No os preocupéis, ya estoy bien. Sólo ha sido una pesadilla, eso es todo.

Intento decirle con la mirada a Jimmy que tenemos que hablar, y él le sugiere a mi madre:

-¿Por qué no preparas un poco de chocolate, cariño? Siempre va bien para una noche de insomnio. ¿Qué te parece, cielo?

Mamá me mira con una mano en la garganta.

-¿Te apetece, hija? ¿Un tazón de chocolate?

-Oh, sí, mamá, me encantaría.

Se muestra reacia a irse y toca a Matt en el brazo.

-Ve tú, hijo. Haz para todos.

Tengo que hablar con Jimmy y no puedo esperar hasta que mi madre vuelva a la cama.

-Pero mamá, él no sabe hacerlo como tú. Matt lo prepararía en el microondas. -No puedo creer lo que estoy diciendo. Parezco una niña malcriada-. Por favor, mamá...

Al final accede y en cuanto sale por la puerta me giro y agarro a Jimmy por la camisa.

-¡No está muerto!

-¿Quién no lo está? -me pregunta Matt-. ¿De qué estás hablando?

Tengo que susurrar el nombre, pues pronunciarlo en voz alta me da un miedo mortal.

-Marduke.

-Pero, Isabel, todos lo vimos morir. Tan sólo has tenido un sueño, cielo.

-Ha ocurrido mientras dormía, pero no ha sido un sueno, Jimmy. Te aseguro que está vivo. Tan vivo como tú y como yo -afirmo, aunque me corrijo al instante-. Bueno, no tanto como tú y yo. Ha cambiado. Es como si se hubiera convertido en una especie de monstruo. En un animal. -Estoy empezando a parecer demasiado histérica para que me crean-. Mira, el año pasado hizo lo mismo. Llegó hasta mí a través de mis sueños. -Sacudo la cabeza-. No sé cómo lo hace, quizá sea uno de sus poderes. Pero lo he reconocido enseguida. Quería decirme algo.

Matt entrecierra los ojos y unas arrugas de preocupación le surcan la frente.

-¿Qué ha dicho? ¿Corres peligro?

De pronto lo tengo claro, pero debo apresurarme. Oigo a mi madre abajo, que ya está apagando las luces. Ha hecho el chocolate más rápido de su vida.

-Creo que era una invitación.

Jimmy lo entiende rápidamente.

-Te está invitando a que vayas al inframundo.

Matt toma su propia decisión.

-¡Es una trampa! Lorian tiene razón, no debemos arriesgar ninguna vida para rescatar a Arkarian.

La emprendo con Matt, como si yo fuera una serpiente y mis palabras el veneno.

-¡Lorian no tiene razón! -Los pasos de mamá se oyen cerca, pero aún no hemos acabado con esto. Jimmy vuelve la cabeza hacia la puerta justo cuando mi madre llega a lo alto de la escalera, y entonces cierra la puerta de golpe.

-Date prisa, Isabel. No voy a mantener la puerta cerrada en las narices de tu madre durante más de lo estrictamente necesario. ¿Qué quieres que haga?

-Debes hacerme llegar a ese mundo, Jimmy.

-¡Ni hablar! -grita Matt.

No le presto atención y mantengo la mirada fija en Jimmy, pero lo único que él hace es negar con la cabeza.

-No tengo el poder necesario, Isabel. Tiene que hacerlo un Inmortal.

Pero esa respuesta no es lo que quiero oír. Vuelvo a agarrarlo de la camisa y acerco su cara a la mía.

-No digas tonterías, Jimmy. He visto el trabajo que has hecho en la ciudad. Tú tienes poderes.

-Todos tenemos poderes, por eso formamos parte de la Guardia. -Matt tose al oír eso; tanto Jimmy como yo pasamos de él. Sólo está impaciente, y yo también lo estoy por obtener la ayuda de Jimmy. La ayuda de quien sea. Luego me obliga a soltarle la camisa y añade-: No poseo los poderes que necesitas.

Mamá llama a la puerta con un pie.

-¿Cielo? ¿Matt? Que alguien abra la puerta.

Mi hermano se levanta.

-Ya voy, mamá -dice, y se acerca poco a poco.

-Entonces encuentra a alguien que me ayude a atravesar la brecha -le exijo a Jimmy mirándolo fijamente de nuevo.

-¿Para provocar la cólera de Lorian?

-¡Pues sí si es necesario!

Entrecierra los ojos mientras piensa en mi petición. Arkarian es un amigo de confianza desde hace mucho tiempo, alguien a quien Jimmy respeta por completo. A él también debe de dolerle la decisión de Lorian de no aprobar una misión de rescate. Matt abre la puerta y mamá entra con una bandeja y cuatro tazas de chocolate caliente y humeante. Mientras lo deja todo sobre el tocador, Jimmy me susurra al oído:

-Tienes que hablar con lord Penbarin. A ver si puedo organizaros un encuentro. Pero tienes que entender las consecuencias de tu acto. Lo que piensas hacer es traición, desobediencia de una orden directa. Isabel, podrías morir por esto.

Por primera vez desde el secuestro de Arkarian siento un destello de esperanza. Yo siempre he sido una chica de acción, y ahora tengo un plan que sé que funcionará. Cuando todo esto acabe, aceptaré el destino que me corresponda, pero de momento nadie va a detenerme.

Mamá se acerca y me da una taza de chocolate. Parece muy preocupada. Debe de creer que estoy enferma. Cojo la taza y noto una fuerte punzada de dolor. Tengo claro que no quiero morir y no volver a ver jamás a mi familia. Ni hacer sufrir a mi madre. Pero ¿cómo puedo dejar a Arkarian en ese lugar, en las manos de un loco, sin tan siquiera tratar de ayudarlo? La respuesta es sencilla: no puedo. Si la muerte es un riesgo, estoy dispuesta a asumirlo. Por él. Sólo por él.

Observo a mi madre mientras se sienta a los pies de la cama y me obligo a sonreír para calmarla. Pero la sonrisa empieza a desmoronarse cuando la inseguridad intenta apoderarse de mí, aunque logro sobreponerme. Este no es el momento para tener dudas. Entonces vuelvo la cabeza hacia Jimmy y le susurro:

-Si así tiene que ser... que así sea.

Isabel

Ethan quiere ir conmigo. Nos encontramos frente a la puerta secreta de entrada a las estancias de Arkarian. Discutiendo. No entiendo por qué también él tiene que arriesgar su vida. De pronto hay demasiado enjuego. Si Lorian no nos hubiera dado una orden... Pero el Inmortal lo hizo a propósito porque sabía que planearíamos un rescate.

-Mírate -me dice Ethan.

No entiendo su súbito cambio de táctica. Me miro la ropa y no veo nada extraño, tan sólo mis viejos vaqueros negros y un jersey gris. Me acaricio el

pelo inconscientemente.

-Sí, ¿qué?

-Conozco a Penbarin. Me ha ayudado en otras ocasiones. Tu actitud individualista lo sacaría de quicio. Se supone que somos un equipo, Isabel. El Tribunal nos ha puesto juntos. Sabe que congeniamos, pero tú nunca lo has admitido. Siempre te quejas de que no te conceden misiones en solitario, y ahora estás obsesionada con encontrar a Arkarian sin la ayuda de nadie. No estás en tus cabales.

Podría discutir con él, pero esta vez tiene razón. Estoy desquiciada desde el secuestro de Arkarian. Es como si dentro de mí hubiera un huracán devastador. Siento cierto desequilibrio interior. Y no acabo de estar segura del motivo. Lo único que sé es que un mundo sin Arkarian es un mundo en el que no quiero vivir.

De pronto noto un gran dolor de cabeza. Tengo que pensar en mil cosas, sobre todo en el intento de rescate, que implica enormes riesgos. Por eso quiero hacerlo sola.

-Oye, Ethan, ya vale con que uno de nosotros tenga que arriesgar la vida, ¿no crees?

Me mira a los ojos y me agarra de los hombros.

-Respóndeme a esta pregunta: si sólo tiene que ser uno de nosotros, ¿por qué tú?

-Porque yo... -¿Lo quieres?

Alzo levemente la cabeza y me encojo de hombros para que me suelte. Me resulta imposible mirarlo a los ojos.

-Isabel, yo también lo quiero. Para mí es como un padre, un hermano, un amigo... ¡Lo es todo!

Se me pasa por la cabeza la idea de que tal vez no confío en que nadie más sea capaz de rescatar a Arkarian, pero la olvido de inmediato pues hasta pondría mi vida en manos de Ethan. Sin embargo, a pesar de que él posee más poderes que yo, y más eficaces, soy yo quien tiene el don de la vista, que debe suponer una gran ventaja en el inframundo.

-No es una cuestión de quién tiene razón, Ethan, es que simplemente creo que puedo hacerlo sola.

-¿Qué demonios te pasa? -me espeta-. ¿Por qué te sientes obligada a actuar siempre por tu cuenta? Lo único que logras es ponértelo todo más difícil. No tienes que demostrar nada, Isabel, nada que no hayas demostrado ya más de mil veces a todas las personas que conoces.

-¿De qué hablas? Yo no intento demostrarle nada a nadie.

-¡Mientes!

-¡No digas chorradas!

-Te estás mintiendo a ti misma, Isabel. Reflexiona sobre ello -añade, dándose la vuelta y entrando por la puerta secreta.

Me quedo sola un momento y pienso en lo que me ha dicho Ethan. ¿Es cierto que actúo siempre de este modo? ¿Es así como me ve? Pero ¿qué intento demostrar exactamente? ¿Mi fuerza? ¿Que puedo yo sola con todo?

Noto una súbita punzada de dolor y veo una luz brillante que me hace caer de rodillas. Intento calmarme para que mi respiración recupere un ritmo normal. Por fin la luz se suaviza y forma una imagen más clara. Me doy cuenta de que estoy viendo mi pasado. Es mi padre, que tiene una cara resplandeciente. A pesar de que nunca he visto una foto de él (mamá las cortó todas la noche en que se fue), sé que es él. Lo siento.

Entonces me veo a mí misma. No debo de tener más tres o cuatro años, estoy bajando a toda prisa por unas caleras de madera, tengo mechones de pelo rubio pegados a la cara, que está húmeda, roja e hinchada. En el pecho el corazón me late con fuerza, como un tambor. Papá tiene una maleta en una mano y se dirige hacia un coche familar azul. Me oye y se vuelve, deja caer la maleta y estira los brazos hacia mí.

-Mi pequeña Isa, ven aquí -me dice con la voz entre cortada-. No pienso irme hasta que me haya despedido de mi chica favorita.

Me lanzo a sus brazos, le rodeo la cintura con las piernas y noto su cara húmeda contra mi cuello.

-¡Papá, tú también estás llorando!

Intenta dejarme en el suelo como si tuviera muchísima prisa, pero me agarro a él con fuerza. Mira a mamá para que me sujete, pero ella alza la cabeza y la vuelve. Ella tampoco quiere que se vaya, y yo lo siento con todo mi ser, lo que hace que quiera abrazarlo con más fuerza aún. Mamá entra sollozando y Matt la sigue corriendo. Papá intenta que lo suelte. Yo resbalo, caigo al suelo y me aferró a su pierna.

-Tengo que irme, cielo -me dice-. No puedo vivir con este engaño. No lo entiendes. Intenté explicártelo la semana pasada, durante la excursión, pero eres tan pequeña que mis palabras no significan nada. Y seguro que será así siempre, aunque algún día las recuerdes.

-¿Qué pasa, papá?

Me toma en brazos y me mira a los ojos.

-Hazlo tan bien como puedas, Isabel. Intenta dar siempre lo mejor de ti. ¿Me lo prometes?

La imagen desaparece tan rápido como ha venido y me quedo agachada en el suelo, sin aliento. Ethan aparece detrás de mí.

-¿Estás bien? Me he vuelto y he visto que no me seguías. ¿Qué haces?

Me levanto, pero la mirada que pongo debe de asustarlo, pues me abraza y me frota la espalda con una mano.

-Has tenido otra visión. -No es una pregunta- ¿Qué has visto? ,

Lo aparto un poco para tener más espacio. La visión mi padre me ha afectado. Apenas puedo hablar. ¿Qué significaban aquellas palabras? ¿Cuál era el engaño con el que no podía vivir.

Pero Ethan está preocupado y yo intento recuperar la compostura.

-No ha sido nada. Nada que ver con Arkarian ni con tu madre.

Da un paso hacia atrás y se queda mirándome con la cara un poco ladeada, aunque no dice nada. Tan sólo espera.

-De acuerdo -le digo-. Lo haremos juntos.

Isabel

El señor Carter nos obliga a prometer que no lo incriminaremos de ningún modo si Penbarin, o cualquier miembro del Tribunal, pregunta quién nos ha ayudado a llegar al palacio de Atenas. Aunque para mí resulta obvio, pues los viajes a través del tiempo no es algo que ni Ethan ni yo podamos hacer por nuestra cuenta. No estamos preparados y no poseemos la autoridad necesaria. Poca gente la tiene, sólo los miembros del Tribunal y Arkarian. Y, por supuesto, el señor Carter. Ethan me mira, sonriendo, antes de hacer una promesa tan fácil. También tenemos que prometerle que regresaremos al patio a medianoche para que pueda hacernos regresar sin problemas antes de que se vaya a realizar todas las tareas de más que le han encargado estos días.

Carter nos transporta al patio dorado del palacio, aunque ahora no es muy dorado que digamos. Obviamente, es tarde y está cubierto por un manto de oscuridad, salvo en los lugares estratégicos donde arden unas antorchas para realzar un arriate de flores o un banco de piedra.

-¿Viven aquí? -me pregunto en voz alta-. ¿Los nueve miembros del Tribunal? ¿Y Lorian también?

-Al parecer sí. Es un refugio seguro. Arkarian me dijo una vez que este palacio se encuentra entre varios mundos. Nadie puede entrar en él, ni siquiera detectarlo.

-También pensaba que la Ciudadela era un lugar seguro, pero mira lo que ocurrió. Tal vez no haya ningún sitio seguro.

Ethan me agarra de la mano y me arrastra por el patio.

-Vamos. A paso ligero -susurra-. No quiero que Lorian descubra que estamos aquí.

Creo que Ethan es demasiado ingenuo. Seguro que Lorian ya sabe de nuestra presencia. No creo que se le pasen muchas cosas por alto, pero tengo el presentimiento de que primero observará y luego actuará. Si va a acusarnos de traición, antes el Tribunal deberá reunir todas las pruebas. Y el mero hecho de estar aquí, en este palacio, no demuestra nada. Todavía.

Ethan me lleva a un vestíbulo espacioso.

-Está aquí abajo -dice-. Y recuerda, el señor Cárter quiere que estemos en el patio a medianoche.

Sigo a Ethan, y a cada paso que doy me quedo maravillada ante el esplendor que nos rodea. Hay escaleras de mármol blanco que conducen a salas cubiertas con unas alfombras de elaboradísimas cenefas. También hay pinturas enmarcadas en marcos dorados que cuelgan sobre estatuas con miles de años de antigüedad.

Al final nos detenemos ante una puerta doble tallada. Quiero abrirla, anunciar el motivo que nos ha traído aquí y obtener rápidamente el apoyo de lord Penbarin, pero mi estómago ha decidido que no quiere permanecer bajo mi caja torácica y empieza a saltar y retorcerse. En cualquier momento podría salírseme por la boca.

-¿Te encuentras bien? -me pregunta Ethan.

-Aja. Creo que sí. ¿Por qué no llamas?

Me mira con una sonrisa en los labios.

-¿Qué pasa, ya no lo quieres hacer todo tú sola?

-Así podrás demostrar que sirves para algo.

Se ríe por lo bajo, lo que contribuye a aliviar la tensión que siento. Sin embargo, antes de que pueda levantar la mano para llamar a la puerta, ésta se abre sin hacer ruido y aparece un hombre vestido con un traje blanco y holgado. Le decimos nuestros nombres y que deseamos ver a lord Penbarin. El hombre asiente y nos indica con un gesto que entremos.

Al vernos, Penbarin suelta un gruñido fuerte. Varias mujeres -seis después de contar sus cabezas- lo rodean en una gran mesa dispuesta con un sinfín de platos que nos hacen la boca agua.

-Ya sabía que no tardaríais mucho en venir a buscarme -murmura mientras se limpia la comisura de la boca con una servilleta de seda dorada. La deja sobre la mesa con una sonrisa y hace un gesto con la mano para que se retiren las mujeres-. Llévate la comida también -le dice al hombre que ha abierto la puerta-. Tenía hambre, pero al ver a esta pareja me he quedado sin apetito.

Ethan y yo permanecemos de pie y en silencio, sin ganas de decir nada sobre la aparente desdicha que ha asolado a lord Penbarin nada más vernos. Nos lleva a un diván que tiene vistas sobre una serie de piscinas de distintas formas y nos invita a sentarnos.

-Sé lo que queréis. Pretendéis que abra la brecha que permite crear una unión entre los mundos... Pues vuestro viaje ha sido en vano, porque no pienso ayudaros. De hecho, dudo que pudiera aunque lo intentara. Se necesita a alguien que posea el triple de poder que yo para tener siquiera una mínima oportunidad.

Sus palabras, la insensible forma que tiene de librarse de nosotros, logran sacarme de mis casillas tan rápido que me olvido de mis nervios. Al notarlo, Ethan me da un golpe en un brazo que transmite su mensaje de manera clara y directa.

-Deja que yo me ocupe de esto -me susurra al oído con insistencia, y a continuación se vuelve hacia Penbarin-. Sois la única posibilidad de supervivencia de Arkarian. ¿Cuántas veces os ha ayudado él?

Lord Penbarin dirige la mirada a las piscinas, a la más lejana de las cuales se tira con gracia una joven que lleva un vestido azul. Éste ondea a su alrededor y ella nada lánguidamente por toda la piscina. Lord Penbarin aparta los ojos de la mujer muy a su pesar. Ethan tiene razón, pero ¿bastará eso?

-No hay duda de la valía de Arkarian. En mi opinión no se puede medir en términos mortales ni inmortales. Mas ésa no es la cuestión. Lo que me pedís, aunque lograra convencer a dos miembros más del Tribunal para que nos ayudaran, es un acto de traición.

-En el pasado os arriesgasteis a enfurecer a Lorian para ayudarme -le recuerda Ethan.

-Humm, eso fue muy distinto. Ahora los riesgos son mucho mayores. ¿Tenéis la más mínima idea de lo que podría ocurrir si la brecha entre los mundos se dejara abierta unos cuantos segundos de más? -No nos da la oportunidad de responder-. Si una de esas criaturas del inframundo hallara

el camino para llegar a nuestro mundo mortal, todo lo que tenemos, y todo lo que tanto nos hemos esforzado en mantener, podría ser destruido. ¿Queréis que esa responsabilidad penda sobre vuestra cabeza?

-Pero si actuamos con precaución... -empiezo a decir yo.

Lord Penbarin zanja mi protesta con un gesto de la mano.

-¿Cuántas precauciones puede tomar uno cuando trabaja con lo desconocido?

-Si me permitís que os haga una pregunta, señor, ¿habéis visto ese mundo alguna vez? -replico-. ¿Lo ha visto alguien? ¿Cómo sabéis qué criaturas viven en él y qué riesgo suponen para nuestro mundo? Supongo que os estoy pidiendo pruebas de lo que decís.

Sus ojos negros refulgen al mirarme y los cierra.

-Querida, en algunos casos no se necesitan pruebas de ningún tipo. ¿No has aprendido nada en el tiempo que llevas trabajando para la Guardia?

Tiene parte de razón, desde luego. Siento que la cara me arde, pero estoy decidida a no salir de este palacio sin la ayuda de alguien.

-¿Estáis diciendo que no pensáis ayudarnos?

-Así es. No lo haré -contesta sacudiendo la cabeza tajantemente.

Yo me levanto indignada por su actitud y repongo:

-¿Y vos sois el señor de una casa? ¿Con soldados que responden a vuestras órdenes y todo un sector de la Tierra que vigilar? Creo que os concedieron ese título porque no encontraron a nadie mejor.

-¿Qué estás haciendo, Isabel?

Ethan intenta que me siente, pero no le presto atención. Estoy hecha una furia.

-¡Pues bien, mi señor, creo que no sois más que un cobarde!

-¡Isabel! -Ethan se pone ante mí para impedir que Penbarin me vea y se vuelve con las manos bien abiertas, procurando asegurarse de que no se puede ver ni un ápice de mi cuerpo-. Ya nos íbamos -afirma.

Hace bien. Y es cierto, ya podemos irnos. Penbarin no va a servirnos de nada. Me dirijo hacia la puerta cuando, de pronto, nos llama. Nos giramos y dice:

-Encontrad a dos miembros más del Tribunal que estén dispuesto a ayudaros y averiguad las coordenadas exactas de esa brecha en vuestro cielo terrenal -añade con petulancia-. Si podéis hacerlo, estaré allí mañana, cuando despunte el alba.

Cree que no podemos y por eso sonríe con semejante arrogancia. No nos conoce demasiado.

-¿Tenemos vuestra palabra, mi señor?

-¿Acaso dudáis de mí?

La boca se me queda seca en un abrir y cerrar de ojos al ver su súbita mirada de furia.

-Por supuesto que no, tan sólo...

-Tenéis mi palabra -nos dice, y nos ordena marchar.

Una vez fuera de sus estancias, Ethan y yo nos observamos,

preguntándonos quién más podría echarnos una mano. Decidimos ir llamando de puerta en puerta.

La primera a la que acudimos es a la de lady Arabella. Pero resulta que está fuera, inspeccionando sus tierras, y sus sirvientes no saben cuándo va a regresar. Luego vamos a ver a lord Alexandon, pero su respuesta es un no categórico. Al final nos pasamos varias horas recorriendo pasillos, hablando con todos los señores de casas, reyes y reinas que podemos encontrar. Parece que ninguno, sin importarle los argumentos que usemos, se muestra dispuesto a contravenir a Lorian y ayudarnos. Completamente abatidos y agotados, nos sentamos en el patio para cambiar de estrategia.

Ethan tiene los hombros caídos y los codos apoyados en las rodillas.

-Empiezo a pensar que esto es imposible.

No puedo creer lo que está haciendo. ¡Se está rindiendo! Lo miro a los ojos.

-No digas eso. Encontraremos una solución.

-Faltan diez minutos para medianoche -dice en voz baja- y hemos visto a todos los señores, señoras, reyes y reinas que hay aquí en este momento. Nadie nos ayudará. El reto de lord Penbarin resulta imposible de superar. ¿Y sabes qué? Él era consciente de que fracasaríamos. Nadie está dispuesto a contradecir a Lorian. Estoy empezando a pensar que nosotros tampoco deberíamos.

Sin querer admitirlo, una parte de mi cerebro piensa que tal vez Ethan tiene razón, a lo mejor es imposible convencer a alguien de que nos ayude. Pero mi mente se niega a creer que vamos a fracasar antes siquiera de haber empezado.

-Tiene que haber alguien que pueda ayudarnos. Piensa, Ethan. ¿A quién no hemos ido a ver?

-Creo que habéis venido a buscarme, ¿no es así?

Los dos nos volvemos al oír la voz de lady Arabella. ¡Ha vuelto! Pero ¿querrá ayudarnos?

Tan bella como la recordaba, y con el mismo rostro delicado, lady Arabella se aproxima y se detiene justo delante de nosotros. Su piel translúcida revela un intrincado laberinto de venas azules.

Me agarra una mano, pone encima la de Ethan y luego la suya. Miro sus ojos azules, sus pestañas cubiertas con una fina capa de hielo, y me quedo sin habla. Ella se tapa los labios con un dedo.

-No tenéis que decir nada. Os ayudaré para cualquier cosa que necesitéis.

Ethan me aprieta la mano.

-Aún nos falta una persona más. Lord Penbarin ha dicho que necesitamos...

Lady Arabella sonríe.

-Convenceré a un miembro más de que nos ayude. No os preocupéis. Ahora venid, tenemos una cita con mi buen amigo lord Penbarin.

Cuando llegamos a las estancias de Penbarin, el hombre del traje holgado nos anuncia que su amo está durmiendo, pero lady Arabella no le presta atención.

-Despierta a tu señor, Elsepth. Te aseguro que estará encantado de vernos.

El exceso de confianza de lady Arabella y el hecho de que estemos aquí de nuevo, en las estancias de lord Penbarin, un paso más cerca de rescatar a Arkarian, hace que la sensación de alivio casi me maree. Tengo que reprimirme para no ponerme a reír como una tonta histérica.

Lord Penbarin sale de su habitación refunfuñando mientras se pone una bata roja deslumbrante.

-¿A quién tenemos aquí? Oh, no, no vos, mi dama.

-Parece que habéis llegado a un acuerdo con estos dos jóvenes, de modo que ahora debéis cumplir con él, mi señor.

-Pero ¿quién es el tercero?

-Eso dejádmelo a mí. Habrá un tercero al amanecer.

Lord Penbarin acepta su promesa a regañadientes y luego nos mira a Ethan y a mí.

-Si no recuerdo mal, debéis decirme el lugar exacto de la brecha antes de que mi participación en este fracaso quede corroborada, ¿no? -dice, y permanece a la espera esbozando una levísima sonrisa arrogante.

Cree que nos ha pillado. ¿Cómo van a saber unos meros mortales dónde se encuentra la brecha?

Pero lord Penbarin no estaba en la montaña cuando la Diosa envió esa tormenta del inframundo. Respiro hondo y enumero las coordenadas que Ethan y yo hemos calculado antes, con la esperanza de que sean lo bastante aproximadas si no exactas.

-Treinta y seis grados al sur del ecuador, ciento cuarenta y ocho grados al este del primer meridiano.

Lord Penbarin se queda boquiabierto. Por una parte está impresionado, pero por otra parece como si ya se lo esperara. Lo único seguro es que ha hecho un trato. Y es imposible que, como señor de la casa de Samartyne, se eche atrás.

Isabel

Nos encontramos al amanecer en el campo que hay sobre las estancias de Arkarian. Matt nos ha acompañado y, por un instante, mientras Ethan revisa por segunda vez las provisiones que llevamos en las mochilas, me entra la tentación de preguntarle si sabe por qué nuestro padre nos abandonó hace tantos años. No puedo quitarme de la cabeza la visión que tuve el otro día. Papá dijo que no podía vivir más con el engaño, y me está consumiendo no saber a qué engaño se refería o quién lo había provocado.

Pero Ethan lo comprueba todo rápidamente. Se acerca y entonces yo dejo de pensar en papá, por lo menos de momento.

-Eres demasiado inexperto -le dice Ethan a Matt.

Como estaba sumida en mis pensamientos me he perdido la primera

parte de su conversación, pero no me cuesta nada reengancharme. Parece que Matt ha tomado la firme decisión de acompañarnos.

-¿Cómo voy a aprender algo si me protegéis de cualquier peligro? -Mi hermano me señala-. Isabel no tiene poderes de lucha. Y aunque sé que es..., en fin, muy buena en todo, yo también podría participar en este tipo de viajes. Sé que puedo.

-Esto no va a ser un «viaje normal» -replica Ethan.

-Lo sé, pero es que..., bueno, debo cuidar de Isabel.

-¿¡Qué!? -No puedo reprimir un grito al oírlo-. Acabas de admitir que soy «muy buena en todo», así que ahora no me montes el numerito del hermano mayor.

-No pienso disculparme por querer cuidar de ti. Es algo que siempre he hecho, ya lo sabes. Lo prometí...

Deja la frase en el aire y se produce un silencio incómodo.

-¿De qué hablas?

-De nada.

-¿Matt?

-¡Nada!

A Ethan se le acaba la paciencia y agita las manos en el aire.

-Mira, Matt, entre otras cosas, Isabel tiene el poder de curar, que es uno de los más importantes que la Guardia puede tener. No sabemos en qué estado se encontrará Arkarian o a qué peligros vamos a enfrentarnos, pero las habilidades de Isabel podrían suponer la diferencia entre la vida y la muerte.

Matt sigue discutiendo, intentando explicarnos los motivos por los que debería acompañarnos.

-Ni siquiera sabéis si vuestros poderes funcionarán en ese mundo.

-A lo mejor no, pero no podría impedir que Isabel fuera ni aunque la atara de pies y manos con cadenas.

Las palabras de Ethan me recuerdan una imagen del secuestro de Arkarian, sus pies y manos encadenados dentro de aquella jaula dorada. Se me llenan los ojos de lágrimas y aparto la mirada antes de que ellos dos puedan verme. En especial Matt, que siente que debe «protegerme». No quiero darle más carnaza que alimente sus motivos, seas cuales sean. Así que finjo que estoy buscando a lord Penbarin, lady Arabella y el tercer miembro del Tribunal que ésta prometió traer. Espero que lleguen pronto. Ya casi ha salido el sol. Hay mucha luz.

-Puedo impedírtelo, Matt. Te guste o no, soy tu superior. -Hacer valer su rango debería ser el último recurso de Ethan-. Como aprendiz mío, estás bajo mi responsabilidad, y no voy a dejar de protegerte porque creas que ya estás preparado.

-¡He sido tu aprendiz durante un año! -exclama mi hermano casi a gritos-. ¡No me digas que no estoy listo!

-Arkarian fue aprendiz de Lorian durante doscientos años -digo en voz baja.

Ambos vuelven la cabeza y me miran fijamente.

Ethan lanza una mirada a Matt como para decirle: «¿Lo ves?», pero cuando habla su tono es mucho más amable.

-Ya basta con que yo arriesgue mi propia vida en esto. Si te preocupa Isabel, mira, por si sirve de algo, yo estaré allí. Cuidaré de ella.

-¿Por qué no os olvidáis de mí un rato? -gruño al oír a Ethan.

Exasperada por culpa de sus egos desbocados, miro el reloj. El sol ya ha salido y empiezo a temer que los señores de las casas no aparezcan. ¿Y si lady Arabella no ha podido convencer a nadie de que nos ayude?

-¿Dónde están? -le pregunto a nadie en concreto, observando el vasto campo.

Matt y Ethan también miran a su alrededor, pero es Matt, el más alto de los dos, quien ve algo antes.

-¡No me lo puedo creer!

Me pongo de puntillas para ver lo que están mirando. Ethan lanza un silbido.

-Genial -comenta, y le dedica una mirada fulminante a Matt-. ¿La has invitado tú a que venga con nosotros? No hemos quedado para irnos de merienda. Podría resultar herida.

-No he sido yo, ¡te lo juro!

Por fin veo a la persona que los ha puesto tan nerviosos. Es Rochelle, que sube por la colina con una mochila a la espalda. Se da cuenta de que la hemos visto y nos saluda con la mano. Al cabo de poco llega junto a nosotros.

-¿Qué estás haciendo aquí? -le espeta Ethan con un tono tan contundente que parece que la deja sin habla.

Los ojos verde intenso de Rochelle surcan las cumbres distantes de algunos montes que ya están cubiertos de hielo y por fin contesta:

-No te pongas tan contento porque tengo intención de acompañaros…

Todos reaccionamos del mismo modo.

-Ni hablar.

-Imposible.

-Olvídalo. Tú no vienes.

Ella insiste y pone los brazos en jarras.

-Podríais sacar provecho de mis habilidades.

En eso tiene razón. Sus poderes del tacto y para ver la verdad ya se han desarrollado por completo, pero eso no cambia nada.

-No podemos poner a más miembros de la Guardia en peligro. Lorian nos matará a todos -le explico.

-Ah, ¿así que creéis que no he corrido riesgos en el pasado? ¿Pensáis que me resultó sencillo convertirme en una traidora de la Orden? No fue nada fácil. Ahora Marduke y Lathenia van a por mí. Sin la ayuda de Arkarian no lo habría hecho. Él creyó en mí. Confió en mí. ¿Y acaso no he demostrado mi lealtad recientemente en Roma?

Cree que no queremos que venga porque no confiamos en ella. A lo mejor tiene razón… ¿Cómo se puede confiar a ciegas en alguien que ha sido espía? Sí, estuve en Roma, y aunque no se puede poner en duda la lealtad

de Rochelle en esa misión, ¿cómo sabemos que no estaba actuando?

Por un segundo me olvido de que puede leerme el pensamiento, y también de ocultarlo.

-Venga, Isabel. ¿Tan poca fe tienes? ¿Tan mala es tu memoria? -me pregunta.

Seguramente se refiere al año pasado, cuando evitó que Matt acabara ardiendo. No lo he olvidado, pero la confianza, o la falta de ella, no es el principal asunto ahora.

-Mira, no se trata tan sólo de una cuestión de confianza, Rochelle. Matt también quiere venir.

Ella lo mira y abre los ojos de par en par.

-¡¿Qué?! No seas tonto, Matt. No tienes ningún...

Ahora la interrumpe mi hermano.

-Que no tenga poderes no significa que sea un inútil.

Los cuatro nos quedamos callados. El silencio es roto por la sincera súplica de Rochelle.

-Vosotros no lo entendéis. Tengo que hacerlo.

-¿Por qué? -inquiere Ethan.

-De todos vosotros él es el único que confía en mí ciegamente. Si perdemos a Arkarian, yo no tendré futuro. Sin él... me costaría mucho creer en mí misma.

Todos callamos, sin saber qué decir. Rochelle siempre había aparentado tener una gran seguridad en sí misma. Menuda sorpresa me llevo al descubrir lo contrario... Aparta la mirada y parpadea varias veces. Está a punto de romper a llorar. Ethan va a decirle algo, pero ella lo aparta. Él insiste y la agarra del brazo.

-Tienes que entender una cosa más. -Rochelle levanta la mirada y él le dice-: Vamos a entrar en ese mundo sin ningún disfraz. Si nos encontramos con alguien de la Orden capaz de reconocerte... -Niega con la cabeza-. Es un riesgo demasiado grande.

Parece que Rochelle está intentando asimilar las palabras de Ethan, comprender todo su significado. Para ella podría resultar fatal no llevar disfraz.

-De acuerdo, pero tampoco es necesario que me digáis tan claramente que no me queréis. ¿Cuánto vais a tardar en aceptarme?

Tras pronunciar esas palabras se va y nos quedamos mirándonos los unos a los otros, en un incómodo silencio. Ha habido algo en su breve visita que ha hecho que se me ericen los pelos de la nuca...

Ethan es el primero en hablar.

-Bueno, ha sido muy esclarecedor.

-Ya lo creo -dice Matt.

-¿Cómo creéis que se enteró de lo que vamos a hacer y dónde encontrarnos exactamente?

Matt se apresura a defenderse por segunda vez y levanta las manos.

-A mí no me miréis. No me he acercado a ella desde que regresó.

-Entonces, ¿cómo lo ha averiguado?

-A lo mejor uno de vosotros dos ha dejado que os lea el pensamiento sin daros cuenta.

Me siento ofendida al oír la acusación de mi hermano.

-¿Uno de nosotros?

Se encoge de hombros.

-¿No habéis ido en una misión con ella?

Ethan y yo intercambiamos una mirada de confusión. ¿Somos lo bastante precavidos cuando estamos con Rochelle? Todos sabemos que a veces se cometen errores…

Y luego existe la posibilidad de que Rochelle esté diciendo la verdad acerca de la confianza que tiene Arkarian en ella. Si eso es cierto, entonces yo también debería confiar en ella. De hecho, todos deberíamos.

El problema de Rochelle desaparece de mi cabeza en cuanto oigo un zumbido que hace que mi corazón lata deprisa. Los tres damos un paso atrás al oír que lord Penbarin y lady Arabella se están materializando delante de nosotros. ¡Y han traído a la reina Brystianne! Me pongo a reír y a saltar sin moverme del sitio, como una niña de dos años hiperactiva. Por fin han llegado, los tres, y podemos empezar.

En cuanto el cuerpo de Penbarin se forma por completo, alza la cabeza para mirar al cielo. Una luz zigzagueante de colores vivos aparece sobre nosotros durante una fracción de segundo. Si no hubiéramos estado mirando en la dirección adecuada, nadie la habría visto.

-Bueno, bueno, parece que os he subestimado. -Mira a Matt, arquea una de sus finas cejas y luego, como si lo reconociera o le llamara la atención algo de él, inclina levemente la cabeza-. Creo que no nos han presentado.

Ethan hace los honores.

-Os presento a mi aprendiz, Matt Becket.

Lord Penbarin es incapaz de apartar los ojos de mi hermano. Al final le dice a Ethan:

-Estoy seguro de que no lo será por mucho tiempo.

Vaya comentario más extraño… Ethan me mira y frunce el entrecejo, y yo me encojo levemente de hombros.

Lady Arabella se aproxima y al ver a mi hermano da un grito ahogado. Luego hace algo increíble: agarra su amplia falda con las dos manos y se inclina en una gran reverencia. Cuando levanta la cabeza, sus pestañas heladas tiemblan sobre sus pálidas mejillas.

-Es un placer conoceros.

La reina Brystianne es la siguiente. Le toma una mano a Matt y lo observa durante más rato de lo que parecería correcto, y después alza los hombros y lanza un suspiro. Su comportamiento me deja alucinada. ¡Está tan nerviosa que le cuesta respirar! Al final le suelta la mano y esboza una tímida sonrisa.

No me lo puedo creer. ¡Se está sonrojando!

La extraña reacción de los tres miembros de las casas ante la presencia de mi hermano me deja maravillada. ¿Qué está pasando? Por desgracia no se lo puedo preguntar a ellos, pues me sentiría como una idiota. Y a lord

Penbarin, ahora que está aquí, le han entrado muchas prisas.

-Es mejor que nos pongamos en marcha antes de que alguien descubra lo que estamos haciendo.

Sus palabras me preocupan, pero estoy más lista que nunca.

-¿Dónde queréis que nos pongamos?

-Bueno, querida, al igual que tú, yo también he estado mucho tiempo investigando la mejor forma de hacer esto. Con la ayuda de lady Arabella he buscado en miles de textos antiguos durante toda la noche.

-¿Cómo se realizará el paso de un mundo a otro? -pregunta Matt.

Tal vez sólo son imaginaciones mías, pero al oír la pregunta-de mi hermano, lord Penbarin yergue los hombros, como si acabara de ganar el premio al «Mejor señor de una casa» del año.

-Vamos a usar el propio generador de energía del dios -dice, y continúa ante nuestras miradas de incomprensión-: Vamos a formar una pirámide con nuestros cuerpos dentro de una base octagonal. Es un transmisor de energía antigua.

-¿Nosotros tenemos que formar parte de ella? -inquiero, ya que no acabo de comprenderlo.

-Tú y Ethan os situaréis dentro de la pirámide formada por nuestros cuerpos -nos explica Penbarin.

-Pero ¿cómo vais a crear esa figura si sólo sois tres?

Lady Arabella alza una mano y al instante aparece una larga cuerda blanca.

-Usaremos esto para la base. Luego nos pondremos dentro del octógono y usaremos nuestros cuerpos para formar la pirámide.

-La idea es -continúa explicándole lord Penbarin a Matt, como si fuera el único que va a participar en el viaje cuando, de hecho, es el único que no va a ir- utilizar nuestros tres poderes combinados. De ese modo intentaremos hacer una pequeña abertura en una brecha, que es como una puerta de entrada que conduce de un mundo a otro.

Con su voz suave, lady Arabella nos aclara el resto a Ethan y a mí.

-Seréis propulsados a un vórtice temporal. Luego ninguno de nosotros sabe lo que ocurre. Creemos que la naturaleza y la gravedad os depositarán en el inframundo. Esas mismas fuerzas gravitacionales deberían sellar la abertura por la que habréis entrado.

-El problema es -tercia lord Penbarin, que parece que tiene incluso más prisa ahora- que como nunca hemos combinado nuestros poderes para intentar llevar a cabo algo de semejante magnitud, no podemos garantizar que salga bien. En caso de que la brecha permanezca abierta durante más tiempo del previsto, existe la posibilidad de que una criatura del inframundo entre en la Tierra.

-¿Y por qué eso sería tan malo? -pregunto.

Da la sensación de que los tres lanzan un suspiro a la vez y lord Penbarin contesta:

-Porque, querida mía, no es así como son las cosas: el orden de la vida, la evolución de las almas, la eternidad.

-No lo entiendo.

Lady Arabella intenta ser más clara.

-Lo que Penbarin intenta decir es que las criaturas que ahora habitan en el inframundo romperían el equilibrio de nuestro entorno natural.

Lord Penbarin agita una mano en el aire y añade:

-¡Sí! ¡Ya tuvieron su oportunidad!

-Su presencia... Su aspecto tan poco terrenal causaría pánico y unos trastornos que jamás ha visto este mundo.

Los tres señores de las casas se estremecen de nuevo.

-Bueno, ¿y qué hay de nosotros? -pregunta Ethan-. ¿Nuestra presencia también alterará el equilibrio de su entorno natural?

Lady Arabella se encoge de hombros de un modo casi imperceptible.

-No sabemos qué efectos tendrá vuestra visita, pero como su mundo ya está gobernado por el caos, creemos que cualquier efecto será mínimo.

De pronto pienso en las repercusiones que podría tener nuestra misión, promovida por mí, y me quedo muda. Es decir, no existen tan sólo riesgos para mi propio mundo, sino también para el otro. Siento los primeros indicios de terror.

Entonces se forma ante mis ojos una imagen de la dulce cara de Arkarian, lo que me ayuda a recobrar la compostura.

-Los riesgos parecen demasiado altos, pero creo que, como mínimo, debo intentar rescatar a Arkarian. Tan sólo espero que no os metáis en ningún lío por ayudarnos hoy.

Lady Arabella toma una de mis manos.

-Querida, nadie nos obliga a hacer nada, ni siquiera mi buen amigo lord Penbarin -añade entre risas-. Cada uno de nosotros siente a su manera algo por Arkarian, y asumiremos cualquier riesgo necesario.

Agradezco sus palabras, pero no puedo evitar cierto grado de culpa. Seguro que dos humanos que atraviesan una brecha del cielo llamarán la atención y no pasarán desapercibidos para un Inmortal. Sin embargo, de momento no hay rastro de Lorian. Espero que podamos acabar con lo de la pirámide antes de que aparezca. Hasta ahora no hemos hecho nada contra la Guardia, salvo, tal vez, ¡tramar una traición! Y si alguien nos sorprende ahora, podríamos decir que estamos viendo cómo sale el sol. Hasta que hayamos entrado en el otro mundo no podrán acusarnos de traición. Pero una vez que estemos allí, ni siquiera Lorian podrá impedir que sigamos adelante con el rescate. Cuando regresemos habrá tiempo de sobra para enfrentarnos a cualquier acusación grave.

Mientras pienso en esto, lady Arabella dispone la cuerda en forma de octógono y nos da los últimos consejos:

-Observaremos esta zona en busca de alguna señal, pero no será fácil haceros regresar. Seguramente tendréis que encontrar la salida vosotros solos. Esperemos que Arkarian tenga alguna idea sobre cómo lograrlo.

Tras acabar con la cuerda, mira a Ethan, que comprueba una vez más nuestras provisiones. Revisa las mochilas murmurando los nombres de cada cosa: linterna, pilas, comida (casi toda seca), agua, cerillas, cuerdas... Lady Arabella se acerca a él y le da lo que parecen dos capas largas forradas de piel y dos pares de guantes negros de cuero.

-Donde vais necesitaréis esto. Guárdalo en la mochila. Da la sensación de que abultan mucho, pero no ocuparán demasiado espacio, créeme. -Lanza una fugaz mirada a lord Penbarin y a la reina Brystianne, como si estuviera intentando tomar una decisión; luego lord Penbarin asiente con un gesto casi imperceptible de la cabeza y ella añade-: No sabemos a qué retos deberéis hacer frente y, bueno, desde aquí no podremos ayudaros si os metéis en apuros, pero podemos daros algún consejo. Escuchad atentamente. -Le prestamos toda nuestra atención-: tened valor y fe y sed fieles a vuestro corazón.

Ethan y yo intercambiamos miradas de incomprensión. ¿De qué habla lady Arabella? Se retira rápidamente y da el tema por zanjado. Ethan me observa un instante y se encoge de hombros.

-Ayúdame a guardar las capas para que podamos ponernos en marcha -me pide, así que le echo una mano para meterlas en una de las mochilas. Una vez dentro apenas ocupan espacio ya que quedan muy apretadas.

Con las mochilas cargadas y a la espalda, Ethan y yo nos situamos en el centro del octógono. Lord Penbarin y la reina Brystianne se acercan y se unen a lady Arabella, situando los pies en una extraña posición dentro del espacio delimitado por la cuerda blanca. Luego unen las manos por encima de nuestras cabezas y crean una especie de pirámide humana. Miro a través de sus brazos y veo a Matt, que tiene la vista fija en el centro de la pirámide; de pronto me doy cuenta de que no nos hemos despedido.

Sobre nosotros se oye un chisporroteo cada vez más fuerte, y la energía de lord Penbarin, lady Arabella y la reina Brystianne empieza a surtir efecto. El calor de sus manos se extiende por todo mi cuerpo. Levanto la vista y veo que sus dedos desprenden un brillo naranja y blanco, que unos rayos crepitan y restallan entre ellos. Permanecen con la cabeza quieta y levantada, los ojos cerrados, la respiración lenta y pausada. Dentro de la pirámide la atmósfera empieza a cambiar. Entonces ocurren dos cosas casi simultáneamente. La primera es una explosión en el centro, que nos cubre a los dos con una luz brillante, y mi cuerpo se estremece como si estuviera cargado de electricidad. La otra es mi hermano, que salta a través de los brazos de lady Arabella y la reina Brystianne para situarse entre Ethan y yo. Se pone justo en el centro de la fuente de energía.

Ethan grita e intenta empujarlo, pero Matt se agarra a los dos con fuerza. La luz y la energía del interior de la pirámide aumentan rápidamente y noto una extraña sensación, como si me estuvieran arrastrando en mil direcciones distintas a la vez. Me resulta difícil hasta pensar.

Luego los tres nos movemos llevados por una fuerza que no podemos controlar y que nos traslada al espacio. Veo distorsionada mi propia mano y perdemos las mochilas, que empiezan a dar vueltas en el aire. Los tres quedamos atrapados en un extraño remolino. El aire se vuelve oscuro, pero no exactamente negro, es como si fuera infinito.

El remolino se hace aún más fuerte y los tres giramos hacia una cúspide estrecha. Mientras subimos hacia ella, las fuerzas que nos hacen girar aumentan. Ninguno de nosotros puede oír a los demás, aunque veo que Ethan mueve la boca. Parece que no hay gravedad y nuestros cuerpos dan vueltas en distintas direcciones. Todo se vuelve aún más oscuro cuando se desata una ráfaga de viento que aumenta hasta convertirse en un rugido

ensordecedor. Ahora sólo veo sombras.

Empiezo a preguntarme hasta cuándo podremos aguantar. La presión a la que se ven sometidos mis miembros es insoportable. Sin embargo, de pronto empezamos a descender. La caída es rápida y parece muy larga, y por si eso fuera poco, la oscuridad es absoluta. No puedo ver ni a los otros ni mi mochila, pero noto que estamos a punto de tocar tierra. Y no necesito ningún sexto sentido para saber que será un golpe fuerte.

Arkarian

Sera está eufórica, no para de saltar y gritar emocionada, como una niña.

-¡Están aquí! ¡Están aquí! ¡Voy a ser libre, libre, libre!

Sigue dando saltos y vueltas alrededor de la sala, pero se marea y cae cerca de mis pies. Se sienta y se agarra la cabeza hasta que se le pasa la sensación de mareo y entonces me sonríe, rebosante de alegría.

Ojalá pudiera sentir yo el mismo entusiasmo. Pero el viaje de Ethan e Isabel no va a resultar fácil. Para empezar, he visto algunas de las criaturas que viven aquí, los carrizos, que son en parte humanos, en parte aves y en parte mamíferos. Y si mis compañeros consiguen llegar al lago que rodea la isla Obsidiana, ¿cómo lo cruzarán? Por no hablar de la débil posición en la que queda la Guardia durante su ausencia. Lathenia debe de estar frotándose las manos sólo de pensar que Verdemar se encuentra en clara desventaja.

Me levanto de la silla con cierta dificultad para atizar el fuego e intentar aliviar un poco el mísero frío de este lugar. Pero incluso este pequeño esfuerzo me cuesta muy caro. Me derrumbo sobre la silla y me pongo a toser. Escupo sangre y bilis en un cuenco de arcilla que Sera me ha dado para ese propósito. Está lleno en tres cuartas partes.

La hermana de Ethan me acaricia la rodilla.

-Falta poco, y ella te curará.

Pero yo creo que ya estoy demasiado mal para que Isabel me cure. Mis riñones han dejado de funcionar y se está acumulando líquido en todas mis células. Me queda poco tiempo antes de morir de una infección en la sangre. Existen muchas posibilidades de que jamás vuelva a ver a Isabel y Ethan. Si tuviera alguna forma de guiarlos o protegerlos... Intento sentir su presencia, como lo hace Sera, pero no noto nada salvo un vacío. Sigo sin tener fuerzas, algo que no me había ocurrido desde mi niñez en Francia. Siento que soy la mitad de lo que era. La rabia se apodera de mí. ¡Debo hacer algo!

-¡Mira! -exclama Sera desde la entrada. No puede ver nada, pero está tan emocionada ante la idea de que por fin sus sueños se hagan realidad que no puede quedarse quieta. Regresa de la puerta con un cuenco lleno de una papilla de color verde y una taza de agua-. Está nevando. ¿Crees que se habrán acordado de traer la ropa adecuada? No quiero que mi hermano muera de congelación antes de encontrarme.

Remuevo la papilla y me pregunto qué demonios puede ser. Tomo una

cucharada y tengo que tragarla con un poco de agua. Por un instante dejo de respirar. Luego le devuelvo el cuenco y le doy las gracias.

-¿Podrías ir a buscar a Ethan y traerlo aquí? No estás encadenada a este lugar, ¿no?

-Pero no puedo volar, y ésa es la única forma de salir de esta isla.

-No puede ser.

-Esta isla es mi cárcel.

-Pero ¿cómo? A mí me trajeron aquí, ¿por qué no íbamos a poder salir tú o yo del mismo modo?

-A ti te trajeron con una barca con el fondo de acero.

Tiene razón. Recuerdo lo frío que estaba el acero en contacto con mi piel.

-¿Qué le pasa al agua, Sera?

-No es agua, Arkarian. Ése es el problema. El lago es ácido.

¿Ácido? ¡Oh, no! ¿Cómo van a cruzar Ethan e Isabel un lago de ácido? ¿Y a qué otras dificultades deberán hacer frente para llegar aquí?

-Sera, están corriendo un gran peligro en este mundo. Diles que vuelvan. A lo mejor aún tienen oportunidad de regresar antes de que la brecha se cierre y pierdan de vista su posición. Díselo, Sera. Dile a tu hermano que regrese.

Se levanta y patalea en el suelo con ambos pies.

-No. ¡No lo haré! ¡Todos llegarán dentro de muy poco!

Mi atención se centra en la palabra «todos», que hace que mi corazón lata con fuerza. ¿Puede ser que hayan venido más de dos?

-Dime, Sera, ¿cuántos han venido?

Lo piensa un segundo.

-Hay tres.

-¡Tres! ¡No! ¿Por qué tres? -En realidad no se lo estoy preguntando a ella, pero es que no puedo creer que tres de ellos hayan decidido arriesgar su vida. Sera no contesta, sino que se limita a encogerse de hombros-. ¿Sabes quiénes son? ¿Puedes verlos?

-Bueno, está mi hermano. Y luego la chica que lo ama.

Su insistencia en ese aspecto me saca de quicio, como si se me hubiera metido una piedrecilla en una bota.

-¿Cómo sabes que Isabel está enamorada de Ethan?

Ladea la cabeza hacia el hombro derecho mientras sus ojos, de hecho toda su cara, adquieren una expresión de ensueño.

-Recibo una sensación muy fuerte cuando conecto con la chica. Tienen un vínculo especial.

-La amistad puede ser un vínculo especial.

-Es más que eso -replica, lo cual me irrita muchísimo.

-El afecto puede parecer amor cuando, en realidad, no es más que una honda amistad.

-Siento que entre ellos hay, sin duda, amor.

Un arrebato de cólera se apodera de mí.

-Estás confundiendo el amor que percibes con el amor que alguien siente por un hermano.

-Tal vez no sepa mucho acerca del amor -admite con voz suave-, pero recuerdo lo mucho que mi padre quería a mi madre, y ella lo correspondía. Y recuerdo que mi hermano me seguía a todos lados a pesar de que nos peleábamos continuamente. Eso también era amor, pero diferente.

Sus palabras consiguen disolver la agresividad que se acumulaba en mí. ¿Cuántas cosas le han quedado por vivir a la hermana de Ethan? No sólo el amor de su hermano y sus padres, sino también como miembro de la Guardia. Mientras la observo, sentada y mirando el fuego, el brillo sobre su piel pálida hace que parezca casi mortal. Tan sólo siento compasión por lo que podría haber sido. A pesar de que la muerte la ha mantenido encarcelada en el cuerpo y la mente de una niña, la fuerza de su carácter sale a relucir en ocasiones. Habría sido uno de los grandes miembros de la Guardia.

Mientras permanezco sentado meditando sobre lo que nunca podrá ser, la identidad de esa tercera persona despierta mi curiosidad. ¿Quién puede ser? ¿Shaun? ¿O tal vez Jimmy? No puede ser Marcus Cárter; es más probable que él sea el encargado de sustituirme.

-Has dicho que eran tres.... Ethan e Isabel son dos. ¿Quién es el tercero?

Parece estar meditando, con la barbilla apoyada sobre las rodillas.

-No lo sé -responde al final-. No siento nada cuando intento establecer una conexión. Es como si su cerebro estuviera durmiendo.

-Pero puedes comunicarte con Ethan e Isabel, ¿no?

-Sí, pero Ethan es muy impreciso y no logro obtener nada de él. La chica se muestra mucho más receptiva.

-¿Puedes conectar con Isabel y averiguar a través de ella quién es el tercer miembro?

Se encoge de hombros.

-No lo creo. No podemos hablar entre nosotras como si mantuviéramos una conversación.

Pienso en ese talento que posee Sera, una habilidad que ha logrado desarrollar después de un duro trabajo. Ha logrado un gran éxito, teniendo en cuenta que no recibió ninguna preparación formal. Eso hace que me pregunte cómo le va a Isabel con su nueva habilidad. Dudo que ahora mismo comprenda todo su potencial. Ojalá fuera yo quien pudiera instruirla. Sería una gran ventaja para el trío que ella poseyera algún nivel de conexión psíquica, por mínimo que fuera. Con la ayuda de Sera, tal vez podría evitar algunos peligros. Y quizá los sueños de libertad de la hermana de Ethan llegarían a hacerse realidad.

-Sera, dime todo lo que ves y sientes cuando conectas con Isabel.

-¿Por qué? -me pregunta con inocencia infantil.

La tomo de la mano y le digo exactamente lo que necesita oír para lograr que coopere conmigo.

-Para que podamos guiar a tu hermano directamente hacia nosotros.

Isabel

Caigo de bruces y me doy un fuerte golpe. Logro sentarme sobre el suelo sucio y helado y respiro hondo para calmarme, pero un sonido sibilante hace que se me erice el vello de la nuca. Durante un segundo pienso que alguien, o algo, está tocándome el hombro. Me aparto y doy vueltas sobre mí misma.

-¿Quién anda ahí?

Silencio, salvo por el viento cortante que atraviesa los árboles cercanos. Respiro hondo de nuevo y empiezo a examinarme rápidamente. Por suerte no tengo ningún hueso roto, sólo unos rasguños en el brazo y el muslo que se han llevado gran parte del golpe.

En cuanto me he curado me pongo a gatear para encontrar mi mochila. No puedo creer que haya sido tan estúpida como para dejarme la linterna dentro. Me cuesta acostumbrarme a esta oscuridad. Me pongo en pie y me siento totalmente desorientada. ¿Dónde está Ethan? Y Matt también, claro. Nos sorprendió a ambos entrando en la pirámide en el momento preciso de la proyección.

Una mano fría me agarra de la pierna y grito.

-Shhh, con esos gritos vas a despertar a los muertos -dice Ethan desde el suelo. Me doy la vuelta con tal rapidez que pierdo el equilibrio y él intenta sujetarme antes de que caiga y lo aplaste-. Eh, cuidado con mi pierna, creo que me la he roto...

Me agacho junto a él y procuro dejar de temblar. Él me pone una mano sobre su pierna, pero malinterpreta el motivo de mis temblores.

-Qué frío hace, ¿verdad?

Le palpo la pierna para intentar calcular la gravedad de las heridas.

-No me iría nada mal tener la capa de lady Arabella. Pero ¿sabes qué? No es el frío lo que me está helando los huesos.

Entonces un alarido lastimero rasga el aire y hace que los dos nos agarremos de los brazos.

-Sé a qué te refieres -susurra Ethan.

-¿Qué crees que ha sido eso?

-Seguramente tu hermano -dice en broma, consciente del pánico que siento, pero su intento de hacerme reír no logra su objetivo. Al comprobar que permanezco en silencio me pide-: Date prisa, cúrame, Isabel. Me sentiré mucho mejor cuando las dos piernas me funcionen igual de bien.

Tengo que realizar un gran esfuerzo para lograr concentrarme, pues el corazón me late desbocado, con un ritmo completamente anormal.

-¿Dónde crees que deben de estar las mochilas? ¿Te puedes creer que me he dejado la linterna dentro de una?

-Bueno, sí, yo también -murmura él.

De pronto se enciende una linterna que ilumina un gran campo rocoso cubierto de nieve a trozos. Veo que Matt enfoca la linterna hacia abajo mientras trepa por unas rocas resbaladizas.

Llega junto a nosotros e ilumina a Ethan.

-Eh, ¿qué te ha pasado?

-Se ha roto la pierna en la caída. ¿Ves nuestras mochilas?

Sostiene la linterna sobre la herida de Ethan.

-Cuando hayas acabado de curarlo echaré un vistazo.

Aparto la linterna.

-No necesito tanta luz, pero no nos vendría nada mal ropa de abrigo. A ver si encuentras las mochilas con eso.

-¡No debería estar buscando nada! -exclama Ethan con un tono de voz en el que resulta difícil distinguir el dolor de la ira. Luego mira a Matt a la cara y añade-: No deberías estar aquí. ¿Sabes lo que has hecho? -No espera a que le responda-. Has arriesgado tu vida y nos has metido a nosotros en un lío más grande para cuando regresemos.

-Nadie os culpará. Yo soy el responsable de mis propias decisiones.

-En la Guardia no. Nosotros asumimos responsabilidades por los demás, y ahora tenemos que cuidar de ti. Vas a ser una carga.

Oh, no, ya empiezan otra vez. Aunque reconozco que la acción de Matt es discutible, creo que Ethan es demasiado duro con él. Al fin y al cabo, ahora ya está aquí y no podemos hacer nada al respecto. Señalo la linterna de Matt.

-Nos costaría mucho encontrar nuestras mochilas sin eso. Seguramente nos habríamos muerto por congelación, así que supongo que ya ha hecho algo útil.

Ethan no dice nada, simplemente se limita a dar un resoplido burlón.

Entonces Matt nos informa de que puede ver adonde ha ido a parar una de nuestras mochilas.

-Allí, mirad. Iré a buscarla.

Ethan le grita.

-¡Quédate donde estás! Cuando Isabel haya acabado de curarme la pierna, iremos todos, ¿vale? No nos vamos a separar ni un segundo. En esta oscuridad absoluta podríamos perdernos así de fácilmente -añade chasqueando los dedos-. Ya que estás aquí, no harás un solo movimiento sin pedirnos permiso antes a Isabel o a mí, ¿lo has entendido?

-Sí, de acuerdo. Tampoco quería ir solo -contesta, y se estremece mientras escudriña la oscuridad.

Ethan se levanta y comprueba que la pierna no le duele.

-Es genial. Gracias, Isabel. Por lo menos ahora sabemos que nuestros poderes siguen funcionando.

-¿Qué hay de tus alas? -le pregunto, pues esa habilidad podría ser la más útil de todas. Si Ethan pudiera usar las alas para inspeccionar el lugar, podríamos encontrar antes a Arkarian.

Echa un vistazo alrededor, pero su campo de visión se limita a donde alcanza la luz de la linterna de Matt.

-Tendría que visualizar mi camino. Sólo tardo un segundo o dos, pero aquí no puedo ver el paisaje. Me perdería muy fácilmente. Además aún no las domino por completo. Podría acabar en cualquier lado.

Así que estamos de acuerdo en que Ethan ni siquiera debería intentar usar su poder de volar. Si se quedara solo, da igual que estuviera cerca o lejos, podría perderse para siempre, algo estremecedor.

Encontramos las dos mochilas, y como Matt ha traído la suya, decidimos reservar una de las linternas.

La oscuridad de este lugar es más intensa de lo que imaginaba, pero como la luz producida por las linternas de Matt y Ethan ilumina una zona que me permite ver adonde nos dirigimos, me alegro de poder dejar la mía dentro de mi mochila. No sabemos cuánto va a durar este viaje, pero sin luz estaríamos en un verdadero apuro.

Ethan busca las capas y los guantes de lady Arabella. Saca la primera capa, que se adapta perfectamente a mi altura, y luego me da un par de guantes. Entonces mira a Matt y dice:

-Lady Arabella no nos ha dado nada para los pegotes de última hora.

Es un comentario muy bestia. Nunca había visto a Ethan tan enfadado. Está muy disgustado con Matt por habernos engañado. Tengo que morderme la lengua; estos dos van a tener que solucionar sus diferencias solitos. Yo ya tengo bastante con mis propios problemas. Le ofrecería mi capa a Matt, pero sé que no la aceptaría. Sería inútil intentarlo, su instinto protector hacia mí no se lo permitiría. De modo que me la pongo, capucha y todo, y siento una sensación reconfortante instantánea. Abriga mucho. Los guantes también se ajustan perfectamente a mis manos.

Ethan hace un extraño sonido con la garganta.

-¿Eh? ¿Qué es esto?

-¿Qué? -pregunto yo.

-¡Mira! -contesta, y saca otra capa y otro par de guantes-. ¿Cómo es posible que haya tres? Te juro que lady Arabella me dio dos capas y dos pares de guantes. ¿De dónde ha salido el tercer juego? Tú estabas ahí, Isabel. Tú me ayudaste a guardarlo todo en la mochila.

-Sí, lo sé, pero lady Arabella debe de haber... -Miro a mi hermano en busca de alguna pista-. ¿Tú sabes algo?

Él esboza una sonrisa y se frota los brazos para entrar en calor.

-¿Acaso tengo pinta de saber algo? A lo mejor es para Arkarian. Para cuando lo encontréis.

Ethan no se lo traga.

-Entonces, ¿por qué no nos lo ha dicho?

-A lo mejor lo ha hecho y no la estabas escuchando.

-¿Ah, sí?

-Sí, seguramente ha dicho: «Y esta tercera capa es para Arkarian».

Como sigan así mucho más, me pondré a gritar, de modo que intervengo antes de que Ethan vuelva a la carga y esta estúpida discusión se nos escape de las manos.

-Vosotros dos, escuchadme bien: yo tampoco lo entiendo, sólo sé que este viento es cada vez más frío. Y que deberíamos darnos prisa.

Mirándolo fijamente, Ethan le lanza la capa a Matt, que se la pone enseguida, como los guantes.

La primera gran decisión que debemos tomar, y probablemente la más crucial, es qué dirección seguir. Después de un incómodo silencio, empezamos a hablar de adonde podemos ir y cómo asegurarnos de no acabar dando vueltas en círculos.

-Deberíamos dejar una marca de algún tipo -sugiere Ethan.

Pero el suelo es principalmente de roca y está empezando a nevar con fuerza. Ethan saca una brújula envuelta en un pañuelo de seda rojo. Antes hemos decidido avanzar en dirección norte, pero su exclamación hace que Matt y yo estiremos el cuello para ver qué ocurre.

-¡Guau!

Los indicadores de la brújula dan vueltas alocadamente, y no sólo en un sentido, sino en el de las agujas del reloj y en el inverso, sin seguir un patrón fijo.

-A lo mejor estamos sobre una roca magnética.

Ethan se guarda la brújula en el bolsillo del pantalón y mete el pañuelo entre dos piedras, asegurándose de que está bien sujeto.

-A lo mejor -dice sin demasiado entusiasmo-. Lo intentaremos de nuevo más tarde, pero ahora mismo tenemos que decidir a qué dirección vamos a llamar norte y seguirla.

Otro alarido lastimero rasga la oscuridad y los tres nos miramos con los ojos desorbitados.

-¿Alguien tiene idea de qué sonido se trata? -pregunta Matt.

Aunque resulta difícil decir de qué dirección proviene, tengo la sensación de que llega por detrás de mi espalda. Señalo en la dirección que queda frente a mí.

-No tengo ni idea, pero creo que el norte está por ahí.

Echamos a andar sin saber adonde nos dirigimos. Sin brújula, sin sol, sin estrellas o sin la luna, estamos en clara desventaja.

Al cabo de un rato nos damos cuenta de que no estamos andando sobre rocas. El terreno está cambiando, se ha vuelto más fértil, si eso es posible en un lugar sin sol. Nos damos cuenta de que nos estamos adentrando en un valle. Una especie de hierba se aplasta bajo nuestros pies. Está mojada a causa de la nieve disuelta, de lluvias recientes o de una corriente subterránea, no existe forma de saberlo. Hay algún que otro árbol desperdigado, aunque parecen muertos, con pocas hojas o ninguna. Llegamos a una zona más pantanosa, con árboles finos como una cuerda, cubiertos de musgo, con las raíces y las ramas inferiores enterradas bajo agua estancada maloliente y una capa de hielo. Por suerte los tres llevamos botas hasta los tobillos.

Matt levanta una pierna, de la que chorrean gotas de agua turbia.

-Esto es asqueroso. ¿Lo oléis?

Pero no es el hedor lo que me llama la atención. Un sonido en la distancia hace que intente atisbar tan lejos como puedo.

-¿Qué es? -me pregunta Ethan.

Antes de que tenga la oportunidad de responder, los tres lo oímos, aunque no se parece en nada al alarido que afortunadamente hemos dejado atrás. Este sonido se asemeja más a un silbido. Baja de intensidad un poco

y luego vuelve a subir, esta vez más fuerte.

-¿Qué crees que es? -me pregunta Ethan de nuevo.

-No lo sé. ¿Tal vez insectos?

-¿A esta temperatura?

Pero Matt tiene otra idea, su propia idea sobre este mundo.

-¿Quién dice que tienen que estar vivos?

Ethan y yo lo miramos preguntándonos si piensa dar más explicaciones, pero tan sólo arquea las cejas y se encoge de hombros.

El silbido se convierte en un zumbido y se vuelve abrumadoramente fuerte. Resulta difícil oírnos unos a otros, aunque Ethan logra advertirnos:

-Más vale que encontremos un refugio.

Demasiado tarde. Más allá de donde alcanza la luz de las linternas se forma un brillo multicolor. Al cabo de unos segundos estamos cubiertos por lo que sólo podrían ser miles de insectos de varios colores: rojo, azul, violeta e incluso rosa. ¡Son luciérnagas, algunas de colores que jamás había visto!

Nos cubrimos la cara con los brazos a modo de protección y nos tapamos con las capas. Aun así, se me cuelan algunas entre los dedos y revolotean ruidosamente junto a mi cara. No se quedan mucho tiempo: poco después, el deslumbrante despliegue de luciérnagas se alza sobre nuestras cabezas, da vueltas a nuestro alrededor unos segundos más, y se va. Las observamos desaparecer, fascinados. Su belleza nos deja sobrecogidos. Es como si las luciérnagas hubiesen encontrado una forma de llevar esplendor y colorido a sus vidas.

Matt sacude la cabeza mientras los insectos salen de su capucha. Parece confuso y Ethan le ofrece su cantimplora. Yo busco la mía, pero aún no tengo demasiada sed, por lo que decido esperar. Aunque hay pruebas de que hay agua de sobra aquí, prefiero no probarla, sobre todo el agua del pantano que huele tan mal.

Sin embargo, al parecer mi hermano también ha traído su propia cantimplora. La saca de debajo de los pantalones. ¡Ahí es donde debe de haber escondido también la linterna! Si Ethan o yo nos hubiéramos dado cuenta, Matt no estaría aquí ahora mismo. ¡Aunque tampoco es que tenga la costumbre de fijarme en la bragueta de los pantalones de mi hermano!

-¿Qué más llevas ahí dentro?

Matt arquea las cejas y me lanza una de sus sonrisitas de superioridad, lo que le vale un puñetazo, por su pésimo sentido del humor.

Ethan no puede reprimir una risa.

-Yo preferiría no saberlo.

La tensión entre ellos se reduce y seguimos avanzando por el valle. Desde el principio noto algo distinto en esta zona. Al principio me cuesta definirlo porque no se trata de una sensación física, sino de algo que se ha generado dentro. Pero luego oigo un sonido, una voz, si no me equivoco.

-¿Habéis oído eso? -pregunto al mismo tiempo que me giro, incapaz de saber de dónde procede.

«¡Cobarde!»

-¡Eso! -murmura Ethan, que se vuelve tan rápido que casi se cae. Lo

ayudo a mantener el equilibrio y él se pasa una mano por el hombro, como si estuviera intentando quitarse algo de encima-. ¿Quién ha dicho eso?

«¡Fracaso!»

Ethan me mira a los ojos; respira agitadamente.

-¿Qué ocurre?

-No lo sé. Sigamos andando.

No puedo dejar de mirar de izquierda a derecha y atrás de nuevo, en busca del propietario de esa voz misteriosa. Se oye un zumbido cada vez más fuerte. Se acerca algo. Y si mis sentidos no se equivocan, viene directo hacia nosotros. Busco un lugar para escondernos. Pero ¿dónde? ¿Y escondernos de qué? El zumbido está insoportablemente cerca y una sombra aparece delante. Algo frío y húmedo cae sobre nosotros como una piel pegajosa y yo no puedo reprimir un grito. Todos nos retorcemos y chocamos unos con otros mientras intentamos quitarnos esta cosa pringosa de encima, pero de nada sirve resistirse. La sensación de humedad y frío me atraviesa, y con un zumbido, la sombra, con toda su viscosidad, desaparece detrás de nosotros.

Caigo al suelo temblando. Ethan se agacha mientras Matt intenta recuperar el aliento.

-¿Qué ha sido eso? -pregunta Ethan.

«¡Asesino!»

La voz fantasmagórica ha vuelto, y por algún motivo afecta especialmente a Ethan. Da un respingo al oírla y se toca la oreja izquierda.

-¡Vete! Sé que me estás hablando a mí. ¡Piérdete! -Lo miro, preguntándome de qué está hablando-. Fue culpa mía -dice. No me gusta el estado en que lo han sumido sus pensamientos, y maldigo a esa miserable voz por meterle esa idea en la cabeza-. Me quedé quieto y la observé mientras se moría. Podría haberlo evitado, pero no lo hice.

-Eras un niño, Ethan. No podías hacer nada. Marduke te habría matado a ti también.

Su cara se convierte en una mueca horrible debido a la presión del sentimiento de culpa.

-La quería. Ella era todo lo que yo deseaba ser. Pero estaba celoso, Isabel. A lo mejor una parte de mí quería que se muriera.

-¡No! ¡Eso no es verdad! Quítatelo ahora mismo de la cabeza. Tú querías a Sera. Y aún la quieres.

«¡Inútil!»

-¡¿Qué?! -dice Matt mirando por encima del hombro.

Oh, no, la voz continúa atormentándolo.

«¡Impostor!»

-¡No soy un impostor!

Lo agarro del brazo.

-¡No hagas caso de la voz! Sigue andando, primero pon un pie y luego el otro, ¿vale?

«¡Cobarde! ¡Impostor!»

Ahora nos rodean varias voces, de modo que sigo tirando de Ethan y Matt para poder avanzar, pero a cada paso que damos, las voces se

multiplican. Al cabo de poco oímos cientos de acusaciones que provienen de todas partes.

«¡Abandonada!», me grita una voz al oído. Me vuelvo pero no hay nadie.

-¿Qué queréis de nosotros?

A mi lado, Matt agita los brazos en el aire.

-¿Quiénes sois? -grita-. ¿Por qué estáis haciendo esto?

-Es el valle -le explico mientras miro al frente para intentar ver cuánto camino nos queda por recorrer en este horrible lugar-. El aire o la tierra de este sitio tienen algo extraño. Sea lo que sea, sólo vuestra fuerza interior puede impedir que las voces se apoderen de vuestra mente.

-Es imposible detenerlas -dice Ethan-. Vienen de todos lados. No pude evitar la muerte de mi hermana y quizá tampoco pueda evitar la de mi madre.

-Esfuérzate más, Ethan, crea un bloqueo.

-No sirve de nada, Isabel -susurra Matt con voz ronca-. ¡Escúchalas!

«¡Fracasado!»

-¡Eso es justamente lo que no deberíais hacer!

Un sonido atraviesa las voces, un sonido de pasos a la carrera que provoca un cosquilleo en todos los nervios de mi columna. Ethan y Matt me miran a mí y luego entre sí. Luego el sonido de pasos se convierte en un furioso estruendo.

De pronto aparecen cientos de animales, pequeños como ratas, que se dirigen hacia nosotros como una gran ola.

Ethan me agarra del brazo.

-¡Rápido! -exclama.

También agarra a Matt y nos obliga a tirarnos al suelo. Tenemos que hacernos un ovillo y ceñirnos con fuerza las capas.

Bajo nuestros pies el suelo vibra. Al cabo de unos segundos los animales nos alcanzan, nos trepan por la espalda con sus afiladas garras y bajan por el otro lado. Varios consiguen colarse por debajo de las capas y nos mordisquean las botas. Uno me sube por el brazo. Grito e intenta meterse dentro de mi capucha. Al ver sus inmensos dientes incisivos se me hiela la sangre. Finalmente logramos echarlos fuera, y luego se van y desaparecen en la oscuridad.

Una vez se han ido, las voces regresan con fuerza, poniéndome la piel de gallina con sus acusaciones fantasmagóricas. Es como si alguien hubiera estado dentro de nuestras cabezas y hubiera escarbado en nuestras dudas y nuestro sentimiento de culpabilidad más profundos. Conseguimos avanzar lentamente, pero cada paso resulta más difícil.

-¿Hasta cuándo vamos a aguantar, Ethan? -pregunto, casi incapaz ya de mover las piernas.

Matt me agarra por la cintura, pero él apenas puede con su propio peso. Luego sacude la cabeza como si intentara aclarar la mente. Pero las voces no se van.

Ethan se detiene y dice:

-Tengo una idea.

Cierra los ojos y se concentra. Está intentando crear una ilusión. ¿Cuánto le va a costar con estos gritos incesantes?

Pero de algún modo lo logra y crea la imagen de un bosque precioso que ante la luz de su linterna brilla como si un sol cálido se reflejara sobre sus hojas húmedas. Este espejismo es la cuerda a la que nos aferramos y que nos acerca paso a paso a nuestra salvación.

De repente nos encontramos junto a un río de caudal rápido y las voces se desvanecen detrás de nosotros.

Pero tenemos que retroceder rápidamente para no caer en él. Si lo hiciéramos, seguro que moriríamos. Al instante. Este río no fluye como los que conozco. Tiene muchas corrientes que proceden de distintas direcciones y forman muchos remolinos, pequeñas cascadas aterradoras y largos rápidos. También parece profundo. Y aunque alcanzo a ver la otra orilla, está bastante lejos. El mero hecho de pensar en cruzarlo hace que me muera de miedo. Me pongo en cuclillas con una sensación de desesperación. Tiene que haber otro camino, Pero ¿cuál es el correcto? A lo mejor nunca deberíamos haber cruzado ese valle. A lo mejor deberíamos haber tomado la dirección opuesta desde el principio.

Alzo la vista y miro a Ethan y Matt. Parecen cansados pero aliviados. Lentamente recuperan la compostura.

-¿Qué ocurre? -me pregunta Ethan agachándose junto a mí.

Por desgracia, lo único en lo que puedo pensar es en que si no sé el camino, ¿cómo voy a encontrar a Arkarian? ¿Có mo podremos sobrevivir en este lugar? No quiero volver a oír esas voces. Este sitio es muy duro desde dos puntos del vista: el físico y el emocional. Inclino la cabeza hacia atrás y me quedo contemplando la nada.

-Oh, ¿dónde estás, Arkarian?

Al no esperar una respuesta, me asusto cuando mi cabeza se llena de una luz cegadora y un dolor agudo y punzante.

-¿Isabel? -dice Ethan. Pero el dolor que siento es demasiado fuerte y no puedo responder-. Déjate llevar por ella -me susurra al oído. Se ha dado cuenta de que estoy experimentando otra visión y sabe que sólo si me relajo podré aliviar el dolor y ver las imágenes con mayor claridad.

Sé que tiene razón, pero aceptar el dolor, aceptar la luz cegadora, es una tarea difícil. Al final el dolor y la luz se reducen y me dejan ver la imagen de una niña preciosa. Tiene una cara pálida, aunque teñida a la vez de un suave brillo, rodeada por una melena de graciosos rizos negros. ¡Es Sera! La hermana muerta de Ethan. Está aquí, en este mundo extraño y frío, llamándome. Mis ansias de reprimir la visión desaparecen en cuanto entiendo que ésta es la ayuda que tan desesperadamente necesitamos. Así que abro mi mente y asimilo las imágenes a medida que se despliegan ante mí. Mientras lo hago, una oleada de energía recorre mi cuerpo y me estremezco.

-¿Isabel? -interviene mi hermano con voz preocupada-. ¿Estás bien? Dime algo.

Levanto la mano para detener su interrupción. Él se calla y vuelvo a abrirme a la visión. Inmediatamente soy alzada hacia arriba, de forma que puedo ver cómo el río fluye largo de varios kilómetros entre montañas y

valles.

Luego regreso a mi cuerpo y nos ponemos en marcha de nuevo. Esta vez es como si fuera en un tren rápido, un tren supersónico que cruza el río a través de un paisaje árido, sigue hacia lo hacia una montaña de hielo negro y se dirige a una isla rodeada por un lago helado, sobre la que se levanta un edificio increíble. A medida que la visión se desvanece, entiendo que acaban de mostrarme el camino.

Abro los ojos y, poco a poco, voy distinguiendo a Ethan con claridad. Están arrodillados junto a mí.

-¿Qué has visto? -me pregunta Ethan.

-Nos están guiando -les explico-, pero es un viaje largo y peligroso.

-¿Has visto a Arkarian? -inquiere Matt.

Niego con la cabeza.

-No, pero hay un edificio. Parece una pirámide alargada y refulge como una almenara con todos los colores del universo.

-Es el templo -dice Matt-. Es sagrado.

Los dos nos quedamos contemplándolo y Ethan le pregunta:

-¿Cómo lo sabes?

Matt adopta un semblante inexpresivo, frunce el entrecejo y se encoge de hombros.

Mi hermano aparta la mirada de Ethan, me hace más preguntas sobre mi visión y le cuento lo que recuerdo.

-Ese... templo está en una isla. Ahí es donde tienen a Arkarian.

-Bueno, pues si no ha sido Arkarian quien te ha enviado la visión -me pregunta Ethan-, ¿quién nos está guiando? ¿Has visto alguna cara?

Sé que mis palabras supondrán un mazazo para él, y por eso lo tomo de la mano.

-Nuestra guía es tu hermana.

Isabel

Nos quedamos mirando el río durante un largo rato, estudiándolo desde varios ángulos, y aun así a ninguno se nos ocurre cómo salvarlo.

-Bueno -dice Matt-, una cosa está clara, no podemos cruzarlo a nado.

Ethan y yo asentimos. El río es demasiado salvaje y fluye a una velocidad increíble. Además, el agua está helada. Moriríamos congelados inmediatamente si cayéramos en él. Grandes trozos de hielo pasan frente a nosotros. El estruendo que provoca uno al chocar contra la orilla y estallar en varios pedazos resuena como un trueno ensordecedor.

-No podemos vadearlo por ningún otro lado -explico mientras me humedezco los labios-. Tenemos que cruzar por aquí.

-No has visto ningún puente en la visión, ¿no es cierto? -me pregunta Matt, esperanzado.

-No, pero es algo que nos vendría muy bien. ¿Qué dices, Ethan? ¿Puedes construir uno? Ya sabes, como el que hiciste para mí en Verdemar el año pasado.

Él enfoca al agua con la linterna.

-No distingo la otra orilla. Sería demasiado arriesgado.

-Vaya. ¿Y ahora qué?

De repente Ethan da una palmada, como si se le hubiera ocurrido una idea genial.

-Claro, ésa es la solución. Si no puedo construir un puente, tendremos que remar.

Matt enfoca con su linterna hacia la orilla del río.

-¿Y dónde está la barca?

Estoy de acuerdo con mi hermano, aunque no porque no tenga fe en las ilusiones de Ethan, pues he visto la realidad que Ethan puede crear con la mente. Es que simplemente no me convence la idea de subirme a ninguna barca para cruzar este río.

-Es demasiado rápido para una embarcación. Acabaremos río arriba. O río abajo. O…

-O en el fondo -dice Matt, acabando la frase por mí.

-Tendrá remos -replica Ethan para convencernos-. Unos remos buenos y fuertes.

El hecho de pensar en cruzar este río con una barca de remos me provoca un nudo en el estómago. Respiro hondo para recuperar la calma, por lo menos exteriormente, y que Matt no se preocupe. Ahora mismo la idea de Ethan es la mejor opción que tenemos; de hecho, es la única.

-Hazlo lo mejor que puedas, Ethan. No me gusta este río. Es como si pensara por sí mismo pero no pudiera decidir qué dirección tomar. Tiene un aspecto voraz.

-También le pondré timón, uno que funcione con una barca de remos y que nos ayude a dirigirla.

Matt sacude la cabeza mientras se pone de espaldas al río para situarse frente a nosotros dos.

-Por si no os habéis dado cuenta, no hay ninguna barca. Nada. Cero. Y aunque la hubiera, no me meteríais en ella, no en estas aguas. -Sigue negando con la cabeza-. Estáis locos.

A Ethan se le acaba la paciencia.

-¿Tienes alguna idea mejor? No sé, se supone que eres nuestro líder, ¿no? Todo el mundo lo sabe. Hasta la Profecía lo dice. ¿Cómo era? Ah, sí: «No antes de que un líder de corazón puro se despierte».

-¡Basta ya, Ethan! -exclamo, pero él levanta una mano para hacerme callar.

-Pero ¿qué estás haciendo en lugar de eso? Sembrar dudas constantemente, lo cual nos perjudica mucho. Si crees con toda tu alma, esta ilusión nos ayudará. Recuerda que lady Arabella dijo que debíamos tener valor y fe. Además, la barca será tan real como tú y como yo. Será sólida mientras dure la ilusión. Puedo hacerlo, Matt, confía en mí. Esto va a ser una buena prueba para ti. A ver si tienes lo que hay que tener para

ser un... -Otro alarido estremecedor rasga la oscuridad cerca de nosotros. Los tres miramos a todas partes. Tras un momento de fantasmagórico silencio absoluto, Ethan vuelve a centrar toda su atención en Matt-. Aunque claro, si lo prefieres podrías quedarte aquí, esperando hasta que regresemos, mientras esa cosa te grita.

Ethan se da la vuelta y Matt y yo nos quedamos a solas.

-Ya sabes que Ethan no decía en serio que no eres lo bastante bueno para ser nuestro... -digo, pero la frase se queda en el aire porque Matt se vuelve y mira fijamente las aguas salvajes.

De espaldas a mí, observo cómo alza los hombros mientras respira profundamente para calmarse. Las palabras de Ethan le han hecho mucho daño. Conozco a mi hermano, se toma la vida y sus responsabilidades muy en serio. Seguramente, lo que lo llevó a saltar dentro de la pirámide para venir al inframundo con nosotros fue su sensación de ineptitud. Matt tiene mucho que demostrar y ahora se enfrenta a un reto distinto, a usar su fe para creer en lo que no puede ver, y a confiarle su vida a otra persona. Es lo que todos hacemos en la Guardia continuamente. Y sé por propia experiencia que no resulta fácil. Pero mi hermano se está esforzando de verdad.

Ethan regresa.

-Ya está lista.

Lo primero que pienso al verla es que debería ser larga, ¡unas diez veces más que este cascarón de nuez!

-¡Demonios! -exclama Matt acercándose a mí-. ¿Eso es todo? Pensaba que tenías un gran don.

Tomo un sorbo de mi cantimplora para humedecerme los labios e intento distraer a Ethan para que no haga caso de la reacción de mi hermano.

-¿Estás seguro de que aguantará en este río?

Ethan asiente.

-Aguantará. -Y luego le dice a Matt-: Puedes esperar aquí, si lo prefieres. Solo. Tendrás tu linterna y te dejaremos parte de nuestra comida. ¿Has traído pilas de recambio? Será necesario cambiárselas dentro de poco. Oh, no te preocupes, volveremos a por ti si podemos. En caso de que no haya una puerta de salida trasera de este lugar, claro. Lo que no sé es cuánto tardaremos: ¡horas, días, semanas! -Encoge levemente los hombros-. Aunque, bueno, podrías hacer lo que tú querías: descubrir qué es ser un Guardián del Tiempo.

Me subo a la barca y me siento al timón con un par de remos. Por un instante me pregunto si estoy haciendo lo adecuado, si debo confiar mi vida a esta ilusión. La barca parece muy sólida, los remos se ajustan perfectamente a mis manos y, sin embargo, sé que sólo serán reales mientras Ethan pueda mantener la ilusión. Recuerdo la primera vez que vi el puente que creó y lo mucho que me costó confiar en él a pesar de que podía oler las flores que había puesto alrededor. Me vuelvo un poco y llamo a Matt:

-Venga, no pienses en ello. Necesitamos tu fuerza.

Finalmente aprieta los puños y se sube a la barca con cierto temor. Al notar su solidez, se sienta junto a mí y me aparta un poco.

-Vale, pero remo yo.

Le doy los remos, me siento en el banco de enfrente y agarro otro par. Ethan se sube también y me los quita de las manos.

-Yo también remo. -Abro la boca con intención de discutir, pero Ethan, como casi siempre, es más rápido que yo-. No te pongas histérica, Isabel. Tienes que dejarnos remar a nosotros. Aguantaremos más que tú. No te ofendas, es una cuestión de resistencia, no un insulto antifeminista.

-¡Soy tan fuerte como vosotros dos! ¿Cuántas veces os lo he demostrado en los entrenamientos?

-¿Puedes sentarte de una vez? -me espeta Ethan-. No sé cuánto tiempo va a durar esta ilusión. Y, además, necesitamos que tú lleves el timón porque por lo menos tú ves adonde nos dirigimos. Por eso se lo he puesto. ¡Eres la única que puede distinguir la otra orilla! -Baja el tono de voz, que parece más cansado-. Mira, guíanos en línea recta. Si acabamos yendo a la deriva río abajo, la ilusión podría disolver-se> ¿y quién sabe lo que nos ocurriría entonces?

Matt abre los ojos de par en par, pero no dice nada. Debe de estar al borde de un ataque de nervios. Creo que todos lo estamos. No quiero crispar más los ánimos ni hacer que Matt se sienta peor, de modo que cierro la boca y me siento 6n popa para controlar el timón.

Ethan y Matt empiezan a remar, sincronizan el ritmo rápidamente y la barca avanza a una velocidad asombrosa, surcando la corriente. Atravesamos algunos rápidos y perdemos un poco de impulso durante unos minutos ya que somos arrastrados río abajo, pero los chicos reman más rápido y con mayor ímpetu, y al cabo de poco tiempo enderezamos el rumbo y nos dirigimos hacia la otra orilla, que aún está muy distante.

Pero remar supone un gran esfuerzo. A pesar del frío gélido, el sudor brilla en las caras de Ethan y Matt. Una de las linternas parpadea y se apaga. Por suerte, parece que la otra funciona bien. Matt se quita la capucha forrada de piel mientras Ethan intenta dejar la capa a un lado intentando no perder el ritmo.

Verlos trabajar tan duro me hace sentir un poco culpable. Quiero pensar que podría ayudarlos, pero yo jamás aguantaría tanto como ellos dos. Gracias a su ritmo continuo hemos llegado muy lejos en muy poco tiempo.

-¿Cuánto nos falta, Isabel? -me pregunta Matt con voz forzada-. ¿Puedes verlo?

-No mucho. Quizá diez minutos. -La linterna que nos queda empieza a parpadear pero aguanta, aunque emite una luz mucho más débil-. Mientras siga así, podré mantener un rumbo recto.

-No confíes en ella -dice Ethan, que me pasa mi mochila de una patada-. Cámbiale las pilas a la linterna de Matt.

Mientras intento sujetar el timón, rebusco en mi mochila y encuentro un paquete de pilas de los seis que hemos traído. De pronto chocamos contra un trozo de hielo, que hace que la barca se incline peligrosamente. Por suerte continúa avanzando río abajo y permite que nos enderecemos.

La linterna vuelve a parpadear. Es obvio que las pilas se están agotando.

-Date prisa, Isabel -dice Ethan, nervioso-. Tienes que mantener un

rumbo recto. Matt y yo no vamos a aguantar este ritmo durante mucho más tiempo.

Mi hermano nota la preocupación de Ethan y encuentra una fuente interior de valor.

-¡No pienso parar hasta que se me caigan los brazos! Tu barca es... increíble. Sé que en realidad no existe, pero puedo sentirla. ¡Estoy sentado en ella! Si puedes hacer esto, Ethan, a lo mejor es posible, sólo a lo mejor...

Una sacudida de la barca hace que las pilas se me escapen de las manos y caigan al agua.

-¡Oh, genial!

-Olvídate de ellas -me ordena Ethan-. Busca otro paquete.

-Toma. -Matt me acerca mi mochila con un pie.

Me agacho para agarrarla, pero entonces otro trozo de hielo choca contra nosotros y hace girar la barca, enviándo-la a una zona de rápidos.

-No pasa nada -dice Ethan, que intenta mantener la calma-. Sigue remando, Matt. Olvídate de las pilas por un instante, Isabel. Manten el rumbo recto hasta que hayamos salido de este lío.

Pero este lío es el más complicado de los problemas a los que nos hemos enfrentado hasta ahora. Los rápidos son alimentados por un laberinto de corrientes que nos arrastran en distintas direcciones. Y aunque la linterna proyecta una luz cada vez más tenue, me basta para ver que nos dirigimos a más problemas. Justo delante hay un remolino. Tendremos que sortearlo porque si no nos tragará.

-Más rápido -les pido a Matt y Ethan-. Tenéis que remar con más fuerza y más rápido. Recuperad el ritmo, es crucial.

Ethan mira más allá de la barca.

-¿Qué es lo que ves?

-Problemas -contesto-. Seguid remando y dejad que yo me ocupe del rumbo.

Justo cuando pienso que esta travesía no puede ir a peor, la linterna parpadea una vez más y se apaga. Durante un segundo, mientras la oscuridad nos engulle, todo se queda en silencio, salvo por la respiración agitada de los chicos y los gruñidos que dan al hablar. Me pregunto cómo vamos a salir de ésta. Pero lo primero es lo primero, me digo, y me concentro en sortear el remolino. De pronto la barca se levanta. Hemos rozado el borde. Me resulta más difícil mantener el rumbo porque la presión del remolino aumenta. Al final nos libramos de él y llegamos a aguas tranquilas.

-¡Sí, lo hemos salvado! -exclamo, y busco las pilas en mi mochila. Encuentro otro paquete y lo abro precipitadamente, pero por culpa de las prisas se me cae una dentro de la barca.

-¿Qué hemos salvado, Isabel? -me pregunta Matt lentamente, como si gran parte de él quisiera saber por lo que acabamos de pasar, pero su corazón no.

-Mejor que no lo sepas.

Mi respuesta lo satisface y me pasa algo con el pie.

Es la otra pila, y ahora ya tengo las dos otra vez. A ciegas en la oscuridad, y mientras intento mantener el timón fijo, consigo ponérselas a la

linterna. La enciendo e ilumina toda la zona.

-¡Sí! -exclamo de nuevo, pero la mejor noticia es que, a pesar de que hemos descendido unos cuantos metros río abajo desde el lugar donde empezamos, nos acercamos a la otra orilla rápidamente.

Llegamos al otro lado y somos arrastrados unos veinte metros más por la rápida corriente, pero entonces Ethan encuentra un lugar donde desembarcar y amarrar.

En cuanto bajamos nosotros y todas nuestras pertenencias, la barca empieza a desaparecer. Matt y Ethan se echan sobre la orilla arenosa, jadeando y resollando. Mi hermano agita los brazos, los deja caer y se tumba en la arena.

Poco a poco la euforia empieza a apoderarse de mí. Hemos atravesado el río, lo hemos logrado; ya hemos dejado atrás esta parte del viaje, lo cual nos acerca más a Arkarian. Antes de tener la oportunidad de saborear esta sensación y poder compartirla con Ethan y Matt, siento algo extraño.

Sacudo a Matt y luego a Ethan, que han caído exhaustos a mi lado.

-¡Eh, levantaos! ¡Rápido!

-¿Qué? -gruñe Matt, que se da la vuelta, extenuado.

-¿Qué pasa? -pregunta Ethan incorporándose.

Estamos rodeados de un bosque frondoso que escudriño tan bien como puedo.

-Tengo una sensación.

-¿Qué sensación? -inquiere Matt con voz tensa. Ahora él también está sentado a mi lado.

-La sensación de que no estamos solos.

Isabel

Al principio se oyen unos silbidos, unos chillidos y unos correteos cerca. Creo que quizá haya lobos entre los arbustos, pero Ethan niega con la cabeza.

-Los lobos no hacen tanto ruido al caminar.

De pronto aparecen unas intensas luces rojas en la oscuridad, como si fueran lásers, pero están repartidas por parejas.

-¿Qué demonios es eso? -murmura Matt.

Pronto sé qué estamos mirando.

-Son ojos. He visto a esas criaturas en mi visión.

En cuanto pronuncio esas palabras, se abalanzan sobre nosotros por todas partes, gruñendo y resoplando, con sus redondos ojos brillantes. Parecen más grandes en carne y hueso. Me pregunto si tal vez sólo son humanos bajitos. Sus manos, pies y brazos son humanos, pero sus cuerpos no. Tienen unos hombros corpulentos y encorvados y, lo que resulta aún más extraño, unas alas pegadas a la espalda, aunque parece que prefieren usar los pies.

En un abrir y cerrar de ojos Ethan saca dos dagas, una de cada bota, y le lanza una a Matt.

-Isabel, intenta encender una hoguera.

Una docena o más nos atacan profiriendo una especie de grito de guerra. Me pregunto si podrán hablar, pues sus escalofriantes rostros también tienen cierto aire humano. Uno de ellos echa a volar con la ayuda de sus alas, luego se da la vuelta y se sitúa entre Matt *y* yo. ¡Y nos sorprende de nuevo al atacar a los de su propia especie!

Matt me mira sorprendido, pero ninguno de los dos tiene tiempo para analizar qué demonios está ocurriendo.

-No lo pierdas de vista -me advierte mi hermano-, podría ser un truco.

No muy lejos, Ethan me recuerda que encienda la hoguera en cuanto pueda. Pero las criaturas son tozudas y feroces. Una le agarra una pierna a Ethan y lo muerde. Matt le propina varias patadas furiosas para ayudar a Ethan, que le clava la daga en la espalda a la criatura y acaba con ella. Mientras las gotas de sangre descienden por su pierna, me recuerda de nuevo que tengo que encender el fuego.

Al final lo más difícil es encontrar yesca y suficiente madera seca, aunque de pronto la criatura que ha decidido luchar en nuestro bando aparece con los brazos llenos de trozos de corteza. Es perfecta, así que los tomo todos.

-Gracias -digo.

-¿Qué estás haciendo? -me pregunta Matt lanzándome una mirada fulminante. -¿Eh?

-¡Por el amor de Dios, es el enemigo!

Ethan derriba a cuatro criaturas más con su daga, como si fueran fichas de dominó, mientras mi hermano tumba de un puñetazo a una que parecía especialmente terca.

La criatura que me ha traído la leña suelta un gruñido y ayuda a Ethan, que cojea y sangra mucho.

Sin darnos un segundo para recuperar fuerzas, la media docena de criaturas que yacían inconscientes empiezan a levantarse, ¡incluidas las apuñaladas! ¡Deben de ser invencibles!

-Tenemos que pasar al ataque, Isabel -grita Ethan-. Necesitamos el fuego.

Mientras Matt y Ethan me guardan la espalda durante unos minutos, yo me esfuerzo en cuerpo y alma para encender la hoguera. Después de lo que parece una eternidad, se enciende una llama, y enseguida le doy dos antorchas a cada uno y yo me quedo con otras dos. Gritamos con todas nuestras fuerzas y las agitamos ante la cara de esos extraños bichos. Junto a mí, el traidor se fabrica su propia arma y se une a nosotros.

Tal y como Ethan sospechaba, las criaturas se vuelven y huyen corriendo en distintas direcciones. Exhaustos, nos quedamos en pie, alerta por si regresan, pero al cabo de unos minutos queda claro que se han ido y nos han dejado sumidos en el silencio, salvo por el sonido de nuestra respiración y el crepitar del fuego.

Disponemos las antorchas en círculo alrededor de nosotros y nos

dejamos caer sobre la arena de la orilla.

Mientras nos tomamos un descanso para recuperar el aliento, Ethan mira al traidor.

-¿Qué crees que haces aquí?

La criatura habla con una voz gutural aunque perfectamente comprensible.

-Creo que estoy sentado junto a vuestra hoguera.

Menuda impresión... Después de sus gritos, ésos son los primeros sonidos que oímos pronunciar a esos bichos. Y el hecho de que esos sonidos sean palabras nos deja tan atónitos que somos nosotros los incapaces de pronunciar una palabra. Ethan es el primero en sobreponerse.

-¿Quién eres?

La criatura contempla el fuego, alza sus corpulentos hombros y bate las alas una vez.

-Bueno, a decir verdad, no lo sé.

-¿No sabes quién eres? -le pregunto mientras le curo el mordisco de la pierna a Ethan. Es bastante profundo y me lleva unos minutos.

La criatura se da un golpe en la frente con la palma de la mano.

-Ya no tengo tan buena memoria como antes.

Ethan gira la cabeza hacia ambos lados, como si no pudiera creer lo que está ocurriendo, que estamos manteniendo esta conversación.

-He visto cómo has peleado contra los de tu propia especie y cómo has ayudado a Isabel a encender la hoguera. ¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué te has vuelto contra los tuyos de ese modo?

-Porque los de mi especie son idiotas. No saben pensar por sí mismos.

-Ya, ¿y tú sí? -La criatura no responde y Ethan se queda mirándola-. ¿Por qué no tienes miedo del fuego, como tus amigos?

-Ninguno de nosotros tiene miedo al fuego. Sin embargo, el agua es otro cantar.

-Entonces, ¿por qué han huido cuando los hemos atacado?

-Porque habéis convertido el fuego en arma, los habéis sorprendido. A lo mejor son idiotas, pero no tontos de remate. Saben qué es el fuego y, sobre todo, que quema.

La extraña criatura frunce el entrecejo y una serie de hondas arrugas le surcan la frente. Lanza un suspiro, un sonido muy humano. Da que pensar, pero no puede ser, esta criatura no puede haber evolucionado a partir de una forma humana. Eso está claro.

-¿Tienes nombre? -le pregunto.

Frunce aún más el entrecejo y sus ojos rojos brillan con mayor intensidad.

-Creo que una vez me llamé John.

Por algún motivo, al decirnos que se llamaba «John» nos deja a todos estupefactos otra vez. Suena demasiado... humano.

-¿Te llamas John? -Matt tiene que asegurarse de que lo ha oído bien-. ¿Cómo llaman a los de tu especie?

-Ah, eso lo sé, el señor nos llama carrizos.

-¿Carrizos? -Ethan repite la palabra-. Humm, ¿y qué planes tienes ahora, John? No creo que tus amigos te dejen volver con ellos.

No duda ni un instante.

-Ir con vosotros.

Nadie dice nada. ¿Cuánto sabe de nosotros?

-¿Adonde crees que vamos? -le pregunta entonces Matt.

Se encoge de hombros.

-He deducido que vais de viaje, por la ropa que lleváis. Y, bueno, conozco este lugar como la palma de mi mano. Puedo guiaros y protegeros. Si me lleváis con vosotros, los carrizos os dejarán en paz. Y hay muchas cosas de estas tierras que no entenderíais.

-¿Como por ejemplo?

-Los retos.

Matt y Ethan se ríen desdeñosamente, recordando los dos «retos» que acabamos de pasar. De pronto recuerdo que lady Arabella usó el mismo término cuando nos dio sus consejos.

-Tenemos que cruzar una montaña. John bate las alas dos veces, pero no se mueve, y luego nos pregunta:

-¿Qué tipo de montaña?

-Una negra. Hecha de hielo.

Entonces lanza un gruñido de cerdo y le caen babas sobre el pecho.

-No es una buena idea.

-¿Por qué? -preguntamos Ethan y yo al unísono.

-Es el reto más difícil de todos.

-Explícate -le ruega Matt-. ¿Qué tendremos que hacer?

-Deberéis enfrentaros a vuestros demonios interiores.

El carrizo tiene razón cuando dice que nos encontramos en una tierra desconocida para nosotros. Y él parece conocerla muy bien. Probablemente sería un guía útil. Pero ¿por qué iba esta criatura a convertirse en un traidor para ayudar a tres desconocidos? No lo entiendo.

-¿Y tú qué sacas de todo esto?

John nos escruta a los tres, uno por uno, y luego vuelve la mirada más allá de las antorchas, hacia la oscuridad.

-No he vivido siempre aquí. De eso estoy seguro. Vosotros tres habéis despertado en mi memoria un recuerdo que no soy capaz de definir. Tal vez cuanto más tiempo pase con vosotros... -Se encoge de hombros-. ¿Quién sabe?

-¿Crees que recuperarás la memoria por el mero hecho de estar con nosotros? -inquiere Matt.

La criatura encoge levemente las alas.

-A lo mejor podemos ayudarnos mutuamente.

-¡Bueno, supongo que no nos vendría nada mal tener un guía! -exclama Ethan-. Pero Isabel y Matt también deben estar de acuerdo. Y, a la mínima que te pases de la raya, te damos la patada.

Ethan mira a Matt.

-No lo sé. Supongo que no pasará nada.

-¿Isabel?

Me asaltan las dudas; a mí no me resulta tan fácil como a Ethan confiar en él. Yo ya he visto a estos carrizos, son los que ayudaron a secuestrar a Arkarian. También los vi en el sueño que me envió Marduke. Estaban torturando a Arkarian en su celda. ¿Y acaso no acabo de curarle a Ethan una herida profunda causada por los dientes de uno de ellos?

-Los de tu especie sois muy peligrosos. ¿Por qué debería confiar en vosotros?

-Os pido disculpas, señorita -dice John-. Tarde o temprano deberéis confiar en mí. Y, de momento, no he hecho nada que me haga parecer indigno de ella, ¿no? -Permanezco en silencio y él sigue hablando-. Creo que me estáis juzgando por los actos de los demás.

Me sostiene la mirada unos instantes. Tengo la sensación de que me está diciendo la verdad y, lo que es más importante, de que no tiene nada que esconder.

-De acuerdo, pero no quiero perderte de vista ni un segundo. Y nunca estarás de guardia tú solo.

-Bueno -dice Ethan-, una vez solucionado este asunto, ¿sabes algo de la isla a la que nos dirigimos?

Al mencionar la palabra isla, John se queda quieto de un modo muy extraño.

-¿A qué isla en concreto os referís?

-Está rodeada por un lago -le digo. Su actitud nerviosa me provoca un escalofrío-. Al otro lado de la montaña.

-Hay varias islas en este lugar -dice como si quisiera irse por la tangente-. Y muchas más montañas.

Matt alza la vista y afirma:

-Es la isla donde está el templo.

Al carrizo se le corta la respiración.

-¡Lo sabía! ¿Estáis locos? No podéis ir ahí.

-¿Y por qué no? -le espeto mientras mi preocupación se transforma rápidamente en pánico, ya que si alguien sabe algo sobre la isla donde está encarcelado Arkarian debería ser una criatura que ha vivido en ella tanto tiempo que ya no recuerda ninguna vida anterior.

-Se llama Isla Obsidiana. No podéis ir ahí porque... Bueno, para no andar con rodeos, porque está hechizada.

Isabel

Tardamos un par de días en llegar a la montaña de hielo negro, aunque resulta difícil asegurarlo sin sol ni luna. Y nuestros relojes no funcionan aquí, y tampoco las linternas. Las pilas, que sólo duran unas horas, se han

gastado hace tiempo. John nos ha enseñado a hacer unas antorchas que duran mucho, quemando una sustancia que desenterramos del suelo. Intento no pensar de qué está hecha. Su nauseabundo olor me proporciona suficientes pistas.

He aprendido mucho acerca de este lugar gracias a John, que sabe muchas cosas, aunque no puede recordar cuánto tiempo lleva viviendo aquí ni dónde vivió antes. Lo único que no cambia mientras atravesamos diferentes zonas es el riguroso tiempo. Me pregunto si en este lugar existen las estaciones; tal vez hayamos tenido la mala suerte de llegar en invierno.

-El frío es algo que no siento y de lo que no tengo recuerdos -nos explica John-. Pero para responder a tu pregunta, a veces todo queda cubierto de hielo, salvo los valles más exuberantes.

Al referirse a valles exuberantes pienso en los distintos árboles y tipos de hierba que vemos.

-¿Cómo es posible que crezcan las plantas aquí, sin luz ni calor?

-Allí donde hay una voluntad de sobrevivir, una necesidad, un deseo... -Se encoge de hombros y recuerdo las miles de luciérnagas de colores brillantes que vimos al poco de llegar-. Pero hay una luna -continúa diciendo, y me sorprende-. Allí. -Señala un lugar en el lejano cielo-. Una vez al mes, durante unos minutos, se alza lo suficiente para bañar la tierra con su intenso resplandor rojo, concretamente el jardín del señor.

Miro en la dirección que señala, pero la montaña es demasiado alta y la oscuridad absoluta, lo que me recuerda nuestra vulnerabilidad.

-¿Puedes verla, Isabel? -me pregunta Ethan.

Sacudo la cabeza. El cansancio está empezando a afectarme. Y la falta de comida no ayuda. Ahora sólo nos toca una pequeña ración de fruta seca.

-No veo nada encima de la montaña.

-¿Y tú, John?

-Tengo una vista pésima. ¿De qué me sirve, al vivir aquí, en la oscuridad?

Sin embargo, en esta oscuridad hemos visto cosas que sé que permanecerán en mi memoria durante toda mi vida, algunas de las cuales me causarán muchas noches de insomnio. Como por ejemplo los cientos de criaturas distintas. Algunas con rasgos humanos como ojos y manos, o cuerpos enteros, aunque de aspecto esquelético. Otras con cola, la piel curtida o alas que funcionan de verdad. Atraídas por nuestras antorchas, se acercan en manadas para comprobar quiénes son esos extraños viajeros. Algunos incluso nos siguen durante un kilómetro o dos. Por suerte, como tenemos a John con nosotros, suelen dejarnos en paz. La única criatura que aún no hemos visto es la que profiere ese alarido lastimero. John dice que es un pájaro con garras y pico largos y unos ojos como los nuestros. Aún me estremezco cada vez que lo oigo, e intento no imaginarme sus ojos.

Al cabo de unas horas nos encontramos, por fin, ante la montaña; y vista tan de cerca corta la respiración. No es que nunca haya escalado una montaña, pero jamás lo había hecho en una oscuridad tan rotunda, y jamás lo había intentado con una de hielo. ¿Dónde demonios vamos a encontrar los puntos de apoyo para los pies? Este hielo es demasiado liso y hay unas caídas increíbles.

-Imposible -murmuro, apocada y cohibida ante tanto poder y fuerza-. No podemos escalar esto.

-Bueno, ¿y ahora qué hacemos? -pregunta Matt.

Nadie parece tener ninguna idea.

-¿Y qué hay de mi hermana? -me pregunta Ethan-. Nos ayudó antes.

Ahora Sera es nuestra única esperanza, pero hasta el momento siempre ha establecido los contactos ella, y hace tiempo que no da señales. Esta habilidad psíquica todavía es muy nueva para mí. No sé hasta dónde puede llegar. A duras penas entiendo cómo funciona.

-Intentaré ponerme en contacto con ella -digo, presa de las dudas y sin prometer nada que no estoy segura de poder conseguir.

Como no deseo alejarme mucho por mi cuenta, tomo mi antorcha y me quedo cerca de nuestro campamento improvisado. Me siento con las piernas cruzadas, envuelta en la cálida capa de lady Arabella como si fuera una manta. El aire aquí es mucho más frío que en cualquier lugar donde hayamos estado hasta ahora, y el suelo está congelado.

Cierro los ojos, respiro hondo varias veces y libero tanta tensión como puedo. Sin saber qué hacer a ciencia cierta, me dejo guiar por mi instinto. Visualizo el resto de nuestro viaje tal y como Sera me lo mostró, voy más allá de la montaña y el lago y me transporto hasta el templo blanco en forma de pirámide, como si me encontrara ante la puerta de entrada.

-¿Sera, me oyes? Soy Isabel. Necesito tu ayuda. Necesito que me enseñes cómo cruzar esta montaña.

No esperaba que mi sencilla petición surtiera efecto, o al menos no tan rápido, por lo que su asombrosa respuesta me pilla desprevenida y retumba en mi cerebro. Cuando ha acabado, me levanto y me tambaleo durante unos segundos.

Matt y Ethan se acercan corriendo.

-¿Estás bien? -me pregunta mi hermano rápidamente.

-Sí, estoy bien.

Lo miro a la cara, y luego a Ethan. ¿Cómo les cuento la prueba que debemos pasar y lo que ocurrirá si fracasamos?

Pero Ethan lee la expresión de mi rostro.

-Desembucha de una vez. Hemos llegado muy lejos, ahora no vamos a dar la vuelta y abandonar.

Les hablo de un camino secreto.

-Atraviesa el hielo. Al parecer, lo único que tenemos que hacer es recorrer ese camino hasta que lleguemos al otro lado.

-Eso es demasiado fácil -dice Ethan-. ¿Dónde está la trampa?

-Bueno, según Sera, nos enfrentaremos a nuestras verdades interiores. Mientras mantengamos la concentración y no nos alejemos del camino, todo irá bien.

Ethan no se traga mi versión suavizada.

-¿Qué ocurre si no superamos la prueba?

-Bueno..., pasaremos a formar parte de los pasillos de hielo de la montaña permanentemente.

-¿Permanentemente? -pregunta Matt con la voz forzada-. ¿Quieres decir…?

-Para siempre. -Dicho lo cual, intento desviar su atención. Pensar en lo que nos queda por delante sólo nos pondrá más nerviosos y nos hará más proclives a cometer un error-. Según Sera, tenemos que darnos prisa.

-¿Qué más ha dicho? -me pregunta Ethan.

-No ha hablado conmigo exactamente, pero he notado una sensación de apremio durante nuestra conexión. Ha sido muy fuerte.

Ethan comienza a recoger nuestras cosas, aunque aún tiene la cabeza puesta en el reto al que debemos hacer frente.

-¿Cómo voy a concentrarme? ¿Sabemos qué forma adoptarán nuestras verdades interiores, o incluso qué son?

Ethan le da una de las mochilas a mi hermano, quien responde:

-Tú tan sólo intenta mantener la mente libre de toda emoción negativa.

-Ah, vale, eso está chupado -replica Ethan en tono sarcástico. Luego se queda reflexionando un momento y después le pregunta-: ¿Qué sientes cuando piensas en Rochelle?

Matt le lanza una mirada fulminante, como si tuviera ganas de pegarle un puñetazo. Creo que no va a responder, pero de pronto murmura:

-Me pongo furioso.

-¿Y cuando piensas en que perteneces a la Guardia?

Mi hermano niega con la cabeza.

-Creo que el Tribunal cometió un error y que no soy un Elegido.

¡Abriga demasiadas dudas! ¿Cómo demonios va a pasar ese reto? Entonces se me ocurre una idea al recordar su reacción cuando se encontró con cierta persona en el colegio, hace poco.

-¿Qué sientes cuando piensas en Neriah? -Ethan arquea las cejas al oír mi pregunta, pero asiente levemente. Él también ha visto que mi hermano está loco por esa chica. Matt adopta una expresión soñadora-. Pues piensa en eso. Olvídate de tus problemas. Olvídate de todo. Céntrate en la imagen de Neriah y no permitas que ningún pensamiento negativo entre en tu cabeza, ¿de acuerdo?

Echamos a andar en la dirección que me ha indicado Sera, hacia un lugar que parece un muro de hielo y que, de hecho, está formado por varias paredes que se solapan. Entre esos muros en forma de zigzag hay un camino.

Antes de empezar, Ethan me aparta a un lado.

-Deberías encabezar el grupo. -Mi primer instinto es discutir, pero sabe lo que estoy pensando. Sabe que estaré preocupada por Matt-. Yo me ocuparé de él. Si noto que se está metiendo en líos, tiraré de él y me quedaré a su lado. Tú sigue adelante con John y rescata a Arkarian. -Es un acto desinteresado, pero no me sorprende. Le doy un abrazo y él me lo devuelve con fuerza. Su apoyo me hace sentir que todo saldrá bien. Cuando nos apartamos me dice-: Estarás bien. Y Matt también. Lo que pasa es que en este momento tiene tantas dudas que no puede ser él mismo.

Mi hermano se acerca; debe de estar preguntándose por qué tardamos tanto. Me obligo a esbozar una falsa sonrisa, pues lo último que quiero es

provocarle más dudas.

Por fin los cuatro nos ponemos en marcha por el camino zigzagueante, conmigo al frente seguida de John, Matt y Ethan. Como no sé cuándo va a empezar la prueba exactamente, empiezo a controlar mis pensamientos y elimino todos los negativos. Me digo a mí misma que no puedo volverme, da igual lo que me encuentre. Que los demás me vieran la cara y percibieran temor u otro sentimiento desagradable podría afectar a su concentración. Echo a andar con una antorcha encendida en las manos y unas cuantas de repuesto a la espalda. Cada paso que doy me cuesta un gran esfuerzo. Intento respirar lentamente y mantener la cabeza libre de dudas.

El camino es en realidad un túnel que atraviesa el hielo. No estoy segura de cuándo empieza a cambiar ni de cuando siento que se acumula tensión. Pero al cabo de poco el túnel se abre y un valle se extiende ante mí. No esperaba ver nada tan imponente, así que me pilla por sorpresa. Pero el valle se transforma en un abrir y cerrar de ojos y el camino se convierte en un puente bajo el cual cruza un arroyo que desemboca en un lago. En ambas orillas hay mesas de barbacoa y columpios y toboganes para niños. ¿Dónde estoy? Tengo la clara sensación de que he estado aquí antes. Intento recordarlo.

Pero un poco más adelante hay alguien en el puente, delante de mi camino. Es un hombre, apoyado sobre los codos, que mira el arroyo que fluye alegremente por debajo de él. El impulso de volverme para comprobar que los demás se encuentran bien es muy fuerte, sobre todo porque ahora me gustaría ver la reacción de Matt. Creo que ese hombre es nuestro padre.

A medida que me acerco, el hombre vuelve la cabeza y veo que es, efectivamente, nuestro padre. Mi corazón late despacio pero con fuerza. ¿Qué está haciendo aquí? ¿Y por qué el puente y todo lo demás me resulta tan familiar? He estado aquí antes, la certeza es casi absoluta...

De pronto siento el ansia irreprimible de hacerle la pregunta que me ha corroído las entrañas desde que tuve esa visión sobre él, pero no quiero distraerme. El peligro es demasiado grande. ¡Y no debo alejarme del camino!

A pesar de todo, cuando me he acercado lo suficiente, no puedo evitarlo.

-El último día que estuvimos juntos me dijiste que te ibas porque te sentías engañado. ¿Quién te engañó?

Ladea la cabeza y esboza una sonrisa de arrepentimiento. A mí me cae una lágrima e intento mantener la mirada clara. Tengo que recordar que no puedo detenerme durante demasiado tiempo, pero mis pies no se moverán hasta que haya obtenido la respuesta a mi pregunta.

-Tu madre -se limita a contestar.

-¿Cómo? -Mi voz suena muy rara, como si saliera de lo más profundo de mi cuerpo o procediera de un lugar muy, muy lejano. Él suspira.

-Ojalá no tuviera que irme. Y tú, cariño, debes seguir adelante con tu vida. Olvida esta conversación. Es la última vez que hablaremos.

Lo agarro del brazo.

-¡Papá! ¿Qué pasó? -Durante un segundo dejo de respirar. ¿Era ésa mi voz? ¡Pero si parecía la de una niña! ¿Qué está ocurriendo? La temperatura desciende a mi alrededor. Una ráfaga de viento helado me azota la cara-. ¡Por favor, papá! ¿Qué ocurrió?

Él estira la mano para acariciarme, toma un mechón de pelo que me tapaba los ojos y me lo pone detrás de la oreja.

-Cuando me casé con tu madre ya estaba embarazada. -Me pone ambas manos sobre los hombros-. Quiero a tu madre, Isa, os quiero a todos, pero esta mentira es muy dura para mí. ¿Sabes lo que es un secreto? -Asiento con la cabeza, incapaz de hablar, ya que los labios me tiemblan demasiado-. Tu madre tiene secretos conmigo. Secretos con los que no puedo vivir más. -Y entonces me dice-: Matt no es hijo mío.

Se desata una racha de fuerte viento que me levanta la capa y me distrae. Cuando vuelvo a mirar, mi padre ya no está. Me doy la vuelta en su busca, pero sólo hay oscuridad. Una sombra pasa por encima de mí y alzo la vista. ¡Un muro de hielo desciende hacia mí! El viento se convierte en un vendaval gélido y se me apaga la antorcha. Quedo sumida en la más absoluta oscuridad. El aire se vuelve tan frío que me cuesta respirar.

-¿Qué está pasando?

Levanto una mano y toco hielo. Las paredes se están moviendo y oigo voces. Es gente que grita y está muy cerca. Me deslizo hacia abajo debido a la presión de una montaña que se cierra a mi alrededor. Tumbada en el suelo, encuentro una abertura, ¡pero se está cerrando rápidamente! Me arrastro y se me queda enganchada la mochila. Tiro de ella tan rápido como puedo. Los gritos se vuelven más fuertes. Sigo arrastrándome a ciegas. Al final una ráfaga de aguanieve me golpea la cara y me doy cuenta de que estoy fuera.

Me pongo en pie tambaleándome y echo a correr. ¡Matt no es hijo de mi padre! Sigo corriendo hasta que ya casi no puedo respirar. ¿Qué significa eso? Cada paso me causa un mayor dolor, ya que trago aire helado. ¿Cómo es posible que yo no lo supiera? Si mi padre me lo dijo hace tantos años, ¿puede que se lo dijera también a Matt? ¿Acaso mi hermano enterró ese dato en lo más profundo de su memoria, tal como hice yo?

Rodeada por la oscuridad, me detengo. ¿Qué demonios estoy haciendo?

Me doy la vuelta, lentamente, asegurándome de que estoy siguiendo la dirección exacta por la que he venido. Y, con sumo cuidado, poniendo un pie delante del otro, ando hasta que con mis propias manos palpo un muro de hielo.

Agotada, me siento en el suelo y espero. Al cabo de poco tiempo por el camino veo salir la antorcha de John, que ilumina toda la zona. Parece tenso y asustado, y me acerco hasta él.

Se pone en cuclillas; sus cortas patas están temblando. Me pregunto qué verdades, recuerdos o demonios han salido a su encuentro.

-¿Estás bien? -le pregunto muy preocupada. Decido ocultar mi propia experiencia, de momento. Ya tendré tiempo para pensar en ella dentro de poco.

Al reparar en la respiración entrecortada de John, no puedo evitar preguntarme cómo es posible que una amistad forjada en tan poco tiempo pueda tener la misma fuerza que una construida tras varios años de convivencia. Y pensar que al principio no confiaba en él...

-La verdad es, Isabel, que he visto muchas cosas. Cosas que me han recordado otra época, otro mundo, hace mucho tiempo. Y sí, estoy bien...,

ahora. Creo que estoy bien de verdad.

Sus palabras y el alivio que siente despiertan mi curiosidad.

-¿Qué has visto, John?

-Bueno, creo que eso es privado -responde, pero aun así me lo explica-. He visto a una mujer. Una mujer preciosa. Era mi esposa. -Agita una mano en el aire-. La quería mucho. Era mi esposa, ¿sabes? -Me mira a los ojos-. ¿Te he dicho que esa mujer era mi esposa?

Asiento y sonrío, con la esperanza de que eso lo anime a continuar. Resulta obvio que la experiencia lo ha afectado mucho; tartamudea casi continuamente. Pero cuando prosigue, su historia me horroriza.

-Era preciosa. Incluso muerta era preciosa. La quería tanto que no podía permitir que él la tuviera.

Me humedezco los labios e intento formular la pregunta que bulle dentro de mí:

-¿Cómo murió tu mujer?

Mira fijamente al frente y responde:

-La asesiné. La maté. Le clavé un cuchillo en el estómago. -Mueve un brazo e imita el movimiento varias veces-. Le di siete cuchilladas. Y luego agarré el cuchillo y me lo clavé aquí -añade, y se golpea el pecho con un puño. Una lágrima le cae por la mejilla, en silencio.

Mientras permanezco sentada, tiritando de frío y envuelta en mi capa, no hago más que preguntarme qué tipo de lugar es éste, el último lugar donde una desearía quedarse atrapada. De repente se apodera de mí la irrefrenable necesidad de salir de aquí y me siento mareada. En este instante aparece Ethan dando tumbos y sosteniéndose la cabeza con ambas manos.

Me acerco corriendo a él, que se deja caer en mis brazos.

-No podemos volver por ahí. -Mueve la cabeza de un lado a otro-. Tiene que haber otro camino, ¿vale?

-¿Quieres hablar de ello?

No responde, por lo que insisto un poco, pensando que tal vez lo ayude a liberarse del trauma.

-¿Has visto el asesinato de tu hermana?

-No.

-¿Ha tenido algo que ver con tu madre?

Su silencio y su negativa a dar explicaciones me desconciertan. Pero es su decisión, así que le acaricio un brazo para que sepa que tiene a una amiga, aquí mismo, a su lado, tal y como él ha hecho siempre conmigo. Me pone un brazo sobre los hombros y me dice:

-He visto a Rochelle. He visto su cara en el muro. ¿Te has fijado en él? Está lleno de gente. ¡Creía que estaban muertos, pero gritaban, Isabel! -Me quedo callada y él continúa en un tono más suave-. Rochelle era una de esas personas, y me gritaba para que la salvara. -Me mira a los ojos-. ¿Qué crees que significa?

Sinceramente, no tengo ni idea.

-Mi experiencia ha sido un recuerdo, así que no lo sé.

-Tengo que saberlo, Isabel. Tengo que averiguarlo, si no, ¿cómo podré

volver a dormir jamás? ¿Significa que Rochelle tiene problemas? ¿Cómo puede ser esto una verdad interior? ¿Y qué dijo John acerca de este reto? ¿Que íbamos a enfrentarnos a nuestros demonios?

-A lo mejor ha sido un reflejo de tu preocupación por ella. -Me mira extrañado y me explico mejor-: Creo que estás enamorado de ella.

Se aparta de mí.

-¡No tienes ni idea de lo que hablas!

Quizá él tenga razón y yo no, pero me he fijado en cómo la mira. Además, él es el primero en acudir en su ayuda y, si es necesario, hasta en su defensa. Pero Ethan no está preparado para admitirlo, ni tampoco está listo para aceptar la verdad. Quizá por ese motivo ha visto a Rochelle en el hielo. Ella lo quiere. Bueno, eso es lo que yo creo. Y como él no la corresponde, ella siempre estará perdida para él.

Ethan se queda callado. Y en este silencio noto una sensación extraña, como si hubiera perdido parte del brazo, un pulmón u otra cosa. Ethan se da cuenta en cuanto nuestras miradas se cruzan.

-¡Oh, no! ¿Dónde está Matt? Debería haber salido. Ha entrado antes que yo, pero no lo he visto. En cuanto la situación se puso fea, no pensé más en él. Ni en nadie más.

-Debemos volver a buscarlo. ¿Y si se ha quedado encerrado en el muro? -Entonces me acuerdo-. ¡Mi mochila está ahí dentro! ¿Qué herramientas vamos a utilizar ahora?

-Encontraremos alguna forma de solucionarlo -dice Ethan. Se fija en John, que está hecho un ovillo cerca de nosotros, y lo llama, pero de pronto ve algo por el rabillo del ojo-. ¡Mira!

Es Matt, que sale de la montaña. Aparece por el camino, silbando, como si no tuviera ni una sola preocupación.

-¿Matt? -Me paro cuando estoy a punto de darle un abrazo, pero hay algo en él que me lo impide. Y no se trata de lo que acabo de saber. Quizá no tengamos el mismo padre, pero seguimos siendo hermano y hermana. Intento averiguar en qué ha cambiado. Es su mirada, levemente vidriosa, como si se sintiera abrumado por algo, algo que lo ha dejado sin habla-. ¿Estás bien?

Me mira y sonríe.

-Oh, sí. ¿No ha sido fantástico?

-¡¿Eh?! -exclamamos Ethan y yo al unísono.

Matt mira hacia atrás.

-Lo de ahí dentro. ¿No os ha parecido precioso? ¿Y qué me decís de las cascadas? Espléndidas. Y las flores... Jamás las había visto. Y aquellas mariposas..., ¿no eran de unos colores increíbles?

Ethan sacude la cabeza.

-No lo sé. Yo no he visto ninguna mariposa.

-Estás de broma, ¿no?

Matt parece sorprendido, pero luego abre las palmas de las manos y suelta veinte mariposas o más, de todas las formas y tamaños y de colores brillantes. Revolotean a nuestro alrededor durante un rato, como si no quisieran marcharse. Al final, tras dar una vuelta alrededor de los hombros

y la cabeza de Matt, como si compartieran una despedida en secreto, se van. Con el movimiento de sus alas crean una increíble variedad de colores, algunos de los cuales sería incapaz de nombrar.

Ethan me mira intentando formular alguna pregunta. La extraña y eufórica experiencia de Matt lo ha sorprendido ya que no ha tenido nada que ver con la suya. Ni con la mía ni con la de John.

Yo también desearía hacer muchas preguntas, pero una rara energía se apodera de mí y veo un fogonazo de luz cegadora. Es otra visión. Sé de inmediato que es de Sera, pero no tiene la misma claridad que en ocasiones anteriores. Esta vez noto una gran tensión, y si no me equivoco, ha sido generada por un sentimiento muy intenso de miedo o angustia.

Cuando se acaba miro a Matt y Ethan. Sé que voy a tener que guardar mis preguntas para más adelante.

-Algo va mal. Tenemos que darnos prisa.

-¿Qué has visto? -me pregunta Ethan con gran preocupación.

-No he visto nada, sólo lo he sentido.

Matt recupera su mirada normal.

-¿Pues qué has sentido? -me pregunta.

-Principalmente miedo. El de Sera. Estaba temblando.

Arkarian

Lathenia está hecha una furia y llega al templo rodeada por siete grandes daneses muy juguetones. Alza la vista al techo como esperando que algo descienda de las alturas, da unos cuantos pasos y se sitúa dentro de la base octagonal interior. Un escalofrío recorre su cuerpo, como si alguien estuviera pisando su tumba. Pero esto es ridículo. Lathenia es eterna. Los perros permanecen fuera del octógono y varios gimen para que su ama regrese. Da la sensación de que la Diosa está separada de ellos por una fuerza invisible.

Han venido más personas con ella, y la siguen. La primera es Marduke. Me sonríe con su media boca. Los cuatro carrizos que me dejaron en este estado permanecen agazapados junto a la puerta. Marduke les grita y ellos avanzan un poco, pero se retiran de nuevo en cuanto se da la vuelta. También ha venido Bastian, el chico, que evita mirarme. Y, en último lugar, un hombre mayor.

El viejo me intriga. Su barba blanca y larga, sus ojos grises y su cuerpo frágil delatan su edad. Permanece en un segundo plano y noto que le gusta. Nuestras miradas sólo se cruzan una vez, pero me basta para ver su aura. Se trata de un Mago. Y muy poderoso. Posee unos talentos distintos a los de cualquier miembro de la Guardia, salvo, quizá, los de una persona: Dartemis. Las historias de Dartemis sólo son una leyenda, pero al ver a este hombre sospecho que esa antigua historia podría ser cierta, al menos en parte.

Ahora entiendo por qué no puedo usar mis poderes. Este Mago me ha

lanzado un hechizo. Es un maleficio muy fuerte. ¿Por qué viene ahora? ¿Creerá Lathenia que tiene que renovar el conjuro?

La diosa traza un semicírculo con la mano. De las puntas de sus dedos empiezan a brotar unas chispas, una lluvia de explosiones eléctricas, que me hacen parpadear.

-Creo que he menospreciado a tus amigos.

Sonrío. Me costaría demasiado no hacerlo. No sólo están vivos, sino que se han acercado lo bastante para suponer una amenaza.

-Concededme el placer de borrarle esa sonrisa de la cara, ama -murmura Marduke a su lado sin quitarme de encima su único ojo, de un rojo encendido.

Ella saca un látigo y se lo da a Bastian.

-Quiero que lo haga él.

El chico mira el látigo, me echa un breve vistazo y vuelve a mirar a su señora.

-¿Queréis que..., que...?

-¿Qué ocurre, Bastian? -le pregunta con sorna-. ¿Acaso la debilidad ha hecho mella en ti? ¿Contra qué demonios estás luchando? -Sus ojos azules refulgen al contemplar al chico-. ¡Soy tu ama! ¡Jamás lo dudes! Yo me hice cargo de ti cuando nadie más estaba dispuesto a hacerlo. ¡Nadie! ¿A qué viene esa sombra de duda que veo en tus ojos?

-No dudo de vos, Alteza. No soy más que vuestro humilde servidor.

Ella lo observa aguzando la vista.

-Tal vez una noche en el foso con demonios de verdad te ayude a librarte de los que tienes en la cabeza.

Bastian mira a su alrededor y se queda pálido. Estira los brazos y retrocede un paso.

-No, ama. ¡Oh, por favor, no! -Me clava la mirada y el miedo que veo en sus ojos hace que me estremezca-. Lo..., lo haré -murmura-. Haré lo que sea.

Y para demostrar su lealtad hace restallar el látigo junto a mis pies, pero sin llegar a tocarme.

Lathenia se queda observándolo sin parpadear. Le está leyendo la mente, sus pensamientos más íntimos. Le pido a Bastian que oculte cualquier duda con todas las fuerzas que pueda reunir. De pronto Lathenia respira hondo y sus ojos refulgen como el fuego.

-¡Al foso!

-¡No! ¡No lo hagáis! -grita Bastian.

-Te liberaré dentro de una hora, y agradecerás tanto mi clemencia que entonces serás mi humilde servidor de verdad. Tu destino está siempre en mis manos, Bastían. Piensa en ello cuando corras por esos túneles.

Tras pronunciar esas palabras hace un gesto con ambas manos hacia el chico, que suplica compasión. Empieza a desaparecer, pero unos segundos después de que se haya ido, sus gritos aún retumban en la sala. Marduke se acerca y recoge el látigo sin quitarme ojo de encima.

-¿Puedo, mi señora?

Lathenia le da unas palmaditas en la mano, como si estuviera

acariciando a uno de sus perros.

-Dentro de muy poco tendrás la oportunidad de ocuparte de él, cachorrillo mío, pero antes de exterminar para siempre a este mortal, quiero hacerle una pregunta más.

-No malgastes tu aliento, no te diré nada.

Se acerca y se detiene ante mi silla.

-¡Levántate!

-Ya me gustaría -murmuro, aunque al final logro levantarme tras grandes esfuerzos apoyándome en la rama que me dio Bastían.

Lathenia alza la cabeza mientras espera a que recupere el aliento.

-Respóndeme una última pregunta, Arkarian, y te prometo que vivirás para ver llegar a tus amigos.

-Qué generosa.

Pasa por alto mi comentario sarcástico.

-Es una pregunta sencilla que requiere una respuesta sencilla. Dámela, y aunque no vivirás durante mucho tiempo, verás a tus amigos una última vez.

Su oferta es tentadora. Me encantaría ver a Isabel y Ethan de nuevo, aunque sólo fuera durante un breve instante. Pero esta mujer no es de fiar.

-¿Cómo sé que cumplirás tu parte del trato?

-Es un riesgo que tendrás que asumir. La decisión es tuya. O mueres ahora -hace una pausa y mira a los carrizos, que están agazapados junto a la puerta, con la cabeza gacha- o después de despedirte de tus amigos.

-Lo decidiré en cuanto haya oído tu pregunta.

Su piel pálida resplandece mientras intenta controlar su genio.

-¡Dime cómo se llamaba el hombre que te engendró!

Su pregunta me sorprende y me confunde a la vez. ¿Qué importancia tiene saber quién me engendró? Bueno, por lo menos esta vez no tengo que esforzarme para ocultarle mis pensamientos.

-Sabes de sobra que es una pregunta que no puedo responder. No sé quiénes fueron mis padres. Mi madre...

Me interrumpe.

-Conoces a tu madre. La has conocido hace poco.

Su comentario me desconcierta, pero una imagen de la niña, de Charlotte, pasa ante mis ojos. Y entonces mi corazón comprende la verdad.

-¿Por qué no la mataste cuando tuviste la oportunidad?

-Quería averiguar quién era tu padre.

-Claro, a través de tu esfera. Eso habría sido muy fácil. Tú controlas la apertura de los portales del tiempo. ¿Por qué me lo preguntas, entonces? ¿Por qué no lo miras tú misma?

-¿Por qué? ¡Porque tu concepción fue envuelta en un manto de invisibilidad!

Esto me deja tan atónito que me derrumbo sobre la silla. Para crear un manto de invisibilidad son necesarios los poderes de un Mago. ¡Así que la leyenda de Dartemis es cierta! Él tiene que existir, en algún nivel, en algún

lugar, para haber realizado el hechizo que esconde la identidad de mi padre. Pero ¿a qué viene tanto secretismo? Si es cierto que mi padre fue alguien importante, ¿por qué me abandonó tras la muerte de mi madre y dejó que me criaran campesinos y soldados?

-Cuéntame todo lo que sepas, Arkarian.

Miro a Lathenia y levanto las manos.

-No sé nada. Me criaron una serie de desconocidos que me enviaron de una casa a otra.

-¡Seguro que alguien, en alguna de esas casas, te dijo algo!

-¿Quién iba a contarme nada? Era un huérfano. No tenía ninguna categoría social.

Su furia aumenta a medida que comprende que no puedo proporcionarle la información que desea. Me pregunto si, en caso de saber quién fue mi padre, se lo diría. Aunque esa información careciera de importancia para todo el mundo, antes preferiría la muerte.

Al leer mis pensamientos, Lathenia arremete contra mí y me da una bofetada con el dorso de la mano. La fuerza del golpe me hace caer.

Desde el suelo me fijo en Sera, que está acurrucada bajo la mesa con la cabeza escondida entre los brazos. La visión de esa inocencia torturada desata en mí un arrebato de cólera tan poderoso que, por un segundo, siento que rebasa los límites del hechizo. En un abrir y cerrar de ojos levanto las manos y lanzo contra la Diosa toda la energía que soy capaz de reunir teniendo en cuenta mi débil estado físico.

La habitación resplandece con un destello de energía que golpea a Lathenia de frente, ya que la sorprende. Se cae de lado gritando, pero luego se reincorpora tambaleándose y chilla a su Mago.

-¡Rápido, Keziah, tu hechizo se ha consumido!

No puedo dejar pasar esta oportunidad. Sería vano intentar enfrentarme a todos ellos, ya que me destruirían en un instante. Pero ¿y si uso mis alas? Podría acabar en cualquier lugar de este inframundo, lo cual sería sin duda alguna mejor que la muerte segura que me aguarda aquí, excepto, claro está, que fuera a parar al «foso» al que Lathenia ha enviado a Bastían...

Si uso las alas abandonaré a Sera. Sin embargo, ¿de qué le sirvo en este estado? Sería mejor que escapara ahora con mis poderes y regresara a por ella cuando hubiera pasado el peligro.

Cierro los ojos y visualizo la pendiente rocosa junto al lago, y el camino de aquí hasta allí, pero los gritos de la Diosa me paralizan.

-¡Date prisa, Marduke! ¡Está escapando!

Marduke levanta los brazos, y unos graznidos lanzados desde la puerta rompen mi concentración. Docenas de pájaros echan a volar y vienen hacia mí, lo cual me deja paralizado. Sus extraños ojos humanoides parecen devorarme y sus chillidos desgarradores se abren paso hasta mi conciencia.

Toda posibilidad de usar mis alas se esfuma cuando la concentración que necesito se desvanece bajo la arremetida de esas extrañas aves. Intento usar mis poderes, provocando un estallido de energía; entonces se dispersan, revoloteando sobre mi cabeza. Algunas chillan y huyen, pero

Marduke las lanza contra mí de nuevo y Keziah empieza a salmodiar.

Mientras intento luchar contra el hechizo de Keziah, aparecen pequeñas ampollas en mi piel, como si me estuvieran quemando con aceite hirviendo. No puedo mantener la concentración, pues los pájaros no dejan de atacarme; me dan picotazos hasta dejarme el cuerpo en carne viva, y allí donde hay ropa insisten e insisten hasta que la desgarran. Intento apartarlos a golpes, pero son demasiados. Me dominan rápidamente y caigo al suelo.

Sera, por su parte, sigue escondida bajo la mesa, hecha un ovillo y temblando ostensiblemente. Me gustaría llamarla para consolarla, pero no quiero que se fijen en ella. De momento el principal interés de Lathenia soy yo.

Keziah por fin deja de cantar y se retira al fondo de la habitación. Tras un ataque de tos áspera dice:

-Lo he reducido, Alteza.

Lathenia le hace un gesto a Marduke, que ordena a su bandada de pájaros que se aparte de mí y se vaya. Mientras las heridas de todo mi cuerpo sangran y noto que la muerte no puede estar muy lejos, consigo reunir las fuerzas necesarias para mirar por última vez a Marduke. En el pasado este hombre fue bueno. Fue un excelente miembro de la Guardia: fuerte, sensible y completamente leal.

-Tus habilidades han cambiado -logro decir entre jadeos.

Se ríe.

-¿Te gustaría ver más? -Me señala y aparto la cara instintivamente. Emite un sonido de satisfacción desde lo más profundo de su garganta y mira a Lathenia-. Mi Diosa me ha concedido muchos poderes, Arkarian, algunos de los cuales resultarían inconcebibles para ti.

-¿Por qué no les das buen uso?

-¿Y renunciar a todo esto? -Mueve los dedos y una ola de energía verde que chisporrotea distorsiona el aire entre los dos. Agarra a uno de los pájaros heridos y lo lanza contra el campo de energía que ha creado. El carrizo profiere un grito agónico, explota y se convierte en polvo-. Tengo algo que la Guardia jamás me daría: todo el poder que quiera. -Gira la cabeza y mira a los cuatro carrizos que me trajeron hasta aquí y que no han dejado de temblar desde que han entrado en este lugar. Marduke vuelve a mirarme-. ¿Ves? Los carrizos me tienen miedo.

Intento levantarme, pero tengo que agarrarme a la silla.

-¿Te regodeas sometiendo a estos pobres descerebrados?

Mi pulla lo enfurece, pero Lathenia lo sujeta del brazo.

-Ya ha cumplido con su propósito, y dentro de poco sus amigos descubrirán que su viaje ha sido en vano. Todavía nos queda mucho por hacer, incluida la tortura de ese carrizo traidor que los acompaña. Y si mis sospechas son correctas, podremos vengarnos de aquel que intentó arrebatarte la vida, cachorro mío.

-¿Por qué matarlos también a ellos? -le pregunto-. ¿Por qué no te satisface sólo mi muerte? No querrás ser objeto de toda la furia de Lorian, ¿no? Mata a uno de nosotros, no a los cuatro.

Lathenia me mira y por un instante me da la sensación de que está pensando en lo que he dicho, pero entonces responde:

-Tu autoestima te confunde, Arkarian. Creo que voy a tener que recordarte mi objetivo. Un día lo controlaré todo, incluidas las mentes de los mortales, a las almas errantes, a las criaturas de la luz, a todos los vivos y a los muertos que habitan en la oscuridad.

-¿Crees que el Tribunal te entregará todos esos mundos en bandeja?

Se aleja, luego se vuelve y ríe, arqueando una ceja.

-En este momento el Tribunal ya tiene suficientes problemas intentando controlar el mundo mortal. -Se observa las puntas de los dedos-. La Profecía cambia mientras hablamos, y la trágica pérdida que supondrá para la Guardia la muerte de cuatro Elegidos será una dulce venganza para mí. Estoy segura de que estarás de acuerdo conmigo en que es un golpe directo al corazón del Tribunal. -Me mira fijamente a los ojos. Le aguanto la mirada y me muerdo la lengua. Tiene razón, y los dos lo sabemos, pero no pienso admitir lo grave que sería la pérdida de cuatro de los Elegidos. Al fin y al cabo, se supone que somos los nueve que protegen Verdemar, los nueve que se enfrentarán a Lathenia en una batalla que pondrá fin a todas las batallas para siempre.

-Mis ejércitos se vuelven más fuertes cada segundo que pasa. ¿Puedes decir lo mismo de los tuyos? -Tras restregarme por la cara su superioridad, se vuelve hacia Marduke-. Recuerda la promesa que les hiciste a los carrizos. -Los mira. Están todos apiñados junto a la puerta-. Cobardes miserables, ¡deberíais tener miedo de mí, no de un espíritu desdichado!

Marduke no aparta los ojos de la Diosa hasta que ésta ha desaparecido, junto con Keziah y los perros. Cuando se da la vuelta todavía persiste una mirada de adoración en sus ojos, y recuerdo la última vez que la vi: mucho antes de que le cortaran la cara por la mitad, el día en que nació su hija, cuando observaba a su esposa.

-Soy como debería ser, Arkarian. Nada de lo que digas o hagas ahora me hará cambiar. Ha empezado la cuenta atrás.

-No tiene por qué ser así. Tienes el poder para cambiar. ¿No te das cuenta de que estás tan atrapado aquí como todas las almas perdidas y malditas que habitan este mundo?

Su ojo emite un resplandor teñido de rojo.

-¡Soy libre!

-No, Marduke, escúchame...

Al oír mi súplica, echa la cabeza hacia atrás, levanta los brazos y profiere un rugido desgarrador. Cuando acaba les ordena a los carrizos que se acerquen y se sitúen ante él. Éstos se aproximan trotando y saltando obedientemente, sin dejar de mirar a su alrededor. Una vez se encuentran ante su amo, Marduke les pone la mano sobre la cabeza y todos lo miran.

-Al entrar en este templo habéis vencido vuestros miedos. ¿No os he dicho que podíais hacerlo? -Los pájaros asienten de un modo exageradamente enérgico-. ¿Acaso no soy vuestro amo que todo lo sabe? -Asienten de nuevo-. Vuestra lealtad será recompensada con generosidad. -Les sonríe y con tres sencillas palabras deja mi vida en sus manos-. Acabad con él.

Isabel

Nos encontramos en la orilla de lo que se supone que es un lago, pero sólo vemos hielo. A mi lado, John asiente con la cabeza y bate las alas.

-¿Por qué estás tan emocionado? -le pregunta Ethan.

-Creo que habéis tenido suerte.

-¿A qué te refieres?

-Al lago. Está congelado.

Yo no me siento como si hubiera tenido suerte. Desde el otro extremo del lago nos llega el eco de un rugido desgarrador muy familiar.

Ethan me agarra del brazo.

-¡Tenías razón! ¡Está vivo!

-Y está ahí, en el templo, con Arkarian.

-¿Quién está con Arkarian? -pregunta Matt, que se acerca a nosotros.

-Va a matarlo.

-¡¿Quién?! -grita Matt.

John tira de la capa de mi hermano.

-El amo.

Matt me mira, y luego a Ethan.

-¿Marduke? ¿Aquel monstruo de un ojo que me arrastró al pasado e intentó quemarme? -Ambos asentimos-. Pero ¿no estaba muerto? Tú lo mataste.

John da un grito ahogado y se queda mirando a Ethan.

-¡Fuisteis vos!

-Sin embargo, no está muerto -le digo.

John sacude la cabeza, muy preocupado.

-No, pero es más feo que nunca. El ama no está contenta.

Ethan no lo entiende.

-Vale, no está contenta. Pero está vivo, así que ¿por qué quiere matarme todavía?

Yo he visto en qué se ha convertido Marduke, de modo que para mí la respuesta es obvia.

-Ahora es más monstruo que hombre y la Diosa no puede hacer nada para remediarlo.

-¡Ah! -exclama Ethan.

-Sí, bueno... Olvídate de ella de momento. La última vez que establecí contacto con Sera me dijo que nos apresuráramos -les recuerdo, y tomo mi mochila y echo a andar hacia el lago.

John corre hacia mí y me agarra durante unos segundos, antes de que mis pies entren en contacto con el hielo. Me vuelvo hacia él con expresión furiosa, indignada porque intente detenerme.

-¿Qué pasa? -le grito más fuerte de lo que debería. Hasta ahora John ha demostrado ser un amigo de confianza. Pero... ¿cómo se puede llegar a confiar en alguien que fue un asesino en otra vida, o que es un traidor en ésta?

-No, señorita -dice desesperado-, el hielo es muy inestable. No es como el que vos estáis acostumbrada a ver. Debéis prepararos y usar algo más de protección, lo que sea, en los pies.

Ethan sujeta a John del hombro.

-¿Qué le ocurre a este lago? ¿Es demasiado fino el hielo? Nos podemos atar con una cuerda; así, si alguien se cae al agua, podremos sacarlo.

-Eso no serviría de nada -dice-. Si el hielo se rompe y os caéis, sufriréis una muerte horrible. -Levanta las manos para que le dejemos continuar con la explicación-. Permitidme que os lo explique. El lago no es de agua, sino de ácido.

-¿Ácido? -Ethan mira el hielo, que brilla bajo la luz de su antorcha-. ¿Ácido congelado?

John asiente.

-De hecho, la capa superior es una mezcla. Tiene un poco de agua a causa de la nieve y las lluvias recientes, pero es ácido en gran parte. Es una composición muy extraña, muy inestable.

-¿Podemos caminar sobre él en este estado?

-No estoy seguro. Tendréis que protegeros los pies, e id con cuidado de no permanecer en un lugar durante más de un segundo.

Matt todavía le está dando vueltas a lo de que es muy inestable.

-Pero ya tenemos los pies bien protegidos gracias a las botas.

John se arma de paciencia y replica:

-Este hielo se llama hielo cristal. En cuanto entra en contacto con algo sólido, empieza a arder. Cuanta más protección llevéis, más seguros estarán vuestros pies.

La advertencia de John hace que se me forme un nudo en el estómago. ¿Cómo vamos a cruzar el lago si cada paso que demos convertirá el hielo en fuego? Después de haber llegado tan lejos, no quiero ni pensar que podemos fracasar.

Ethan se agacha y extiende su capa sobre la nieve. Luego se pone a rebuscar en nuestras mochilas. Encuentra en una de ellas un par de calcetines gruesos y se los da a Matt. A mí me da un jersey. Yo le arranco las mangas, las ato alrededor de mis botas, y le doy a Ethan el resto. Él se lo pone en las botas, luego rasga la chaqueta que había traído de recambio y le ofrece dos trozos a John, pero el carrizo retrocede con ojos centelleantes.

-Ah, no, vuestra oferta es generosa, mas yo me quedo aquí.

-¿Por qué no quieres cruzar el lago con nosotros? -le pregunta Matt.

John lanza una mirada nerviosa al hielo.

-Ellos vivían ahí antes de su desaparición. Y ahora hay otra.

A pesar de que no sé quiénes son «ellos», tengo la fuerte sospecha de que la «otra» es, a buen seguro, la hermana de Ethan. Intento hacerle entender que sus temores son infundados y que el fantasma del que habla es la misma persona que nos ha estado guiando.

Aun así se mantiene en sus trece.

-No pienso ir al templo. A partir de ahora os quedáis solos.

Lanzo un fuerte gruñido y doy una patada al suelo, cubierto de nieve. No quiero perder ni un instante más intentando convencer a John de que sus miedos están injustificados. El corazón me dice que Arkarian está en una situación grave y que necesita que lo cure de inmediato.

-De acuerdo, haz lo que quieras, John, pero cuando estés aquí, solo, y el amo te llame para hacerte pagar por tu traición, no esperes que volvamos corriendo a salvarte. No lo haremos ni aunque te oigamos gritar. Estaremos demasiado ocupados rescatando a Arkarian. Por eso hemos venido aquí. ¿Vale?

Respiro profundamente y empiezo a cruzar el lago. En cuanto mis pies tocan el hielo, se prende una llama bajo ellos. Y aunque sé que iba a ocurrir, me asusto al ver mi pie rodeado de fuego.

-¡No os detengáis! No miréis hacia atrás. Yo estaré detrás de vos.

Reconozco la voz sin necesidad de volverme. Es la de John. La sensación de alivio que noto me infunde nuevos ánimos.

Estamos a punto de llegar a la otra orilla sin mayores problemas, cuando un grito desconcertante y familiar rasga el aire, seguido rápidamente por otro, y otro, hasta que se hace insoportable.

-Sigue avanzando -me grita John en el preciso momento en que veo varias alas agitándose en el aire que vienen hacia nosotros.

Son los pájaros de los que nos habló John, grandes como águilas, pero mucho menos elegantes. Se dirigen hacia nosotros batiendo sus alas para derribarnos, atacándonos con sus picos afilados y puntiagudos, chillando como locos. Los repelemos tan bien como podemos sin dejar de movernos ni perder el equilibrio. El fuego nos lame los pies y otras partes del cuerpo cuando nos caemos.

-Sigue avanzando -me grita John, que usa las alas para saltar alto y alejar a los pájaros.

Sin embargo, al final es el fuego de nuestras antorchas y el de nuestros pedazos de ropa ardiendo lo que consigue ahuyentarlos. Se van volando, momento que aprovechamos para acabar la travesía.

Lanzo un suspiro de alivio, agradecida por que el hielo haya aguantado y tan sólo hayamos sufrido unas cuantas heridas sin importancia. Matt, Ethan y John se vuelven conmigo y los cuatro nos quedamos boquiabiertos y de una pieza al verlo. El lago está iluminado con cientos de pequeños fuegos en los sitios donde nuestros pies han entrado en contacto con la superficie helada. Y, a pesar de estar rodeados por la oscuridad, es algo asombroso.

-Si fuera artista, así es como pintaría mi visión del infierno -digo.

Los demás asienten.

Isabel

Una vez en la orilla mi sexto sentido parece volverse loco a causa del miedo. Delante de nosotros se encuentra el templo, pero parece muy

tranquilo. Demasiado. Echamos a andar hacia él. A medida que nos acercamos, me fijo en que es enorme. Se alza cientos de metros hacia un único punto. En otro tiempo debió de ser un lugar de adoración, y seguramente también de protección. Pudo haber albergado a mil personas.

Tengo las piernas extenuadas. Me cuesta una barbaridad seguir moviéndolas. Y en lo refrente a mi estómago, tengo la sensación de que alguien hubiera estirado mi intestino y le hubiera hecho miles de nudos antes de ponerlo otra vez en su sitio.

Ethan se acerca corriendo a mí.

-¿Te encuentras bien? -Asiento con la cabeza. De repente tengo el presentimiento abrumador de que, después de todo, voy a llegar tarde-. Frena, Isabel, ya casi estamos.

-No puedo, Ethan. Tengo miedo.

-Lo sé, yo también, pero a Arkarian no le servirá de nada que llegues exhausta. Va a necesitar... todas tus habilidades.

Lo miro, pero no me entiende. Ya estoy muy nerviosa.

-¿Y si mis habilidades no son lo bastante buenas? ¿Y si ya es demasiado tarde y él...?

Tengo que parar para recuperar el aliento y la calma, pero entonces Ethan me sujeta de los hombros y me dice:

-Todo va a salir bien.

Matt nos alcanza.

-¿Qué pasa?

Lo último que necesito es que mi hermano me agobie con sus preocupaciones, por lo que intento recuperar la tranquilidad.

-Nada, vamos -contesto, apremiando a todos y echando a correr.

Hay una serie de escalones de piedra pulida que conducen a las puertas principales del templo. Los subo de tres en tres, y antes de darme cuenta me encuentro sobre una plataforma mirando hacia un vasto interior vacío que, a primera vista, parece completamente desierto.

Alzo la vista y doy un grito ahogado al ver el techo, donde paneles de cristal grabado y colores vivos se extienden hacia un único punto en lo alto. Tengo una sensación de *déjá vu* que me desorienta brevemente. He visto este techo antes, en la Ciudadela, el día en que Arkarian fue secuestrado.

Matt se acerca a mí; tiene una mirada extrañísima.

-*Déjá vu* -susurra.

No sé por qué tiene la misma sensación. Por lo que yo sé, nunca ha estado en la Ciudadela, por lo menos no en esa parte. Pasa junto a mí medio aturdido, se detiene en el centro de la sala y empieza a mirar arriba, abajo, a todas partes. Estira las manos como si quisiera tocar una estructura invisible que hay ante él. Su extraño comportamiento me pone la piel de gallina.

Me vuelvo y paso la antorcha por las paredes exteriores en busca de señales de Arkarian, pero no veo nada salvo columnas y un inmenso vacío.

¿Dónde está?

Una ráfaga de aire glacial levanta mi capa y un escalofrío recorre mi

cuerpo. Entonces lo veo.

-¡Oh, no!

Está tumbado en el suelo, frente a una hoguera que se apaga, al otro lado de la sala, absolutamente inmóvil. El miedo me paraliza.

Ethan se da cuenta.

-¿Dónde está? ¿Y dónde está...? -Ve a Matt-. ¿Qué hace?

-Ahí. No tengo ni idea. Vete a saber. -Le entrego la antorcha, asumiendo que su segunda pregunta hace referencia a dónde se encuentra su hermana-. ¿Me sujetas esto?

Mientras cruzo el brillante suelo de mármol y me acerco a Arkarian siento algo extrañísimo, ya que el sonido de cada paso resuena con fuerza en mis oídos. Es como si estuviera caminando por una plataforma de aire, una plataforma que me conduce a mi propia muerte. Aparto de mí esta sensación aterradora y me pongo a buscar señales de movimiento, cualquier cosa que me permita saber que Arkarian todavía vive. ¿A pesar de que está de espaldas a mí no debería poder ver cómo el pecho sube y baja al respirar? Pero no puedo. Está totalmente quieto. Los nervios se apoderan de mí, me ahogan, me nublan la vista.

-No puedo haber llegado demasiado tarde...

De cerca queda claro que a Arkarian le han pegado una buena paliza. Hay mucha sangre, moratones, tiene una herida abierta en el pecho, marcas de arañazos en un lado de la cara y, si no me equivoco, también de mordeduras, que cubren casi todas las partes descubiertas de su cuerpo. Incluso tiene la ropa hecha jirones en algunos lugares. Me pongo de rodillas, me seco el sudor de la cara y parpadeo varias veces para ver mejor. Lo agarro del brazo y, con una ligera presión, lo pongo de espaldas. Tiene los ojos abiertos y no parpadea, lo que me hace pensar, por un instante, que está muerto. Pero entonces inhala un poco de aire y sus ojos, vidriosos e inyectados en sangre, se mueven hasta cruzarse con los míos.

-Isabel... -Es tan sólo un susurro pronunciado por unos labios agrietados y secos, pero es suficiente para arrasarme los ojos en lágrimas. Tengo que hacer verdaderos esfuerzos para dejar de llorar-. Salvaos vosotros. Es demasiado tarde para mí. Lathenia te busca. Y también debéis saber que Mar...

Le pongo un dedo sobre los labios.

-No, no hables. Debes ahorrar energía. No pienso irme sin ti, Arkarian.

-Debes ir con cuidado...

Me doy cuenta de lo que está intentando decirme. Me deja de piedra que esté utilizando las escasas fuerzas que le quedan para asegurarse de que somos conscientes del peligro que corremos.

-Lo sabemos, Arkarian. Sabemos que Marduke ha logrado volver de entre los muertos.

Toma aire, lo que le causa una punzada de dolor, y pierde el conocimiento. ¿Cuánto tiempo lleva en este estado, sin poder casi respirar? ¿Cuánto tiempo lleva luchando su cuerpo para que sus células y órganos dañados reciban oxígeno?

Ethan se arrodilla junto a Arkarian y acaricia su pelo azul. Sin decir

nada, traga saliva y me mira. No me hace falta ser Vidente de la Verdad para leerle la mente, escudriñar sus pensamientos, o lo que hagan los videntes. La preocupación de Ethan se refleja en su cara como si estuviera grabada en piedra.

-¿Puedes ayudarlo, Isabel?

Pongo mis manos temblorosas sobre el pecho de Arkarian. Primero tendré que ocuparme de sus pulmones. Se me nubla la vista de nuevo y la adrenalina me recorre el cuerpo, lo que me impide pensar con claridad y concentrarme.

Ethan nota que algo va mal.

-¿Te encuentras bien?

Como Arkarian tiene los ojos cerrados, resulta fácil pensar que lo he perdido. Siento que su corazón late lentamente bajo mis manos, pero ¿cuánto tiempo debe de quedarle? Sus heridas más graves son las que no puedo ver en la superficie. Necesito mis dotes de curación, ¡pero algo va mal! Parece que no funcionan. Intento visualizar de nuevo las heridas internas de Arkarian, pero no lo logro. ¿Cómo es posible? Para mí curar es un acto de lo más natural.

Siento un momento de verdadero pánico. La sala da vueltas a mi alrededor y todo adquiere un aspecto irreal. Me toco las sienes con ambas manos.

-¿Qué me pasa?

Ethan toma mis manos temblorosas.

-Necesitas recuperar el control de la situación. Estás desquiciándote.

-No puedo concentrarme.

-Sí que puedes.

Una única lágrima recorre una de mis mejillas.

-Tengo muchísimo miedo, Ethan.

Se acerca John, seguido de Matt. Sus botas resuenan al caminar sobre este suelo brillante. Casi es demasiado para mis nervios; además, su presencia aumenta la presión. Me vuelvo hacia ellos y les lanzo un grito que resuena con un deje histérico en la sala vacía.

-¡Idos! ¡Salid de aquí! ¡¿Podéis hacer el favor de dejarme sola?!

Matt se imagina lo peor.

-¿Hemos llegado tarde? -pregunta con un susurro.

Ethan niega con la cabeza.

-Tu hermana necesita recuperar la calma para poder usar sus poderes curativos.

Matt me pone una mano suavemente en un hombro.

-Puedes hacerlo. Le curaste a Ethan la mordedura que tenía en la pierna. Fíjate, ahora no queda ni cicatriz.

Ethan me recuerda otra ocasión.

-Curaste a mi padre después de que Marduke lo apuñalara en el corazón. Y lo hiciste bajo la amenaza de la inminente muerte de tu hermano.

Pero sus palabras caen en saco roto porque en este lugar, y en este momento, mientras pasan unos valiosísimos segundos que podrían

significar la diferencia entre la vida o la muerte de Arkarian, mis poderes curativos han desaparecido.

-¿Por qué no puedo curarlo, Ethan?

-Tienes que distanciarte, enfrentarte a ello de un modo distinto. Controla tus emociones. Isabel, tú lo quieres.

Matt aparta la mano como si le hubiera picado un insecto venenoso.

-¿Quieres a Arkarian? Pero... no es como nosotros.

Ethan le lanza una mirada fulminante a mi hermano antes de ayudarme a concentrarme en Arkarian.

-Isabel, te hemos preparado para hacer justamente esto. No pienses en nada más. No dejes que tus emociones te bloqueen.

Respiro hondo, exhalo el aire lentamente, cierro los ojos y pongo las manos sobre el pecho de Arkarian. Esta vez aparece ante mí una imagen de ligamentos desgarrados, articulaciones dislocadas y costillas rotas. Una de ellas le ha perforado un pulmón.

De algún modo, consigo mantener el control y visualizar las curas que debo hacer. En primer lugar, extraigo la costilla rota, la uno con la otra mitad, sello la fisura del pulmón y lo lleno nuevamente de aire.

Obtengo la primera recompensa, ya que Arkarian respira hondo. Pero aún me queda mucho por hacer antes de poder decir que está completamente curado. Al menos ahora que he empezado sé que sólo es cuestión de tiempo.

Vuelvo a ponerle las manos sobre el pecho y le curo las heridas, las articulaciones y los ligamentos. También tiene varios órganos vitales encharcados de sangre y fluido. Mientras redirijo la sangre a los tejidos adecuados, encauzo el exceso de fluido hacia los ríñones. Pero aquí me encuentro con un grave problema, ya que estos órganos vitales han dejado de funcionar, debido, con toda probabilidad, a las magulladuras y la hinchazón. Curarlos me va a costar un tiempo valiosísimo.

Apenas soy consciente de los ruidos que hay a mi alrededor, pues permanecen lo bastante alejados para no molestarme. Estoy profundamente concentrada.

-Tienes que darte prisa, Isabel -me apremia Ethan, que ha regresado ya de donde quiera que hubiera ido-. El templo está rodeado por perros. Enormes. Y parecen muy hambrientos.

Aun así me lleva bastante reducir las magulladuras y la hinchazón de los ríñones de Arkarian. Tardo tanto que por momentos pienso que es imposible, que estas células dañadas no se van a..., no se pueden curar.

Ethan regresa por segunda vez.

-Isabel, siete perros rodean el templo.

Mi concentración es tan profunda que por un instante no soy consciente de lo que me dice. Al final consigo iniciar el proceso de curación de los ríñones, que al menos vuelven a funcionar. Una vez sanadas las peores heridas internas de Arkarian, su recuperación debería ser cuestión de minutos. Lo noto con todas las fibras de mi ser, aunque, de momento, Arkarian no ha vuelto en sí. Miro a Ethan al darme cuenta de que sigue aquí, aguardando a que hable con él.

-¿Qué has dicho?

-Los perros, Isabel. Lathenia no debe de andar muy lejos. Eso o está jugando con nosotros.

Durante un breve instante me pregunto qué espera de mí. Estoy exhausta y aún me queda mucho por hacer antes de que Arkarian se encuentre lo bastante bien para poder regresar con nosotros.

-Ocúpate tú de eso -le espeto-. Hagas lo que hagas me parecerá bien, ¿vale? Somos un equipo, ¿no?

Al principio parece un poco perplejo por mi respuesta, pero luego se va contento consigo mismo. Dejo de darle vueltas a su extraña reacción y me pongo manos a la obra de nuevo para curar a Arkarian.

Al cabo de unos instantes el rugido de un león furioso rompe mi concentración. Doy un respingo y alzo la vista. ¡La sala está llena de leones que tienen pinta de estar muy hambrientos! Hay una docena como mínimo. Uno me pilla mirándolo y me lanza un rugido que hace que se me ponga la piel de gallina y todos los pelos de mi cuerpo de punta. ¿Qué demonios está ocurriendo?

Miro a Ethan y entonces entiendo que los leones son creación suya. Fuera, los perros de Lathenia gruñen. Están muy cerca y por ese motivo Ethan ha creado la ilusión de los leones.

Ethan hace restallar un látigo y las fieras profieren un fuerte rugido. Otro restallido y echan a correr hacia la puerta para alejar del templo a los perros.

No puedo reprimir un grito ahogado de admiración. Ethan me oye y asiente con la cabeza.

Matt y John se acercan y se arrodillan junto a mí.

-¿Qué tal van las curas? -me pregunta mi hermano.

-Ya casi...

Pero no puedo acabar la frase porque noto un par de manos frías. Agacho la mirada y veo que Arkarian se está incorporando y me agarra las manos con fuerza. Sus ojos de color violeta pestañean mientras intenta recuperar la visión y me sonríe.

-Eres increíble. -Verlo en este estado, no solamente recuperado, sino... verlo vivo y saber que va a ponerse bien me llena de felicidad. Los ojos se me llenan de lágrimas y me esfuerzo por contenerlas. ¡No tengo intención de desmoronarme ahora! Se sienta y me abraza con fuerza y añade-: Pensaba que te había perdido.

Por el rabillo del ojo veo que Matt frunce el entrecejo. Intento no analizar la mirada de mi hermano; no es nada extraño que exagere sus reacciones en todo lo que me concierne. Por fin Arkarian está bien de nuevo. ¡No va a morir! Y si logramos salir de este sitio de una pieza, tal vez también nosotros sobrevivamos.

Después de abrazarme con fuerza Arkarian me mira a la cara y me limpia las lágrimas con las puntas de los dedos.

Luego inclina la cabeza hacia delante hasta tocar la mía y me besa. Al principio nuestros labios se rozan suavemente. Luego aumenta la presión y el beso se convierte en una mezcla de dulzura y pasión.

No quiero que termine nunca.

Arkarian

Ethan casi me tira al suelo al abrazarme. Me agarro a su hombro con una mano y a Isabel con la otra. Me resulta imposible separarme de ella, ni siquiera por un segundo. Y ella tampoco me rehuye.

-Pensaba que nunca volvería a ver esa cara tan fea que tienes -me dice Ethan.

-Seguramente habría sido mejor de ese modo -le digo aparte-. Lathenia vendrá a por ti.

-No digas eso -murmura Isabel.

Me vuelvo hacia ella y veo a Matt por primera vez. ¡Matt! Así que él es la tercera persona de la expedición. ¡Oh, no! Esto va a provocar más problemas. Me pregunto por qué Sera no lo ha identificado. ¿Y cómo ha logrado que Lorian lo dejara venir? Al ver la mirada de inquietud en sus caras noto una sensación escalofriante.

-Nunca habría pensado que Lorian estaría de acuerdo en que Matt viniera.

-Bueno -dice Ethan con la mirada fija en el suelo-, es que no está de acuerdo exactamente.

¿A qué se refiere? Aquí hay algo que no funciona. Parece muy incómodo.

-¿Quién de vosotros está al mando?

Nadie responde, pero resulta fácil adivinar lo que están intentando esconder.

-El Tribunal no ha autorizado el intento de rescate, ¿verdad?

Ethan responde en voz baja:

-No, aunque estoy seguro de que lo habrían permitido. Fue Lorian quien lo impidió directamente.

Por desgracia, entiendo esa decisión.

-Los tres os habéis arriesgado ya demasiado por mí. -Nadie me mira a los ojos y les digo lo que creo que va a ocurrir-. Lorian no os castigará a todos, no en época de crisis, pero querrá darle un castigo ejemplar a uno. ¿Quién será considerado el responsable?

Permanecen callados y se miran entre sí. Al final Isabel rompe el silencio:

-Supongo que seré yo.

Le agarro la mano con más fuerza.

-¿Has desobedecido una orden directa?

-¡Sí, y lo haría de nuevo!

Su muestra de valor es increíble, pero eso supondrá su ruina.

-Isabel, nosotros los humanos no podemos adivinar los designios de

aquellos que están por encima de nosotros. Ellos saben más, poseen unos conocimientos de un nivel superior.

Tozuda como sólo puede ser Isabel, insiste en sus argumentos:

-¡Esta vez Lorian estaba equivocado!

-¿Lo has hecho por mí?

Asiente inclinando la cabeza y la acerco hacia mí. ¿Habría hecho yo lo mismo en el caso de que Isabel hubiera sido secuestrada y traída a este mundo? No necesito ni un segundo para responder. Me enfrentaría al demonio en persona para salvarla.

En un intento de aliviar la tensión, Ethan me presenta a su «amigo» John el carrizo. Al principio reacciono con cierto recelo, pero al mirarlo a los ojos me doy cuenta enseguida de que este carrizo no se parece en nada a los discípulos de Marduke. Me estrecha la mano con fuerza.

En cuanto me la suelta, vuelvo a tomársela a Isabel para asegurarme de que no se aleje de mí.

Matt se mantiene a cierta distancia y creo que intuyo el motivo. Lo miro a los ojos y ambos nos saludamos con un gesto de la cabeza. Luego él baja la mirada hacia mi mano y la de su hermana. Es como si le molestara ver esto. Se acerca a mi lado.

-Mira, no te conozco tanto como Ethan y mi hermana. Y como no soy del tipo de personas que se creen los rumores ni se toman en serio las habladurías, quiero que me lo digas tú. ¿Es cierto que tienes seiscientos años y que tu cuerpo nunca envejecerá?

Ya veo por dónde van los tiros. Le aprieto la mano a Isabel con más fuerza. Ella me mira a los ojos un momento y luego a su hermano. Oigo su respiración entrecortada cuando respondo a Matt.

-Todo lo que has oído es cierto.

Matt me mira fijamente.

-¿Entonces a qué conduce todo esto?

Le respondo con un susurro:

-Durante toda mi vida me he sentido vacío por dentro. Cuando estoy con Isabel, me siento lleno.

-Pero tú no vives en un mundo normal. ¡Es imposible! -Mira mi pelo azul, como si eso fuera una justificación-. ¿Qué tipo de vida tendría Isabel en tu mundo? ¿Envejecer para ver cómo tú permaneces joven? Escúchame, Arkarian, tienes que poner fin a esto antes de romperle el corazón a mi hermana. Nunca la había visto tan enamorada de nadie, ni siquiera cuando se quedó colgada de Ethan. Esto es serio. ¡No puede continuar!

Sus palabras, sin duda, son muy realistas y suponen un duro golpe para mí.

A pesar de que son producto de su amor fraternal y su fuerte sentido de la protección, lo que dice es cierto. Sin embargo, al ver a Isabel junto a mí, al sentirla, me resulta muy duro separarme de ella.

Isabel nos mira detenidamente a los dos.

-¡Dejad de cuchichear! Quiero saber de qué estáis hablando. ¿Qué narices le estás diciendo, Matt?

Levanto una mano para acariciarle la cabeza. Ella inclina la cara sobre mi palma. La quiero mucho, deseo poder amarla con todo mi corazón y de un modo sincero. Y debido a este amor puedo..., debo hacer lo que Matt me ha pedido tan claramente.

Así que tras una última caricia, le digo con un tono impersonal y forzado:

-A Matt le preocupa que está pasando demasiado tiempo. -Los rugidos de los leones llegan en un momento de lo más oportuno-. Y tiene razón. Debemos darnos prisa y encontrar una forma de salir de aquí.

Sin darle a Isabel la oportunidad de decir nada, me vuelvo fingiendo que estoy buscando algo. No quiero que vea a través de mi fachada. En este momento tan sólo soy un impostor. Entonces reparo en Sera, que sigue escondida bajo la mesa y todavía tiembla.

Alzo las manos hacia los demás.

-Esperad aquí, no os mováis -digo, y me agacho e intento convencerla de que salga. Ella vuelve la cabeza hacia un lado. Desde su posición sólo puede ver las piernas de los demás, pero estoy seguro de que tiene la mirada clavada en las de su hermano-. Vamos, Sera, ¿cuánto tiempo has esperado este momento?

Se aferra a la mano que le he tendido y sale tambaleándose de debajo de la mesa. Levanta la vista, pero al ver al carrizo que los acompaña se pone a gritar y me agarra el brazo con tanta fuerza que casi me lo rompe. John también grita. Matt lo detiene antes de que intente irse.

Al ver a Sera, Isabel da un grito ahogado de sorpresa. Ethan tan sólo la mira. Sin apartar los ojos de la presencia espiritual de su hermana, se acerca a ella.

-¿Sera?

Un poco más calmada, pero sin dejar de mirar al carrizo, Sera me suelta. Se gira hacia su hermano y se lanza en sus brazos.

Ethan le devuelve el abrazo, aunque me mira con cara de susto cuando se da cuenta de que sus brazos la atraviesan y que el cuerpo de ella se ha fundido en parte con el suyo. Yo me encojo de hombros y le dedico una sonrisa para infundirle ánimos.

-Así tiene que ser -le digo.

Ella se pone de puntillas y Ethan inclina su cabeza sobre la suya. Ahora parece que sus cuerpos se han fundido en uno solo.

Isabel los observa con lágrimas en los ojos. Ella también sabe lo mucho que ha sufrido su amigo.

-¿Crees que podremos ayudarla a salir de esta cárcel, Arkarian?

-Si podemos sacarla de este mundo con nosotros, su espíritu debería ser libre para ir a donde le corresponda. -El rugido distante de un león y los gañidos de los perros nos recuerdan dónde estamos-. ¿Crees que podrías llevarnos hasta la brecha por la que entrasteis en este mundo? -le pregunto, esperanzado.

Isabel y Matt intercambian una mirada tensa mientras que Ethan sacude la cabeza enérgicamente.

-Ni hablar. No pienso atravesar esa montaña de nuevo.

-¿Por qué no? -le pregunta Matt.

Es el carrizo, John, quien decide por ellos. Sin dejar de mirar con desconfianza a Sera, se acerca dando saltos.

-Hay otra brecha que une los dos mundos. Por desgracia, no sé dónde está.

Sera desorbita los ojos y le aprieta con fuerza el brazo a su hermano al ver tan cerca a la criatura.

-Tranquila -le dice Ethan-, John es nuestro amigo. Sera mira al animal con escepticismo y su hermano insiste-: Créeme. Por una vez puedes confiar en mí.

Entonces ella pregunta con voz temblorosa:

-¿Cómo es esa brecha?

-Es un destello negro en el cielo -le digo.

Se queda pensando un instante y unas arrugas profundas le surcan la frente.

-He visto esa brecha cuando se alza la luna sangrienta.

Los perros están más cerca. La ilusión de Ethan debe de estar desvaneciéndose. Tenemos que darnos prisa y salir de aquí.

-¿Puedes llevarnos a esa otra brecha? -le pregunta Ethan.

Ella asiente, emocionada.

-Se dónde está exactamente. En el centro de...

Sus palabras son interrumpidas por un fuerte estrépito cerca de la puerta y alguien aparece y se apoya en ella. Me fijo bien. Es Bastian, está malherido, sangra y tiene la ropa hecha jirones. Me acerco corriendo a él justo cuando cae al suelo.

-¡Isabel! Rápido, te necesitamos aquí.

Antes de que lleguen los demás, Bastian alza la mano.

-No -dice entre jadeos-, es demasiado tarde. Pero... -Intenta tomar aire-. La otra brecha..., no podéis... Está sobre el jardín de Marduke.

Ethan y Matt llegan y lo reconocen al instante.

-¡Dillon!

-¿Ethan? ¡Matt!

El hermano de Isabel se arrodilla.

-¿Qué te ha ocurrido?

Ethan, al otro lado de Dillon, se muestra más precavido.

-¿Qué estás haciendo aquí?

Isabel aparta a los dos y les ordena:

-Esperad. No le hagáis más preguntas hasta que haya acabado.

Le lleva unos minutos, pero al final Isabel logra curar a Bastían, no, a Dillon, pues ése es su verdadero nombre. Se levanta, todavía un poco débil, y toma a Isabel de las manos.

-¿Cómo puedo agradecértelo?

Ella las aparta y le pregunta:

-¿Eres uno de ellos?

-Sí -responde él lanzando una mirada rápida por encima del hombro-. Lathenia está a punto de llegar. Debo irme de aquí, pero tenía que deciros que la brecha que hay sobre el jardín de Marduke es inaccesible.

-¿Por qué? -pregunto.

-Porque ese lugar está envenenado. No podéis acercaros. Se os nublará la mente y no podréis pensar por vosotros mismos.

-¡Demonios! -exclama Ethan-. ¿Entonces cómo...?

John entra corriendo desde fuera y lanza un grito agudo.

-Daos prisa. ¡Llega el amo!

Dillon mira a su alrededor desesperadamente. Como no ve ningún sitio donde ponerse a salvo, cierra los ojos para usar las alas. Lo agarro del brazo antes de que se vaya.

-¿Adonde piensas ir?

Niega con la cabeza.

-No tengo ni idea, pero no puedo quedarme aquí. La Diosa me matará.

-Ven con nosotros -le digo.

Me mira con desconfianza.

-¿Por qué? ¿Para que me mate la Guardia?

-Te prometo que no te haremos daño.

-¿Me interrogarán?

-Sí. A conciencia. Pero también te protegeremos.

Los perros entran corriendo por la puerta y se dispersan por la sala, pero como antes, se quedan fuera del octógono. Los demás nos refugiamos dentro de él. Marduke aparece tras ellos. Ve a Dillon y se detiene.

-¡Así que estás aquí! ¡Lathenia ha recorrido los túneles buscándote! ¿Qué haces con ellos? -Mira a John-. ¡Parece que la sala está llena de traidores! Y mírate, viejo amigo. -Intenta burlarse de mí-. Tu amiga te ha curado en vano. Pero mi señora estará encantada porque ahora estáis todos juntos y este templo se convertirá dentro de poco en vuestra tumba.

Isabel

Lathenia hace acto de presencia ante nosotros, acompañada por el viejo de la barba plateada que ayudó a secuestrar a Arkarian. Ve a Dillon de inmediato.

-¡Estás con ellos! -exclama, y Dillon se pone tenso.

-Quédate con nosotros -le susurro-. Somos tu única oportunidad de salir con vida de aquí y lo sabes.

Asiente con tanta fuerza que me da la sensación que se le va a caer la cabeza al suelo. Matt no advierte nada, ni siquiera que ya ha llegado Lathenia. Está distraído otra vez, de pie en el centro del octógono. Alza la vista un momento para mirar un punto central en lo alto de la sala, y luego vuelve a bajarla para seguir concentrándose en sus pies. Empieza a

preocuparme que tal vez la presión sea demasiado fuerte para él y esté perdiendo el juicio. Tengo que atraer su atención.

-¿Qué haces? ¡Lathenia está aquí!

Matt sacude la cabeza.

-Siento que algo me atrae a este lugar. No puedo evitarlo -dice, y se pone a dar golpecitos con los pies en el suelo de mármol.

-¿Estamos a punto de morir y lo único que se te ocurre es ponerte a bailar claque?

Se arrodilla y pasa las manos por el suelo, clavando los dedos.

-Déjalo -tercia Ethan-. Tiene que haber algo que podamos hacer para salir de aquí. A lo mejor podría intentar crear otra ilusión.

Arkarian se sitúa delante de nosotros y toca a Ethan en el hombro al pasar a su lado.

-Siento que he recuperado mis poderes. Quedaos detrás de mí.

-¡No! -exclamo-. Nos quedaremos junto a ti.

Ethan se pone al otro lado de Arkarian, con Sera aferrada a su brazo. Dillon toma posición junto a Ethan. Hasta John se une a nosotros. Pero Matt está ahora a cuatro patas, con una oreja pegada al suelo.

Lathenia sonríe, aunque es una sonrisa impregnada de maldad.

-¿Acaso creíais que os dejaría marchar así como así? ¡Soy mucho más poderosa que todos vosotros juntos! -Mira fijamente a Dillon-. ¿Cómo has salido?

-Has olvidado que mi poder es la fuerza.

-¡No he olvidado nada, pero parece que tú sí! ¿Cómo puedes abandonarme después de lo que he hecho por ti? ¿Qué hay de nuestra causa? ¡También es la tuya! -Dillon permanece en silencio y a Lathenia le refulgen los ojos-. ¿No te he mostrado todas las riquezas que serán tuyas? ¡Puedo darte todo aquello con lo que siempre has soñado!

Dillon baja la voz a un mero susurro.

-Haga lo que haga ahora, me matarás. Aunque tan sólo sea para que sirva de ejemplo a tus soldados.

-¡No me das otra opción! -El cuerpo de Lathenia irradia una luz brillante. Hasta su ojos resplandecen. Resulta difícil no agachar la mirada y huir al verla-. ¡Tú mismo has provocado esto con tus estúpidas dudas y tu miedo a convertirte en él! -Señala a Marduke y luego silba como una serpiente. Marduke gruñe-. Has escogido tu muerte. Y morirás con ellos.

Lathenia levanta las manos. Los siete gran daneses gruñen ferozmente y empiezan a babear. Parece como si no hubieran comido en un año.

Arkarian se concentra en los perros, los mira fijamente a los ojos para atraer su atención. De pronto los animales sacuden la cabeza, dan un gañido y salen corriendo por la puerta del templo tan rápido como sus patas se lo permiten.

Lathenia empieza a rugir.

-¡Rápido, Keziah, ha recuperado sus poderes!

Creo que el viejo podría ser un mago. Así es como la Diosa debió de inutilizar los poderes de Arkarian. Es extraño que tenga tanta prisa, que

parezca tan desesperada. Me pregunto por qué. Seguro que ha sentido en sus propias carnes la gran fuerza de Arkarian, pero mi sexto sentido me dice que existe otro motivo, mucho más relacionado con su propia existencia. Algo que tiene que ver con nuestras posibilidades de salir de este mundo.

Lathenia vuelve la cabeza en mi dirección y percibe mis pensamientos, que evidentemente no le gustan. Sus ojos emiten un destello. No tengo ni un instante para reaccionar. Alza una mano y me señala con sus largos dedos, y la fuerza de su golpe me lanza volando hacia atrás. Por un momento la sala y todo lo demás se vuelve blanco. Matt me arrastra al centro del octógono y se pone a hablar a toda prisa.

-Frena un poco -le pido-. Estoy aturdida y no puedo entenderte.

Respira hondo y susurra:

-Creo que podemos salir por el templo.

-¡Qué! ¿Cómo?

-Bueno, no estoy seguro del todo, pero ¿ves esto? -Mira a sus pies. Ha encontrado una losa de mármol suelta. Aprieta un lugar en concreto y la losa se levanta y deja al descubierto un cristal del tamaño de una mano pequeña y con forma de octógono. Quiero tocarlo, pero cuando acerco la mano empieza a brillar. Me asusto y aparto la mano-. Creo que es un dial o algo parecido -dice Matt alzando la vista-. Estoy seguro de que el techo fue construido de este modo por algún motivo. Tiene que conducir a alguna parte. ¿No dijo John que la gente que vivía aquí desapareció?

-¿Crees que no desapareció, sino que escapó?

Ethan se acerca corriendo.

-¿Qué estáis haciendo aquí? Arkarian no podrá aguantar mucho más. Necesita toda nuestra ayuda.

-¡Ahora, Keziah! -grita Lathenia-.¡Date prisa! Marduke, aguántalo para que Keziah pueda hacer su trabajo.

Arrastro a Arkarian al centro en el momento en que Marduke alza las manos. Una luz verde, como una ola, se dirige hacia nosotros. Nos damos un fuerte golpe contra el suelo y la luz sigue su curso y hace estallar dos pilares de mármol. Le clavo los dedos en el brazo a Arkarian y se lo cuento todo rápidamente antes de que Lathenia y Marduke descubran lo que estamos haciendo.

-Escucha, puedes sacarnos de aquí.

Niega con la cabeza.

-Sólo un Inmortal puede abrir una brecha, pero creo que podré distraerlos mientras tú sacas a los demás. Dillon está ayudándome.

Sacudo la cabeza con fuerza.

-Escúchame: Inmortal o no, Lathenia cree que puedes hacerlo.

-Pero ¿cómo?

Al parecer, Dillon está de acuerdo.

-Es cierto, por eso está tan obsesionada con inutilizar tus poderes.

-Ella sabe algo que tú ignoras -le digo a Arkarian-. Ha llegado el momento de que creas en ti mismo. Fíjate en el poder que desprenden tus manos.

Lathenia profiere un grito de frustración. La miro y veo que sus ojos refulgen y tiene las manos estiradas.

-¡Cuidado! -exclamo. La Diosa dispara unos rayos de energía vibrante con la punta de los dedos, y nos da de lleno y nos dispersa por la habitación. Aturdida, me arrastro hasta Arkarian. Tengo que hacérselo entender-. Posees el poder que necesitamos...

Le cuesta recuperar la respiración.

-Pero Isabel, yo no fui preparado para crear la energía de la que tú hablas. No era una de mis habilidades.

-Me da igual lo que digas, Arkarian, creo que puedes sacarnos de aquí. Y creo que Lathenia también lo sabe.

La Diosa alza las manos y se prepara para lanzar otra descarga de energía. Pero justo cuando empieza a generarla, Ethan la embiste, la tira al suelo y golpea a Marduke, que se dobla en dos y gruñe a causa del dolor.

Entonces arrastro a Arkarian hasta el centro del octógono, donde Matt sigue jugueteando con el cristal que ha descubierto.

-Confiar y creer -le susurro-. ¿No nos hemos preparado para eso?

-Sí, pero aquí no hay ninguna brecha, Isabel.

Marduke se ha puesto en pie de nuevo con una mirada muy furiosa. Se abalanza sobre Dillon mientras Ethan intenta evitar que Lathenia se levante. La Diosa grita y, de pronto, Ethan sale disparado hacia atrás. Lo llamo y miro desesperadamente a Arkarian.

-Sólo concéntrate en crear esa energía.

Tengo que darme prisa antes de que Marduke y Lathenia ataquen de nuevo, así que tiro a Dillon del brazo y ordeno a todo el mundo que forme un círculo alrededor de Arkarian y Matt.

-¿Qué estás haciendo? -me pregunta Ethan.

-Tenemos que proteger a Arkarian de la magia de Keziah. A mi hermano se le ha ocurrido una idea para sacarnos de aquí, así que también tenemos que protegerlo a él.

-¿A Matt?

-Sí, a Matt. -Cruzo los dedos detrás de la espalda-. Espero que tenga razón.

De pronto una explosión nos sacude a todos. El suelo vibra bajo nuestros pies y el mármol se resquebraja por varios lugares. Nos tambaleamos y caemos unos encima de otros. Cuando consigo levantarme, me doy cuenta de que ha sido obra de Marduke y me pregunto de manera fugaz hasta dónde alcanza la magnitud de su poder, un poder del que no quiero saber nada. Entonces alza las manos e intenta atacarnos de nuevo.

-¡Están protegiéndolo! -grita Lathenia.

Nuestras miradas se cruzan y veo que sus ojos desprenden un increíble brillo azul que se vuelve más intenso; con los dedos lanza unos rayos de electricidad chispeantes que explotan sobre nosotros y a nuestro alrededor. Intentamos no perder la posición, ya que proteger a Matt y Arkarian es nuestra principal prioridad.

-No ocurre nada -dice Matt detrás de mí.

-¡Sigue intentándolo, Keziah! -grita Lathenia, y a Marduke le dice-: ¡Acabemos con esto ahora!

Vuelvo la cabeza un poco y veo que Marduke y Lathenia se separan y se sitúan cada uno a un lado del círculo que hemos formado. Los dos empiezan a brillar. Están creando una gran energía entre ambos, y tengo la sensación de que va a ser algo especial. Mis sospechas quedan confirmadas cuando estiran las manos en dirección del otro. Una corriente eléctrica crepita y chisporrotea a medida que su energía cruza el espacio que hay entre ellos y se encuentra en el aire, donde empieza a crearse una bola luminosa de color azul, rojo y morado. Me doy cuenta rápidamente de lo que está a punto de ocurrir. La Diosa y Marduke están creando algo inmenso, una explosión de energía fortísima que derrumbará el templo.

Así es como piensa sepultarnos.

-Va a ser algo grande, Isabel -me susurra Ethan, sobrecogido, mientras sus cuerpos brillan cada vez más. Echa un vistazo por encima del hombro y Dillon lo imita. Matt sigue de rodillas en el suelo. Arkarian ve el cristal y se queda de una pieza, lo que le hace perder la concentración-. ¡Lo has encontrado!

-¡Date prisa, Arkarian! -murmuro.

-Pero no lo entiendes, Isabel...

-¡Se nos acaba el tiempo! ¡Sigue intentándolo!

Asiente con la cabeza y cierra los ojos de nuevo.

-¡Sea lo que sea lo que están haciendo, me temo que es demasiado tarde! -exclama Dillon.

En ese momento la desesperación se apodera de mi alma. Protegido por nuestros brazos y nuestros cuerpos, Matt sigue intentando averiguar qué hacer con el cristal mientras Arkarian continúa buscando en su interior la energía que necesita.

Ethan contempla los cuerpos resplandecientes de Lathenia y Marduke, que ahora inundan el templo de una luz cegadora.

-Lorian sabía que ocurriría esto, sabía que no había forma de que la Diosa nos dejara escapar.

El templo entero empieza a vibrar. Sin necesidad de que nadie diga nada, todos nos percatamos de que, en cuestión de segundos, desapareceremos para siempre.

La cara de mi madre aparece brevemente ante mí y se me llenan los ojos de lágrimas.

Las vibraciones hacen temblar el suelo de mármol. Los poderes combinados de Marduke y la Diosa aumentan hasta alcanzar una temperatura infernal y el mármol se hace añicos. Han logrado crear una reluciente esfera de energía. Entonces se produce un fogonazo y todo el templo es anegado por una intensa luz blanca. Tenemos que cerrar los ojos y agachar la cabeza para que no nos ciegue.

En este preciso instante Matt grita:

-¡Sí! ¡La tengo!

Y Arkarian le dice:

-¡Tráela contigo!

-No puedo, no se mueve.

-¡Tienes que hacerlo! -dice Arkarian con una voz preñada de pánico-. Si la dejamos aquí, Lathenia averiguará... -Deja la frase en el aire cuando la sala, y todo lo que hay en ella, empieza a arder-. ¡Demasiado tarde! -exclama, y alza las manos-. ¡Ahora!

El techo de paneles adquiere vida propia y empieza a dar vueltas cada vez más rápido. La luz se atenúa y los siete somos lanzados hacia la elevada cúspide central, girando sin parar. Luego no hay nada, sólo oscuridad.

Isabel

Descendemos durante un buen rato y caemos en una sala de la Ciudadela, la misma sala a la que fui a parar cuando huía tras el secuestro de Arkarian. Miro alrededor y parece que todo el mundo está aquí, incluido Dillon, Sera y John, esparcidos por el suelo.

Me levanto y noto que hay alguien más. Gente de aspecto extraño y distintas formas, tamaños, colores y especies, aunque todos parecen seres humanos.

Arkarian se acerca a mí, y cada lento paso hace que mi corazón bata contra las costillas.

Cuando alzamos la vista nuestras miradas se cruzan y se me queda la boca seca. Él se queda delante de mí, tan cerca que bastaría un leve movimiento de su mano para rozarme la mejilla.

-¿Estás bien?

«¿Cómo voy a estarlo? -grito por dentro-. ¡Si no me quieres!...» Aunque me aseguro de ocultarle esta última parte.

Nos miramos fijamente a los ojos, pero a él le cuesta un gran esfuerzo.

-Isabel... -susurra en tono arrepentido. El efecto es apabullante y me doy la vuelta.

Cerca de mí, Matt gruñe, pero parece estar bien. Ayuda a Dillon a ponerse en pie. Sera también se levanta, al igual que John, que está junto a ella. Pero cuando miramos al carrizo, advertimos que está ocurriendo algo extraño. Parece que se está haciendo más alto, su cuerpo se está alargando ante nuestros ojos. Sera también se fija y retrocede.

-¿Qué pasa, Ethan?

Su hermano se encoge de hombros y lanza una mirada de preocupación a Arkarian. Hemos traído a John con nosotros, ¿pues acaso teníamos otra opción?

El carrizo sigue cambiando de forma. La transformación sólo dura unos instantes, pero una vez completada nos deja a todos boquiabiertos. Incluso la gente que nos rodea suspira aliviada.

John ya no es una bestia extraña, en parte pájaro y en parte humano, sino uno hombre de unos treinta años, con ojos de color azul claro, pelo castaño oscuro y una piel que resplandece levemente. Como la de Sera. De hecho, posee el mismo aspecto etéreo que ella.

Entonces se mira a sí mismo y dice:

-Creo..., creo que soy libre. -Hace una pausa ya que tiene los ojos bañados en lágrimas, pero no se avergüenza-. No sé cómo agradecéroslo.

Sera se tapa la boca con una mano y sacude la cabeza.

-¿Significa esto que nos vamos a ir juntos?

-Creo que sí, señorita.

Sera asiente con un leve gesto de la cabeza y sus ojos refulgen.

-Entonces supongo que es mejor que nos despidamos antes de que ocurra lo que tenga que ocurrir.

Arkarian y yo nos volvemos hacia donde está Ethan. Él nos mira primero a nosotros y luego a su hermana con incertidumbre.

-No puedo creer que después de todos estos años sólo vayamos a poder pasar unos minutos juntos. Hay tantas cosas que quiero decirte... -Sera empieza a desvanecerse ante nuestros ojos, al igual que John y Ethan es presa del pánico-. ¡No! ¡Aún no puedes irte!

Arkarian se acerca a John y le estrecha la mano, y luego le da un abrazo a Sera que ella le devuelve con fuerza. Le hace un gesto con la cabeza a Ethan para que se apresure a despedirse de su hermana.

-Sólo vas a tener unos momentos, Ethan. Dile todo que lo que alberga tu corazón.

Sera se desvanece un poco más y su hermano se acerca corriendo a ella para estrecharla entre sus brazos.

-Lo siento muchísimo. Debería haberte protegido de Marduke. Debería haber recordado su nombre. Debería haber clamado justicia por tu muerte. Y debería haberte escuchado en mis sueños. Así no habrías sufrido durante todos estos años.

Ella se aparta un poco para mirarlo con incredulidad. Salta a la vista que quiere decirle que nada de lo ocurrido fue culpa suya, que no debe sentirse culpable por nada. Pero está claro que una simple negación no bastará, sobre todo cuando le queda tan poco tiempo. Así que ella le acaricia la cara con una pequeña mano y le dice:

-Te perdono.

Tras pronunciar esas dos palabras, Sera y John desaparecen por completo.

Tardamos varios segundos en recobrar la calma y asimilar lo que acaba de suceder, pero un zumbido detrás de nosotros atrae rápidamente nuestra atención. Nos volvemos y encontramos a lord Penbarin y lady Arabella.

Lord Penbarin es el primero en hablar.

-Debéis acompañarnos directamente a Atenas. Vuestra vista ya está fijada.

Aunque todos tenemos muchas preguntas que hacer, la preocupación de Ethan por su madre lo impulsa a apartarnos a todos y ponerse al frente del grupo.

-Antes tengo que ir a casa. Llevadme a casa, lord Penbarin. Llevadme a casa ahora.

Lady Arabella levanta las manos.

-Me temo que es imposible, Ethan.

-No lo entendéis.

-Eres tú quien no lo entiende. Recibiréis todas las explicaciones necesarias en la vista.

Ethan no puede creérselo. Inclina la cabeza hacia atrás y mira los paneles de colores vivos que tiene encima. ¿Durante cuánto tiempo ha cargado con el peso de la depresión de su madre sobre sus hombros? Y ahora aún tiene que esperar más.

-Bueno, decidme sólo esto, ¿qué día es hoy?

Lady Arabella parece confundida.

-¿Según vuestro tiempo?

La frustración y la angustia hacen que Ethan replique muy bruscamente.

-¡Claro que sí, en mi tiempo!

-Bueno, creo que es jueves diez.

Ethan me mira, pero yo ya he calculado. Hemos estado diez días enteros en el inframundo. Antes de irnos aún faltaban cinco días para que su madre fuera al sanatorio. Debía quedarse allí cinco más, lo que significa...

-He llegado tarde. A lo mejor ya se ha... -Mira a Ara-bella y luego a Penbarin-. Mi madre... ¿Sabéis algo...?

Lady Arabella esboza una sonrisa.

-Está perfectamente, Ethan.

-¿Qué?

-Se ha pasado los últimos diez días pegada al teléfono esperando alguna noticia sobre tu desaparición. No podía hacer otra cosa que pensar en ti y en que regresaras sano y salvo a casa.

¿Desaparición? Cuando planeé este rescate nunca pensé que nuestros cuerpos mortales desaparecerían.

-¿Y mi madre? -pregunto mirando fugazmente a mi hermano.

-La angustia casi la consume. Shaun y Jimmy dijeron que habíais desaparecido mientras ibais de excursión por el bosque. Han intentado mantener a todo el mundo en calma y convencer a vuestras madres de que regresaríais sin ningún problema. -Mira a Ethan y le dice-: Tu madre no ha pensado en ella ni un segundo durante estos diez días.

-¿Así que no ha ido al sanatorio?

-No.

-¿Y no ha intentado... hacer... nada estúpido?

-No.

Ethan se vuelve hacia mí con una sonrisa de oreja a oreja y los ojos relucientes ahora que se ha quitado de encima su mayor miedo.

-Y puesto que el alma de Sera ya ha quedado libre... -dice Arkarian-, Laura saldrá de su depresión.

Arkarian tiene razón. Intento no pensar en el trauma que debo de haberle causado a mi propia madre durante estos diez días. Ya tendré tiempo para ello después de la vista en Atenas.

Arkarian agarra a Ethan por los hombros y lo estrecha entre sus brazos, pero hay más cosas que lo preocupan. Se vuelve hacia lady Arabella y le pregunta:

-No pensaréis llevar nuestros cuerpos mortales a Atenas, ¿no?

Ha mencionado una cuestión muy importante. Todo el mundo sabe que sacar nuestro cuerpo y nuestra alma de nuestro tiempo es peligroso y podría tener consecuencias funestas.

Lady Arabella responde con esa voz suya que siempre inspira confianza.

-Han cambiado muchas cosas durante vuestra ausencia. Ahora todo corre mucha prisa. La vista de Isabel será muy breve, no durará tanto como para que vuestros cuerpos sufran daño.

-¿La vista de Isabel? -repite Arkarian con voz tensa.

Lady Arabella asiente como si pidiera disculpas.

-Lorian considera a Isabel responsable de haber desobedecido una orden superior.

Ethan intenta quejarse, pero lord Penbarin lo hace callar de inmediato.

-Guárdate los argumentos para el juicio, Ethan, aunque debo advertirte que Lorian no está de humor para escuchar a nadie.

Arkarian se sitúa delante de lord Penbarin.

-Lorian me escuchará a mí. -Nunca lo había oído utilizar un tono tan desafiante-. Iremos con vosotros -prosigue-, pero quiero mantener una reunión en privado con Lorian antes de la vista de Isabel. Y quiero que preparéis una cámara segura de inmediato.

Luego se aparta y presenta a Dillon:

-Estoy seguro de que la información que trae este muchacho será de gran utilidad para la Guardia.

Lord Penbarin y lady Arabella acceden a preparar una cámara segura para Dillon y para la Guardia. Cambiar de bando es un asunto muy serio. Pocas personas lo hacen. Existen muchos riesgos. Dillon será investigado a conciencia y durante una buena temporada estará bajo vigilancia constante.

-En cuanto a tu reunión con Lorian -dice lady Arabella-, haremos lo que podamos.

Arkarian asiente, aceptando su respuesta, y lord Penbarin le pone un brazo sobre un hombro.

-Me alegro de que hayas vuelto.

Lady Arabella sonríe y un reguero de lágrimas le surca las mejillas.

La multitud que hay a nuestro alrededor, más de cien personas ya, empieza a aplaudir y a aclamarnos, así que no puedo evitar preguntarlo:

-¿Quién es esta gente?

Lady Arabella mira a lord Penbarin, que se encoge de hombros, y entonces ella contesta:

-Son los supervivientes a quienes se les encargó la protección de los vivos.

Arkarian

Durante mis seiscientos años de existencia nunca me había sentido así: ¡con ganas de estrangular a un Inmortal! Si Lorian estuviera aquí, en este momento, en esta sala de la Ciu-dadela, pondría mis manos mortales sobre su cuello de ser superior y apretaría con fuerza. Que Lorian considere a Isabel totalmente responsable de desobedecer una orden directa hace que me consuma la cólera. Parte de mí sabía que ocurriría. Parte de mí incluso lo entiende. Pero ahora que me enfrento a la realidad -la posibilidad de perder a Isabel-, ni siquiera puedo asimilar la idea.

-Es mejor que te calmes -me advierte lord Penbarin mientras nos envuelve a todos en una capa protectora de plata y somos transportados al instante a Atenas en el año 200 antes de Cristo.

Una vez nos encontramos en el patio del palacio, me quito la capa bruscamente.

-Gracias por el consejo, mi señor, pero preferiría que invirtierais vuestro aliento en organizar mi reunión con Lorian.

Inclina la cabeza hacia mí y replica:

-Como desees.

Cuando lord Penbarin desaparece, lady Arabella recoge nuestras capas y nos explica que Dillon ha sido transportado a otro lugar y que su protección está garantizada.

-Ahora venid y comed y bebed un poco. Debéis de estar hambrientos. -Me mira y se detiene. Cierra los ojos fugazmente, como si estuviera conteniendo la respiración. Al cabo de un instante los abre y me sonríe dulcemente-. Lorian se reunirá contigo ahora en la sala del Tribunal. Sólo te ha concedido cinco minutos, luego empezará la vista. Buena suerte.

Sin mirar atrás y darle la oportunidad de decir algo a Isabel, Ethan o Matt, uso mis alas y desaparezco. Me materializo en la sala del Tribunal, ante Lorian, que está sentado solo, presidiendo el círculo. Las otras nueve sillas están vacías, pero no por mucho tiempo, y como sólo tengo cinco minutos, intento aprovechar al máximo cada segundo, así que le planteo directamente el motivo de esta reunión.

-No debéis castigar a Isabel.

Lorian me mira y, por un instante, me parece ver una sonrisa, un atisbo de alivio.

-Bienvenido, Arkarian. Pensaba que nunca... Debo decir que tienes muy buen aspecto.

Encauzo nuevamente la conversación al asunto que me preocupa.

-Gracias a Isabel, sí. Su talento para la curación es extraordinario, es algo que jamás se había visto en la Guardia. Posee semejante potencial que también está desarrollando su don de la visión. Sus posibilidades son ilimitadas. Quiero trabajar con ella, desarrollar esas habilidades. Es probable que algún día sea capaz de curar a través de su psique. ¿Sois consciente de los enormes beneficios que nos aporta en esta época tan triste?

-Lo sé todo, Arkarian, sé por qué Isabel desobedeció mi orden. Hoy tenemos muchos asuntos de los que ocuparnos y disponemos de poco tiempo. Y aunque no dudo del extraordinario talento de Isabel y de los beneficios que supondría para nuestra causa, la decisión que he tomado sobre su futuro es definitiva. Por mucho que discutamos, no cambiaré de opinión. Estás malgastando tu aliento y el tiempo de todo el mundo, Arkarian. El tema del castigo de Isabel está zanjado. Ahora -hace una pausa, lo que me permite asimilar lo que ha dicho-, ¿deseas hablar de algo más?

La irrevocable decisión de Lorian sobre el futuro de Isabel es un duro golpe para mí y me cuesta pronunciar las palabras.

-Tengo... Tengo tantas preguntas...

-Hay muchas cosas que no sabes. Recuerda lo que te enseñé cuando eras mi aprendiz: confía en mí ya que sólo tomaré decisiones por el bien general.

-Ahora mismo soy presa de las dudas, Lorian. Me temo que estáis sacrificando a Isabel por ese «bien general».

Lorian alza la cabeza como si se sintiera insultado.

-¡El tema de la rebelión de Isabel será tratado en su vista!

-¡De acuerdo, pero este tema sólo está zanjado temporalmente!

A Lorian parece divertirle que ose tener exigencias. Sin embargo, lo que estoy a punto de contarle le quitará todas las ganas de reírse.

-Lathenia no tiene la llave.

El Inmortal se queda paralizado pero me mira con gran expectación.

-Explícate.

-Estaba escondida bajo una losa del suelo del templo.

-¡¿Qué?!

-La encontró Matt. -Lorian me mira fijamente y me apresuro a añadir-: Por desgracia, hemos tenido que dejarla allí.

-¡No me digas eso! ¡De entre todas las personas, tú, Arkarian, sabes de sobra cuál es su importancia!

-No tuvimos tiempo, y parece que Matt es el único que puede tocarla sin perder la vida. No pude ayudarlo a quitarla.

Lorian suspira.

-Así que sigue en el templo, al descubierto, seguramente, esperando a que Lathenia la encuentre.

-Tal vez no le resulte tan fácil. Cuando nos íbamos, el templo se estaba derrumbando.

Lorian me observa en silencio y luego me pregunta:

-¿Tienes que informarme de algo más?

-No. Pero tengo una pregunta.

-Adelante.

-¿Quién es mi padre?

Lorian arquea las cejas y, por un instante, creo que el Inmortal no va a responder.

-Yo soy tu padre, Arkarian.

Menuda sorpresa, pero una pequeña parte de mi cerebro lo sospechaba. Aun así, ¿cómo es posible? Durante toda mi vida he creído que Lorian no tiene un sexo definido.

Lorian me lee el pensamiento fácilmente y me explica:

-Nací hombre, pero después tomé la decisión de no tener un sexo definido. Quería ser un líder imparcial y justo, y sentí que sólo podría conseguirlo si no formaba parte de ningún sexo y no deseaba a ninguno. Sin embargo, al cabo de un tiempo surgió la necesidad de crear a otro Inmortal. Con este propósito elegí adoptar de nuevo la forma masculina. De haberme convertido en mujer habría tenido que vivir en el mundo mortal durante demasiado tiempo, lo que me habría obligado a desatender mi obligaciones aquí. Eso era imposible, así que elegí a una joven mujer, a la que has conocido recientemente, para que fuera tu madre. Por desgracia falleció, de modo que decidimos que debías venir aquí, para vivir y ser criado en el palacio. Pero no todo salió según lo planeado.

Poco a poco se empieza a desentrañar el misterio de mi nacimiento.

-Porque no nací inmortal, claro. Debiste de llevarte una gran decepción.

Lorian agacha la vista y cierra los ojos un momento.

-Sólo por el hecho de que tu vida sería limitada...

Ahora lo entiendo.

-De manera que me concediste la habilidad de dejar de envejecer.

Lorian, mi padre, asiente en silencio y con un gesto casi imperceptible de la cabeza.

-Aparte de a todos los miembros del Tribunal, sólo les he concedido ese poder a dos personas. Y me arrepiento mucho de habérselo dado a una de ellas.

-Marduke.

-Sí. Fue una decisión difícil en su momento, pero el único miembro de la Guardia con la habilidad para curar había muerto, y sin ese don Marduke habría corrido la misma suerte. Y entonces era un excelente Guardián: joven, con unos poderes que evolucionaban rápidamente y un potencial ilimitado. Me pareció una recompensa adecuada.

Se me ocurre una cosa: si mi padre tiene el poder para conceder ese don, quizá también pueda quitarlo. Lorian malinterpreta mis pensamientos y da por sentado que estoy pensando en Marduke.

-Hasta un Inmortal tiene limitaciones, Arkarian. No podría despojar a Marduke de su poder sin su consentimiento, sobre todo ahora que Lathenia lo vigila tan de cerca. No creo que aparezca por aquí y me conceda su permiso.

Miro a mi padre a los ojos y le aguanto la mirada con firmeza.

-Pero tienes el mío.

Mi padre me mira durante un segundo. Entiende lo que he dicho, pero se niega a aceptar que ése sea mi deseo.

-¿Quieres que te despoje de tu poder para dejar de envejecer?

-Sí.

-Explícate, Arkarian.

-Isabel es mi alma gemela.

-Soy consciente de eso.

-No puede vivir en mi mundo, así que yo quiero vivir en el suyo.

Lorian tira la silla al suelo al levantarse y se me acerca con una mirada de absoluta incredulidad.

-¿Sacrificarías lo más parecido que existe a la inmortalidad por esa chica?

Mi respuesta es instantánea:

-Por la oportunidad de estar con ella. Sí.

Es duro aguantar su mirada, pero al final me dice:

-Entonces menos mal que soy yo el ser supremo de este lugar y no tú, hijo mío.

Isabel

En cuanto entro en la sala del Tribunal se hace el silencio. Me quedo de pie en la puerta, paralizada, incapaz de seguir adelante. Noto que me sudan las manos y me las restriego en la túnica blanca que me han puesto. La sala está igual que la última vez que fue utilizada para celebrar un juicio, pero ahora es a mí a quien juzgan, no a Ethan, y mi infracción es mucho más grave.

Como en la anterior ocasión, los nueve miembros del Tribunal han tomado asiento en el círculo. Y, para mi sorpresa, aunque aún no tiene buen aspecto, el rey Ricardo II está sentado a la derecha de lord Penbarin. Me pregunto por qué lo habrán traído si no está completamente restablecido. Va a ser el representante de Verdemar en el Tribunal, y completará todos los sectores de la Tierra. El rey Ricardo no estaría aquí de no ser por Ethan, que el año pasado se arriesgó para salvarlo. Lorian debe de considerar que se encuentra lo bastante bien para presenciar el juicio.

Lorian me hace un gesto para que entre y me siente en el taburete. Respiro hondo y, a pesar de que me tiemblan las piernas, me dirijo al centro del círculo y me siento. En cuanto lo hago, una cálida sensación de calma se apodera de mí y me doy cuenta de que estoy sentada en uno de los taburetes antiguos de Arkarian, tallados a mano. Debe de haberlo traído él mismo. Echo un vistazo a la sala en su busca. Lo veo de inmediato, sus ojos violeta fijos en mí, y me encuentro más fuerte, más calmada, preparada para hacer frente a la sentencia, sea cual sea.

Llevada por esta calma interior, me arriesgo y miro un breve instante al Inmortal, con cuidado de que nuestras miradas no se crucen. En mi experiencia anterior me resultó difícil de hacer. Pero lo que veo me sorprende, pues Lorian ha adoptado un semblante reflexivo, con la frente arrugada y la mirada baja. Por un segundo me gustaría ser un Vidente de la Verdad para leerle el pensamiento. Entonces el Inmortal se pone en pie, levanta ambas manos y dice:

-El castigo por desobedecer una orden directa es la muerte.

La habitación estalla al oír a Lorian. Arkarian, Ethan y Matt tienen que ser retenidos, y aunque yo he oído la sentencia, una parte de mí se distancia de la escena, como si nada de esto estuviera ocurriendo. Es como si estuviera observándolo desde detrás de una pantalla.

Lorian se vuelve hacia un lado y aparece ante mí una imagen, un holograma tridimensional de mi escuela. La imagen se amplía y ahora veo la clase y los estudiantes, que están haciendo el tonto dentro. La imagen se amplía una vez más y ahora es como si estuviéramos dentro del aula con ellos y con el señor Carter de pie, delante de la pizarra.

Lo primero que me llama la atención es que nadie lleva el uniforme. Los estudiantes visten como quieren: minifaldas, vestidos, camisetas escotadas, hay gente que va vestida de negro de pies a cabeza, algunos llevan cadenas y *pier-cings* en todos los lugares imaginables, y otros llevan la cabeza rapada o un peinado por el que hace meses que no ha pasado un peine. Un par de estudiantes llevan los vaqueros rotos en las rodillas, los muslos y otras partes.

La segunda cosa que me sorprende es el ruido. Craig Johnson se pone en pie y lanza algo. Me agacho porque me da la sensación de que ese proyectil iba dirigido hacia mí, pero golpea en la parte de atrás de la cabeza a Zoé Fielders, que profiere una sarta de insultos y tacos mientras se sube a su mesa. El señor Cárter da un golpe en la pizarra con una regla y le grita a la clase para que se calme. Entonces lo insultan y alguien le lanza un libro, el libro de Historia con el que estamos estudiando este año. Él lo agarra al vuelo y lo deja con un golpe sobre el pupitre que hay delante de él. Tiene una mirada de verdadera desazón.

-¿Qué está ocurriendo? -pregunto en voz alta.

Lorian mueve la cabeza levemente y la imagen cambia al centro comercial. Un hombre está atracando el Falls Café.

y aterroriza a los clientes con el arma. El propietario, el señor McGowan, echa el dinero de la caja dentro de una bolsa gris y se la entrega con manos temblorosas. El atracador le da un golpe con la culata de la pistola antes de salir corriendo y meterse en un coche que está esperándolo. Pero lo peor de todo es que reconozco al ladrón. Vive en mi barrio y era alguien a quien consideraba un padre cariñoso, que se desvivía para sacar a su joven familia adelante.

De nuevo, pregunto:

-¿Qué está ocurriendo? ¿Cómo es posible? Conozco a toda esta gente.

-A.sí es tu mundo ahora.

-¿Qué? Pero ¿cómo ha podido cambiar tan rápido? Sólo hemos estado fuera diez días.

-La guerra se ha acentuado. La situación es grave. La Profecía ha cambiado y ahora predice un resultado desastroso. Estamos a punto de perder por completo el control y la posibilidad de lograr la paz para todos los mundos.

La imagen de mi ciudad desaparece y Lorian se sitúa ante mí. No puedo evitar pensar que todo eso es culpa mía. Al dejar Verdemar en una posición vulnerable durante diez días enteros, la Diosa se ha aprovechado y ha intensificado su campaña. Y, obviamente, está ganando. No puedo hacer nada para evitar que se me llenen los ojos de lágrimas y empiecen a correr por mis mejillas.

Coi unos dedos más largos de lo normal, Lorian me acaricia la barbilla para que levante la vista. Me resisto, ya que el poder que mana del simple roce de esos dedos me invita a salir corriendo, pero la presión de la mano del Inmortal incrementa y comprendo que no se trata de una petición, sino de una orden. Y, como ya he infringido una, respiro hondo y levanto la cabeza.

Unos ojos violeta muy intensos me miran fijamente. La mirada de Lorian es dura y me cuesta mucho aguantarla.

-¿Crees que tomo decisiones a la ligera, Isabel?

Niego con la cabeza, me humedezco los labios y respondo:

-No, por supuesto que no.

-¿Deseas decir alguna cosa?

-Sí, sí lo deseo. Lo siento mucho. Cuando fui a rescatar a Arkarian no tenía intención de causar tantos estragos -Intento explicarme de algún modo-. Pero...

-¿Pero?

Respiro hondo.

-Lo haría de nuevo y asumiría más riesgos, si fuera necesario, para traer a Arkarian de vuelta.

Un silencio sepulcral cae sobre la sala. Luego Lorian dice:

-Isabel, ¿quién crees que abrió la brecha?

¿A qué se refiere Lorian? Por lo que yo sé, la brecha fue abierta por… Pero no quiero pensar en esos nombres para no incriminar a ninguno de los tres.

Aunque de nada sirve intentar ocultar mis pensamientos, ya que Lorian sabe todo lo que pienso.

-Sólo un Inmortal puede abrir la brecha, Isabel, o un descendiente con poderes inmortales.

-¡Arkarian! -susurro, y me doy cuenta de inmediato de que Arkarian tiene que ser hijo de Lorian. Pero ¿significa eso que Lorian quería que rescatara a Arkarian?

El Inmortal responde sin que yo tenga que formular la pregunta en voz alta.

-Isabel, debes entender que Arkarian es de vital importancia para nuestra supervivencia y nuestro éxito contra las fuerzas del caos. Jamás dudé acerca de organizar una misión de rescate. Lo tenía decidido desde el principio. Sólo me faltaba descubrir quién era lo bastante fuerte para superar los retos del inframundo. Así que concebí una prueba, que tú superaste fantásticamente. Y me reconfortó saber que Ethan decidía ir contigo. Sin embargo, lo que me sorprendió -ahora Lorian mira a Matt- fue la intención de tu hermano de unirse a vosotros. Ése fue el único problema del plan; afortunadamente, lady Arabella lo advirtió en el último momento, pero sólo pudo darle calor.

Las palabras del Inmortal me dejan de una pieza. ¡No era cierto que Lorian no quisiera rescatar a Arkarian! Todo fue una prueba para encontrar a la persona más fuerte… Alguien con la determinación suficiente para superar todos los retos y dificultades que Lorian sabía que habría que vencer en ese lugar.

Me agarro al taburete para no caerme de espaldas.

-Por lo tanto -prosigue el Inmortal, que retrocede un poco y me da el respiro que tanto necesitaba-, quedas ab-suelta de desobedecer mi orden. De hecho, te elogio por tu éxito y tu valor constante.

Entonces la sala estalla en aplausos. Busco a Arkarian con la mirada, presa de una alegría un poco amarga. Voy a ser libre, pero ¿de qué me sirve la libertad si Arkarian no quiere formar parte de mi vida? Poder verlo solamente cuando tenga que explicarnos una misión será una tortura.

-Hay un tema más que me gustaría solucionar hoy, antes de que regreséis a casa -dice Lorian, y mira a su hijo-. Ven y sitúate dentro del círculo, Arkarian.

Cuando éste obedece, el Inmortal alza la vista y se dirige a toda la sala:

-Arkarian ha venido a verme antes con dos peticiones. La primera, que me he negado a discutir con él, era pedir la libertad de Isabel. Pero la segunda..., la segunda no sólo me ha sorprendido, sino que me ha dejado estupefacto. Tanto que me veo obligado a tomar una decisión al respecto. -Los murmullos recorren toda la sala. A mi lado, Arkarian pone su mano sobre la mía, pero se mantiene inmóvil ante su padre. Lorian dice-: Para poder vivir en el mismo mundo que la joven a la que ama, Arkarian me ha pedido que lo despoje de su poder para dejar de envejecer.

Los murmullos se convierten en algarabía, pero yo no lo noto. Tras oír a Lorian, mi cuerpo entero tiembla de pies a cabeza. Arkarian quiere renunciar a su poder para no envejecer... Y lo quiere hacer para poder estar conmigo... Incapaz de dejar de temblar, alzo la vista y lo miro.

-¿Harías eso por mí?

-Y más -responde sencillamente.

Ahora me doy cuenta de que Arkarian ha querido guardar las distancias conmigo. Su poder para dejar de envejecer nos sitúa en mundos distintos. Y aunque respeto que Arkarian tome sus propias decisiones, ésta es demasiado importante para que la tome solo.

-Arkarian, no puedo permitir que lo hagas. No estaría bien.

Lorian alza ambas manos y el Tribunal y el público se callan. El Inmortal nos contempla a los dos.

-Isabel, estoy de acuerdo contigo.

-Pero...

Lorian rechaza la queja de Arkarian antes siquiera de que tenga tiempo de empezar a hablar.

-Por lo que he decidido concederle a Isabel el mismo don.

-¡¿Qué?! -exclamo, incapaz de reprimir un grito de sorpresa.

-¿Es eso lo que deseas, Isabel? -me pregunta Lorian-. Medítalo detenidamente.

Lanzo una mirada a la sala. ¿Eternamente joven? ¡Eso sería un sueño! Pero ¿cómo soportaría ver crecer y morir a mis amigos y a mi familia? Miro a Arkarian: sus ojos violeta resplandecen y reflejan su amor y sé que podría soportarlo todo mientras estemos juntos. Busco a Ethan y Matt. Ethan tiene el entrecejo fruncido y mi hermano está boquiabierto.

Lorian alza una mano hacia ellos.

-Ve y consúltaselo.

Dejo a Arkarian en el círculo y me acerco a ellos. Permanecemos callados durante un minuto y al final Ethan asiente con la cabeza y dice:

-Creo que deberías hacerlo. Es una oportunidad demasiado increíble para dejarla escapar.

-Pero os echaré muchísimo de menos...

-Aun así creo que es lo adecuado. Si yo estuviera en tu lugar, lo haría.

Las palabras de Ethan son alentadoras. Me vuelvo lentamente hacia Matt, a quien le cuesta mirarme a los ojos. Finalmente me pregunta:

-¿Lo quieres?

-Sí.

Asiente con la cabeza.

-Entonces deberías hacerlo.

-¿Estás seguro?

Vacila un momento, pero su respuesta es firme:

-Estoy seguro.

Les doy un abrazo a los dos y regreso al centro del círculo. Arkarian me toma de la mano y yo se la aprieto con fuerza y luego miro a Lorian.

-Mi señor, acepto vuestro generoso ofrecimiento.

Y con estas palabras Lorian pone ambas manos sobre mi cabeza. De ellas mana una luz que me cubre como si fuera una capa de un fluido cálido. Durante unos instantes no veo nada y mi cuerpo se estremece y sacude cuando la fuerza del don del Inmortal penetra en él. Al acabar, Lorian retira la mano y caigo sobre el taburete.

-¿Te encuentras bien? -me pregunta Arkarian.

-Perfectamente -respondo. No siento ninguna diferencia.

-Lleva su tiempo -me explica-. Tienes dos años para acostumbrarte a la idea. No empezará a surtir efecto hasta que cumplas los dieciocho.

Lorian aprovecha la referencia de Arkarian al tiempo. Extiende los brazos y, rompiendo el silencio que inunda la sala, el Inmortal les dice a todas las personas reunidas:

-Ahora idos y cumplid con vuestros deberes. El tiempo es de fundamental importancia. Nuestros retos más difíciles están a punto de desvelarse. No olvidéis que hay un traidor entre nosotros. Y no permitáis que la desesperación se apodere de vosotros cuando mi hermana cometa atrocidades indescriptibles en nuestro mundo terrenal.

CONTINUARÁ...